

S-G-2

—
6-37

Se hallará en la librería de Josef Sanchez, esta y toda clase de obras modernas.

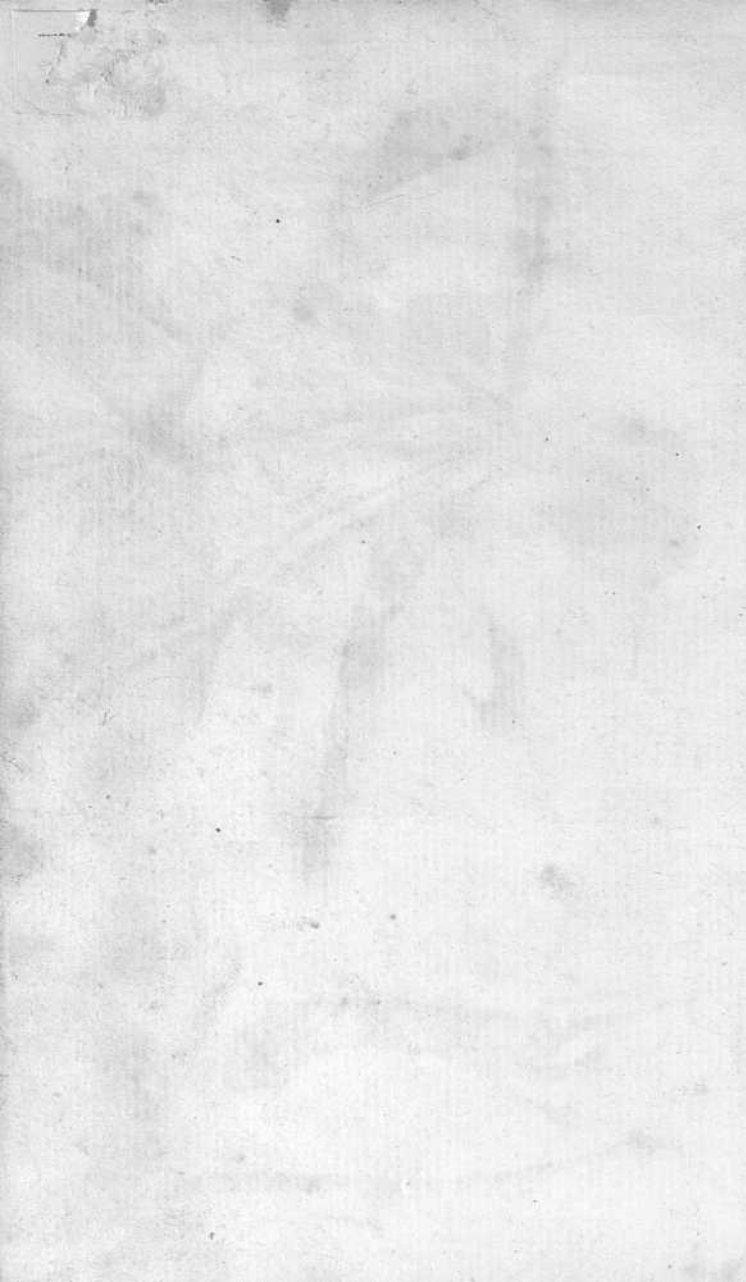
48

B.P. de Soria



61115352

D-1 1665



ARMONÍA

DE LA

RAZON Y LA RELIGION.

D-1
1665
5358

ALPHONSA

ALPHONSA

3
27
Nº 860

ARMONÍA

DE LA RAZON Y LA RELIGION

ó

RESPUESTAS FILOSOFICAS

Á LOS ARGUMENTOS DE LOS INCRÉDULOS:

OBRA ESCRITA EN PORTUGUES

POR EL P. D. TEODORO DE ALMEYDA,
DE LA CONGREGACION DEL ORATORIO DE S. FELIPE
NERI, Y DE LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
DE LISBOA, &c.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL P. DON FRANCISCO VAZQUEZ,
C. R. de S. Cayetano, Lector de Teología.

TOMO I.

QUE TRATA DE LA TEOLOGÍA NATURAL.

TERCERA EDICION.

CON REAL PRIVILEGIO.

MADRID

IMPRENTA QUE FUE DE GARCIA.

1820.

1802

ARMONIA

DE LA RAZON Y LA RELIGION

REVISTAS ILUSTRADAS

A LOS ARABICISTAS DE LOS SIGLOS

ORDEN ALFABETICO

POR EL P. D. FRANCISCO BARRON

DE LA ORDEN DE LOS DOMINICANOS

TRADUCIDA DEL CASTELLANO

POR EL P. D. FRANCISCO BARRON

TOMO I

QUE TRATA DE LA TEOMORFIA NATURAL

TERCERA EDICION

CON AÑADA PRIVILEGIO

MADRID

IMPRESA DE DON JUAN DE LA CRUZ

1802

AL ILL.^{MO} Y EXC.^{MO} SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA DE MELLO, OBIS-
PO TITULAR DE ALGARVE, CONFE-
SOR DE S. M. FIDELISIMA, INQUI-
SIDOR GENERAL.

ILL.^{MO} Y EXC.^{MO} SEÑOR.

*Suelen los autores de obras de im-
portancia dedicarlas á aquellos persona-
ges á quienes por algun título son de-
bidas. A ésta tiene V. E. justo dere-
cho por muchos motivos, no solo como*

consejero y favorecedor de ella, sino tambien como juez, pues trata de las respuestas á los argumentos que por parte de nuestra religion di en otro tiempo á los impíos y á los incrédulos cuando me hallaba en las circunstancias de pelear contra ellos con armas iguales, quiero decir, con las de sola la razon; pues como ellos no recurrian á los pasages de la Escritura, ni á los Concilios, ni á los Padres, tampoco consentian que yo me valiese de estas armas que hasta aquí ha manejado la Teologia. Porque con el desprecio general de ésta (que es entre ellos la máxima indispensable y constante) me hubiera visto absolutamente sin defensa, si no hubiese dispuesto la Providencia que yo me hallase ensayado en el manejo de las armas de la razon, que era de la que sacaban las lanzas que vibraban contra nuestra sagrada religion. Para este género de pelea de-

bia salir como filósofo al campo á defender la religion, pues la combatian filósofos. Así lo hice por ocho años de continuas disputas, y la reflexion que yo hacia sosegado, despues de pasadas las contiendas, me sugeria nuevos argumentos y nuevas respuestas á sus ataques, por quanto en el calor de los combates no esperados, no podia considerar el espíritu los objetos por todos sus lados. Cuantos argumentos hacian tiraban á persuadir que nuestra santa religion era un compendio de desatinos que no debia creer ningun filósofo, ó que por lo menos debiamos dudar de sus dogmas. A esto se reducen en el dia las cuestiones mas famosas de la filosofia de los incrédulos. Hecha pues esta última reflexion, sobre lo que habia oido, y respondido en los encuentros casuales, y disputas no previstas, me pareció que importaba disponer por orden aquellos argumentos y respuestas.

Mucho tiempo ha lo habia hecho así en forma de cartas dirigidas á mis discípulos y amigos los Señores del Armentariz, á quienes yo habia instruido juntamente con la física y matemáticas, en la solidez de nuestra religion; porque como estaban sirviendo en Francia en los Carabineros Reales, se me quejaban muchas veces de los ataques con que en las materias de religion les acometian sus amigos.

Por mucho tiempo he dudado publicar estas disputas en mi patria, juzgando que estaba libre del contagio, que iba assolando países muy florecientes; y temia yo que los oídos piadosos por ignorar mis intenciones llevasen á mal que vulgarice las blasfemias que de la boca de nuestros enemigos se oyen en las disputas. No obstante me determinó el consejo de V. E. juzgando que ya era preciso preservar con esta especie de antídoto del mal que empieza á hacer

estragos en nuestro clima. Es verdad que no bebiendose este veneno sino en los vasos dorados de libros elegantes que le brindan en las lenguas extranjeras á los que las poseen, parecia escusado disponer el remedio contra este mal en nuestro idioma, supuesto que en las mismas lenguas extranjeras hallan el contraveneno; pero es lamentable infelicidad que para centenares de libros pestíferos que los curiosos tienen contra la santa religion, apenas se hallará uno ú otro de los muchos que se han publicado en su defensa. Urge mas la necesidad de este remedio, porque no solamente se sienten envenenados los que entienden aquellas lenguas, sino tambien otros ignorantes y simples que aprenden de los malos filósofos palabras sueltas, y sistemas favorables á las pasiones, que es cosa que á todos agrada, así como el mal olor de los pechos gangrenados y cancerosos suele comuni-

car el contagio al que no bebió el veneno. Quedé pues convencido, y me resolví á publicar mis cartas con el título de Armonía de la Razon y la Religion como las habia dispuesto. Aun me hizo V. E. otro favor, y fué persuadirme á que pusiese en forma de diálogo las disputas que tenia escritas en estilo de cartas, alegandome (con mucha confusion mia) la aceptacion con que el público habia recibido mis diálogos, cuando publiqué la Recreacion Filosófica, y diciendo, que así completaba aquella obra, cuya metafisica, teniendo ya la Antologia y la Psicologia, necesitaba de la Teologia natural, pues de este modo quedaba suplida, así como la Filosofia moral lo quedó con el Feliz Independiente.

Admití el consejo, que con solo proponermele V. E. me dejó convencido, esperando dar en este método mayor claridad y fuerza á las razones que expongo

por una y otra parte, pues así interesaba yo mucho mas á los espectadores del combate, representandole como al vivo en mis diálogos. Mudé el nombre al escribir las disputas de algunos contrarios que tuve, porque no me pareció prudencia nombrarlos; bien que de ordinario pinto su verdadero caracter. En nada debilito los argumentos en contra, y aunque sé que hay oídos delicados, dejo caer algunas expresiones escandalosas de que en realidad usan, y aun las repito para que el horror que causan vayan previniendo el corazón de los lectores á favor de la verdad. No atribuyo á los contrarios de la religion cosas que ellos no digan: yo se las oía, y las leo en sus libros, cuyas páginas pudiera citar, como tambien los nombres y los parages en que disputaron conmigo, si no hubiese peligro en hacerlo así.

Por contener estas disputas explicaciones filosóficas de nuestra religion

temo que desagraden tal vez mis expresiones á alguno que solo esté acostumbrado á los términos de las escuelas; y además de esto podrán muchos condenarme por equivocarse en el fin ó intento de esta obra. No pretendo yo probar las sublimes verdades de nuestra religion revelada con los argumentos de la humana razon. Esta locura sería lo mismo que pretender buscar en columnas de barro el apoyo para los orbes celestes. Las verdades del cielo solamente en la palabra del hijo de Dios tienen su fundamento sólido, eterno y firmísimo; pero como los incrédulos pretenden sacar de la razon humana argumentos contra nuestra religion, es conveniente deshacerlos con otros mas vigorosos de la misma razon, así como en la guerra se valen de hierro contra hierro, y de fuego contra fuego. Pues si vemos que por todas partes apunta contra los muros sagrados de nues-

tra fe la batería de argumentos que la falsa filosofía ha aumentado, conviene que tambien la mas sana filosofía desmante con sus argumentos toda esa artillería enemiga, dejando la divina religion fundada solidamente en sus propios y sobrenaturales cimientos. No obstante, como esta empresa es alta, y en nuestro pais nueva, recelo por la cortedad de mis fuerzas no salir bien de ella, y por este motivo ofrezco ahora, con mas confianza que antes, esta obra á V. E. como á juez, cuya sentencia será respecto de mí tan decisiva para corregirme ó para animarme, que dócil á su parecer, y bajo su proteccion no temeré otra censura. Si es de la aprobacion de V. E. podré publicar este pequeño libro, en que proveeré de armas contra armas del mismo género. Creo que en esto sirvo á la religion, por la que daré la vida, y que sirvo á la patria, á quien la debo.

*Dios guarde á V. E. para la defen-
sa de nuestra fe, consuelo de todo el
pueblo, y ornamento de la santa Igle-
sia. Casa de la Congregacion del Orato-
rio del Espiritu Santo á 10 de Febre-
ro de 1793.*

De V. E. siervo humilde

Teodoro de Almeyda.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Supuesto que se dan al público las obras que se imprimen, es justo que éste sepa las intenciones del que le hace el obsequio de ofrecerle su trabajo. Con mucha confusión mía he visto la aceptación con que el público ha recibido las primeras tareas de mi juventud en la *Recreación Filosófica*, manifestando que le agradaba mi intento de hacer vulgar el conocimiento de aquellas bellezas de la naturaleza, que con tenerlas delante de los ojos, pocos las veían. Con este favor del público creció en mí el deseo de servirle; y continué con la instrucción de la lógica, familiarizando é ilustrando (en cuanto lo permitía la materia abstracta) los pasos que da el entendimiento en el descubrimiento de la verdad. Confirmé estas reglas con la geometría y la mecánica en tres tomos que forman el suplemento de la

Recreacion. Hallándome ya algo fatigado con la edad y los varios acontecimientos, pensaba en retirarme de esta fatiga, aunque gustosa; pero me han hecho tomar otra vez la pluma persuasiones que yo de ningun modo debia despreciar. Por entonces mi juicio, naturalmente especulativo, y la sangre que aun conservaba actividad, me elevaron á mas altos pensamientos, subiendo con el discurso á la parte superior de la filosofia que llaman la *Metafisica*, y escribí en la *Ontologia* las máximas generales sobre el conocimiento de cuanto existe, aunque no sea *materia*. Entrando en la *Pneumatologia* ó ciencia de lo que es espíritu, el principal objeto que se me presentaba era Dios, ó tratar de la *Teologia natural*: en este punto me ví por muchos años perplejo, y voy á decir el motivo.

Me habia enseñado la experiencia que los que hoy se llaman Filósofos disputaban en estas materias de muy diferente modo que los de otros tiempos; y que desenfrenados los entendimientos, y embriagados con el espíritu de desenvoltura y libertad, de todo se burlaban, respondiendo á las que antes se tenian con razon por demostraciones,

con ciertas invectivas jocosas y pica-
 tes; con las cuales agradaban y enga-
 ñaban á los de entendimiento menos só-
 lido y menos juicioso. Advertí que en las
 materias mas sagradas de la verdadera
 religion, eran para ellos inútiles los Pa-
 dres y las santas Escrituras; porque los
 impíos no reconociendo la autoridad
 de los santos libros, siempre lo llevaban
 todo al tribunal de su razon, en el que
 sentenciaban definitivamente contra todo
 cuanto no venia bien con sus ideas. To-
 mé pues sus libros, asistí á sus argumen-
 tos, medí la espada de la razon con
 los incrédulos, y conocí que su modo
 de pelear iba por un método nuevo;
 pues ni usaban de las secas demostracio-
 nes de la teología natural, ni de los ar-
 gumentos de la sagrada teología, funda-
 dos en la divina autoridad, sino de cier-
 tas ironías, y chistosas invectivas que
 halagando las pasiones con picante no-
 vedad y suavidad encantadora, logra-
 ban hacer ilusion al entendimiento; y
 de este modo triunfaban el error y la
 impiedad.

No obstante, como la verdad tiene
 en sí misma una belleza que encanta,
 y que solamente no agrada al que no
 la ve clara y manifiesta, advertí que en

las disputas que tuve precision de sostener por el espacio de ocho años contra toda casta de impíos, que sin sistema ni conexion ya me acometian sobre un punto, ya sobre otro; advertí, digo, que cuando les sucedia ver en fuerza del argumento la verdad desnuda y sin ornatos, se sorprendian y pasmaban, y muchas veces se rendian. Concebí pues grandes esperanzas de que tratando estas materias en el tono de filósofo serio y riguroso, pero claro, llano y sencillo, podria conseguir que la natural hermosura de la verdad venciese sin algun artificio y adorno contra todas las gracias prestadas, y artificiosos afeytes del error. Y por ser máxima general entre todos los incredulos que la religion revelada se opone á la razon, tomé á mi cargo la empresa de demostrar en estilo familiar y claro *la armonía que tiene nuestra religion con la buena razon*. En las disputas y contiendas que formó, doy en cuanto puedo fuerza á mis propios enemigos, y no me ahorro ni huyo de aquel bello colorido con que falsamente hermosean el error; porque sobre hacer de este modo mas interesante la lectura, veo que despues todas las bravatas del ven-

cido sirven para gloria del vencedor. Del mismo modo que cuando los Aristotélicos vulgarizaban sus invectivas y desprecios contra la buena filosofía natural, me apliqué para acreditar la verdad, á hacer vulgares las armas con que todos triunfasen de aquellas injurias y errores; así espero que me ha de suceder ahora. No hago aquí el papel de quien ataca, sino de quien se defiende, y no tanto á sí mismo, quanto á la religion que profesa, rebatiendo en lo posible los golpes, y volviendolos contra los enemigos. No es mi intento componer disertaciones teológicas; pues el que las quiera tiene muchos y excelentes libros que consultar á favor nuestro: lo que quiero solamente es ocurrir á las invectivas que suelen hacer contra la religion en sus conversaciones familiares, que es lo que hasta ahora no se ha hecho. Ya la impiedad ha perdido aquel rubor que en algunos la ocultaba en los escondrijos de un pecho corrompido, aunque tenia infestado al público con el mal olor: ahora ya se va manifestando con desahogo, y casi ha perdido el horror de que su nombre salga al público. Sea pues tambien público y vulgarizado el remedio,

supuesto que de otro modo no se puede
 evitar el contagio. Dios, que es la suma
 verdad, prospere mis intentos y sinceros
 deseos.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Este precioso libro que el célebre Padre Almeida publicó en lengua Portuguesa, le escribió antes en forma de cartas, dirigidas á sus discipulos y amigos los Señores de la casa de Armendariz; y habiendole presentado al Señor Inquisidor General de Lisboa, le aconsejó su Excelencia que le dispusiese en forma de diálogos, ya que Dios le habia dado gracia particular en este género de composicion: pues aunque no se manifestaba tan descaradamente la impiedad en aquel pais, no dejaba de cundir el fatal veneno; y así era preciso preparar el antídoto mas poderoso para ocurrir á la corrupcion que iba insensiblemente ganando mucha tierra, por

beber muchos incautamente la ponzoña en los dorados vasos de las sátiras picantes que contra la religion venian de los países estrangeros, adornadas con falso artificio y engañosa retórica.

Es preciso conocer que en la mismo lengua en que se enseña la impiedad, hay las mejores apologías, las mas triunfantes impugnaciones de la incredulidad, pero hay sugetos que apenas tienen uno de estos libros buenos contra el grande número de los libros malos, perniciosos y pestíferos; como que les parece que merecerán el nombre de curiosos si á sus amigos les brindan con alguna nueva tragedia de las que el Poeta frances compuso con la maldita intencion de extender las perniciosas ideas de la incredulidad. Lo peor es, que no solamente los que entienden las lenguas extrangeras necesitan ya de este remedio, hasta las mugeres beben el veneno con que en

las conversaciones familiares las brindan los jóvenes disolutos y tocados de esta rabia, facilitando el desenfreno de las pasiones. Aun los criados que por desgracia sirven á jóvenes impíos, se explican ya en términos de haberles comunicado el mortal contagio segun las palabras favorables á las pasiones que se les oyen.

Las personas que el autor introduce en sus diálogos, no se expresan con su propio nombre; pero se pintan con su verdadero caracter. Las expresiones escandalosas de la impiedad, aunque horrorizan á los oídos castos y devotos, se exponen con todo su horror para que se vayan previniendo los corazones á favor de la verdad hermosa, viendo la fealdad del error.

Es constante que nuestra santa religion no se funda en la razon humana; pues ella tiene sus pruebas fundadas sobre cimientos mas elevados y

profundos, como son los santos libros, entendidos como los entiende la Iglesia y los Santos Padres. Las verdades de nuestra religion son verdades del cielo, y solamente de las palabras del Hijo de Dios les viene la solidéz; pero los incrédulos pretenden argüir contra nuestra religion con sola la razon natural; y así hace un gran servicio á la religion el autor en deshacer los argumentos de los incrédulos, y en inutilizar los tiros de su malignidad con las armas de la razon bien manejada. Si la falsa filosofia se precia de emplear con destreza la razon contra la verdad, justo es que uua sana filosofia deshaga las baterías con que amenazan los enemigos de la verdad á nuestra santa religion. Ya se han hecho demasiado vulgares los dichos satíricos, las infernales jocosidades, los chistes blasfemos con que los filósofos de la moda combaten la religion que

arregla las pasiones ; razon es que todos vean al error sin la máscara de una falsa discrecion, y que emplee contra él su fuerza irresistible la buena lógica del Padre Almeida, demostrando que si las verdades católicas tienen misterios superiores á las luces de la razon, ninguno admite que sea contrario á ella ; antes bien los que admiten misterios contrarios á la razon son los corifeos de los impíos. ¿ Qué cosa mas contraria á la razon que ver en las criaturas el primoroso artificio, y no querer conocer que las formó un soberano poder y sabiduria infinita ? ¿ Qué cosa mas contraria á la razon que ver que hay criaturas, y dudar si hay Criador ? ¿ Qué cosa mas contraria á la razon que persuadir una religion fantástica, que llaman religion natural los mismos que dicen que Dios no hace caso de nuestras acciones ? Porque les podemos preguntar, ¿ si Dios

no hace caso de las acciones de los hombres, para qué será obsequiarle en la religion que llamais natural? ¿Pero que es ver en el libro mas impío de un autor, que imitando á Lucrecio todo lo atribuye al acaso, sin conocer mas Dios que la materia? ¿qué es ver, digo, en un libro tan inconsiguiente y tan perverso una larga oracion, un prolijo memorial, una dilatada súplica á la naturaleza, aunque la supone sin entendimiento? ¿Para qué será suplicar al que no entiende? (1) Yo espero grande utilidad de los argumentos irresistibles del Padre Almeida, pues niaguno que los lea tendrá excusa para no despreciar las dificultades tantas veces deshechas que repiten los impios. Vale.

(1) Esta contradiccion es una de las mas ridiculas que se han escrito, y está en el libro mas impío: *Systeme de la nature*.



*La luz de la razon es voz divina M. Gumbrecht
Que a domar las pasiones nos inclina.
Mas alta luz la religion propone.
Que á la razon sublima y no se opone.*

DIALOGO

SOBRE LA TEOLOGÍA NATURAL,

DISTRIBUIDO

EN VARIAS TARDES.

TARDE PRIMERA

*Sobre que las materias de la Religion se
deben tratar con mucho respeto,
atencion y cuidado.*

Baronesa. **M**al sabeis, Teodosio mio, cuanto os estimo esta visita, por haberme sido vuestra ausencia muy penosa, y tal vez perjudicial: aquellas admirables instrucciones que algun día me dabais en los sábados, ¡ó qué útiles nos eran entonces, y qué precisas ahora! Ya veo el mal que recelabais, y espero que los remedios que entonces me dabais como preservativos del mal, me sirvan para curarle: por lo menos temo ahora lo que

entonces no temia: estoy esperando el dia menos pensado á mis hermanos, que llegarán de Saumur, y no sé si el haber vivido en el regimiento les habrá sido pernicioso, pues si yo aquí en mi casa me veo sumamente combatida sobre la religion, siendo mis padres tan católicos y cuidadosos en este punto, ¿qué sucederá á mis hermanos entre tanta variedad de modos de sentir, como tendrán sus compañeros? Sofia, Victoria y yo muchas veces nos hemos lamentado, echando menos nuestros antiguos sábados.

Teodosio. A la verdad, señora, me servia de mucho consuelo el ver que os alegrabais mas con las instrucciones sobre la religion que yo os daba en los sábados, que con las de física, geometría y geografia, en que os entreteniais en los demas dias. Pero decidme, ¿quién es el que os inquieta acerca de vuestra religion?

Bar. Esos huespedes que nos hacen favor, principalmente cuando vienen á comer, porque ya desde la mesa se arma la cuestion, y dura hasta la hora del paseo, divirtiéndose unos con otros en mil invectivas contra quien no quiere pensar como ellos: hoy tendreis á la mesa uno, que no es de los peores; pero lo siento, y me da lástima; porque es

un hombre de juicio, y no deja de tener gracia; mas por su conversacion creo que es de los de la moda: este es el caballero *Sansfond*.

Teod. Bien le conozco: dias pasados, paseándome con él en la explanada advertí, que era hombre instruido, especialmente en la artillería: sabe muy á fondo esta materia, y ha servido con grande distincion; pero en punto de religion no hemos hablado.

Bar. En eso quiere hablar con personas que sean de su faccion, ó con las que no le puedan responder. Me llegó á decir, que era un dolor que fuese yo una señora de tantas prendas de la naturaleza, como él quiso decir, y tan distinguida por el nacimiento, y pensase de un modo tan servil en materia de religion; pues veia que estaba tan sujeta á lo que en la niñez me habian enseñado cuatro clérigos viejos é ignorantes. Esto lo decia porque yo le cortaba toda ocasion de disputa, protéstandole que no queria yo hablar en aquellas materias por no saber hablar en lo que no habia estudiado; y así creía yo lo que me habian enseñado mi Párroco y mi Obispo, de lo cual se reía mucho con ciertos desdenes que me llegaban á lo vivo. Vos experimentareis su modo terrible de argu-

mentar, y ya que tengo en vos quien me apoye, si hoy me pica, salto contra él; que á donde yo no alcance, me vendreis á socorrer.

Teod. No temais, porque si veo que os vais deslizando en algun punto, os haré una seña con los ojos, y os pondré en camino con alguna palabra; y si no habeis olvidado nuestras antiguas lecciones, bien podreis responder en estas materias lo suficiente para sus letras.

Bar. Creo que le tenemos ahí; porque ha llegado un coche que parece el suyo: no me engaño. Yo le haré entrar en la materia así que halle la ocasion: hoy me he de vengar de lo que se ha burlado de mí.

Caballero. ¡Qué hermosa y agraciada estais, señora, ahora que os veo como de casa! No os hacen falta los adornos de la moda; porque ese ayre del desprecio del arte, y esa confianza en los propios caudales de la naturaleza os hacen el mayor elogio.

Bar. ¿Y por qué no vais, caballero, á aconsejar eso mismo á Madama vuestra esposa, y á las demas señoras á quienes haceis la corte, para que dejen la fatiga enfadosa del tocador?

Cab. Dios me libre de eso; porque mis consejos en este punto me cerrarian

la puerta á los obsequios, y se indignarian contra mí, como que las tocaba en el delicadísimo punto de la belleza, el que ya se sabe que es muy sagrado entre las señoras.

Bar. Pues á mí no me escandalizariais por disuadirme los adornos; porque si los uso es por no hacerme singular, y por no reprender con mi extravagancia á las señoras de mi clase que los gastan: nunca tuve yo el atrevimiento de reprender, ni burlarme de quien no me ofende.

Cab. Ni debe caer en eso persona que sea bien nacida.

Bar. El caso es, que vos caeis en esa falta, porque no cesais de reprenderme, y motejarme sobre mi religion con mil ironías, chistes y disparates, con que sin provocaros me quereis inquietar en los puntos mas esenciales de mi fé, y esto cuando ni mi sexo ni mi edad me permiten los estudios que se necesitan para responder con prudencia en unos puntos de tanta importancia. Decidme, caballero, si cuando viene acá vuestro hijo mayor, á quien estais instruyendo en la geografia y en la fortificacion, yo le dijese: ahora bien, niño, dejate de eso, porque hay muchas cartas geográficas que estan erradas, y así los pilotos las estan todos los dias enmendando:

esos baluartes y rebellines, &c. ya son antiguallas: hoy no se dan ataques de plazas, y es mejor dar con la gente de la guarnicion una batalla en campo raso, &c. Si yo le dijese estos y otros despropósitos semejantes, ¿qué diriais vos en sabiéndolo?

Cab. Me costaria mucha dificultad creer que hubieseis caido en tan grande imprudencia, porque la educacion de mi hijo me pertenece á mí, y le es sumamente util esa aplicacion y enseñanza, prescindiendo de que sea ó no mas util dar batallas, que dar asaltos: esto para la instruccion de mi hijo es una cosa escusada, y lo que yo le enseñe le es muy preciso.

Bar. Volved ahora contra vos esa respuesta. ¿Qué me decis, Teodosio? ¿No me quejo con razon de este caballero, que no pierde ocasion de tocarme en la religion, ridiculizando mi creencia, y esto por hacerme obsequio? Decidme, caballero, si yo, una, dos y muchas veces ridiculizase cara á cara vuestro modo de vestir, vuestro estilo, vuestro pais, &c. ¿no diriais que estaba mal criada, y que no sabia de cortesia? Pues vos no ridiculizais mis modales, sino mi religion, mi fé, mis sentimientos de piedad, &c. y esto á cada paso. Ahora bien:

componedme esto con las leyes de la urbanidad y del decoro que se debe á quien no os ofende, cuya educacion no os pertenece, y que no os pide consejo. Mas estimo yo mi religion que las modas, el language y los patientes; y vos pensais hacerme obsequio en ofenderme en lo que tanto estimo, hasta llegar á lisongearme con libros pésimos.

Cab. Como os tengo por señora de juicio, me parece que os gustaria ver unos libros excelentes en orden á conocer la verdad.

Bar. Lo cierto es que no me habeis traído libro alguno á favor de mi religion. ¡Buen modo es de querer conocer la verdad en una materia importante, leer todo lo que se ha escrito en contra, y nada de lo que hay á favor! ¿Habeis leído, caballero, muchos libros en favor de mi religion y vuestra? Decidme, ¿cuáles son los que habeis leído? Nombradmelos.

Cab. No faltan libros á favor; pero como estos no son raros, ni estan escritos con tanta gracia y elocuencia, no excitán el apetito.

Bar. Pero siempre tenemos, que para conocer bien la verdad en esta materia, leeis todo lo que hay en contra, y nada de lo que hay á favor. ¿Quereis que yo caiga en la misma injusticia? Si en vos

fuera zelo de la verdad, debierais leer unos y otros con atencion, sin fiaros de vuestro parecer, y consultando á quien supiese leer los libros, y entenderlos bien (1).

Cab. Como yo entiendo bien el frances, no necesito que ninguno me los explique.

Bar. ¿Y por qué buscasteis quien os explicase el álgebra, la aritmética, la geometría, &c? ¿Por ventura no sabiais entonces el frances? Buscasteis maestros para estas ciencias, no fiandoos de vuestro parecer; y para la ciencia del alma, de Dios y de la eternidad, ¿no necesitais que os digan nada? Cualquier libro que sea en contra es vuestro maestro. Pero decidme, ¿por qué razon leeis solamente los libros que se han escrito contra la religion?

Cab. Porque los demas no se pueden sufrir: son insípidos.

Bar. Pero si los libros insípidos contuvieren la verdad, y los libros lindos disfrazaren la mentira, os quedareis con lindo error metido en la cabeza, y nada sabreis de la verdad: respondedme. Mas esto es mucho disputar para muger. Allá, Teodosio, os entrego la cuestion: defended mi causa, que yo quiero ó que este señor confiese que me ha faltado al respeto y me ha ofendido, ó sino que

me convenza , si puede , en favor de su causa.

Teod. Buena causa poneis en mis manos : no la podré yo tratar con el fuego y energía con que vos lo habeis hecho ; pero si me da licencia el señor *Sansfond* , añadiré algunas reflexiones. ¿ Supongo que vos me dareis licencia ?

Cab. Con tal que yo diga mis razones , no puedo prohibir que diga cada uno las suyas.

Teod. Yo veo que el modo con que hoy se habla por moda y costumbre en las materias de religion , y se decide en ellas , es muy extraño , y no sé que sea conforme á razon.

Cab. Si me hablais de *ser conforme á la razon* , estais perdido ; porque en ningun siglo se ha discurrido mas conforme á la razon que ahora : vosotros los que creeis todo cuanto os enseñaron , sois los que teneis la razon , como dicen , medida en la faltriquera sin que jamas os sirva. Si sois hombre que sigue la *buena razon* os prometo que nos compondremos ; y de ese modo volveré á entrar en la amistad de madamita la Baronesa (2).

Bar. Quiero oiros : hablad , Teodosio , que al fin veremos si conviene con vos el señor *Sansfond*.

Teod. Decidme , amigo , ¿ es confor-

me á la buena razon , que el que no estudió seriamente la geometría , dispute y decida en proporciones de líneas , medida de alturas , ó de distancias inaccesibles ? Supongamos el caso de que os hallais vos , de quien me dicen que sois insigne matemático , y sabeis de la táctica como pocos ; os hallais , digo , en una mesa bien guarnecida de madamas y de platos , y mientras se sirve la mesa , entre dichos chistosos y licores que alegran los ánimos y hacen reir á los concurrentes , se trata de que hacen nuevos mapas de Francia , y de que para esto miden distancias , á donde no podemos llegar á pie ni á caballo : ó que se trata de abrir nuevos caminos , y disponer uno que vaya desde acá , de forma que abierto un monte se encuentre y corresponda á otro camino que viene de allá , ó cosa semejante. Supongamos tambien que ninguno de los convidados es geómetra de profesion , aunque algunos por aquí ó por allí han leído los principios de los elementos , pero ninguno ha resuelto el menor problema sobre el terreno , ni tal vez sobre el papel. Si los oye-rais hablar unos con otros sobre la materia , y que se reian y burlaban de los que andan allá colgados de las altas torres ó elevados en los mas altos árbo-

les para formar los grandes triángulos visuales que enseña la trigonometría, ¿qué oiriais en sus razones, y qué diriais?

Cab. Oiria mil disparates, porque es preciso que los digan todos los que no han estudiado seriamente una materia, principalmente si es delicada, como lo son los problemas de la trigonometría.

Bar. En eso decis bien, Mr. *Sansfond*; porque alguna vez que yo veia á mis hermanos tomar por empresa en mi jardín saber cuanto distaba un molino de cierta casa de campo, y que hechas despues las averiguaciones se hallaba que habian acertado, me quedaba yo tan pasmada como si hubieran descubierto algun secreto de la magia. Lo mismo me sucedia cuando tomaban por asunto de sus disputas medir desde acá abajo la altura de elevadas torres, y disputando el Baron con su hermano el caballero sobre braza mas ó menos, ví despues que no se diferenciaba la medida de los cálculos de ambos, sino en muy pocos palmos.

Cab. Al que no estudia la trigonometría le parece eso imposible.

Bar. Mas imposible me parecia calcular el peso de la estatua de bronce de Luis XIV, que está en la plaza de *Paú* en el Bearnés, y solamente erraron en

menos de una arroba , como se vió despues por el verdadero peso que tenia, segun la cuenta que habia enviado el artífice.

Cab. Eso se enseña en la geometría cuando se trata de la medida de los sólidos.

Teod. Ahora bien , ¿ cómo podrá hablar , reir y resolver el que nada de esto haya estudiado á fondo , sin decir mil disparates ? Lo mismo pues digo yo de los que hablan , resuelven y se burlan en las materias de religion sin haber estudiado estos puntos fundamentalmente. ¿ Qué me decis , amigo ?

Cab. Que el que habla en eso , es porque tiene leido y estudiado el punto.

Teod. ¿ Y cuándo , cómo y por dónde ? ¡ Ay , amigo , que los conocemos ! La mayor parte de los que hablan en este punto , ni leen , ni tal vez tienen en su casa un solo libro á favor de nuestra religion : sobre esto apostemos cien luises. Si les preguntan por los motivos de credibilidad , esto es , por los que hacen creibles y racionales nuestros dogmas , nada responden (3). Esto es cierto. Mas digo: que si les preguntan cómo entienden las verdades que creemos , pocos son los que no se hallan cortados en la respuesta. En los mismos argumentos que forman

contra nosotros , y en las picantes ironías con que nos atacan , se vé que toda su teología es superficial y errada. ¿ Por qué, decidme , no estudiasteis así las matemáticas , tomando aquí un bocado , allí otro , y sin reflexión ? ¿ Qué casta de acierto se puede esperar mientras se está riendo , bebiendo y chanceando ; soplando al mismo tiempo las pasiones que primero perturban el corazon , y despues el entendimiento ? ¿ Qué negociante se pone á ajustar cuentas , y hacer cálculos de cambios , estando á la mesa con buena compañía , ó despues de una larga comida , en que se han probado buenos vinos , ó miéntras le peyna el peluquero ? ¿ Habrá negociante que así lo haga ?

Cab. Solo si es un tonto , ó que quiera perder su dinero de proposito : ninguno ajusta cuentas despues de comer : las materias de dinero no son para tratarse con ligereza ni sin atencion.

Teod. Así es : allá en el despacho estando todo en silencio con los papeles á la vista , la cabeza despejada , y el ánimo sosegado se ajustan contratos , negociaciones y cuentas ; porque se trata de haciendas y dineros. Pero acá en materias de religion , en las que está por una parte Dios , su providencia y atributos : por otra nuestra alma , que no es de barro ,

y la eternidad que puede sernos muy ventajosa, ó muy perjudicial, todo esto es una bagatela, que se puede tratar entre plato y plato, y en que se puede discurrir sin peligro, y aun el discurso mas gracioso ó mas chistoso será el mas verdadero. ¿Es por ventura este el modo que dicta la buena razon para averiguar en estas materias la verdad?

Cab. Aunque esas materias sean muy altas, los principios son claros y manifiestos, y cualquiera los conoce sean las que fueren las circunstancias, y así puede hablar sin detenerse.

Teod. Amigo, ¿qué es lo que decis? ¿Puede haber principios mas claros y manifiestos que los de la geometría y aritmética? Todos saben medir y contar, y de aquí nacen estas ciencias. ¿Hay cosa mas clara y sencilla, que comprar por menos y vender por mas? Esto es toda la basa del comercio, y no obstante ninguno se fia de los discursos y resoluciones tomadas de paso y en el ayre, sino que en esta materia todos resuelven despues de mucha reflexion y sosiego. ¿Por qué no se ha de hacer así con la religion? Quiero contaros lo que me sucedió con Mr. H***. Me habia convidado á comer, tenia buena mesa, y mejor compañía, y cuando todos estaban muy ale-

gres , cayó la conversacion sobre un punto de religion , que era nada menos que sobre si se le debia dar á Dios culto externo , ó si era suficiente el interno del corazon. La mayor parte de los convidados , para que los tuviesen por hombres de juicio delicado , decian : que no era preciso el culto externo , porque piensan los tales que el no discurrir como el comun , es tener un juicio superior. Hervian los disparates y los platos : de aquí me preguntaba uno , si queria de este guisado : otro me ofrecia otro distinto: por detrás de la silla venia el criado á traerme de beber : me era preciso saludar al que me saludaba , &c. Uno era solamente el que se escandalizaba , pero los demas se reian : yo estuve callando , hasta que Mr. D*** con quien yo habia hablado muchas veces en materia de fisica dijo : *en esta materia ninguno puede informarnos mejor que Teodosio ; pero no quiere darnos el gusto de que le oigamos.*

Viéndome de este modo provocado , y temiendo que interpretasen mi silencio como aprobacion de lo que hablaban , ó que le atribuyesen á no tener razones fuertes para impugnarlos , dejé el tenedor , y respondí : que si habia callado no era por aprobar lo que decian , sino porque juzgaba que no era oportuna oca-

sion la de mezclar con platos, vinos y cumplimientos las materias serias de la religion; y que aun ellos mismos me buscaban para cuestiones de menos importancia en mi casa á horas muy cómodas en que podiamos discurrir con seriedad, sin distraccion ni perturbaciones de cosas extrañas; y que si me tocasen aquella cuestion en semejantes ocasiones responderia de buena voluntad; pero que ya que me era forzoso, les diria con toda claridad mi modo de discurrir. Así lo hice: ellos me oyeron, y el caballero que me habia provocado me hizo la honra de decir, que era la primera vez que habia oido discurrir sobre el punto con entera satisfaccion suya. Ved, amigos, si es este el modo de querer acertar en materias tan importantes.

Cab. No se examinan allí: allí solo se tratan las que ya estan examinadas en el gabinete.

Teod. Pero allí es en donde se persuaden y se aprenden las malas doctrinas. Mas digo, que si examinarais diez ó doce amigos de aquellos que estan en una conversacion y de comun acuerdo nos critican, y preguntarais á cada uno de por sí, qué era lo que creian, no habria dos que concordasen entre sí, y muchos de ellos solo responden con mucho garbo:

yo acá no sé de eso ; ó tal vez : no creo nada. Si quereis , Baronesa , divertiros , preguntad á Mr. Sansfond qué artículos de nuestra religion y fe abrazó algun dia , los que todavia confiesa , y los que desecha , y por qué lo hace así. Apos- taré á que le vereis muy cortado.

Cab. Dudo de todo : eso es lo que digo. Si yo determinadamente afirmase algun artículo , tendria obligacion á dar razon de él ; mas como no creo , no tengo obli- gacion á dar los motivos por qué no creo.

Teod. Yo os daré la razon : no creéis , porque no os tiene cuenta. Reparad , Ba- ronesa , en que los señores filósofos del tiempo solo se apartan de la creencia de nuestros padres en aquellos artículos que negados autorizan la libertad de las costumbres : ninguno se aparta de nues- tra doctrina por estrecharse mas.

Cab. Bien tontos serian en eso : en- sanchar enhorabuena : ¿ para qué hemos de apretar y oprimir nuestra libertad?

Teod. Y si Dios no aprueba ese sis- tema de ensanchar , y la creencia ver- dadera es la nuestra , ¿ qué os sucederá despues de muerto ? Yo bien sé que me direis , que vuestra alma muere con el cuerpo , como la del perro ó el caballo , y que todo se os acaba con la muerte ; mas no podreis decir que eso es eviden-

te, y punto matemáticamente demostrado.

Cab. Eso no. Pero yo sigo esto, y digan los otros lo que quieran.

Teod. Pero á lo menos es posible que en ese punto esteis engañado. Decidme: ¿no es posible?

Cab. Posible sí; ¿pero quién hay en este mundo que no se pueda engañar?

Teod. ¿Y qué será de vos si en este punto os engañais? Sois de opinion de que vuestra alma muere con el cuerpo, y por consiguiente de que ninguno os pedirá cuenta despues de la muerte de lo que habeis hecho en la vida; pero á lo menos es posible que esteis engañado, y que vuestra alma sea inmortal, como nosotros y la Iglesia decimos, y que vivais en una opinion falsa. Por lo cual, si despues de la muerte os piden cuentas, y os hallaseis delincuente por haber faltado á la ley de Dios, ¿qué será de vuestra alma? ¿Tendreis acaso tiempo de remediar lo pasado, ó podreis pedir licencia para volver á este mundo á vivir como se debe? Para que yo os condene de temerario me basta que digais, que vuestro sistema en punto de fe y modo de vivir es dudoso. A ninguno de vosotros le ha venido al pensamiento que nos arriesgabamos nosotros á ser castigados eternamente por creer lo que la

Iglesia manda, ni por observar sus preceptos y los de Jesucristo: ninguno ha dicho esto. Lo mas que decis es que son cosas ridículas, que no es necesario creer ni obrar nada de esto, y que nos estrechamos inútilmente; pero que nos perdemos nadie jamas tal pensó.

Cab. Es verdad que no os condenais; pero trabajais demasiado.

Teod. Luego ya tenemos que en vuestra incredulidad os exponeis por lo menos al peligro de quedar engañados sin remedio; y que en nuestra creencia no hay riesgo: no hay mas que el habernos estrechado sin necesidad, como decis.

Bar. Permitidme, Teodosio, pues me está hirviendo la sangre, que ponga una comparacion de qué me valí contra *Mr. de Luc*, cuando me estaba retratando. Decia él lo mismo que *Mr. Sansfond*, y no daba otra respuesta sino: ¿quién sabe? *Vamos pensando en llevar buena vida.* Decidme, caballero mio, ¿por qué cerrais las puertas de vuestra casa? ¿Os admirais de esta pregunta? Respondedme.

Cab. Porque pueden entrar ladrones y robarme, ó tal vez quitarme la vida.

Bar. Tambien puede ser que no entren; ¿y entónces de qué sirvió haber cerrado, trancado y echado los cerrojos á las puertas?

Cab. De prudente cautela : nada se perdió sino la leve diligencia de cerrar las puertas , y en no cerrarlas me exponia á que llegasen los ladrones , y á perder la hacienda y tal vez la vida ; y dicta la prudencia , que en estas dos pérdidas mas bien exponga el trabajo de cerrar las puertas , en caso de que no lleguen ladrones , que exponer la hacienda y la vida por no estar cerradas.

Bar. Eso sí que es hablar con el mayor juicio. Nunca , caballero , habeis discurrido mejor ; mas dadme licencia para que yo discurra del mismo modo en el caso de que tratamos. Mi religion no es dudosa ; pero supongamos que lo sea. Vos confesais , que absolutamente puede ser que nuestra alma sea inmortal , y que Dios os pida cuenta de vuestras obras buenas ó malas. Si esto fuere así , como yo lo digo y toda la Iglesia católica , estais perdido para toda una eternidad , por no estar dispuesto para dar la cuenta , creyendo que Dios no hacia caso de vuestros pecados , y que vuestra alma no habia de durar despues de la muerte para llevar el premio ó el castigo de las buenas ó malas obras ; pero si por el contrario muriera mi alma con el cuerpo , y no hubiera aquel tiempo en que ha de ser premiada por las buenas obras ,

ó castigada por las malas , nada habia perdido sino el trabajo de vivir como buena cristiana , que es bien poco. Ahora bien , ¿ cuál es aquí la mayor pérdida ? Estamos en el caso del Duque de Orleans , que viendo pasar dos Capuchinos un dia de invierno y muy frio , dijo á un confidente suyo : *si es verdad lo que yo pienso , fuerte chasco se llevan estos hombres.* Lo que él pensaba era que el alma moria con el cuerpo. Mas debiera haberle replicado el confidente : *y si es verdad lo que ellos piensan , mas fuerte chasco será el vuestro.* Y si no , caballero , ¿ cuál era mayor chasco ? El de los Capuchinos era pasar frio , y no lograr el premio en la otra vida ; pero el del Duque no era nada menos que arder por una eternidad sin remedio. ¿ Qué me decis , caballero ? Es preciso que digais que sois el hombre mas imprudente por exponeros al peligro de un mal que es posible é irremediable ; ó habeis de decir que no es posible que os engañen vuestros maestros , que por ningun caso puede faltar vuestra opinion , y que es tan evidente su verdad como las de las matemáticas.

Cab. Yo , señora , no pensé que estabais tan adelantada en el arte de argüir : casi casi me voy convirtiendo ; pero ya veis que nos llaman á la mesa ,

y no es razon que nos detengamos. *Bar.* Id allá, caballero mio, pero aprended á no hablarme jamas palabra en materia de religion; porque si no sabeis lo suficiente para responderme, no os debeis tener por tan instruido en esta materia, que pretendais enseñarme.

Cab. Venid, señora, á sentaros, que se enfria la cena.

Teod. Señora, ¿qué mas quereis? Si vuestro enemigo huye, bien manifiesta es la victoria: sentemonos.

TARDE II.

Diálogo sobre el estilo en que se debe averiguar la verdad en las materias de religion.

Teod. Gracias á Dios, amigo Baron, que os veo restituido á vuestra patria; y restituido felizmente. ¿No ha venido vuestro hermano?

Baron. Sí ha venido; pero está indispuerto: no podré yo decir cuanto me alegre de encontraros. Amigo mio, mucha falta me habeis hecho en esta separacion.

Teod. Ya me lo habia dado á entender vuestra hermana la Baronesa; pero ahora podremos renovar nuestras conferencias. No sabeis cuanto gusto tuve ayer noche que cené aquí con el caballero *Sansfond*, á quien puso vuestra hermana en grande estrecho: como estaba picada de que siempre la tocaba en materia de su religion, queriendo á diestro y siniestro comunicarla el veneno de su incredulidad, y se veía ella conmigo, que en caso que necesitase de auxilio se le podia dar, le batió sin piedad.

Bar. Teodosio : ¿qué estais murmurando de mí? Confieso que advertí despues que me excedí algun tanto en el fuego con que le atacué; pero el derecho de señora, jóven y ofendida, da mucha autoridad sobre quien viene á mi casa para obsequiarme.

Baron. ¿Y cuál fue el fruto de la conferencia?

Teod. Llegó la hora de la cena á terminar la disputa, pero ya él rendía las armas : fue muy herido.

Bar. Ahora es preciso, hermano, que nos fortifiquemos en esta materia, pues conviene conocer la mentira y la verdad; porque la materia es de la mayor importancia. Si quereis, Teodosio, vamos todos tres á mi cuarto, que yo voy á decir á los criados que si vienen visitas las lleven al cuarto de mi madre, ó al de mi hermano el caballero, diciendo que he salido á paseo con el Baron. Estas materias deben tratarse con sosiego, y este fue el punto, hermano mio, de las disputas de ayer, en que Teodosio dejó avergonzado á *Sansfoud*; porque se trataban los puntos de la religion estando á la mesa, por hombres sin estudios, y entre mil cosas que perturban el ánimo: hablemos ahora, Teodosio, á nuestra libertad.

Teod. Uno de los preliminares mas precisos para disputar en esta materia es reflexionar cuál es el estilo propio para conocer la verdad; porque hay, amigos, dos métodos diferentes para tratar los puntos cuya verdad se examina: el uno es sencillo y sólido; pero es seco, como el de los geómetras, que tanto os gustaba algun dia: el otro es muy adornado con las figuras de la mas brillante elocuencia, sembrado de algunos chistes ó galanterías de un ingenio feliz, acompañado de agradables pinturas, y ademas de esto animado de un entusiasmo poético, que aun fuera de la poesía deja escapar por aquí ó por allí algunas encantadoras gracias, y tal vez burlonas inyectivas, como por lo comun se ve en los libros escritos contra la religion. Yo no me arrepiento de haberos inspirado uno y otro gusto en los primeros estudios, y en la educacion que os dí, propia para una juventud bien instruida; porque el uno de estos estilos forma y dirige el entendimiento, y el otro le adorna y hermosea: el uno le enseña el camino derecho de la verdad, el otro enseña á caminar por él con gracia. En esta suposicion combinemos estos dos estilos para saber en cual de ellos se deben tratar estas ma-

terias, y dar solución á las dificultades.

Bar. Yo por mí digo que el segundo método debe preferirse al primero: deme licencia el Baron, cuyas delicias son un cálculo y una demostracion larga y difícil, aunque se quede con la cabeza muy recalentada, porque al fin de la demostracion le parece haber ganado una gran batalla. Lo que á mí me arrebatá y encanta es una oda bien hecha, ó cualquier pieza de elocuencia bien trabajada. Es cierto que por el estilo geométrico conozco la verdad, pero es una verdad seca y descarnada, y sobre esto la va buscando el alma por un camino duro, árido y desierto, en donde no encuentra una sombra que la refresque, ni una arboleda que la recree, ni los alegres pajarillos que nos diviertan, sino que va el alma á pie, sudando y subiendo por un camino escabroso, y solamente en el fin se consuela de su trabajo: de aquí viene, que para mil apasionados á las bellas letras, habrá dos ó tres que se entreguen á las matemáticas. Los retóricos sí que nos proponen la verdad tan bella, hermosa y adornada, que encantada el alma con tantas bellezas de la naturaleza y del arte, como á cada paso encuentra, no siente el menor trabajo en el camino,

elevada con la armoniosa suavidad con que la llevan, sin sentir dudas en el camino, ni dificultades en los pasos. Yo, Teodosio mio, á poder ser, daría la preferencia que hoy dan todos al estilo ameno, y en el dia no se leen otros libros: los demas serán muy doctos y científicos, pero yo los veo cubiertos de polvo, y comidos de polilla, quando casualmente doy con alguno en esos estantes que no se tocan.

Baron. Eso, hermana, va en gustos: no me atrevo á condenar el vuestro, porque tambien es el mio: mas no convengo en la preferencia por parecerme injusta; y para convenceros con vuestra misma comparacion decidme: ¿á quién preferis en materia de hermosura? ¿A una señora muy adornada, llena de afeytes, cubierta de flores, cintas y diamantes, con ricas y pomposas ropas, y en fin con todo lo que es hermosura prestada; ó á una sencilla pastora, hermosa por naturaleza, que lavada en una fuente sale risueña y colorada, y con un blanco lienzo echado al descuido, parte sobre la cabeza, y parte sobre el pecho, al mismo tiempo encubre y deja ver el rubio cabello, que sin polvos ni adorno alguno cae con gracia sobre la garganta blanquísima, y con

el corpiño ajustado deja ver la bella figura y gracia natural de su cuerpo? ¿A cuál de estas daríais la preferencia en la hermosura?

Bar. Sin duda se la daría á la pastora; porque nosotras encubrimos con los afeytes muchos defectos de la naturaleza, y la hermosura de las labradoras es la pura verdad.

Baron. Eso es lo que yo hago con la belleza de la verdad: cabe mucha trampa en los adornos de la elocuencia, y así gusto mas de una demostracion seca.

Bar. No hay duda, hermano mio; pero si aquella pastora tan hermosa por naturaleza llevara los adornos del lujo, siempre darían realce á su belleza. No quiero decir que debemos preferir un mono muy compuesto á una hermosa pastora; pero los adornos, tanto por tanto, siempre dan mayor valor á las gracias naturales, y ¡ay de vos si declamáis contra los adornos de las señoras, porque sereis mal recibido en sus concurrencias! Favorecednos, Teodosio, que yo me sujeto á vuestro voto: sed vos el juez árbitro en esta gran pendencia.

Baron. Decid, Teodosio, que yo tambien me conformo con vuestro juicio.

Teod. Ahora bien, Baronesa: cuan-

do ajustáis cuentas con vuestros renteros de Armendariz: cuando decís vuestra indisposicion á Mr. Darquibel, ó hacéis vuestros encargos de París á Mr. Labord, ¿por qué no usais de las bellezas de la elocuencia y ornatos poéticos que tanto estimais? ¿Os reis?

Bar. Mucha malicia teneis, Teodosio: mas á eso respondo, que en materia de salud y dinero son escusadas las bellezas de la retórica; porque en semejantes materias se busca lo sólido, y no lo bonito.

Teod. Yo añado, que en semejantes materias, las bellezas de la elocuencia estudiada, las figuras retóricas, las gracias y chistes, y las preguntas enérgicas, perjudican positivamente, porque dan ocasion á que se introduzca la mentira con apariencia de verdad. Si á un médico le diéseis cuenta de vuestras indisposiciones con entusiasmo poético, os daría para un flato, ó para una leve fluxion, remedios violentos, como si estuviéseis para caer en la sepultura. Si un negociante viese que su correspondal le hablaba en sus cartas con mil figuras y metáforas para darle cuenta de las remesas y encargos, exponiéndolos con mil graciosos epitetos, y que en vez de hablar de cacao, hierro y la-

na, decia: *el nectar de los españoles, el instrumento de marte, la gala de las ovejas, &c.* ¿qué haría este negociante? Dejando aparte todo eso como cosa ridícula, diría que le diese la cuenta en estilo claro, sencillo y comun.

Bar. Y con razon; porque no todo lo que es bueno, es bueno para todo.

Teod. Habeis dado la verdadera razon: mucho me gustan las bellezas de la elocuencia, y son muy estimables; mas para dar cuentas de negocios, ó explicarse con los médicos, son positivamente nocivas, por el peligro que hay de que se disfrace con ellas el error: tras el encanto va el engaño, y todo aquel que quiere engañaros empieza siempre por atraeros, y si puede por embriagaros.

No confundamos lo sólido con lo agraciado ó bonito: todo es bueno, y todo tiene sus usos. Si os quereis divertir, y pasar una hora de recreo sin salir de casa, buscad un libro que tenga gracia; mas si quereis instruiros buscad un libro que tenga solidez. Para divertiros son muy lindos los poetas, y todos los libros que mezclando cierto ayre jocoso y mordaz con razones aparentes os llevan el alma sin sentir á donde quieren; pero para instruiros buscad los

que tratan la materia en estilo claro, llano y sencillo. Permitidme esta comparación: ya veis que vuestra madre en el palacio nuevo que está edificando, manda hacer ricos pavimentos y excelentes techos en las salas; pero los pavimentos son sólidos, con buenas maderas, y los techos son de estuco: los pavimentos son lisos, los techos llevan mucho relieve, y todo queda bueno; porque los pavimentos son para andar por ellos, y los techos para sola la vista. Ahora bien: trocad estas dos ideas, y poned los suelos de estuco con mil figuras de medio relieve, y los techos de maderas sólidas y lisas: ¿cómo quedaría todo?

Bar. No puedo contener la risa con ese cambio y despropósito; pues aunque todo en sí sería bueno, todo por estar fuera de su lugar sería ridículo y malo.

Teod. Pues eso es lo que hace el que busca estilo florido, y deja el estilo sencillo para instruirse en materias de importancia. La de la religion es la balsa, y como el pavimento por donde ha de dar el alma sus pasos, y así debe ser un pavimento sólido y liso para no tropezar y caer á cada paso.

Bar. Estoy enterada; ¿pero qué hemos de hacer de tantos bellos libros que tratan de la religion en un estilo que encanta? ¿Hemos de creer que mienten, solo porque están bien escritos? Yo sé y confieso que pueden mentir, mas tambien pueden hablar verdad, y si no lo es lo que dicen, á lo menos tiene mucha apariencia de serlo.

Teod. Voy á responderos; pero permitidme que haga al Baron una pregunta. Decidme, amigo, si vinieran á venderos una buena jaca para montar y servir de ella en vuestro regimiento de Carabineros, y os la presentáran muy compuesta con bellos arneses, mantas, jaeces, redes, y todo lo demas, ¿la compraríais sin mandar quitarla todos esos aparejos para verla desnuda y certificaros de que no tenia defecto? Sin duda no omitiríais esta diligencia tan precisa para no ser engañado. Esto haríais en el caso que la quisiéseis comprar; pero si solamente os quisiéseis divertir en verla pasear ó brincar, no haríais esta diligencia, porque con aquellos aparejos lisonjearia mas á la vista. Baronesa, lo mismo os digo yo de los bellos libros que me decis. Si pretendéis divertirlos, leedlos como están; pero si

quereis usarlos para instruiros sólidamente, mandadlos desaparejar de todo afeyte y ornato, para que se vea el discurso en limpio, desnudo, sencillo y claro, y vereis entonces si es sólido y perfecto, ó si es manco y lisiado. ¿Quereis una prueba clara de lo que digo? Mandad que traigan el poema de Voltaire sobre la religion natural, dedicado al Rey de Prusia. (4)

Baron. Voy á buscarle.

Teod. Vereis, Baronesa, un discurso muy defectuoso si se le mira desnudo y sin ornato, pero muy hermoso viendole con los adornos con que Voltaire le presenta.

Baron. Aquí está.

Teod. Hacedme el favor de leer al fin del segundo canto, en donde quiere probar, que supuesto que Dios ha dado leyes á los hombres, no deben éstos recibirlas de otro alguno.

Baron. Leo pues. „¿Tendremos atre-
 „vimiento en nuestras débiles cabezas
 „para añadir nuestros decretos á sus in-
 „mortales leyes? ¡Ay de mí! ¿será ra-
 „zon que nosotros, apariencias de un
 „momento, cuyo ser imperceptible está
 „cercano á la nada, nos pongamos á
 „hombrear con el Omnipotente dueño de
 „los rayos, y que como si fuéramos dio-

»ses demos nuestras órdenes á la tierra? (*)»

Teod. ¿Quién no se siente aturdido con tan vehemente discurso? Pero quitémosle á esta figura todo el ropage y adorno: veámosla como es en sí, y podremos juzgar si es un discurso recto y bien formado, ó un argumento corcobado y monstruoso. Todo se reduce á este silogismo:

*Dios impone preceptos á los hombres:
Nosotros no debemos hacer lo que Dios hace:
Luego no debemos imponer preceptos á hombre alguno.*

Yo quisiera que le respondieran á Voltaire en el mismo tono los criados, que no podían sufrirle, y su pobre sobrina, que fue mártir con él, y le dijeran: «nosotros tenemos acá la ley que Dios nos puso; ¿á qué pues vienes tú ahora, figurilla de nada, añadiendo tus órdenes á las que Dios nos ha dado, como si fueras otro Dios como él?» ¿Qué diría á esto Voltaire en su cóle-

(*) *¿ Aurons-nous l'audace en nos foibles cervelles, d'ajouter nos decrets á ses loix immortelles? Helas! ¿ Serroit-ce á nous Phantômes d'un moment, dont l'etre imperceptible est voisin du néant, de nous mettre á coté du Maître du tonnerre, & de donner en dieux des ordres á la terre?*

ra desesperada? Ni aprobaría esta doctrina, ni el discurso le parecería concluyente; porque ¿qué es del caso que Dios haya impuesto preceptos á los hombres, si esto no prohíbe que yo les mande hacer alguna cosa? Contra lo que Dios manda, eso no; pero mandar cosas diferentes, y no contrarias á la ley de Dios, no es apostárselas con Dios, sino conservar la misma gerarquía que Dios dispuso. ¿Por ventura no manda Dios por la ley de la buena razon, que un padre gobierne á su hijo en la edad menor? ¿No manda que el que se ajusta á servir por la paga, ó hace cualquier otro contrato, ejecute lo que prometió? Luego que el padre mande al hijo menor, y el amo á su criado, no es irritar á Dios hombreando con él como si fuéramos Dioses: es hacer una cosa laudable, que concuerda con lo que Dios manda.

Bar. Para mí es falsísima la razon que da Voltaire cuando dice: *nosotros no debemos hacer lo que Dios hace.* De lo contrario diríamos: *Dios hace bien á los hombres: luego yo no debo hacerles bien; porque eso sería hombrear con el Omnipotente, y hacer como él hace.* Quiero pues adornar este disparate por travesura, probando que un hombre no debe dar limosna á

otro hombre, valiéndome de las mismas frases y expresiones de Voltaire. Ved si le imito y hago que parezca hermosa esta monstruosa proposicion.

“¿Quién tendrá en su loca cabeza
 „atrevimiento para querer añadir sus ri-
 „dículas dádivas sobre las liberalidades
 „de un Dios? ¿Le tendrá por ventura
 „el hombre, aquella figura que como la
 „de un sueño, aparece en un momento, y
 „luego se desaparece? El hombre, que
 „es un punto mas que la nada, aquel
 „ser pequeño imperceptible, ¿se atreve-
 „rá á hombréar con el Todopoderoso,
 „á enmendar sus faltas, y á querer ha-
 „cer el papel de Dios, distribuyen-
 „do sus favores entre los hijos del Al-
 „tísimo, como si no tuvieran padre
 „que los sustentase, y esto cuando
 „Dios les manda que recurran á él co-
 „mo á su padre verdadero?” ¿Qué
 os parece, Baron, de mi blasfemo dis-
 curso?

Baron. Que no he visto despropósi-
 to mas bonito, ni disparate mas bien
 disfrazado.

Teod. Baronesa, bien habeis imitado
 el estilo y tomado la frase.

Bar. Como que tenia yo el libro de
 Voltaire en la mano para ir siguiendo
 sus frases é imitando las figuras. Si es

atrevimiento imponer preceptos al hombre, porque Dios le ha dado preceptos, tambien será atrevimiento dar bienes al hombre, cuando Dios es el que da bienes á los hombres. Aquí salta la falsedad á los ojos; pero no pensé, Teodosio, que pudiese la mentira tomar tan buen disfraz.

Teod. Me alegro de que conozcais el riesgo de engañarse en los libros que están escritos con mucha elocuencia y artificio.

Bar. Por último, Teodosio, decidme ¿qué es lo que debo hacer con estos libros?

Teod. No leerlos antes de haber leído seriamente los que están escritos á favor de vuestra creencia; porque sin estar armada con el conocimiento de la verdad, no podeis sospechar que haya mentira en los otros libros, y así estando primero bien instruida en la verdad, cuando os acometan con los libros encantadores de los incrédulos, separando todo lo que es flores, figuras y metáforas, dejad desnudo y seco el discurso para decir: este hombre asegura esto por esta razon, y entonces vereis que en lugar de bellisimos discursos en la apariencia, resultan en la realidad sofismas muy defectuosos.

Baron. Tambien harémos lo mismo con los otros libros á favor de la religion, porque el partido debe ser igual.

Teod. Sin duda: pero en eso no hay mucho que trabajar, porque nuestros libros de instruccion están en un estilo sencillo y sólido. Esta es otra circunstancia que hallaréis, *Baron* mio: los libros á favor de la religion son serios, sólidos y secos, y los que son contra ella estan llenos de mil invectivas, de flores, y de las mas bellas pinturas; pero esos son los que nos hacen mas guerra, y no es mucho que se deje engañar el pueblo, que no está muy diestro en el arte de discurrir.

Baron. Otra infeliz ventaja hallo yo en los libros malos, y es que estos persuaden una doctrina que lisonjea al corazon, y á las pasiones: nuestra religion las refrena, y es muy natural que yo guste mucho del que habla al gusto del paladar de mi corazon con frases encantadoras, y mucho mas no estando regularmente los libros de nuestra religion, que me persuaden á que reprima mis pasiones, en aquel estilo encantador con que escriben los corifeos de los incrédulos.

Teod. Tambien en eso veis que el séquito que se lleva esa triste y desgra-

ciada doctrina , no es en fuerza de que hace conocer la verdad , sino en fuerza de que favorece á la libertad.

Bar. Estimo ese pensamiento , y de aquí en adelante yo me precaveré haciendo con estos libros lo que me enseñaba mi maestro de dibujo. Me decía éste que en viendo algun dibujo ó pintura , para examinar su mérito me representase aquella figura desnuda , y prescindiendo del ropage con que estuviese adornada. Era el caso , que hallaba yo muchas veces grandes defectos en dibujos muy aplaudidos del pueblo , porque hallaba que un brazo era mucho mayor que el otro , que un muslo era monstruoso , que un pie iba á parar á donde no podia llegar la pierna , supuesto el lugar de la rodilla , &c. Lo mismo he de hacer con los libros : yo leeré menos ; pero acertaré mas. Vamos á pasear , Teodosio , antes que lleguen visitas que nos incomoden.

Teod. Vamos , Baron, yo estoy pronto.



TARDE III.

Diálogo sobre la existencia de Dios.

Bar. No os puedo ponderar, Teodosio mio, la admiracion que ayer me causó en cierta concurrencia un amigo nuestro, que no quiero nombrar. Habló de la religion con tal libertad, soltura y desembarazo que me pasmó; porque llegó en cierto modo á dudar de la existencia de Dios. Yo, decia él, siempre creo que hay un Dios, mas aun así quisiera que me lo probasen, y me convenciesen, porque en este punto no todos los discursos me agradan.

Teod. Bien quisieran ellos poder hallar modo de dudar si habia Dios; porque entonces, puestas las pasiones en plenísima libertad, triunfarian de todo cuanto las pudiese contener.

Bar. Decis bien, Teodosio, que hoy todo el empeño consiste en el sistema de una entera libertad en las costumbres; porque veo que se rompen todos los frenos. Yo que no sé mas que lo que oigo á ciertos sugetos que se pre-

ción de entendidos, voy haciendo acá mis reflexiones, y hallo que el general empeño del día es la soltura y el desenfreno de las pasiones mas livianas. Ya se sabe que hoy se burlan del Evangelio, y con mayor osadía de las leyes de la Iglesia. Tampoco quieren que haya leyes positivas, sino sola la ley natural, y que esa la entienda cada uno como le parezca; porque, como todos saben, no quieren mas código de esta ley que el cerebro de cada uno. Ya no valen las leyes del pudor ó de la decencia: las de la buena crianza son para ellos ridículas. Ya los hijos nada tienen con sus padres, ni los padres con los hijos: las mugeres no deben fidelidad á sus esposos, ni éstos á sus mugeres, eso, dicen, es opresion. En fin, Teodosio mio, no hay ley de ninguna especie, ni la de Dios; porque he oido (y no vive lejos de nosotros el que lo decia) que Dios nada tiene que ver con nosotros, y que se le da de nosotros lo mismo que á nosotros de las hormigas. Por lo cual, en quitando la creencia de que hay un Dios, queda libre el campo para que haga cada uno cuanto quisiere, y á esto tira esta moda.

Teod. ¿Ese sugeto no es uno, cuyo nombre empieza por H, y que cenó con

nosotros habrá unos quince días? ¿Qué, os sonreis? Ya le he oído hablar de tal modo, que me parece su religion la de un ateo, y por lo menos en la práctica vive como si lo fuera.

Bar. No os engañais. Ahora habíamos de encontrar con él: Dios nos le trayga.

Teod. Eso no es lo mejor, porque pudieramos acalorarnos en la disputa; y cuando el ánimo se acalora demasiado, no se discurre con mucho acierto. Mejor será que discurremos aquí en paz, y que vos os esforceis por ver si se puede dar salida á los argumentos que yo hiciere, supuesto que ya sabeis como se disputa.

Bar. Enhorabuena: porque aun yo conoceré mejor de este modo el peso de los argumentos. Suponed, Teodosio, que niego yo que hay Dios, ó por lo menos que lo dudo. Creo lo que veo, y nada mas. Supongamos esto, y que me pongo muy obstinada y tenaz.

Teod. ¿Vos, señora, dudais de lo que veis?

Bar. No.

Teod. Está muy bien: ¿luego creéis que existis?

Bar. Sí lo creo: yo existo.

Teod. ¿Y os ha dado alguno el ser?

Bar. Sin duda ; y fueron mis padres.

Teod. Esos tambien recibieron de alguno el ser , y sus padres de otros , y finalmente iremos á parar al primer hombre ; con lo que tenemos que hubo un primer hombre.

Bar. Alguno lo habia de ser ; ¿ pero qué sacais de ahí ?

Teod. Ese hombre , que en la série de los hombres fué el primero , de alguno recibió el ser , fuese éste quien fuese ; porque él no se podia criar á sí mismo. Ahora bien : el que dió el ser al primer hombre , ya existia ; y así , ó recibió la existencia de sí mismo , y entonces le llamaré Dios , ó tuvo su existencia de otra cosa que le produjese , y de esa vuelvo á hacer la misma pregunta , hasta que demos en una cosa que en sí tenga la existencia sin haberla recibido de otra , y esa es la que yo llamo Dios verdadero : luego existe el Dios verdadero. ¿ Qué respondeis ?

Bar. Yo quisiera responder , para sostener mi papel , pero no sé ; porque conozco que cuanto pudiera decir es un despropósito , y no los puedo yo decir con advertencia.

Teod. Todo se reduce á que ninguna criatura limitada puede tener la

existencia de sí misma; y habiendo de recibir el ser de otra, también ésta debe haberle recibido de otra, y de este modo habrá habido una infinita serie de cosas, en las cuales se supone una antes de las que ésta produjo: lo que probaría haberse ya pasado una infinita serie de criaturas.

Bar. Eso es imposible: serie infinita, que ya se acabó, no puede ser; porque es contradicción manifiesta que una cosa sea infinita ó sin límites, y que ya se haya acabado.

Teod. Otras mil contradicciones hallareis en los que quieran negar la existencia de Dios. Haré otro argumento muy claro. ¿No tendríamos por necio al que dijese que había un reloj en una isla desierta, que regulaba bien todos los movimientos, si quisiese persuadirnos que allí estaba sin que ninguno le hubiese llevado ni puesto allí, y que ninguno le había fabricado?

Bar. Sin duda.

Teod. Ahora bien, ¿no es más delicado un insecto que anda por el suelo, ó cualquier animalito que el reloj más complicado? Los antiguos que pensaban ser los insectos nacidos de la putrefacción, no habían manejado el microscopio, y por consiguiente no ha-

bian visto la admirable delicadeza de sus órganos, y así no podian conocer la fuerza de este argumento; pero vos y todos los que con el microscopio han visto la inexplicable sabiduría que brilla en un insecto, os pasmais de lo que en él se vé, y mucho mas de lo que no se vé, pero se cree; pues por fuerza lo ha de haber, por quanto si no puede un hombre mover el brazo ó la pierna sin el músculo correspondiente, sin el suco nerveo que llene al músculo, sin tendon que esté agarrado al hueso, ó sin ligamento que ate el tendon al mismo hueso: si el músculo no puede tener accion sin que tenga mil vejiguillas, &c. la pulga, el mosquito y todos los demas insectos necesitan precisamente de la misma fábrica de órganos propios para el movimiento. En quanto á la digestion y modo de nutrirse con el sustento, hay en ellos la misma dificultad que en los animales grandes; pues necesitan de estómago y demas órganos de la nutricion, y de una grande fábrica para sacar de los alimentos un suco comun para convertirle en su propio sustento, con el que vayan creciendo los miembros, y tomando fuerza vital, supuesto que en los animales grandes y pequeños milita la

misma razon ; y aun es mas admirable fabrica la de los insectos por su pequenez , así como admiraria mas ver un relox tan pequeño como los ojos de una mosca (si le hubiera) que un relox de torre.

Bar. Sin duda que la pequenez aumenta y no disminuye la dificultad del mecanismo.

Teod. Luego es mas imposible que sea producido un insecto sin causa inteligente que le forme , que el relox mas complicado.

Bar. Eso , á mi parecer , es de suma evidencia , y se puede esta igualar á la de las proposiciones matemáticas , porque es tan claro , como que tres y cuatro hacen siete. Es verdad que vemos que los insectos con toda esa fábrica que decis , nacen por la generacion de sus padres ; ¿ pero cómo pasais de ahí á la existencia de un Dios ?

Teod. No habeis reparado bien en lo que dije : lo que yo dije es , que los insectos pedian causa inteligente que los formase : no digo que esa causa inteligente es para formar esa hormiga que va andando por el suelo , sino para formar la primera hormiga , de la cual han procedido todas las demas por generaciones regulares. Reparad , Baronesa , en

que este argumento es mas fuerte de lo que pensais.

Bar. Explicadmele bien: mas yo siento allá fuera al Coronel, de quien os decia poco há que le tenia por ateista. Voy á meterle en la cuestion: dejadme á mí con él hasta interesarnos en el punto. Tened paciencia con los despropósitos que le habeis de oir; porque los dice de buena marca.

Coronel. ¡Gran cosa, Madama! ¡Vos cerrada en el gabinete sola con vuestro maestro! ¿Es eso fuerza de cálculo, ó algun problema geométrico de importancia? Dejaos de eso, señora, que vuestro sexo debe aplicarse solamente á las modas y á los atractivos de la bella edad: dejad para nosotros los estudios secos y melancólicos de las matemáticas como propios nuestros, y procurad haceros cada vez mas bella para ganar los corazones de todos con las gracias de la naturaleza y del arte.

Bar. La mejor gracia que debo á la naturaleza es la rectitud de mi juicio, tan acostumbrado á los estudios geométricos, que no puedo sufrir discurso torcido; y me parece que así como la mas bella dama y mas ricamente compuesta, si tuviera la cabeza torcida perderia todas las demas gracias, así de la naturaleza como

del arte ; del mismo modo el hombre ó la señora que no discurre bien , ni da razon genuina de lo que dice , es para mí peor que si tuviese la cabeza torcida. Yo estimo mas mi entendimiento que mi rostro ; porque vale mas mi alma que mi cuerpo : por lo cual no os admireis de que me aplique con tanto empeño á la geometría , pues me gusta no abrazar por verdad , sino lo que sé de cierto que no es un error disfrazado con buena cara. En las conversaciones de muchos caballeros oigo discursos que me parecen de mugeres del campo , ó de muchachos de la calle , sin conexion , sin firmeza y sin principios : hablan y mas hablan con ayre y tono magistral , y nada dicen : yo callo , pero despues en mi gabinete rio á mi satisfaccion.

Coron. ¿ Y cuántas veces os habreis reido de mí ?

Bar. ¿ Me hablais en confianza ? Pues yo os diré la verdad , porque en materia de verdad no gasta cumplimientos una géometra , como vos me llamais. Muchas veces me he reido , y una de ellas fue sobre la conversacion de ayer , cuando hablabais con duda de la existencia de Dios. Perdonadme , que yo no sé vuestra creencia ; mas un ateista es para mí un hombre que no discurre.

Coron. Supongamos por ahora que yo sea ateista, ¿qué teneis que decir contra eso?

Bar. Supuesto que entramos en el desafio, á vos, Teodosio, entrego la lanza: sois mi maestro, disputad; que yo, Coronel, me reservo el privilegio de reir en oyendo un despropósito, venga de donde viniere. En no sonándome bien rio, que son las armas de una señora, y armas de flaco despique.

Coron. Yo venia á visitaros, y no á disputar; mas pues vos lo mandais no escuso el desafio, que eso no me está bien: no os temo, Teodosio.

Teod. Tampoco yo: me alegro de que seais vos el sustentante por las circunstancias que todos saben, de que siendo hombre cultivado con los estudios de las matemáticas conoceis bien la fuerza de una verdad cuando se deduce de otra. Para no perder palabras ni tiempo, decia yo cuando entrasteis, que la produccion de las criaturas, v. gr. la de los insectos, probaba con evidencia la existencia de un Dios.

Coron. Eso es lo que yo quiero ver: quiero ver como una hormiga, que yo piso y mato, me obliga á colocar en el alto de los cielos un ser de suma perfeccion; en fin un Dios.

Teod. Supongo que sabeis la admirable perfeccion y la delicada construccion de una hormiga , y que es superfluo deciros que es en cierto modo mas admirable que la del cuerpo del hombre.

Coron. En eso puede ser que esté yo mas instruido que vos , porque tengo un microscopio excelente.

Teod. Está muy bien : luego ha habido alguna causa inteligente que idease y ejecutase el admirable mecanismo de la hormiga.

Coron. Sí : las otras hormigas que la engendraron. ¿Qué duda tiene eso? Ya podeis ir riendo , Señora.

Teod. De aquí á un rato , amigo. ¿ Pero quién formó á la primera hormiga? ¿ Quién la dió poder (haced reflexion en lo que añado) , quién la dió poder para que concurrendo los dos sexos saliesen de ella nuevas hormigas tan perfectas como aquellas primeras que salieron de las omnipotentes manos? Hablad como hombre de bien y franco , que no prostituye la verdad , y entiende bien la proposicion que quiere sostener: reparad en lo que pregunto. Yo puedo formar un relox ; pero es increíblemente mas difícil que yo forme un relox , que pueda producir muchos millares de

relojes , y dar á cada uno de ellos habilidad para hacer otros muchos , y esto sin que ninguno entienda ni sepa el mecanismo que en sí tiene , ni el que da á sus hijos , de suerte que todo lo dispuso el relojero primitivo. ¿ No es esto propio de una perfeccion infinita y mas difícil que hacer simplemente un reloj ?

Coron. No se puede dudar que eso es una cosa infinitamente mas perfecta.

Teod. Está bien : pues aquel ser que formó las primeras hormigas tiene tal inteligencia , que no solamente dispuso la delicadísima perfeccion de sus órganos , sino que las formó de manera , que sin conocer ellas su propio mecanismo , se le vayan comunicando de padres á hijos , y de hijos á nietos y viznietos , &c. todo en virtud de la primera construccion. Dejadme poner este punto en toda su claridad. Si las primeras hormigas tuviesen tal juicio é inteligencia , que comprendiesen bien todo su mecanismo , ó la disposicion de sus miembros , ya esto sería mucho ; pero si sobre eso pudiesen esas hormigas tener inteligencia y habilidad para ir formando otros cuerpos orgánicos semejantes á los suyos , sería mucho mas ; y si ademas de esto supieran enseñar á los insectos produci-

dos como habian de hacer y formar otros , esto sería todavía mucho mas ; y en tal caso probaria el primer autor de la hormiga grandísima inteligencia y omnipotente poder. Pero aun es mucho mayor nuestro caso ; porque las primeras hormigas nunca supieron de su interior organizacion , así como vos , mi amigo , ni madama , sabeis de las admirables piecitas de vuestra organizacion , como que no habeis estudiado la anatomía. Ahora bien : si estas hormigas nunca supieron de su propio mecanismo interno , no podrían dársele á sus hijos por inteligencia propia. ¿ Sería esto posible ?

Coron. No.

Teod. Luego cuando se le dieron á sus hijos por la generacion fue en virtud de aquel autor primero que las hizo en tal disposicion , que con el simple concurso del sexo se produjesen nuevos cuerpos orgánicos , semejantes á los primeros. Todo viene de allí ; y así arguyo de este modo : toda obra bien regulada , con delicadez y conexiones admirables , pide una causa inteligente que sepa lo que hace , y dirija las cosas conexas , prefiriéndolas á las que no tendrían conexion con el fin.

Coron. Es evidente.

Teod. Esta causa no se halla en las hormigas segundas ó terceras , ni tampoco en las primeras ; porque estas nada sabian de su propio mecanismo.

Coron. Tambien convengo en eso.

Teod. Luego la causa inteligente del mecanismo de las hormigas de ahora residió y reside en el autor de las primeras hormigas.

Coron. No lo niego.

Teod. Luego aquel autor era un sér, era un *ente* (permítaseme esta expresion de las escuelas , por ser precisa) era un sér que tenia grande é inimitable inteligencia , grande é inimitable poder.

Coron. Confieso que todo eso es así; ¿péro qué sacais de ahí? No aguanto yo tantos rodeos.

Teod. Vamos despacio , que al fin os lo diré. El mismo discurso hago de todas las criaturas que conocemos ; y así digo: ó fueron naciendo unas de otra especie diferente , ó nacieron igualmente todas las especies del grande autor de cada una. Elegid lo que querais ; porque como ninguna podia hacerse á sí misma, iremos á parar en un autor supremo de quien todo nació , y todo lo hizo con suma inteligencia y poder , y con tal habilidad que fuesen unas criaturas comunicando sucesivamente á otras su in-

imitable mecanismo. Este autor de todo es el que yo llamo Dios: luego es evidente que tenemos un Dios. Responded ahora.

Coron. Respondo de muchos modos.

Teod. Vamos al primero.

Coron. Ese autor universal de las criaturas tambien pudo ser una criatura mas perfecta que todas las que ella produjo, y de este modo ya no es Dios.

Teod. Está muy bien: ella no es Dios, pero será Dios el que la hizo tan perfecta, ó el que hizo á la que la produjo, &c. Yo solamente llamo Dios á aquel que crió, y por ninguno fue criado, ó á aquel que dió existencia á lo que vemos, sin que él la recibiese de nadie. Al primer principio de las cosas ó de su existencia, llamo yo Dios: por consiguiente tenemos que hay un Dios; porque no puede haber existencia criada sin principio que haya dado esa existencia. ¿Cuál es la otra respuesta?

Coron. Si yo os dijere que todas esas cosas que estan hechas no fueron hechas por causa inteligente, sino por el *acaso fortuito* de haberse juntado de ese modo las partículas de la materia, ¿qué me direis entonces?

Bar. Señor Coronel, licencia para reir.

Coron. Este pensamiento es el de un filósofo antiguo.

Bar. ¿Y qué privilegio tuvieron los filósofos antiguos para no decir puerilidades que hagan reir á la gente? Yo por mí me estoy riendo de ellos y de vos. Ahora bien: ¿no me diréis cuándo habeis visto un relox, ó una casaca hecha por el acaso, y sin que alguna mano inteligente la gobernase? Decídmelo por vuestra honra. ¿Creeis eso, ó podeis sin violencia creer que es posible ese pensamiento?

Coron. Supuesto que empeñais mi honra, debo deciros que todo esto lo tengo por un disparate: mas al fin sirve para hablar como hablan otros.

Teod. Vamos á otra respuesta, que estas ya están impugnadas.

Coron. Y si yo os digo que aquel ente, autor de todo, fue la *naturaleza*, y que ésta es la autora del universo, ¿qué tendreis que replicar?

Teod. Ha muchos años que ando preguntando qué cosa es lo que se llama *naturaleza*, y os estimaré que me lo expliqueis. ¿Es la *naturaleza* cosa espiritual é inteligente, ó es una cosa bruta, material y ciega?

Coron. A la *naturaleza* todos la conocen, y ninguno explica lo que es: todos la

conocen, porque todos ven sus efectos en esta série continuada de movimientos: es nuestra madre, y la conocemos, aunque no podemos definirla.

Teod. Ya veis que estamos en disputa rigurosa, en la que deben ser claras las ideas, y no en discursos poéticos, cuyas ideas son muy confusas aunque hermosas y brillantes. Si quereis que yo os hable de la naturaleza con ayre oratorio ó poético, no me bastarán cuatro horas: tan abundante es la materia. Lo que aquí deseamos es saber si la naturaleza es materia ó espíritu, y si tiene inteligencia ó carece de ella. Amigo, teneis empeñada vuestra honra con la Baronesa para hablar con el corazon: empeñadla tambien conmigo, por obsequiarla, y decid qué concepto formais de la naturaleza. Permitidme decir el mio, y puede ser que estemos acordes. Yo llamo naturaleza á esta série continuada y regular de movimientos en todo lo que es visible; porque lo que pertenece á nuestra voluntad, y á los afectos del ánimo, no es cosa de la naturaleza. ¿Convenis en esta idea?

Coron. Convengo; porque es la misma que yo tengo formada.

Teod. Luego estamos con el argumento en pie; porque esta série tan constante de movimientos en el cielo y en la

tierra, tan bellamente ordenada, siendo tan complicada y tan varia al mismo tiempo, pide una grande inteligencia que sea el autor de este orden: pide grande inteligencia y grande poder. A esa inteligencia llamo yo Dios. Luego tenemos que la existencia de las criaturas nos prueba que hay Dios.

Coron. Muy bien; pero está el caso en saber si todo es materia, como dicen muchos; y yo no sé cómo es ese Dios.

Teod. Ese es otro punto, que se queda para otra disputa sobre la espiritualidad de Dios: por ahora la conclusion es, que hay un Dios autor de todas las criaturas, que de nadie ha recibido su naturaleza y existencia, sino que la tiene de sí mismo, y que este autor universal tiene mucha inteligencia y poder.

Bar. Gracias á Dios, Coronel mio, que veo una prueba clara de que sois hombre sincero, y os rendis á la verdad cuando os la hacen ver claramente. Vamos á paseo.

Coron. Yo tengo dada palabra á Madama la Gobernadora, que me convidó á darla el brazo esta tarde en el paseo: en buena compañía os dejo. A Dios.

Teod. ¿Habeis visto, Baronesa, modo mas atolondrado de discurrir que el de este hombre? Pues así son todos los

demas cuando discurren en estas materias.

Bar. Mas yo le entré por buena parte, empenándole su honra para que dijese lo que sentia en su corazon.

Teod. Creed, Baronesa, que en el mundo (hablo del mundo civilizado) no hay hombre persuadido á que no hay Dios: lo que hay es, que andan hablando y haciendo esfuerzos por ver si pueden librarse del remordimiento que sienten en su corazon con sus desórdenes, y quisieran arrancar de una vez aquella espina, y persuadirse á que son sin peligro absolutos dueños de sus acciones: aquí viene todo á parar.

Bar. Pero dicen muchos despropósitos.

Teod. Creedme, señora, que los mayores despropósitos, cuando nos tienen cuenta, son bellísimas verdades. Vamos á paseo, y llamad al Baron, porque advirtiéndome que estaba aquí el Coronel con sus filosofias, no quiso entrar; pero yo bien le sentí.

TARDE IV.

*Sobre los misterios de nuestra religion
en comun.*

Bar. **N**o sabeis, Teodosio mio, cuánta guerra me hizo ayer noche nuestro Brigadier burlándose de mi creencia, y llamándola *credulidad de mugeres*, que entregan ciegamente su juicio á quien le quiere tomar para llevarle adonde le parezca. Es verdad que en el exterior profesa como yo la religion católica, mas por lo que me dijo supongo que ninguna tiene. Le tengo convidado al paseo, y creo que vendrá á buscarme: yo quisiera que le oyéseis en esta materia; porque á la verdad me aturde mucho su modo de discurrir, y en puntos de tanta importancia no querría yo que me engañasen. Ni quiero creer mas de lo que debo, ni dejar de creer lo que es justo. En ese gabinete de mi padre nos estan oyendo el Baron, el Caballero, Sofia, Vitoria y mi madre, que no quieren entrar acá por dejarnos con mas libertad.

Teod. Yo no le he de acometer, porque no conviene: si él me atacase le res-

ponderé con paz: no receleis que triunfe el error: si él sabe jugar la espada de la razon como hombre, no le temo; porque nuestra causa es buena.

Bar. Es hombre docto; y en las ciencias naturales juzgo que discurre bien: á mí á lo menos me agrada: yo le haré entrar en la cuestion: sufrid sus ataques con prudencia; porque es algo picante, y tiene cierto ayre de desprecio que no deja de ofender un poco.

Teod. Así, señora, lo debe hacer según costumbre; porque abogado de mal pleito suple la falta de razones sólidas con burlonas ironías. Pero no me venga á mí con esas; pues cuando yo juego al florete no me tiro á los vestidos, ni siento que me toquen en ellos, me tiro al cuerpo: dejo pasar las palabras, y voy á la razon: despues si quedo victorioso podré decir alguna palabrita que sirva para reprimir ciertas vivezas de pocos años, y menos estudios. Me parece que le siento entrar, y si tiene ese genio picante y de oráculo dadme vuestra licencia, porque si hallo ocasion me he de divertir con él, hablando con ironía, y fingiéndome débil para hacerle resbalar y caer sin que yo le ataque, y despues de habernos reído un poco, jugaremos la espada de la razon de veras y á muerte

ó á vida. Y así, no os escandaliceis por lo que yo diga al principio; pues en el método socrático me es preciso llevar la farsa de la ironía hasta cierto punto. Ya entra.

Bar. De vos estábamos hablando ahora, señor Brigadier: ya tenia yo prevenido á mi maestro, y vuestro amigo, sobre la honra que nos habíais de hacer esta tarde.

Brigadier. Mucho tiempo há, Teodosio, que deseaba trataros, y no hallando ocasion para recibir de vos este favor, me serví de la introduccion de vuestra discípula, la señora Baronesa, que me honra mucho.

Teod. En ambos era recíproco este deseo; porque desde que os oí hablar en materias de fisica advertí que érais hombre instruido, y deseé comunicar con vos, por ser la fisica mi aplicacion y mi gusto: yo no hallo ciencia que mas satisfaga á la curiosidad del hombre, ni que le entretenga con mayor recreo. Por una parte las matemáticas con sus cálculos, por otra la experiencia con sus observaciones, van llevando de tal modo el alma por ambos brazos, y con pasos tan seguros y ciertos al país de la verdad, que queda esta enteramente embriagada, y gozando de su amable é inapreciable hermosura.

Brig. Gracias á Dios, Baronesa, que hallo en Teodosio un hombre como yo esperaba, y no como vos decíais. Me pintábais á Teodosio como un hombre de entendimiento servil, que se dejaba llevar con los ojos cerrados adonde querían, creyendo en la religion cosas que no podian comprehender ni él, ni quien las persuadió. Me admiraba yo de que siendo por otra parte hombre de espíritu tan ilustrado y tan investigador de la verdad, se dejase llevar como ciego por regiones desconocidas. Ahora veo, amigo Teodosio, que como yo y todo hombre de juicio, nada creéis, sino lo que comprehendeis claramente con el cálculo y las observaciones, dejando aquellos misterios incomprendibles que nos enseñaron cuando eramos niños de la escuela; los cuales creen cuanto les dicen, hasta el que hay un coco que come las criaturas.

Teod. Amigo, me agrada que me toqueis esa materia; porque como teneis buen juicio podré esplicarme con vos, y reflexionar con madurez. Para mí es fortuna dar con quien sepa manejar la espada de la razon, y distinguir un discurso serio de una invectiva jocosa. En esta suposicion quiero saber vuestro modo de pensar sobre aquel principio de

Rousseau, que hoy está muy adoptado: *No debe un hombre de juicio creer lo que no comprehende.*

Brig. Es la máxima mas racional que jamas se ha establecido. Yo si no comprehendo una cosa, digo que no la creo. ¿Qué diferencia hallais entre un hombre de juicio, y una vieja tonta, que encorvada sobre su baston va arrastrando una alma vil y medio muerta tras un clérigo tan tonto como ella, que no entiende lo que dice, y ha muchos años que se lo enseñaron? Dios me libre de que teniendo yo un entendimiento ilustrado, y siendo hombre de estudios crea como una vieja ignorante. Eso no, ni me persuado á que vos sois así.

Teod. Venga un abrazo, mi grande amigo: ya veo que me podeis sacar de grandes dudas, pues teneis juicio muy claro. No me engañaba la Baronesa en los elogios que de vos me hacía: esa máxima de no creer lo que claramente no comprehendemos, sin duda parece conforme á razon. ¿Pero la teneis por general?

Brig. Por general, y generalísima, porque el hombre que no se sirve de su razon, en nada se diferencia de aquellos brutos con quienes vive y trabaja en el campo, lidiando siempre con ellos; pues

no da razon de lo que hace ni de lo que dice: hace lo que su padre le enseñó, dice lo que oyó decir, y está su razon tan llena de mohó como una pieza que no se usa. Nada, amigo: si no comprehendéis bien una cosa, de modo que podáis dar razon de ella, no la debéis creer.

Teod. No sabéis bien el trabajo que me ahorrais; porque yo creía muchas cosas, y las creía firmemente: mas no podia explicar lo que creía; y entre tanto trabajaba y sudaba en vano mi entendimiento buscando la razon que no podia encontrar.

Brig. Nunca hagais eso, amigo, si quereis que os tengan por hombre de juicio: negad todo lo que no podeis explicar, ó á lo menos decid que no creéis, para libraros de que os digan que vuestro juicio es caudatario de tontos, y que vais ciegamente adonde ciegamente os llevan.

Teod. ¡Qué vasto campo se me abre ahora para desahogar mi razon, oprimida hasta aquí con mil dificultades! Pero no sé, amigo, si vos seguis esa máxima tan generalmente como decís.

Brig. No dudeis que deje yo de seguirla firmísimamente, ni hay quien pueda acometerme en este punto; porque en

diciendo que no creo, estoy libre de todo argumento.

Teod. Estoy hecho cargo; pero sufridme un escrúpulo que tengo, ya que me haceis la honra de ser mi maestro. ¿Qué es lo que pensais de nuestra alma?

Brig. Puedo daros mil definiciones; pero solamente sé que es un espíritu inteligente que percibe las sensaciones de los sentidos, y gobierna el movimiento de los miembros: esto es lo suficiente para el conocimiento del alma.

Teod. ¿Y cómo esplicais que pasan las sensaciones desde los sentidos y del cerebro material al alma, que es espiritual? ¿Cómo pasa el movimiento ó determinacion del alma espiritual á los miembros del cuerpo material? ¿Cómo es este juego, esta union y este paso?

Brig. En eso hay tres sistemas: el de Leibnitz es ingenioso, pero materia de risa: el de Descartes no es nada: el del influjo físico es imposible; con que en este particular, acá para entre nosotros, nada se sabe.

Teod. Entonces, amigo, digo que no creo que teneis alma, ni lengua, ni manos que ella gobierne; pues acabais de decirme que nadie comprehende cómo es eso, ni sabeis dar de ello clara razon: y así, amigo, no creo que tengais alma,

ni que ésta reciba las sensaciones de los sentidos, ni tampoco que pueda gobernar los movimientos de los miembros: digo pues que no teneis alma; porque si me preguntan cómo está el alma en vuestra cabeza, cómo entiende lo que yo digo, y cómo os mueve la lengua para responderme, yo no lo sé explicar, ni otro alguno; y vuestra máxima es negar á pies juntos lo que claramente no comprendo. ¿Os reis, Baronesa? Reíos, que tampoco creo en vuestra alma, ni que percibe lo que estoy hablando con el amigo; porque yo no comprendo cómo puede ir el sonido de mi voz á inquietar vuestra alma espiritual, cuando el sonido y todo cuanto éste hace en el cerebro es cosa material y corpórea, y vuestra alma es espiritual. Protesto pues que no creo que tengais alma que perciba mis voces, y determine las vuestras.

Bar. Perdonad, Brigadier, esta risa, que mas se dirige á la confianza que tengo con Teodosio, que á falta de atención á vuestro respeto.

Brig. Bien veo que se chancea; pues no puede dudar de mi alma movimientos, sensaciones, &c. Esto solo lo dice por gracia.

Teod. Me chanceo; pero quiero la respuesta, porque yo me fundo en el

documento que me habeis dado de no creer lo que claramente no comprehendo.

Bar. Ahora bien, Teodosio, hablad sin ironía, porque quiero saber lo que pensais en este punto.

Teod. Yo he querido, antes de entrar en desafio con el señor Brigadier, manifestarle que la situacion en que se ponía para pelear y luchar conmigo, le hacia resbalar y caer; pero si queréis me esplicaré despacio. Vamos por partes: vos, Baronesa, iréis sentando con el lapiz las proposiciones en que ambos convengamos, para que á lo último las tengais bien presentes: nosotros las podremos reducir á un discurso firme y concluyente.

Brig. Me parece muy justo: así se evita el riesgo de que en la fuerza del discurso andemos atras y adelante, diciendo y desdiciendo. Señora, id sentando todo aquello en que los dos conven-gamos.

Teod. ¿ Con que vos, amigo, afirmáis que en materia de religion se debe negar absolutamente todo aquello que la razon no comprehendiere?

Brig. Así es.

Teod. A vista de eso, bien poca cosa es el Omnipotente, pues tiene que caber todo en nuestra corta y limitada inteli-

gencia. ¿Cómo podremos decir nosotros que Dios es infinito en todo género de perfecciones, si tiene que comprehenderle todo nuestra corta inteligencia, y de tal modo que Dios nada pueda tener que se quede fuera del entendimiento humano? Que nuestra inteligencia es muy corta y limitada lo saben todos, y cuanto mas estudiamos mas lo conocemos; de tal suerte, que solo el que no estudia es el que presume que no ignora muchas cosas. Pero en cualquiera materia á que nos apliquemos, nos hallamos con dificultades á que no podemos dar salida, confesando todos que la mas perspicaz inteligencia siempre es corta. ¿No me concedéis esto, amigo?

Brig. Lo confieso á pesar mio; y todos los hombres doctos convienen, á pesar suyo, en que en todas materias hay mil cosas que se ignoran.

Teod. Escribid, Baronesa, para que no se me olvide. Concede el señor Brigadier que nuestra inteligencia, aun la mas perspicaz, es muy corta: primera proposicion. Que Dios es infinito en todo género de perfeccion: segunda proposicion. Que ese Dios infinito ha de caber por fuerza en nuestra corta inteligencia; y todo lo que ésta no comprehenda de Dios, ó se la quedc fuera, se ha de negar por solo la ra-

zon de no poderse comprehender: tercera proposicion. Amigo, no os aflijais, que esto por ahora solo es lapiz: al fin de la conferencia escribiremos con tinta el resultado.

Bar. Ya está escrito; ¿pero sabeis lo que me ocurre? Me acuerdo de nuestros carreteros de Armendariz, que encerrados entre los Pirineos andan toda la vida carreteando de aldea en aldea, y no conocen otra tierra que la que pisan; y casi tienen creido que no hay mas mundo que el que ellos conocen: lo mismo me parecen estos discursos por lo que voy viendo.

Teod. No debilitemos el discurso: dejadme ir siguiendo mi idea. Esto de *misterio* no es, amigo, lo mismo que *quimera* ó *delirio*, como muchos piensan. *Misterio* es una cosa superior á la razon humana, ó que excede á su capacidad: *quimera* es una cosa contra la razon humana; y no es lo mismo uno que otro. No debe ni puede el hombre de juicio admitir lo que es contrario á la razon; mas puede y aun debe algunas veces abrazar lo que excede ó es superior á la razon. Me explicaré con ejemplos: los que, como vos, han profundizado en la fisica, confiesan que hay en la naturaleza tales misterios que no los puede com-

prehender la mas sagaz industria ni la inteligencia mas perspicaz, y con todo eso no se pueden negar. En lo que os dije de la comunicacion de nuestra alma con el cuerpo, os dí una prueba bien evidente de que podemos tener por cierto que una cosa es, aunque no sepamos como es.

Pero multipliquemos los ejemplos. Si no queremos atribuir la tendencia de los graves hácia la tierra á la suprema mano que haga este efecto inmediatamente, segun las leyes que tiene establecidas (lo que muy pocos siguen) todavía se espera con ansia un filósofo antiguo ó moderno que dé alguna explicacion tolerable de lo que es esta gravedad que vemos en todo.

Brig. Eso es cierto, porque ni Descartes, ni Newton, ni Gasendo ni otro alguno dan solucion á la dificultad: la mudan, pero no la desatan: en esto soy con vos.

Teod. Si alguno, no obstante, dijera: *yo no creo que el plomo pese hácia la tierra por razon de que no comprehendo cómo eso pueda ser*, merecería por respuesta una buena risotada. Pero todavía estamos esperando quien nos diga, ¿por qué razon es el ayre sereno mas pesado que el lluvioso? Y al ver que sube el barómetro con el buen tiempo y que baja en

tiempo de lluvia, no se duda que esto es así; no obstante que hasta ahora no comprendemos por qué, ni cómo es esto.

Brig. También es un punto ese que no he visto tratado á mi satisfaccion.

Teod. Aun hay mas: sabemos que de las semillas nacen las plantas, y estas producen otras nuevas semillas. ¿Quién hasta ahora ha podido explicar en el mundo cómo se forman las nuevas semillas? Si dijeren que todas las que ha de haber estan ya formadas, y que los órganos de que constan estan unos metidos en otros como en cajas de cajas, de tal modo que un higo de mi huerta encierra en sí todos los millares de higuieritas que pueden nacer de él: aun cuando todos sus granitos produjesen cada uno nuevas higueras, y todos los granitos de los higos de ellas se sembrasen, y los higos nietos y biznietos de los primeros y los de tan pasmosa descendencia hasta el fin del mundo se destinasen para sembrarlos: si dicen que todos aquellos ramos, hojas, higos, raices y troncos con todos sus órganos, estan ya actualmente encerrados y envueltos en cada granito de un higo, ¿quién podrá comprender este misterio? Si dijeren que las semillas se

forman de nuevo en el arbol que las produce y que no se desenvuelven , sino que se fabrican de nuevo del jugo del arbol , ¿ quién podrá enseñarnos en todo el mundo , qué mano es aquella que gobierna aquel jugo para que resulte una fábrica mas admirable que el relox mas delicado y complicado ? Es preciso que de aquel jugo uniforme se haga aquí una fibra larga , allí un utrículo ó vientrecillo redondo , y hueco por dentro , con cierto fermento para cocer el jugo que pasa por él , allá debe formarse una traquea espiral que reciba y expela el ayre , como nuestros pulmones cuando respiramos ; pues todo esto , mirándolo con un microscopio , se vé con los ojos . ¿ Quién dió el molde en que se vaciasen estos órganos ; y si tenemos esos moldes , en qué molde se vaciaron ellos primero ? Pues sería mucho mas difícil que hubiera aquellos moldes sin que alguna mano sabia condujese aquel suco , ó que sin gobierno alguno se viesen hechos de un poco de jugo de la tierra unos órganos tan delicados y complicados , como los que se ven en las semillas de un arbol .

Ademas de esto , las semillas formadas en una higuera son entre sí semejantes ; y las de un enebro tambien son semejantes entre sí , y diferentes de las

semillas de otros árboles. El que no diga que la mano de Dios es la que lo hace, siguiendo su propia ley, nada dice, ni podrá decir. Una de estas dos cosas ha de ser: ó los órganos de las semillas estan envueltos en los anteriores á ellos, ó se forman de nuevo, sin que haya mano que gobierne aquel jugo; y ninguna de las dos cosas se puede comprender. Esto no obstante, se cree que hay semillas porque se ven: ninguno, só pena de ir á la casa de los locos, dirá: yo no creo que hay semillas, porque no puedo comprender cómo se forman, ni cómo se explica este misterio.

Bar. A mí me parece que todo se entiende bien, en diciendo que eso lo hace la naturaleza.

Teod. Baronesa: no me digais eso; porque semejante respuesta solo es buena para contentar á los ignorantes y engañar á los niños. Ya tuve ayer esta cuestion con el Coronel; pero yo quiero saber, ¿qué quiere decir naturaleza? ¿Es esta hombre ó muger, pájaro ó bicho, cuerpo ó espíritu? ¿Qué casta de ente es esa naturaleza, de que tanto se habla? En no diciendo que es la mano de Dios, que obra inmediatamente esos efectos segun acostumbra, y segun las leyes que él estableció, no dicen cosa

que se entienda. Bien veis, Baronesa, que este misterio de la naturaleza ninguno le comprehende, y con todo eso ninguno le niega. Cuando yo tenia la honra de cuidar de vuestra educacion, ¿cuántas demostraciones os hice acerca del espacio y de la astronomía que obligan á todo hombre á confesar mil paradoxas, que ni yo, ni vos, ni fisico alguno ó matemático sincero jamas ha entendido? Pero todos las confiesan en fuerza de la demostracion. El que estudia en el gran libro del universo, á cada hoja que vuelve se ve pasmado, cortado y confuso, y al fin si habla con sinceridad, tendrá que decir: "Confieso que el Omnipotente va mucho mas allá que mi inteligencia: que no cabe en mi entendimiento el poder de Dios, por ser mayor que él; y así muchas cosas de Dios se quedan fuera de mi comprehension." Todo esto tiene que confesar si no quiere pasar por loco.

Muchas cosas nos parecian antes contra la razon, y despues se ha visto que son verdad. Al que veinte años ha dijese que la llama del fuego podia pasar un grande espacio por dentro del agua, le tendrian por delirante, y por hombre que decia cosas contra la razon;

pero Mr. Jallabert hizo pasar la llama por quinientas brazas de agua en el lago de Ginebra por medio de la máquina eléctrica, y yo mismo en casa del Arzobispo de Auch la hice pasar visiblemente dentro del agua por ocho ó nueve brazas de esta; y es una cosa que la puede hacer cualquiera del modo mas visible: esto mismo prueba que pasar el fuego por el agua no era contra la razon, sino una verdad que por entonces era superior á las luces de la razon.

Si veinte años ha hubiera dicho alguno, que en tiempo de truenos podiamos gobernar los rayos echándolos sin peligro hácia una parte, y retirarlos de otra, le dirian que era una cosa contra la razon; pero vino Mr. Franklin, y se vió que era verdad, y aun nosotros con las puntas de hierro puestas como se debe en los conductores, defendemos los edificios de la ruina con que los rayos los amenazaban. ¿Me podreis negar esto?

Es preciso omitir otros ejemplos para formar este argumento. Decidme, amigos: si la materia siendo visible y palpable tiene tales misterios, que no los pueden comprehender los ingenios mas hábiles, ¿qué mucho que los tenga Dios,

que es infinitamente superior á la materia? Dad , amigos míos , en vuestro entendimiento mil vueltas á esta pregunta, y ved que respuesta podreis dar : ¿ será por ventura lo palpable y corporeo mas incomprehensible y mas alto que lo espiritual é incorporeo? ¿ Qué me decis? ¿ Dios , que es el autor de la materia , la haria mas incomprehensible y mas superior á la inteligencia humana que su mismo ser divino? ¿ Por ventura no ha salido del entendimiento y ciencia del Criador todo lo que en las criaturas es admirable? ¿ Será pues la materia mayor que Dios? ¿ El que no puede comprehender perfectamente la materia , se atreverá á decir que comprehende cuanto hay en Dios , y con tal tenacidad que no quiera conceder que haya en Dios mas de lo que él comprehende ; esto es , que no hay misterios? Pues amigo , eso viene á decir el que sigue esta máxima : *no creo, porque no comprehendo* , ó esta : *ningun hombre de juicio cree lo que no comprehende* (5) ; siendo así que en las cosas materiales estan creyendo todos los hombres de juicio lo que nunca han comprendido. ¿ Qué os parece , Baronesa?

Bar. Brigadier mio : ahora tienen

las cosas muy diferente color del que mostraban al principio.

Brig. No niego, señora, que tiene fuerza este discurso; pero creer cosas que tienen contradicción é imposibilidad es una locura. Querer vos quitarnos el uso de la razón que Dios nos dió, es atrevimiento y disparate. Perdonad, Teodosio, que yo hable así; pues me está hirviendo la sangre.

Teod. Despacio, caballero mio: ningún misterio de nuestra religión es imposible, ni envuelve contradicción. El que yo ignore el modo con que pueda ser una cosa, no prueba que ésta sea imposible: el defecto está en mi entendimiento que no trasciende en la realidad las cosas. Muchos confunden una idea con otra; pero no es lo mismo ser corto mi entendimiento, que ser imposible la cosa que no entiende.

Bar. Me acuerdo, Teodosio, á este propósito de lo que me sucedía al principio cuando yo observaba el sol con el telescopio de mi hermano: estaba él en Saumur en su regimiento, y como yo no tenía cuidado de limpiar las lentes, me parecían manchas del sol los polvos que había en los vidrios, y atribuía yo á aquel astro luminoso las imperfecciones del instrumento con que le miraba. Así

me parece que son los tales señores : atribuyen á Dios el defecto de su juicio ; y como no comprehenden lo que se dice, dan por sentado que Dios no tiene eso, porque ellos no lo pueden ver. Continúad, Teodosio, y perdonad la interrupcion

Teod. Ha sido la comparacion tan propia , que no nos ha interrumpido; pero pongamos un ejemplo. Si en el tiempo en que la fisica de Aristóteles reynaba en las escuelas hubiera dicho alguno que el ayre pesaba , y que cada uno de nosotros llevaba sobre sí mas de cinco mil libras de peso , dirian que era imposibilidad manifiesta que nuestro cuerpo , que es por esencia sensitivo mientras vive, no sintiese un peso tan enorme ; y pasando de consecuencia en consecuencia con cuatro silogismos en forma , os obligarian á confesar que estabais loco. Pero vinieron despues Galileo , Torricelli, Mr. Paschal y los demas fisicos , y de tal modo hicieron callar á los antiguos filósofos , que hoy solamente niegan el peso del ayre los niños y las viejas. Era pues confusion del entendimiento , debilidad de inteligencia , y para hablar claro , era ignorancia nuestra lo que se decia de la falta de peso en el ayre ; y los filósofos le privaban de su peso , porque ellos es-

taban privados de luces y de experiencia. Lo mismo sucede ahora con los misterios de la religion. No conocen, no perciben, no comprehenden, y atribuyendo á sus verdades el defecto que ellos tienen en sí, dan resueltamente sentencia contra Dios; y dicen *Dios no ha hecho tal*; porque yo no entiendo cómo eso pueda ser.

Brig. ¿Y no disculpais á los antiguos que negaban el peso del ayre? Aquí estoy yo que le he pesado muchas veces en una balanza, y he hallado en presencia del Baron que una garrafa de cristal llena de ayre pesaba ciento y tres granos mas que estando sin ayre; y no obstante esto disculpo á los antiguos que no tenian las experiencias que hoy tenemos: lo mismo digo en nuestro caso. Esto de creer un hombre de juicio lo que no entiende, es temeridad.

Teod. No hay duda: cuando no hay fundamento grave, es temeridad creer lo que no entiendo; pero cuando le hay, la temeridad y el mal discurso será negarlo sin mas razon que decir no lo comprehendo: en esto está vuestro delito. A no haber la experiencia sería una cosa prudente no dar ni negar el peso al ayre, y decir un laudable *no*

sé; porque no habia fundamento para decir *sí*, ni para decir *no*: á este modo, si para admitir los misterios de la religion no hubiera tan graves fundamentos, no seria prudencia admitirlos; pero decir, cuando hay fundamentos de tanto peso, *no los admito ni los creo, porque no los entiendo*, es un disparate; y esto es lo que hacen y dicen esos señores con quienes ahora disputamos. Y para que no me negueis el hecho, venga en persona Juan Jacobo Rousseau, vuestro primer maestro: veámos lo que él dice, y confesareis que son gravísimos los fundamentos para admitir los mismos misterios que no se comprenden.

Brig. Ya murió con bastante sentimiento mio y perjuicio del orbe literario. Este fue el que en esta materia nos abrió los ojos, cuando los católicos y todos los hereges se daban por las paredes, sin acertar con el verdadero camino. El inmortal Rousseau fue el que nos tomó por la mano y nos dijo: *por aquí se vá*. ¡Ojalá no hubiera muerto!

Teod. Pero viven sus libros, y no está lejos su *Emilio*. Dadme, señora Baronesa, aquel libro que puse yo sobre aquella mesa, y ved si es el mismo.

Bar. Aquí teneis el *Emilio*, tomo III.

Teod. Le tengo registrado (pág. 165, y cartas pág. 108). Ahí está, amigo Brigadier, leedle vos, que sabeis darle leyendo el espíritu que le dió su autor escribiendo; y vereis por su mismo testimonio si tenemos fundamento para admitir los misterios de nuestra religion.

Brig. Leo pues. "Os confieso (dice Rousseau) os confieso que la magestad de las Escrituras me deja pasmado, y que la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Examinad los libros de los filósofos con toda su pompa. ¡O qué pequeños son á vista de este! ¿Cómo es posible que un libro, que al mismo tiempo es tan sublime y tan sencillo, sea obra de los hombres? ¿Se podrá creer que no sea mas que hombre el sugeto cuya historia se describe?"

Teod. Notad, Baronesa, y sentad esta proposicion, que despues tenemos que reflexionar sobre ella. Perdonad, amigo, la interrupcion que ha sido corta, pero precisa: tened la bondad de continuar leyendo.

Brig. Tambien yo reparé en esa proposicion: ya continúo. "¿Se podrá creer que el sugeto cuya historia se describe no sea mas que hombre? ¿Es por ventura este tono el de un sectario ambicioso, ó el de un hombre lleno de

»entusiasmo? ¡O qué dulzura, y qué
 »pureza en sus costumbres! ¡Qué pene-
 »trante gracia en sus instrucciones! ¡Qué
 »elevación en sus máximas! ¡Qué pro-
 »funda sabiduría en sus discursos! ¡Qué
 »presencia de espíritu! ¡Qué delicade-
 »za, qué propiedad en todas sus res-
 »puestas! ¡Qué imperio y señorío sobre
 »las pasiones! ¿En dónde está aquí el
 »hombre? ¿En dónde el sabio que sa-
 »be obrar, sufrir y morir sin flaque-
 »za, y al mismo tiempo sin ostenta-
 »ción?

»Cuando Platon (continúa Rousseau)
 »cuando Platon describió su Justo ima-
 »ginario, cubierto de todos los oprobrios
 »del crimen, siendo digno de todo el
 »premio de la virtud, parece que no
 »hace mas que describir exacta y me-
 »nudamente á Jesucristo: salta la seme-
 »janza á los ojos de tal modo, que la co-
 »nocieron todos los Padres de la Igle-
 »sia, y no es posible engañarse en el re-
 »trato.

»¿Pero qué preocupaciones y qué
 »ceguera es necesario tener para atre-
 »verse á comparar el hijo de Sofronisa
 »con el hijo de María? ¡Cuánta distan-
 »cia hay de uno á otro! Sócrates mu-
 »riendo sin dolores y sin la menor ig-
 »nominia sostuvo con facilidad su pa-

»pel hasta el fin; y si aquella muerte
»llevadera no honrase su vida, se po-
»dia muy bien dudar si con todo su
»entendimiento habia sido un mero so-
»fista.

»Dicen que él inventó la filosofía
»moral; pero otros antes que él la pu-
»sieron en práctica, y no hizo mas que
»decir lo mismo que otros ya habian
»obrado. A Arístides le llamaron *el Justo*
»antes que Sócrates explicase en qué con-
»sistia la justicia y la virtud. Leonidas
»murió por su patria antes que Sócrates
»dijese que teniamos obligacion á amar-
»la. Esparta era sóbria antes que Sócra-
»tes alabase la sobriedad. Antes que él
»definiere la virtud, abundaba toda la
»Grecia en varones moralmente virtuo-
»sos.

»¿Pero en dónde halló Jesucristo
»entre los suyos aquella moral tan pura
»y elevada, de la que él únicamente nos
»dió las lecciones y el ejemplo? Apare-
»ció esta altísima sabiduría en medio del
»fanatismo mas furioso; y aquella noble
»sencillez de las virtudes mas heróicas
»vino á honrar al pueblo mas vil de to-
»dos.

»La muerte de Sócrates filosofando
»con sus amigos hasta el último instante,
»fue la mas dulce que se puede desear;

„mas la muerte de Jesucristo espirando
 „entre tormentos , escarnecido , injuria-
 „do , y maldiciéndole todo el pueblo , fue
 „la mas horrible que se puede temer. Só-
 „crates tomando el vaso de veneno mues-
 „tra agradecimiento al que se le llevó,
 „viéndole llorar : Jesucristo en medio del
 „mas horroroso suplicio pide por los mis-
 „mos que con la mayor saña y rabia le
 „dan la muerte. A la verdad , si la muer-
 „te de Sócrates es de un sabio , *la vi-
 „da y la muerte de Jesucristo son de un
 „Dios.*”

Teod. Parad un poco , amigo , y mi-
 rad bien si os equivocais en lo que estais
 leyendo. Sentad , señora , esta última pro-
 posicion de Rousseau.

Bar. Ya estoy escribiendo , que *la vida
 y muerte de Jesucristo son de un Dios.*
 Continudad leyendo , Brigadier.

Brig. “¿Nos dirán (continúa Rous-
 „seau) que la historia del Evangelio
 „ha sido inventada por pasatiempo? Pe-
 „ro nunca se hicieron invenciones de
 „esta especie ; y aun los hechos de Só-
 „crates , de los que ninguno duda , son
 „menos auténticos que los de Jesucristo.
 „Ademas de que eso es huir de la difi-
 „cultad , no es desatarla. Mucho mas di-
 „ficil es concebir que los hombres forja-
 „sen este libro , que el que un puro

„hombre sea el objeto de él. Jamas co-
 „nocieron los autores judios ni aquel
 „tono , ni aquella moral. *Tiene el Evan-
 „gelio un caracter de verdad tan grande,
 „tan evidente , tan inimitable , que se-
 „ría el inventor todavía mas pasmoso que
 „el héroe.*”

Bar. Ya os entiendo , Teodosio. Bri-
 gadier , suspended por ahora la lectura,
 entretanto que siento esa proposicion que
 es notable. Aquí escribo : *el Evangelio
 tiene un caracter de verdad grande ; evi-
 dente é inimitable.*

Teod. Ya veis , amigos , que no se
 puede hablar con mas estimacion y res-
 peto de Jesucristo y su Evangelio. El
 que así habla no puede menos de juzgar
 que hay grandes fundamentos para creer
 lo que en él se nos enseña ; pues no hay
 sin grande fundamento *caracter de ver-
 dad inimitable y evidente* , como dice
 Rousseau : no diria éste sin grande fun-
 damento que *el héroe cuya es la historia
 no puede ser solamente hombre* : no diria
 sin grande fundamento que *la vida y la
 muerte de Jesucristo son de un Dios* : no
 diria sin grande fundamento , que era
 imposible que *el Evangelio fuese inven-
 cion de hombres*. ¿ Me concedeis esto,
 amigos ?

Brig. No podemos negar que así lo

dice Rousseau , y que así ciertamente lo entendia.

Teod. No obstante eso , no admitia lo que dijo Jesucristo en su Evangelio , solamente porque no lo comprendia. Continuad leyendo , y quedareis pasmado.

Brig. Ya leo. " *Con todo , este mismo Evangelio (continúa Rousseau) está lleno de cosas increíbles , de cosas que repugnan á la razon , y que es un imposible que las pueda concebir ni admitir un hombre de juicio. ¿ Qué haremos pues en medio de estas contradicciones ? Ser modestos , circunspectos , y respetar en el silencio lo que no podemos desechar ni comprender , y humillarnos delante del Sér supremo , que es el único que sabe la verdad. Aquí veis el escepticismo involuntario en que nos quedamos.* "

Teod. Basta de lectura , amigo mio. Permítaseme reflexionar ahora con vosotros sobre las cláusulas de este artículo. Tiene razon en decir que hay contradicciones : las hay sin duda , y muy grandes ; pero las contradicciones estan en lo que dice Rousseau , y no en lo que dice el Evangelio. Id contando las contradicciones de Rousseau consigo mismo.

Dice : el Evangelio tiene un caracter

de verdad evidente. Dice tambien: pero está lleno de cosas increíbles que repugnan á la razon. ¿Cómo es esto? Luego el carácter de verdad evidente se halla en las cosas que repugnan á la razon y son increíbles. Dice mas: que Jesucristo no puede ser meramente hombre: que la vida y muerte de Jesucristo son de un Dios; y tambien dice, que no obstante eso, no puede admitir un hombre de juicio lo que Jesucristo dice. Cuando menos tenemos un Dios mentiroso y desatinado, que dice cosas que repugnan á la razon, y que ninguno puede creer. ¿Qué os parece de esto? Aun dice mas: el Evangelio tiene un carácter inimitable de verdad evidente; y despues añade: yo no puedo admitir esta verdad. ¿Qué tal es el discurso? ¿Se podrá ver mayor extravagancia de entendimiento que decir: eso ciertamente es verdad; pero yo no admito esa verdad (6)?

Brig. Rousseau tenia mucho juicio: esto ninguno lo niega.

Teod. Mas juicio, dice él, que tenia Jesucristo, como que es Dios, y no obstante no está por lo que Jesucristo dice. Volved á leer lo que está leído. Dice que debemos respetar en silencio lo que no podemos desechar ó refutar; pero que aunque no lo podemos desechar no lo

debemos admitir; ¿ y por qué es todo esto? Porque toma por sinónimos *concebir* y *admitir* cuando dice que es imposible que ningun hombre de juicio pueda *concebir ni admitir*. Mas abajo pone por contradictorios *desechar* y *comprender*, diciendo: no podemos *desechar ni comprender*.

Sin *desechar ni comprender* admitimos mil cosas que en la naturaleza son certísimas, y al mismo tiempo obscurísimas. Sin *desechar ni comprender* se admiten hoy las atracciones newtonianas en todo el sistema de los cielos. Sin *desechar ni comprender* admiten todos que en las generaciones de los *Vivíparos* ya salen los hijos semejantes al padre, ya á la madre, ya á los dos, y ya á ninguno, sin mas fundamento que la clara experiencia, que lo prueba con certeza: luego habiendo en el Evangelio *carácter de verdad evidente* debemos nosotros, sin *desechar* lo que es verdad certísima y sin *comprender* lo que es obscuro, *admitir* lo que dijo un hombre *que no solo es hombre sino hombre Dios*.

Decidme, Brigadier, vos que habeis servido al Rey en la marina, sabeis que se gobierna la navegacion por la aguja, y que todo el gobierno de las naves depende de la virtud del imán comunicado

al acero. Supongo ahora que no habeis hallado quien os diga por qué razon fisica se hace esta comunicacion. Yo hasta ahora no he visto explicacion tolerable del modo con que el imán comunica á la aguja su direccion hácia el Norte, &c.

Brig. Yo tampoco; y he discurrido mucho sobre el punto y buscado todo cuanto se ha dicho.

Teod. Suponed pues que siendo vos el Comandante os dijese un Piloto á bordo lo que dice Rousseau de los misterios de la religion: "Señor, la comunicacion del imán á la aguja tiene un carácter de verdad grande, evidente é inimitable; pero ningun hombre de juicio me puede explicar eso, de modo que yo pueda concebir y comprehender cómo es; y así en medio de esta contradiccion debo ser modesto y circunspecto, y sin desechar ni admitir la comunicacion de la virtud del imán al acero, humillarme delante del supremo Sér, que es el único que sabe la verdad, quedándome yo en un escepticismo involuntario. Confieso que no sé como es esto, y no sabiéndolo, no creo que se comunique á la aguja la virtud del imán para dirigirse al Norte; y sin creer eso, ¿cómo podré gobernar vuestro navío?" Si diciendo esto fuese á recogerse en su camarote,

dejando el navío sin gobierno, ¿qué le haríais?

Brig. Ya podeis vos considerar lo que yo haría. Dios me libre de semejante loco.

Teod. ¿Pues no es ese el modo de discurrir de Rousseau? Amigos: no nos dejemos llevar de aquellas bellas palabras de *ser modestos y circunspectos, respetando en silencio al Sér supremo, que es el único que sabe la verdad, &c.* Estas palabras nada valen para aplicarlas á lo que Rousseau las aplica.

Bar. Muy mal recibidas serían semejantes expresiones de humildad si os las dijera el Piloto á bordo en una recia tempestad. Yo por mí no puedo sufrir que diga Rousseau *que es imposible que Jesucristo no sea mas que hombre; y despues salte con decir que no puede admitir lo que él dice, solamente porque no lo puede comprehender.*

Teod. Todo consiste en que confunde ser una cosa verdadera con el ser clara y manifiesta. Tambien confunde saber yo *que una cosa es*, con el saber yo *cómo es*. Yo puedo estar cierto, ó por la razon ó por la experiencia ó por el dicho de un hombre Dios, *que la cosa es*, y no saber por la cortedad de mi entendimiento el *cómo es*.

Brig. Ya lo he percibido, amigo Teodosio: no habia yo reflexionado tanto en el punto como vos: ahora le meditaré despacio. Hablemos de las novedades de la Corte, que no faltan: basta de teología.

Teod. Dejadme hacer por conclusion un cuadro, que vos Baronesa, podeis cotejar, y poner un paralelo con otro que os dió el señor Brigadier, "de una vieja encorbada sobre su baston, que se dejaba neciamente gobernar en materias de religion de un clérigo viejo y medio tonto, que la habia enseñado en la niñez lo que ni él ni ella comprendian." Ponedle enfrente de otro retrato que ahora os hago yo. Es un filósofo meditabundo, que sentado en su silla con una pierna sobre otra y recostada la cabeza en la mano izquierda, y con la pluma en la derecha, dice resolutoriamente: "yo bien sé que hubo en la Siria un Jesus de Nazareth, que certísimamente no fue solamente hombre: sé de cierto que fue Dios, y lo que él dice tiene un carácter de verdad tan grande, inimitable y evidente, que no me deja dudar; pero no creo lo que dice, no obstante que tiene el evidente carácter de la verdad." Le preguntan por qué no lo cree; y responde: *porque no comprehendo*

lo que él dice. Le replican: pero si es Dios, bien podeis fiaros de él aunque no lo comprendais. *Eso no*, responde: *yo sé que es Dios; pero no creo á Dios en lo que no entiendo*. Le instan, y le dicen: señor filósofo, tampoco comprendeis mil misterios de la naturaleza y los admitis; pues no podeis negar lo que en la naturaleza confiesan todos los filósofos. “Eso sí, responde: mi entendimiento cede á los filósofos naturales, creyendo lo que estos enseñan, aunque no lo comprenda; pero á Jesucristo, que sin duda es Dios, no cede mi entendimiento, y como no comprendo esto, no le creo. Yo confesaré en las materias que son palpables que mi entendimiento es corto, y que hay muchas cosas corpóreas en la naturaleza que ni yo ni otro hombre alguno, hasta ahora, las ha explicado bien; pero en Dios, que es un Sér infinito, no quiero conceder que hay cosa alguna que no quepa en mi comprensión. Para la materia y para la naturaleza corpórea es mi inteligencia muy corta: mas para Dios y para su altísima naturaleza infinita no es corta: diga pues Dios lo que quisiere, si yo no lo comprendo no lo creo”; y escribe con resolucion *no creo*; y va una bandada de gente á postrarse de rodillas, venerando

semejante despropósito: le besan la mano, y dicen *no creemos*, porque nuestro maestro no cree. Colgad, Baronesa, este retrato junto al de la vieja, y diga el público cuál de los dos se parece mas al original. Perdonad, mi Brigadier, esta travesura como una chanza.

Brig. Vamos, señora, á las noticias de la Corte: dejémonos de teologías.



TARDE V.

*Sobre la ley natural y luz de la razon;
y de la necesidad de las leyes
positivas.*

§. I.

De la ley natural, y su origen.

Baron. **A**yer noche reparé, amigo Teodosio, que notásteis, estando en la mesa, una cosa que yo dije; y aunque por política no me quisísteis decir nada, advertí que vos no aprobábais lo que yo habia dicho.

Teod. Sí, Baron mio; porque aquella proposicion, aunque parece buena, tiene mucho veneno oculto. Yo, como os tengo dicho, no sé ser amigo á medias: siempre abrazo con ambos brazos; quiero decir, que no me intereso solamente en el bien temporal de mis amigos, sino tambien en el espiritual de sus almas. Me parece imposible ser amigo verdadero de alguno, y dejarle caer por un despeñadero sin gritar por lo menos, suspirar y

pedir á cuantos puedo que le socorran; y esta, amigo, es vuestra situacion. Por ahora estamos solos, bien que segun costumbre, no tardará en venir quien nos acompañe; pero mientras tenemos lugar repetid lo que dijísteis ayer cuando yo os hice una seña de que no decíais bien.

Baron. Dije que me agradaba el sistema de Voltaire y de otros muchos filósofos de la moda, que afirman que *para ser bueno y virtuoso un hombre de juicio basta que siga enteramente la luz de la razon ó la ley natural*; y en esto me parece que no dice mal, porque la luz de la razon nos aconseja todo lo que es bueno, y nos disuade de todo lo que es malo: ojalá que vos y yo siguiésemos toda nuestra vida la *luz de la razon*, que así seríamos delante de Dios unos Santos, y en la sociedad de nuestros iguales grandes y admirables ciudadanos. ¿A esto qué teneis vos que replicar?

Teod. Ya os dije que la proposicion es hermosa; mas lleva en sí grande veneno oculto, y es la independenciam de toda *ley positiva y escrita*, y en esto hay mucho que decir: me atrevo á demostraros la necesidad de las leyes positivas, y para mejor convenceros os doy

ahora de barato cuanto quisiéreis, con tal que admitais la *ley natural* que la *luz de la razon* nos enseña, y constantemente concedais todas las consecuencias que yo dedujere de esa ley natural por ilaciones indispensables: en esto no os pido favor: ¿estais resuelto á admitirlas? Pero ya viene vuestra hermana.

Bar. Oí que estábais en discurso serio sobre materia de religion, y quiero ser de la partida.

Baron. A tiempo llegais, hermana: vos me favoreceréis, porque vá Teodosio á entrar en un desafio conmigo, y hemos de pelear con la espada de la razon.

Bar. Esa es una espada que no cae mal en las señoras; y así, Teodosio, aquí estoy pronta para pelear contra cualquiera; porque mi espada no respeta parentesco ni amistad: es muy recta, y no se dobla ni se tuerce: vamos á ello. Desde mi tocador oí la cuestion. ¿Qué teneis, Teodosio, que decir? Mirad que ahora somos dos contra vos solo.

Teod. Como os conozco, y sé que ambos manejaís con juicio la espada de la razon, estoy cierto de que os he de rendir. No perdamos tiempo: ¿admitis, Baron, el desafio?

Baron. Estoy pronto: decid.

Teod. Todos sentimos dentro de nosotros una cierta voz, que ya reprehende, ya alaba nuestras acciones, sin que nosotros la podamos acallar, aunque no se acomode á nuestra voluntad. Sucede muchas veces, á pesar nuestro, que procuramos con varios argumentos y razones buscadas de propósito, persuádirnos que hicimos bien; y no obstante todos los discursos, la voz sorda que sentimos en el gabinete de nuestra alma nos dice: *hiciste mal*; y ninguno puede acallar esta voz. Muchas veces aprueban el interés, la pasión ó el apetito lo que queremos hacer; pero lo reprueba la voz interior é inmutable diciendo: *no lo hagas*.

Bar. Confieso que es así, y que en eso decis una verdad innegable.

Teod. Bien está. Luego aquella voz interna, que llamamos *luz de la razón*, no viene de nosotros; pues si de nosotros viniera pudiéramos sofocarla, y con algun grande esfuerzo hacerla que callase.

Baron. Lo concedemos: no hay en eso duda: aquella voz interna habla en nosotros; pero no viene de nosotros.

Teod. Añado ahora, que *aquella voz es universal*; porque las acciones que re-

prehende en Francia las reprehende tambien en Turquía, en Polonia, en la Rusia, en la América, &c. No digo yo que todo lo que es reprehensible en un país se estraña en los otros: lo que digo es, que hay cosas que en todos los países son laudables, y hay otras que en todas partes son reprehensibles.

Bar. En eso no hay duda: el que un hombre haga mal á un inocente, el que engañe en materia grave á su amigo, el que injurie á su propio padre, y el que haga á los otros lo que no quisiera que se le hiciese á él, &c. son cosas que en todos climas, regiones y sociedades parecen mal, y las condena la voz interna de la razon: por el contrario, todos alaban la fidelidad entre los amigos, á todos parece bien el amor á la pátria, cumplir su palabra cuando es justa, la compasion de los miserables que padecen sin culpa, la proteccion de los inocentes desvalidos, &c.

Teod. Ahora bien: supuesta la infinita variedad que observamos en todo lo que está sujeto á la voluntad humana; la total conformidad en todas las gentes, genios y climas, es prueba de que esta ley, esta voz, y esta sentencia no está sujeta á la voluntad humana, y nunca los hombres podrán tener domi-

nio en ella. No sé, amigos, si habeis reflexionado bien la inefable variedad que hay en todo cuanto depende de nuestra voluntad.

Baron. La he reflexionado muchas veces con el poco conocimiento que yo he adquirido en algunas pequeñas vueltas que he dado por la Francia y la España, y lo que mas me admira es ver suma variedad hasta en las cosas que son de primera necesidad, en las que los motivos de obrar son enteramente los mismos. El sustento, por ejemplo, el vestido y la habitacion son cosas que todos necesitan, y enteramente por los mismos motivos, como que todos tienen la misma necesidad de comer para evitar el hambre y la flaqueza, la misma necesidad de vestir para evitar el frio y la indecencia, la misma necesidad de edificar casas para evitar las inclemencias del tiempo y librarse de ladrones, &c.; y no obstante que en estos puntos son los motivos en todas partes los mismos, en cada país se come, se viste y se edifica de modo diferente. Lo mismo he observado en los barcos de transporte por los rios: aun dentro del mismo reyno tiene cada puerto sus barcos de diferente construccion. En Francia son las

embarcaciones pequeñas, según la diversidad de los puertos. Tan esencial es la diferencia entre la voluntad de un hombre y la de los otros, que en todo cuanto entra la jurisdicción de nuestro albedrío, dice, sentencia, y manda éste como quiere, sin detenerse por lo que otros hacen. ¿Pero qué inferís de aquí para nuestro caso?

Teod. Lo que infero es que aquella ley universal interna, que sin atender á nuestra voluntad sentencia en nuestras acciones, de ningun modo viene de nosotros; y así digo que *la luz de la razon, y la ley natural viene solamente de Dios, que nos la dió cuando formó la naturaleza.*

Bar. No dudamos subscribir á esa verdad, antes ese es nuestro mayor fundamento; pues todos deben convenir en que *la voz interna que aprueba ó condena nuestras acciones es voz de Dios.*

Teod. Está bien: vamos adelante. Dios no se puede contradecir á sí mismo; y así lo que nos dice á nosotros por la luz de la razon es lo mismo que se dice á sí propio. Luego lo que *nuestra luz de la razon nos está diciendo (á pesar nuestro) es lo mismo que la razon eterna de Dios está dictando.*

Bar. Siempre debe haber grande di-

ferencia entre la inteligencia Divina, y la razon natural del hombre.

Teod. Así es; porque tambien hay grande diferencia del sol que brilla en el cielo, y el que brilla en un pedazo de vidrio. Sabed, Baronesa, que una es la luz de un entendimiento infinito, y otra la de un entendimiento criado, y esta diferencia en la esencia basta para que haya infinita distancia en las propiedades de una y otra luz ó inteligencia: lo que yo digo es que no ha de haber *contrariedad*: no confundais, señora, la *diferencia* con la *contrariedad*. Entre la *luz eterna de la razon divina*, y la *corta luz de nuestra razon natural*, debe haber mucha diferencia, pero no puede ser una luz contraria á otra; pues siendo la luz de nuestra razon voz de Dios no puede ser que el Señor nos diga á nosotros una cosa, y que se diga á sí mismo lo contrario, por ser la luz de nuestra razon un pequeño reflejo de la suya.

Bar. Lo entiendo, y lo concedo. Ya veis, Teodosio, que no peleamos.

§. II.

De la insuficiencia de la ley natural.

Teod. Si así sucede hasta el fin, eso es lo que yo quiero: prosigamos. De este principio, que es cierto y ciertísimo, se pueden sacar dos consecuencias, una legítima y verdadera, y otra adulterina y falsa. Si yo digo: *la luz de la razon es la razon eterna de Dios participada*; luego *lo que aprueba ó condena la luz de la razon, lo aprueba ó condena Dios*, será muy buena consecuencia. Pero si yo dijera: *la luz de la razon es la razon eterna de Dios*; luego *no necesitamos de otra ninguna luz para dirigir nuestros pasos*, sería una consecuencia malísima; porque yo no veo con la luz de mi razon todo cuanto Dios ve, y por consiguiente para hacerme ver lo que no veía será bueno que me den otra luz que venga tambien de Dios; bien que por otro espejo menos tosco que el mio. Si *mi razon* no solo fuese una participacion de la razon eterna de Dios, sino que fuese igual á ella, escusada sería otra luz; mas aunque la luz de mi razon se deriva de la razon eterna de

Dios no es igual á ella, y yo me quedo ciego en muchas cosas que Dios ve, las que tal vez advertirá otro mejor que yo, y así no debo perder esta luz (7).

Bar. Pues me he puesto de parte del Baron, y de sus amigos, permitidme perorar bien su causa. Los que siguen otro sistema podrán decir: nuestra luz de la razon es un perfecto código de la ley eterna de Dios, un eco de su divina voz que suena en nuestro entendimiento, un reflejo de la luz increada que brilla en los viles fragmentos de las criaturas, así como la luz del sol hace que brille un pedazo de vidrio que pisamos aunque manchado con lodo, &c. Por consiguiente (dicen ellos) el que en sus acciones solo consulte la luz de la razon, aunque desprecie toda ley positiva, puesta por los hombres, tiene tanta seguridad de acertar, como si Dios visiblemente le dirigiese los pasos, y le aconsejase con voz clara en todas sus acciones y en los movimientos de su alma. Ahora bien, ¿qué felicidad y qué consuelo mayor puede haber que el de estar cada uno seguro de la aprobacion eterna de Dios en todas sus acciones? Me parece, Baron, que tengo bien desempeñado el oficio de procuradora de la causa de vuestros amigos.

Baron. A la verdad que sí: confieso que ese discurso me tiene casi convencido á seguir aquel sistema.

Teod. Sed pues uno y otro mis fiscales, y ved si doy un paso falso en mi discurso. Esta luz de la razon que cada uno siente en sí, la podrá cada uno interpretar á su modo. El agua pura que sale de las entrañas de un monte, ya pasa por ciertos minerales con que fermenta, hierve, y sale caliente humeando y á borbotones; ya pasa por otras minas tan diferentes, que hiela y petrifica cuanto arrojan en ella: esto sucede con la luz de la razon, que aunque viene de Dios, la modifica nuestro cerebro, como lo hace el molde con la cera; de modo, que siendo de una misma naturaleza, sale de los diversos moldes con figuras muy diferentes, y entre sí muy opuestas. Por esto entre los entendimientos humanos, entregados á sí mismos, hay grande diferencia y contrariedad en los pareceres, por querer cada uno ser el único intérprete de la voz divina, que está oyendo en su interior. Este es el primer peligro de error: que pueda cada uno atribuir á la cera el defecto del molde, ó al agua pura los defectos de los minerales por donde tiene que pasar, ó al sol las man-

chas del vidrio quebrado en que reverbera: hablando pues de nuestro asunto, podemos decir que es voz de la razon, y voz de Dios, lo que no es sino voz de nuestro cerebro. ¿Qué me decis, Baron?

Baron. Confieso que me parece que tenéis mucha razon, porque nuestras pasiones nos hacen entender las cosas como queremos.

Teod. Debeis observar, amigos míos, que en cualquier pleito se porfia por ambas partes, y cada uno habla con tal seguridad, certeza y firme adhesion á lo que le conviene, que lo contrario lo tiene por la mayor injusticia. Ambos convienen en el hecho: tienen las mismas leyes, la misma doctrina, y los mismos principios, por ser estos constantes: ambos viven en el mismo clima, y profesan las mismas costumbres, y no obstante, en lo que el uno dice que sí, y dará la vida por su opinion, otro dice que no con tanta seguridad que no le queda duda. Ahora bien: esto no procede solamente de la variedad de personas y de juicios, porque entonces no sería infalible pensar cada uno á favor suyo, y así nunca vereis uno que porfie á favor de su contrario, siempre es mas cierto para cada uno de los litigantes lo que le tiene mas cuenta. Si es

te efecto pues hace la pasión del interés propio en las leyes que están escritas con términos y palabras que ninguno puede ignorar, y en cuyo sentido convienen ambos litigantes, ¿qué contrariedad será la que se halle en la interpretación de la *ley natural*, cuyos caracteres no se ven, y cuyos términos y la fuerza de estos puede decir cada uno que los ignora, y aun puede disminuirlos sin que ninguno le acrimine? Es cierto que la ley de la razón es común á todos, y todos confiesan, que la tienen impresa en su entendimiento; mas en qué términos, con qué fuerza, y de qué modo se explica en cada uno, solo él mismo lo sabe. ¿Quién me podrá probar, cuando yo hago un despropósito, que no entendía yo que hacia bien en mi conciencia y según la luz de mi razón? Si yo porfiara en que así lo entendía, ¿quién me podría convencer de lo contrario? Aún cuando yo mintiese, ¿quién me lo probaría?

Bar. Así es: los principios generalísimos de la luz de la razón, y la *ley natural*, todos los confiesan; ¿pero qué dificultad no hay en aplicarlos á cada uno de los hechos en particular?

Teod. Ahora pregunto yo: ¿ó debemos hacer esta aplicación por sola la

luz de la razon escrita en el cerebro de cada hombre, ó ha de haber ley escrita para servir de regla exterior, á la cual deban todos acomodarse en la aplicacion á este ó aquel hecho en particular? Si se admite esta *ley escrita* que dirija esta aplicacion, ya tenemos la *ley positiva* que era la que no querían admitir por necesaria: si por el contrario, sola la ley de la razon escrita en el cerebro de cada uno, hubiera de decidir sobre la aplicacion de los principios generales, ¿qué haríamos en el caso de que cada uno de los dos litigantes juzgara que la ley de la razon está de su parte, y aplicara esos principios ciertos á su favor? ¿Le habríamos de abrir la cabeza para ver en qué términos tiene grabada en ella la ley de la razon que lee mentalmente, ó decidir por el que mas gritos diese? Cuando hay *ley positiva* se pueden llamar las dos partes para que vean y lean los términos de la ley que á uno favorece, y á otro condena; pero en la ley no escrita, ¿quién los obligará á que ambos lean del mismo modo, y entiendan la ley en los mismos términos, si cada uno tiene allá en su cerebro el código por donde se gobierna, y le mira como infalible?

Bar. Contra eso, Teodosio mio, ten-

go que replicar, que nos hicisteis conceder al principio, que la voz de la naturaleza es la voz de Dios, y que nosotros no la podíamos mudar, ni torcer.

Teod. Lo dije, y aun lo digo; mas eso se entiende, hablando de los principios generales que son de tal evidencia, que ninguno los duda: en la aplicacion de esos principios á los casos particulares está la dificultad; porque cada uno tira para sí, interpretando la ley á su modo; y aunque le condene en el fondo del corazon, calla, disimula ó grita, asegurando que la luz de la razon le dice lo contrario.

Bar. Ya lo entiendo: yo, hermano, estoy convencida: tiene Teodosio razon en decir que dejando á cada uno la libertad de seguir la luz de su razon como la quiera entender, le dejamos ser el juez de la sentencia, y por consiguiente juez en su propia causa. Ahora bien: ¿quién se entenderá entonces en este mundo, si cada uno es juez de sí mismo, y ninguno le puede argüir de que juzga mal, porque nadie sabe lo que interiormente le dicta su razon? ¡Bello sistema para la sociedad, cuya ley fundamental es y debe ser el mútuo socorro, y la concordia entre sus miembros! ¿Qué respondeis, Baron?

Baron. No sé lo que os diga, pero mi entendimiento anda luchando sin poder sosegar como quisiera.

Teod. Dejad, Baron mio, que yo os dé mas fuerza para esa lucha.

§. III.

De la necesidad de las leyes positivas, y de la fuerza coactiva.

Teod. **R**educiendo pues lo que hemos dicho á proposiciones sueltas, que compongan la série de nuestro discurso, digo:

1.^a Que la ley natural, como reside en el corazon de cada uno, aunque la esté oyendo la puede negar y decir que no conoce lo que le dicta.

2.^a Que las pasiones pueden ofuscar de tal modo el corazon de un hombre, que yerre enteramente en la aplicacion de los mismos principios generales que no puede ignorar, y de ese modo no oye las voces que le da la luz de la razon.

3.^a Luego necesitamos de que haya una ley visible que nos diga lo mismo que la ley de la razon, para que ninguno la ignore, ni pueda fingir que la

ignora, y todos antes que llegue el caso de que se muevan por pasión, convengan en sus términos, y en la fuerza de ellos.

Pero como nuestra libertad no depende de la razón, puede muy bien un hombre conocer lo que es razón, y hacer lo contrario: añadido pues:

4.^a Que la misma ley de la razón pide que haya una fuerza coactiva que á todos obligue á observar su obligacion; porque la ley de la razón dicta que el que vive en sociedad, y de esta saca el provecho de ser socorrido en los aprietos y aficciones, debe contribuir por su parte al bien de la sociedad. Este bien esencial es que todos observen *la ley de la razón*; y porque pudiera la libertad hacer que falten á esto los hombres, pide la misma ley de la razón que haya quien los contenga en los límites de la razón, y esto es lo que yo llamo *ley coactiva*.

Baron. Es muy cierto; pero esa ley coactiva pide una superioridad sobre todos; y ¿quién se la dió á ningun hombre, siendo todos iguales? Esta es la razón que da Voltaire.

Teod. Despacio, que tocais un punto muy delicado y muy mal entendido por esos filósofos de la moda. Preguntais, ¿quién

dió superioridad al hombre que pone la ley positiva y expresa, conforme á la ley de la razon, que está escondida? Yo respondo, que se la da quien la tiene. Id, Baron mio, conmigo poco á poco, porque es peligroso el camino. A todo hombre que tiene la luz de la razon, manda Dios por la ley de la razon lo siguiente:

Que aunque la naturaleza haga á todos los hombres iguales, no vivan todos como iguales: pues entonces (suponiendo la libertad de que cada uno haga lo que se le antoje á su arbitrio) no habrá sociedad alguna, y nadie podrá estar seguro de la invasion de enemigos: ninguno podría prometerse socorro ó auxilio de otro hombre; porque siendo en todo igual á él no le debe este servicio. Luego es precepto de la ley natural, que entre los hombres que viven en sociedad deba haber la sujecion de un hombre á otro hombre. Luego manda Dios por su voz de la ley de la razon, que haya entre los hombres superioridad y sujecion.

Baron. Convengo en eso: id diciendo.

Teod. Esta superioridad unas veces la da la naturaleza, como la del padre sobre sus hijos: otras se recibe por convencion, como la del Senado sobre el pueblo; pero en todos los casos es con-

forme esta superioridad á la ley de la razon, y por consiguiente Dios la manda, pues ya hemos convenido en que la voz de la ley de la razon es la voz de Dios.

Me explicaré mas: no se detiene Dios en que *Enrique Dandol* v. gr. sea ó no sea Dux de Venecia; pero en suposicion de que le eligieron legítimamente, manda que en la forma de aquel Estado sea él el superior á quien obedezcan. Asimismo, poco le importa á Dios que Francisco sea padre de Juan; pero supuesto que es su padre, quiere y manda que Juan le obedezca. Poco interés tiene Dios en que Pedro sirva á Luis, ó Luis á Pedro; pero en suposicion de que Pedro ha vendido sus servicios á Luis por espacio de un año y por cierta cantidad de dinero, quiere y manda Dios que Pedro cumpla la palabra y el ajuste. Nada interesa Dios en que yo os dé una caja de oro, &c.; pero supuesto que la dí, manda Dios que no os la quite con fraude, ni por fuerza. Ved aquí, Baron mio, como da Dios la superioridad á los hombres que imponen leyes justas á otros hombres: no imponen leyes por su propia autoridad, sino por la que Dios les ha dado en suposicion de la convencion de los pue-

blos, de la conquista, ó de otro título legítimo. Ya veis que las cosas tienen diverso semblante del que Voltaire pintaba (8).

Baron. Estoy convencido, y veo que solo de Dios, que es por esencia superior á todos, viene la autoridad de las leyes positivas, como que están fundadas en la ley de la razon, que es la voz de Dios.

Teod. Concluyo todo lo dicho con estas tres proposiciones que iréis sentando.

1.^a Toda autoridad y superioridad legítima viene de Dios.

2.^a Todas las leyes positivas, porque proceden de aquella autoridad, vienen de Dios.

3.^a Luego aquel que desobedece á esas leyes positivas, desobedece á Dios.

Ya veis, *Baron* mio, que el que admitiere la ley natural y luz de la razon, precisamente debe admitir las leyes positivas. Ahora descanso, pues no hemos salido mal de la pelea con los dos.

Bar. Gracias á Dios, que no hemos tenido gente que nos perturbe; pero, *Teodosio*, habeis hecho un gran servicio á mi hermano que estaba persuadido á que la ley natural bastaba.

Baron. Tampoco vos, hermana mia, estábais muy distante, pues os agradaban los discursos que yo os hacia.

Bar. Algun peso les daba la estimacion en que tengo vuestro buen juicio. Vamos á paseo, Teodosio.

Teod. Vamos.

TARDE VI.

Sobre la materia y el espíritu.

Bar. Venid, venid, Teodosio, que está aquí mi hermano quebrándome la cabeza con unas metafísicas que yo no entiendo. Yo no sé en donde ha aprendido las extravagancias de entendimiento que antes no tenía.

Baron. Vos, hermana mia, leéis poco, y discurreis mucho: esa cabeza es muy reflexiva, y todos vuestros discursos tienen mucha claridad: las ideas van consiguientes, y vuestras consecuencias son claras; pero cuando yo empecé en el regimiento de Saumur á tratar con personas de diversas calidades, y entré en la lectura de varios libros, confieso que perdí aquella claridad en el discurrir que algun día tuve, y en la que éramos muy hermanos: la multitud de ideas es la que me confunde y deja perplejo. Teodosio, lo que yo decia á mi hermana era lo que no ignoraréis: esto es, que hay quien se atreva á decir que tal vez una cosa

puramente material, podrá llegar á pensar y querer: de esto se escandalizó élla mucho.

Teod. Y con razon. ¿Pero decidme, da ese autor alguna prueba de eso?

Baron. No: solamente dice, que vemos cada dia cosas tan nuevas y tan admirables, que nos viene el pensamiento de que si aparecerá algun dia una máquina que siendo toda de materia, piense, ame, elija, quiera, &c.

Teod. ¿Con que eso no es mas que el pensamiento de si algun dia podrá aparecer una cosa que ahora nos parece imposible?

Baron. Así es.

Bar. Dejadme, Teodosio, divertir un poco con mi hermano, que quiero salir de un escrúpulo: despues continuaremos seriamente la conversacion. Decidme, Baron: si os dijese que tal vez podia descubrirse un modo de haceros invisible á todos, menos á aquellos que quisiéseis recrear con vuestra gentil presencia; y que ninguno de los otros os veria al mismo tiempo que vos estuviéseis viéndolo todo hasta el interior de los otros, ¿qué caso hariais de esta ocurrencia?

Baron. Ninguno; porque eso es un despropósito.

Bar. ¿Por qué pues habeis hecho tanto caso de otra ocurrencia que es todavía mayor despropósito, como el querer que la materia pueda pensar, amar, &c.?

Baron. No, que esa ocurrencia interesa mucho.

Bar. ¿En qué interesa? Hablad claro.

Baron. A vos, hermana mia, os he de decir cuanto tenia oculto mi corazon. Si la materia pensára ó discurriera podría ser mi alma pura materia, y siendolo moriría con el cuerpo, y si esto hubiera de suceder pudiera vivir á mis anchuras sin oprimir mis pasiones.

Bar. Quiero, hermano mio, daros un abrazo porque me hablais claro y habeis descubierto lo que ha mucho que yo percibía en vuestro corazon y en el de otros que trepan por las paredes arriba por librarse de la ley que les oprime las pasiones. ¿Os reis?

Baron. Hablando amigablemente, confieso que esa es la mira de todos cuantos sistemas se inventan, y de cuantos discursos se forman en estos tiempos. ¿Quereis saber, hermana, las reglas principales del Alcoran del dia, á que todas las demas se encaminan? Pues son estas dos:

1.^a Que nuestras pasiones son bue-

nas, y así es puerilidad reprimirlas.
 2.^a Que toda la virtud consiste en saber amar; y que toda alma que ama, es virtuosa.

Bar. En esa suposición teneis razon para decir que el alma es materia, que no hay Dios, que no cuida de nosotros, ó que es un Júpiter adúltero y torpe, que como tiene los mismos vicios que nosotros, no nos castigará en la otra vida. ¡En qué laberinto de confusiones y despropósitos es preciso que se enrede, Baron mio, el entendimiento del que quiera discurrir suponiendo esas dos máximas!

Baron. Confieso, hermana mia, la verdad: desde que me metí á leer aquellos libros, yo no sé de mi cabeza, porque cada dia tira por su parte.

Teod. ¿Hallais alguno de esos libros que pruebe lo que dice, dando razon positiva de su dicho ó de su sistema?

Baron. No. Unos dicen: *quién sabe*. Otros: *yo no creo*; y otros dan por prueba de su dicho aquello mismo que debian probar. Pero lo mas comun es decir: *podrá ser que alguno pruebe, ó talvez se probará algun dia: luego entonces será así*; y enlazando unas cosas con otras, todas vienen á fundarse en *podrá descubrirse: quién sabe: yo no lo en-*

tiendo; y otras basas tan débiles como éstas.

Teod. Ya se lo tengo yo dicho á la Baronesa; porque he hecho algun estudio de esos *hombres grandes* de la filosofia de moda; pero me alegro que vuestra hermana lo haya oido de vuestra propia boca. Vamos á la cuestion primitiva, Baron mio; bien que hemos de discurrir como algun dia, esto es, con seriedad y solidez.

Baron. Eso es lo que yo quiero, porque deseo conocer la verdad.

Teod. Tomemos, amigo, el paseo largo, porque la tarde es nuestra: averigüemos estas ideas de espíritu y de materia.

Baron. Eso es lo que yo quiero conocer, como conocia en otro tiempo las verdades que me enseñabais.

Teod. Lo primero, llamamos idea á una pintura interna del objeto ausente; y si este pertenece á los sentidos hacemos en la imaginacion la pintura de él, de modo que vemos los hermosos colores de un pajarito, oimos su voz, y hasta su vuelo nos representamos. Todo esto por ser de cosas sensibles tiene una idea imaginaria; pero otras cosas hay que no pertenecen á los sentidos, como la verdad, la virtud, el amor, el pensa-

miento, el ódio, &c. y estas forman en el entendimiento ó en el alma otra pintura de un modo que es fácil de entender, mas no de explicar. Vosotros, amigos, cuando discurreis de estas cosas no las trocáis tomando una por otra; lo que es señal de que teneis de cada una como una imagen que se presenta al entendimiento cuando discurreis de ella; y en pasando á pensar en otra se corre aquella pintura intelectual como un bastidor de teatro, y viene otra á presentarse á los ojos del entendimiento para que viendola y reparando en ella diga: *tiene ó no tiene esto.*

Bar. Ya me enseñasteis eso allá en la lógica, y lo he leído muchas veces en la que me disteis impresa: en eso mismo concuerda el Baron.

Baron. Concuerdo; pero creo, segun lo que leí en vuestra lógica, que tambien el entendimiento hace su pintura espiritual ó intelectual de los objetos materiales y sensibles, del color, del sonido, de la dureza, &c.

Teod. Sin duda; porque el entendimiento de nada puede juzgar sin combinar dos ideas para decir cuando afirma: esta idea viene bien con esta otra; ó esta repugna con la otra, cuando niega. Siempre que el entendimiento discurre

re tiene forzosamente que desenvolver una idea para ver si halla dentro de ella alguna cosa que resista y repugne al predicado ó atributo que la quieren dar.

Bar. Bien lo entiendo : la diferencia entre la imaginacion y el entendimiento está en que la imaginacion solo puede pintar cosas sensibles que nos entran por los cinco sentidos ; y el entendimiento pinta lo que es sensible , y lo que no lo es , porque pinta todo aquello sobre que discurre : hasta las negaciones pinta cuando discurre sobre ellas , como me deciais en la lógica contra Wolffio , si no me engaño.

Teod. Así es : alabo la memoria. En esta suposicion podemos juntar las ideas que nos parezca , haciendo ideas compuestas , v. gr. tengo yo la idea de *línea* , añadido á esta la idea de la *rectitud* , y pinto una *línea recta* ; y si añadido la idea del número *tres* , v. gr. y digo *tres líneas rectas* , juntando la idea de la *union* entre sus extremidades , se presenta la idea del triángulo *rectilineo* : añadido últimamente la idea de *igualdad* , y tengo la idea compuesta de *triángulo rectilineo equilátero*.

Baron. ¿Pero si juntasemos en una ideas repugnantes , como *círculo* y *cuadrado* , no resulta idea compuesta ?

Teod. No : resulta una idea quimérica, porque la una destruye á la otra. Para que una cosa se componga de dos, es preciso que despues de juntas perseveren ambas en su naturaleza , y esto no lo tenemos en dos ideas repugnantes, como son las de *círculo triangular* ó *cuadrado*, y por ser un imposible ni es círculo, ni es triángulo.

Baron. Estoy en la diferencia : continuad en vuestro discurso.

Teod. Reparad, amigos, que solo podemos juntar la primera idea con las que son del mismo orden; y así á la idea de *materia* juntamos la idea de *extension*, y decimos que es *grande* ó *pequeña*, y juntamos la de *dura* ó *blanda* por la resistencia que hace á otra materia, &c. A la idea de *color* juntamos la de ser *encarnado*, *verde*, &c. A la idea de *sonido* juntamos la de ser *agradable*, *fuerte*, *semejante*, *suave*, *armonioso*, &c. A la idea de *sabor* juntamos la de ser *dulce*, *agrio*, *amargo*, *insípido*, &c.

Bar. En eso quereis decir que en cada cosa solo debemos juntar las ideas de aquellas cualidades ó afecciones que la pueden cuadrar.

Teod. Ahora bien, señora : ¿ si hablaseis con un hombre presumido de sábio que trocase las ideas, aplicando las afec-

ciones de unas á sugetos extraños, como si os dijese que habia visto un color agrio, ó un sonido encarnado, cuanto os reiriais?

Bar. Le tendria yo por loco, ó á lo menos por extravagante.

Teod. Muy bien: tened eso presente, y vamos adelante. Tambien el espíritu tiene sus afecciones que le pertenecen, como pensar, querer, amar, aborrecer y escoger. Estos son efectos propios de lo que se llama espíritu, porque así llamamos á aquel principio que piensa, quiere y discurre, &c. Si quisieren llamarle de otro modo bien pueden hacerlo; pero sirviéndonos del comun language, así como damos á la materia las afecciones de extension, figura, movimiento, choque, &c., así damos al espíritu estas otras, pensar, querer, amar, aborrecer, escoger, &c. Me parece que hasta aquí todo va claro, y conforme á la buena razon.

Baron. Para mí todo eso es cierto, y tambien para la Baronesa, segun lo que en ella advierto.

Bar. Ya veo, Teodosio, vuestra intencion: apostaré yo que me quereis decir, que así como es materia de risa trocar las afecciones ó atributos del sonido y de los colores, llamando á un

sonido amarillo, y á un color sonoro, así también será materia de risa decir que la *materia piensa*.

Teod. Lo adivinasteis, señora; pero vos empezasteis el trueque (permitid que así lo diga) y la contradanza de los atributos, y no la acabasteis. Disteis á la *materia* los atributos del *espíritu*, y salió *materia pensando*. Ahora falta casar con el espíritu los atributos de la materia, y saldrá *espíritu cuadrado*: tendremos *medio pensamiento*, *un cuarto de amor*, *un discurso amarillo*, ó *un amor verde*; porque tanto podemos dar el oficio del espíritu á la materia, diciendo que la *materia piensa*, como dar al espíritu y á sus actos las propiedades de la materia, que son *extension*, *mitad*, *cuarta parte*, *color amarillo ó verde*.

Baron. Todos nos reimos, y no es el caso para menos.

Teod. Siempre que los atributos ú oficios de una cosa se den á otra de diverso caracter, salen despropósitos. No hablo ahora yo de cuando las palabras se toman en sentido metafórico, como cuando se dice que un *discurso es sólido*, ó un *pensamiento es agudo*, porque aquí milita otra razon, sino tomando las palabras en su sentido natural. Ved que despropósitos salen, aun trocando

los atributos de cosas sensibles, cuales son las que pertenecen á los sentidos; como decir que los ojos oyen, que los oídos ven, y no obstante, ambos son sentidos corporeos, animados por los espíritus nerveos del mismo cuerpo. Aunque son desemejantes, son muy parientes, porque ambos pertenecen al cuerpo; pero no pueden trocar de oficios. Dad al sabor el epíteto de azul, al sonido el atributo de encarnado, á la armonía el nombre de cuadrada ó esquinada, que son epítetos del tacto, y vereis lindos disparates. Si trocando pues los oficios de cosas materiales y sensibles, y casando unas cosas, que por decirlo así, son parientas en segundo grado, salen monstruos ridículos: si casáramos cosas tan encontradas entre sí, como la materia y el espíritu, que no pueden tener mayor desproporcion, y combináramos las ideas de extension, mitad, cuarta parte, color, figura, &c. que son propiedades de la materia, con pensamiento, voluntad, amor, ódio, duda, eleccion, &c. que son efectos ó actos del espíritu, saldrian monstruos todavía mas enormes diciendo: amor verde, pensamiento triangular, una mitad de ódio, una duda cuadrada, &c.

Bar. Venidme otra vez acá, Baron mio, con las metafísicas de vuestros

nuevos libros, y confesad aquí, que tenía yo mucha razón para escandalizarme, porque me deciais que afirmaban algunos, que algún día podría la materia pensar (9).

Baron. No dije yo eso: lo que dije fué que decían algunos, que tal vez andando el tiempo se descubriría alguna razón para decir que la materia podía pensar.

Bar. Como viene de léjos el despropósito, debe ser muy horrendo, pues no se atreve á presentarse. Eso es como quien dice: quién sabe si en los futuros tiempos vendrá allá del Polo Antártico un hombre que diga que vos, *Baron* (siendo el mismo que sois ahora) aparecisteis allá en el aire montado en una águila hecho Júpiter, disparando rayos por el mundo, y esto de aquí á doscientos años. ¿Qué diriais de esto? Pues todavía en esta quimera no se juntan cosas tan distantes ni tan insociables, como las que se juntan en aquel dicho de que tal vez en los futuros tiempos podrá aparecer razón que diga que la materia puede pensar.

Baron. Hermana mia: muy adelantada estais en argumentar: no teniais esa penetracion cuando yo os dejé para ir á mi regimiento de Carabineros.

Bar. ¿Pues qué, pensais que las mugeres no tienen cabeza sino para el tocador, ni tiempo sino para adornarse? Gracias á Teodosio, que á los dos nos ha dado este espíritu de discurrir, y á mí la desconfianza de no asegurarme en cosas que no sean sólidas.

Teod. Ya que vuestro hermano os halla tan adelantada en discurrir, respondedla á aquella razon que dijo de los nuevos inventos y pasmosas máquinas que cada dia salen al público, que es el sólido fundamento para que algun dia pueda verse materia que piense.

Bar. Mientras os tengo presente mas quiero oiros á vos, que hacer la presuntuosa figura de filosofar: respondedle vos, Teodosio, que así iré siempre aprendiendo.

Teod. Baron mio: los nuevos autómatos ó máquinas que aparecen, todos nacen de nuevas combinaciones de la materia, y están dentro de los límites de su *figura, extension y movimiento*: todo se reduce á esto, y fuera de esto nada se vé que haya aparecido en la materia. Como el *pensamiento* pues, *duda, amor, complacencia, &c.* no tienen parentesco con *figura, movimiento, extension*, ¿para qué es escarbar en los escondrijos de la *posibilidad* por ver si

hallais *materia que piense*?

Baron. Supuesto que me tocais en el infinito tesoro de la *posibilidad*, ¿no podrá Dios, que es omnipotente, juntar á la *materia extensa* la cualidad de *pensar*?

Teod. Lo que Dios puede es juntar á la *materia extensa* un principio que piense, discurra, ame, &c.

Baron. Pues ahí esta lo que ellos dicen.

Teod. ¿Me dais licencia para reir?

Baron. No veo el motivo. ¿Qué decis, Baronesa? ¿Hay aquí motivo de risa?

Bar. No le veo. ¿Con qué vos, Teodosio, concedéis que Dios puede juntar á la *materia extensa* un principio que piense, discurra y ame?

Teod. Baronesa, ¿no somos, vos, vuestro hermano y yo, una *materia extensa* con su figura, y Dios juntó con ella nuestra alma, que piensa, ama y discurre?

Bar. Teneis razon para reir, y aun yo me rio de mí misma, considerando que me parecia imposible lo que veo en mí y en todos los demas.

Teod. Dios, amigo mio, puede juntar cosas diferentes y hacer un compuesto; pero no puede hacer que una cosa sea otra: puede juntar la *materia* con el espíritu, mas no hacer que la *materia* sea *espíritu*. Puede juntar en nosotros

cuerpo y alma, y cada una de estas dos partes goza de sus propiedades, y ambas se atribuyen al todo. Por eso decimos: *esta hermosa niña discurre bellamente*: el ser *hermosa* pertenece solo á la materia: el *discurrir* pertenece á su alma; pero nunca se dice que en la niña discurre la *materia*, ni que el espíritu es *hermoso*. Ponemos mas egemplos. Si dejaríamos que el *círculo* es *amarillo*, el *cuadrado* *pesado*, el *triángulo* *sonoro*, diríamos tres heregías en geometría; pero si dijéramos que un círculo de laton es *amarillo*: que un cuadrado de plomo es *pesado*, ó que un triángulo de acero es *sonoro*, diríamos bien; porque no damos el *color*, *peso* y *sonido* sino á la materia del *círculo*, del *cuadrado*, &c. Lo mismo digo en nuestro caso: bien puede Dios juntar, como en el hombre sucede, materia palpable y dura, y espíritu que piensa; pero ni puede dar el pensar á la materia, ni la dureza al espíritu.

Bar. Yo estoy enteramente persuadida de esa imposibilidad. ¿Qué decis, Baron?

Baron. No puedo menos de decir que esta doctrina cuadra bien á la razon, y tiene aquella solidez en que descansa el entendimiento. Confieso que no hallo esto en otras esplicaciones y doctrinas.

Teod. Si buscais, amigo, la solidez en los discursos y principios disonantes á la razon, pocos libros hallareis que os gusten. Os advierto, que ordinariamente tienen una elocuencia femenina, que consiste en la armonía de los periodos, belleza de pensamientos, picante y gracia en las espresiones, que es lo que suple por la solidez y fuerza que debeis buscar en los discursos sobre materia tan importante; y así guardaos mucho de libros cuyo estilo agrada mucho.

Bar. ¿Sabeis, Teodosio, la máxima que hay entre las señoras? (hablando acá en nuestro estilo): en donde hay muchos afeites y adornos esquisitos, poca hermosura hay en el rostro: una labradora lavada en una fuente con sus cabellos sueltos ó recogidos con natural desden, con su lienzo blanco, formado como turbante en la cabeza á su modo, nos avergüenza á nosotras cubiertas de mil adornos y joyas. Carruages llegan: pongamonos en tono de paseo antes que nos sujeten en casa.

Baron. Salgamos.

Teod. Estoy pronto.

TARDE VII.

*De la espiritualidad, é inmortalidad
del alma.*

§. I.

De su espiritualidad.

Bar. No puedo deciros, Teodosio, el consuelo que recibí el Domingo pasado cuando disputasteis con mi pariente el Caballero sobre la inmortalidad de nuestra alma: yo no pensé que estaba tan corrompido en la religion, que llegase á afirmar que su alma moriria con el cuerpo.

Teod. Pues yo estaba mortificado con el recelo de ofender vuestro respeto con mis respuestas, en las que por fin falté á la atencion debida á un caballero pariente vuestro, y de su edad.

Bar. Le disculpa su edad, y el ser un caballero que ha ocupado toda su vida en el servicio militar; mas no sé yo que en vuestras respuestas faltase la cortesía que se le debe.

Teod. ¿No reparasteis, señora, en la última razon que me dió para decir que nuestra alma moria con el cuerpo?

Bar. No me acuerdo.

Teod. Decia él por último: yo veo que los caballos comen, duermen, tienen hijos, y mueren: lo mismo veo en los hombres; y así afirmo que somos como ellos. Yo le respondí prontamente: *vos seréis lo que quisiereis, mas yo no.* No reparó él en la malicia de mi respuesta, y yo la sentí despues.

Bar. Os tenia disgustado con muchos despropósitos, y merece disculpa una viveza, fastidiada ya con ridículos argumentos: yo disimulé la risa, aunque habia advertido vuestra malicia. Mas vamos seriamente al punto.

Teod. No seria malo que llamasemos á vuestro hermano; pues me dijo que queria hablar conmigo en esta materia: él es especulativo, y tiene precision de instruirse bien en estos puntos, porque la vida militar le espone á mil combates.

Bar. Es muy justo, y al mismo tiempo que vos disputais, me iré yo instruyendo con duplicados medios. Pocos dias há cayó en mis manos un cuadernito impreso, en que se decia que cierto autor (de cuyo nombre no me acuerdo) suponía entre los vegetales y los animales tan-

to parentesco, que no ponía mas diferencia que mas ó menos grado de perfeccion; y que otro aseguraba entre los brutos y el hombre un parentesco, en virtud del cual solo se diferenciaban en mas ó menos grados de perfeccion; y de este modo entre la col y el hortelano que la planta, no hay mas diferencia que la de mas ó menos (a).

Baron. Aquí soy llamado á juicio; ¿y para qué?

Bar. Para preguntaros si quereis ser de la clase de las coles, ó de la clase de los brutos, cuyos parientes somos en grado muy cercano, segun los filósofos de moda.

Baron. Sé por qué lo preguntais: no está muy léjos el libro en que leí este sistema de reducir todas las criaturas á una sola clase; y para unir los vegetales con los brutos se sirven de los pulpos, que son unos insectos que pasaron muchos años por plantas pequeñas, por tener la figura de estas, y por último se descubrió ser animales, y animales voraces, porque se comen unos á otros.

Teod. No ha muchos meses que ví yo una lombríz que tenia como los pulpos figura de una ramita de árbol, cuya ca-

(a) El Hombre-planta, pág. 24 y 31.

beza estaba en el tronco, y viva: tendria de largo cuatro pulgadas, y el tronco era del grueso de una pluma delgada de escribir: el color era muy claro. Supe despues que la misma persona habia arrojado otra de la misma forma; con lo que poniendo este grado por medio, se facilita la union de las dos clases.

Bar. ¿Y qué grado pondran esos filósofos para unir al hombre con los brutos?

Baron. Los mícos; porque tienen mucha semejanza con los hombres. ¿Quereis saber lo que leí pocos dias ha? Aprendí de memoria estas palabras que estan en aquel libro: "todo el reyno animal »se compone de diferentes especies de »mícos, unos de mas habilidades que »otros, y á la cabeza de todos colocó »Pope á Newton (a)." Ya veis, hermana, que teneis innumerables parientes que no conociais, y de aquí adelante no iremos tan de priesa cuando corramos la posta; pues segun este sistema son hermanos nuestros los caballos.

Bar. Nos contentaremos con ser mícos mas perfectos que los ordinarios.

Baron. Despacio, que tambien dicen muchos de esos señores que los hay mas

(a) Sistema d'Epicur.

perfectos que nosotros. *Los brutos* (dice un gran filósofo de los de moda) *tienen alma capaz de todas las operaciones del espíritu humano; esto es, las de concebir, juntar los pensamientos y sacar una buena consecuencia* (a). Otro dice que los hombres esparcidos por las breñas, observaron é imitaron la industria de los brutos, y de este modo casi llegaron al instinto de los brutos (b). Con que, hermana, abatid la vanidad, porque los brutos han sido nuestros maestros, y nosotros cuando mucho casi llegamos á su juicio. Otro dice, que el no tener ellos las producciones del juicio que los hombres tienen, es por tener patas en lugar de dedos, y por ser su vida mas corta que la nuestra (10); y que por tener ellos mejores armas y mejor vestido que nosotros, son menos sus necesidades, y por lo mismo han inventado menos, pues bien sabido es que la *necesidad* ha sido nuestro maestro casi universal (c).

Bar. Basta, basta, que me horroriza oír tantos despropósitos. Hablemos, Teodosio, seriamente de nuestra alma; pues de esta, hermano mio, es hoy nuestra conferencia.

(a) Philosoph. du Bonsens.

(b) L'origine de l'inegalité des hommes.

(c) Essait de l'Esprit.

Baron. Estoy atento, Teodosio, y oiré con gusto en esta materia.

Teod. Aquí hay dos puntos, y el uno depende del otro: el primero es si el alma es espiritual: el segundo, si por ser espiritual es inmortal. Del primero ya hablamos un dia de estos, tratando de la diferente idea que se debe formar de la materia y del espíritu; y dando á cada cosa de estas sus propiedades y efectos, se vé claro que teniendo nosotros la facultad de *pensar* y de *querer*, no puede nuestra alma ser materia.

Bar. Siendo tan imposible que la materia piense, ó que elija, que quiera, ame, aborrezca y dude, como el que el sonido sea amarillo, ó el pensamiento sea verde, &c. ya se vé que nuestra alma es espiritual.

Baron. ¿Y qué me decis del alma de los brutos? Porque yo he leído, que siguen muchos católicos que es espiritual (111).

Teod. Bien lo sé; pero yo nunca fui ni puedo ser de esa opinion, y no obstante los grandes fundamentos que tienen, jamas pude inclinarme á eso, por la grande diferencia que hay de nuestra alma á las suyas (a).

Baron. Siempre será mas imperfecta.

(a) Recreacion, tomo V. tarde XXII.

Teod. Poco á poco ; porque si en los brutos fuera el alma la que gobernase, dirigiese y ordenase sus acciones , sería su alma mucho mas perfecta que la nuestra.

Bar. Eso es lo que yo no creo : perdonadme.

Teod. Reparad , señora , en que los brutos obrando sin estudios , sin educacion , sin libros , esperiencias ni instrumentos hacen algunas veces cosas mucho mas perfectas que los hombres. Decidme : las golondrinas y otras aves de arribada , cuando hacen sus nidos el primer año , ya los hacen tan perfectos como el último ; y ningun hombre los haría así , si en lugar de manos é instrumentos , no tuviera mas que el pico y los pies. Es verdad que la golondrina que nació en Lisboa , nació en su nido , pero no le vió hacer : partió á la Africa á la entrada del invierno , y no vió á sus padres hacer nidos , porque allá no crían : volvió al verano siguiente á Europa , y desde luego procuró hacer su nido.

¿ Quien enseñó á las abejas nuevas á fabricar sus panales con admirable geometría como todos ven , y ninguno antes que ellas pudiera idearlos tan propios para sus fines ? Ninguno por mas

docto que sea podrá dar otra idea diferente sin muchos defectos. Salió la abeja de su corcho, y como nació en la casita de cera ya hecha, no la vé hacer. Sale con su abeja maestra, y la demas familia, y en el primer corcho ó concavidad obscura que hallan, fabrican su panal acomodado al sitio, y por la misma idea inimitable. ¿Qué hombre habrá que sin experiencia, sin leer, sin enseñanza ni instruccion alguna, haga obras perfectísimas?

Baron. Eso, Teodosio, es á favor mio; porque creo que tienen alma espiritual.

Teod. Un poquito de paciencia, Baron mio. Digo pues que las obras de los brutos no solo piden mucho juicio, sino un juicio mucho mayor que el de los hombres, cuando estos están como los brutos sin enseñanza ni instrumentos: hasta aquí no tenemos duda. La duda es, si el juicio que dirige las obras de los brutos es propio del alma del bruto, ó es otra cosa superior que está fuera de aquella alma

Bar. No lo entiendo: eso para mí es un enigma. ¿Por qué no habeis de dar ese juicio á los brutos, si son ellos los que hacen aquellas obras, y se gobiernan con aquellas acciones?

Teod. Porque veo en ellos dos cosas que me obligan á no concederles esa gloria. La una es la uniformidad de sus acciones en todos los siglos y lugares del universo: fabrican las abejas en Rusia, en el Japon, en América, en Africa, y en Portugal, sus panales por el mismo plan y modelo, sin discrepar; y tan perfectos los hacen ahora, como siempre los hicieron.

Bar. Eso facilmente lo creo.

Teod. Luego no es su alma la que dirige sus obras: lo primero, porque es imposible que la casualidad produzca tan entera semejanza en tiempos y lugares remotísimos. Decidme, ¿podrá ser que un hombre haga por acaso acá en Bayona una obra en todo semejante á otra que hicieron al mismo tiempo en Rusia, y á otra hecha en América, sin que los artífices lo hayan comunicado entre sí? ¿Qué obras de hombres halláis tan conformes? No hallareis semejanza en el comer, en el vestir, en el edificar, ni en el navegar, aunque á todos los ha enseñado el mismo maestro, que es la necesidad: todos tienen la misma necesidad, mas cada uno come á su modo, viste á su antojo, edifica segun su fantasía, y hace las embarcaciones por su modelo. Aunque los libros, los maes-

tros y la experiencia pasan de unos hombres á otros, siempre sus obras son diferentes. ¿ Luego cómo podia ser que las obras de los brutos fuesen las mismas en todos los lugares, no comunicándose los brutos entre sí? ¿ Cómo puede ser esto, sin que haya un entendimiento que esté en todos los lugares? ¿ Cómo puede ser que sean las mismas en todos los siglos, sin un entendimiento que asista en todos los tiempos? Aguzad, Barón mio, vuestro discurso matemático, y esplicadme este punto. ¿ Cómo pueden obras que son distintas en tiempos y en lugares diversísimos y sin comunicacion alguna por libros, estampas, maestros ni experiencia salir perfectísimamente semejantes, y solo por mero acaso?

Baron. Ya veo que es de la mayor imposibilidad.

Teod. Luego solamente pueden proceder de un juicio que esté en todos los lugares y en todos los tiempos para que pueda combinar y ajustar unas obras con otras para que salgan perfectísimamente semejantes. Respondedme.

Baron. Eso me parece sumamente necesario: sin que esa causa dirigente asista en todos los lugares y en todos los tiempos, no puede ajustar perfectísimamente cosas tan distantes.

Teod. A esto se añade, que si en los hombres hallais algunos movimientos enteramente semejantes en todas partes y en todos tiempos, son aquellos movimientos que no dependen de su libertad, como el palpitar del corazón, el respirar, y todos los demas que están en la naturaleza, y no en la voluntad libre: en estas cosas hay uniformidad; pero en lo que el hombre es libre y procede de la voluntad de su alma, siempre hallareis mucha desemejanza. La disposición de los medios para los fines que se propone, es obra de la voluntad que elige como que es libre.

Baron. ¿Qué me decís, Baronesa? ¿Qué salida le dais? Favorecedme si podeis. ¿Qué respuesta dais á eso, Teodosio?

Teod. La que yo doy es ésta: la inteligencia Divina, que es la que vé en todos tiempos y lugares, es la que de tal modo dispuso la organizacion de las abejas que hagan estas obras tan reguladas, no por su propio juicio, sino por impulso ageno, así como fabrica un relojero en Ginebra relojes para toda Europa en tal disposición, que todos los de su fábrica, en cualquier parte del mundo á donde los lleven, hagan los mismos movimientos. La disposición y proporcion con que el relox hace sus

movimientos no es del reloj, sino del relojero. Las acciones de los brutos y la de su alma son á este modo: su alma obra las acciones, como el muelle del reloj los movimientos; pero la que proporciona las acciones del bruto con sus fines no es su alma, que no combina ni elige: el muelle, que es como el alma del reloj, no combina ni proporciona, ni dirige por su eleccion los movimientos del reloj, ordenándolos á los fines á que se destinan. Toda la combinacion y gobierno está fuera del reloj, y así tambien está fuera del bruto.

Baron. No tengo que responder: vamos adelante. ¿Cuál es la otra cosa que veis en las acciones de los brutos para negarles la gloria de que sean ellos los que dirijen sus acciones?

Teod. El ver que desde el principio del mundo hasta ahora no ha habido mejora alguna, ni nueva invencion en las obras de los brutos. Poned los ojos en las obras de los hombres, y os pasmareis de ver como vá cada uno adelantando sobre sus antepasados. En los principios de la Imprenta se grababan los caractéres en madera: pasaron despues al metal, y ultimamente admira la perfeccion á que ha llegado este arte. Por el contrario, ¿qué se ha adelanta-

do en los panales de miel, en las telas de las arañas, en los nidos de los pajarillos, &c. ? Todo es ahora como siempre fué: luego su fábrica no es dirigida por el alma de los brutos, con inteligencia propia ni libertad propia, como nos parece.

Bar. Percibo la fuerza de ese argumento. El que vé la sagacidad de los micos, la de las arañas, y la de las abejas, &c. que sin tener maestros, ni experiencia de haber visto hacer semejantes obras, y sin instrumentos á propósito, sin educacion, libros, ni modelos, hacen lo que los hombres no han hecho, cuando los mas hábiles maestros deben su habilidad y discursos á los libros, á la experiencia y al estudio, &c. Quien vé, decís, esta superioridad de parte de los brutos, está para creer que su alma es mas perfecta que la nuestra; pero el que reflexiona que desde el principio del mundo hasta ahora nada han adelantado los brutos, siendo así que los hombres siempre van adelantando, se vé precisado á negarles á los brutos la direccion y gobierno de sus acciones, y que ellos voluntaria y libremente hagan esta accion con este fin, y aquella accion con otro, &c. ¿No es esto lo que decís?

Teod. No hay duda que la fuerza de mi argumento para probar la grande diferencia que hay entre el alma del hombre y la de los brutos, está en que la nuestra que obra con propia inteligencia, reflexion, eleccion y libertad, no puede menos de ser espíritu; y sea el alma de los brutos lo que quisiere, en ellos no hay perfecta inteligencia, eleccion ni libertad.

Baron. Yo nunca pudiera persuadirme, ni sé que haya hombre que seriamente se persuada á que en cada uno de nosotros no haya un alma espiritual, al ver que estamos dotados de conocimiento y libertad en nuestras acciones, y de poder amar, aborrecer, dudar, &c. lo que certísimamente no cabe en la materia. Vamos adelante á la inmortalidad de nuestra alma, que es el punto mas controvertido entre los incrédulos.

Teod. Primero debemos tratar de su simplicidad.

§. II.

De la simplicidad de nuestra alma.

Bar. ¿Qué quiere decir la simplicidad del alma, pues yo no entiendo bien esos términos?

Teod. Llamamos simple una cosa que

no se compone de partes. En nuestra alma hay varias funciones, porque aprende, juzga, discurre, duda, niega, &c. y la facultad con que las ejerce se llama *entendimiento*: se acuerda de lo pasado, y esto lo hace con la *memoria*: ama, aborrece, quiere y no quiere, elige ó desprecia por medio de la *voluntad*. Algunos disputan si estas son diversas cosas que se juntan en el alma, así como se juntan en el cuerpo el cerebro, el corazón, y el estómago, que tienen cada uno sus operaciones determinadas que no se pueden trocar, y son entre sí cosas muy diversas.

Bar. Yo siento desde luego que todo es lo mismo, y que las tres potencias son tres operaciones de la misma alma.

Teod. Así se dice comunmente; pero yo adelanto el pensamiento y pregunto, ¿el alma que entiende, quiere y se acuerda, es una cosa sencilla; ó es, como el cuerpo en que vive, un compuesto de varias piezas? Elegid lo que queráis, y vamos discurrendo.

Bar. Yo quiero suponer ahora, como por una travesura de entendimiento, que se compone nuestra alma de muchas partes simples. Veamos como me argüis de falsedad. Sed, hermano mio, el juez

de nuestra disputa, para ver quien tiene razon.

Baron. Con mucho gusto: porque hasta ahora no he visto discurrir sobre este punto. Ved, Teodosio, cómo discurreis: mirad que estoy constituido por juez.

Teod. Enhorabuena. Si nuestra alma se compone de muchas partes espirituales, quiero yo saber si cada una de esas partes es por si sola inteligente, y si es libre ó tiene albedrio.

Bar. Eso no: el alma que resulta de esas partes es la que tiene inteligencia y voluntad; pero no la tiene cada una de las partes de que se compone el alma; así como un relox tiene movimiento, y no le tienen separadas las partes de que se compone.

Teod. ¿No me direis cómo podrá ser que de muchas partes, de las cuales ninguna tenga inteligencia, resulte una alma inteligente? Esto de inteligencia, y esto de voluntad, no puede nacer de la combinacion y conjunto de partes. No os defiende la comparacion del relox; porque el relox sin cuerda no tiene movimiento alguno, ni tampoco le tienen las partes de que se compone, tomando cada una en particular; y si hablais del relox sin cuerda y con mo-

vimiento, es porque se le dá el muelle real; y aun ese muelle real por sí solo si le arrollan y despues le dejan, se suelta con un movimiento rápido, y en el muelle por sí solo dura este movimiento un instante; pero cuando el relox está armado dura veinte y cuatro horas, porque la combinacion de las ruedas y la péndola le van deteniendo, y no le dejan desenvolverse sino poco á poco. Demos que estalle el muelle real, paró el relox, y no hay movimiento en el todo, porque cada parte de él no le tiene en si, ni le puede dar.

Baron. Yo soy juez, hermana mia, no porfiéis, que yo no puedo entender cómo de muchas piezas no inteligentes resulte una alma que entienda, que quiera, discurra, &c.

Bar. Sea pues inteligente una parte del alma, y otra sea dotada de voluntad, y resulte de ambas juntas una alma inteligente y libre.

Teod. Eso tampoco puede ser; porque aquella parte del alma que libremente quiere y elige, debe saber lo que quiere, y por qué razon lo elige. Si esa parte del alma, por carecer de inteligencia, no entiende y es ciega, ¿cómo podrá amar, cómo podrá aborrecer, ni cómo podrá preferir esto á aquello?

Si vos, Baronesa, tuvierais dos criadas, de las cuales una viese muy bien; pero fuese *muda* para determinar alguna cosa; y la otra hablase mucho y fuese capaz de determinarlo todo, pero estuviese sorda y *ciega*, ¿qué podían hacer en vuestra casa en el caso que vos no os hallaseis en ella?

Bar. Sin duda nada podían hacer; porque la que tenía vista, nada podía decir á la otra; y la que podía mandar, ni veía, ni por ser sorda la dirían cosa alguna. Estando yo en casa, la que veía me daría parte por señas, y yo me valdria de la otra para hablar y dar las órdenes.

Baron. Entonces, Baronesa, poned tres partes en el alma: una que sea inteligente, otra que tenga la libertad, y otra tercera que se sirva de las dos para que la inteligencia de la una gobierne la libertad de la otra.

Bar. Pues sea así: tenga nuestra alma tres partes; quedemos en eso.

Teod. Pero esa tercera parte, que habia de hacer vuestro oficio, debe tener inteligencia para entender lo que la diga la criada que vé; y debe tener libertad para determinar en lo que la parezca á la criada que habla.

Bar. Precisamente debe ser así: sea

como quisieréis , con tal que pongáis tres partes en el alma.

Teod. Muy bien : suponiendo pues en el alma una parte sencilla que participa y tiene la *inteligencia* de la primera , junta con la *libertad* de la segunda , ya teneis una parte del alma que puede hacer por sí sola lo que hace toda el alma , porque es *inteligente* y *libre*.

Bar. No lo puedo negar.

Teod. Si admitis ya una parte del alma que siendo simple tiene en sí cuanto el alma total hace , ¿de qué sirven las otras dos piezas escusadas? Vamos á la comparacion : si vos estais en casa , y podeis ver y hablar , ¿de qué os sirven las dos criadas , una *ciega* y otra *muda*?

Baron. Despedid , hermana , esas dos criadas inútiles , y confesad á Teodosio que el alma precisamente es un ser sencillo , esto es , que la *inteligencia* y la *voluntad libre* son una misma substancia. Me hicisteis juez : tened paciencia , que yo sentencio sin atender á la carne ni á la sangre.

Bar. Soy del mismo sentir , y ahora estoy firmemente persuadida á lo que ha probado Teodosio. Pasemos adelante.

Teod. La cuestion que se sigue es

150 TEOLOGÍA NATURAL,
de la inmortalidad del alma, cosa que
de ningun modo quieren conceder los
Filósofos de moda.

§. III.

De la inmortalidad del alma.

Baron. **T**engo observado que este
es el punto en que hablan con el ma-
yor empeño.

Bar. Y con razon ; porque si el al-
ma muere con el cuerpo , no tienen ellos
que temer el castigo de sus desórdenes,
ni el virtuoso que esperar el premio de
su virtud. Yo nada sé de vuestras prue-
bas metafisicas ; pero lo que se ajusta
mas con la razon , aun prescindiendo
de la fé , es que nuestra alma es inmor-
tal: sino decidme , *Baron* , cuando el
Criador nos dió la *libertad* , y con ella
la *luz de la razon* y la *ley natural* , sin
duda nos la dió para que la siguiese-
mos en las acciones libres. El que de
noche da una hacha de viento á su cria-
do cuando le envia á algun recado , sin
duda se la da para que huya de los pre-
cipicios , y siga el buen camino hasta
hacer lo que le manda. ¿ No es esto así,
Baron mio ?

Baron. No hay duda: porque si el amo no quisiera que ejecutase lo que le ordenaba, no le daría el recado, ni el hacha de viento para que evitase los peligros que aconteciesen en la ejecución de su precepto.

Bar. Luego si Dios nos dió la *ley natural* y la *luz de la razon*, juntamente con la libertad, fué porque quiso que siguiendo esta luz obedeciésemos á esta ley.

Baron. No tengo duda: ¿pero de eso qué inferis para la inmortalidad del alma?

Bar. Lo que infiero es, que si no hacemos lo que Dios intenta, y obramos contra la ley natural que nos dió, precisamente se desagradará, y por consiguiente nos castigará [como justo; pues de lo contrario pudiera la criatura burlarse descaradamente de su Criador, quedando sin castigo: esto no es decente al Sér supremo.

Baron. Tambien convengo en eso: pero vamos al punto de la cuestion, que es el de la *inmortalidad*.

Bar. Tened paciencia, *Baron*: si concedéis que es preciso que sea castigado el que obra mal, y que debe ser premiado el que obra bien, este por obedecer al Criador, y el otro por bur-

larse de él, es forzoso que haya otra vida despues de ésta, y que la muerte no destruya al alma; porque de ordinario sucede que los buenos y virtuosos estan toda su vida oprimidos, y los perversos triunfan muchas veces, y prosiguen impunemente con su disolucion hasta que mueren: y así ya veis, hermano mio, que debe haber premio y castigo despues de la muerte; ó que Dios quedaria muy mal, permitiendo que en esta vida sean oprimidos los buenos, y llenos de felicidades los malos.

Baron Conozco la fuerza de vuestro argumento, y que esa razon es muy poderosa; porque ademas de la luz de la razon que condena nuestras acciones perversas, tenemos un estímulo que nos remuerde, reprehende y acusa, y este estímulo sin duda es la voz de Dios que nos está reprehendiendo; y el que se burlare de esta voz, por seguir su voluntad con desprecio de la de Dios, es preciso que sea castigado; y por el contrario, el que sea fiel á esta ley de la naturaleza, á la luz de la razon, y á la voz interna, será premiado. Ahora bien: si esto no sucede en esta vida, precisamente ha de haber otra en que se dé á cada uno lo que merece. ¿Qué decis á esto, Teodo-

sio, que estáis tan callado?

Teod. Digo que discurreis muy bien, y que hacen grande violencia á su razon los que discurren al contrario. Mas vamos, Baron, á otra prueba metafisica, que os ha de gustar, porque teneis genio especulativo.

Bar. Tambien yo le tengo: vamos á esa prueba.

Teod. Una cosa compuesta de diversas partes puede destruirse, sin que ninguna de sus partes se aniquile, y por sola la desunion y descomposicion de ellas. Un palacio, por ejemplo, puede destruirse y ser arrasado sin que se destruya porcion alguna de él, por sola la separacion de las que le componen: allí se vé la canteria por el suelo, la mezcla de cal en montones, las maderas hechas pedazos, las tejas quebradas, y todo hecho una montaña de destrozos, y no obstante ninguna porcion se ha aniquilado. Así perecen todas las cosas compuestas de muchas partes; pero aquellas cuyo sér no es compuesto de partes, no puede perecer de este modo; porque si no tienen partes diferentes no podran deshacerse, supuesto que no puede haber separacion.

Baron. ¿ De qué modo pues se verifica que Dios las puede destruir?

Teod. Reduciéndolas á la nada , que es lo que llamamos *aniquilar*: la diferencia entre el poder infinito y el limitado está en que Dios con su omnipotencia, así como puede hacer que una criatura de la *nada* pase al *sér* criándola , así también puede hacer que pase del *sér* á la *nada* , aniquilandola. Los hombres nada de esto pueden hacer ; solamente pueden separar las cosas que estaban juntas , ó juntar las que estaban separadas. Cuando los hombres construyen un edificio no hacen mas que juntar en cierta disposición los materiales que hacen traer de lejos ; mas cuanto se halla en el edificio despues de acabado , ya estaba muchos tiempos antes en diferentes lugares , y cuando este edificio se arruina , todo cuanto le componia se halla esparcido por el campo. Lo mismo digo de las obras de la naturaleza. Cuando un árbol crece , se junta en él lo que estaba disperso mientras no concurrían á aumentarle el agua , la tierra , las sales , &c. El fuego altera , muda , analiza , resuelve , &c. pero jamás hace que sustancia alguna corporea perezca totalmente. El salto desde el *sér* á la *nada* , es de distancia infinita , y así solo la puede vencer un brazo de infinita fuerza : en las obras de las criaturas no hay mas diferencia que la de

estar las partículas de la materia ya de un modo, ó ya de otro. En esto creo que convenis los dos.

Baron. Lo habeis explicado de modo que á mí no me queda duda.

Teod. Concluyo pues nuestro punto. Las cosas que son sencillas, y no constan de partes, no se pueden desunir, ni deshacer, y por consiguiente no hay criatura que tenga accion sobre ellas para destruir su sér; por lo que están exentas de toda fuerza natural. En este sentido es nuestra alma inmortal, esto es, no hay en la naturaleza fuerza para destruirla; porque como su sér es sencillo y sin partes que la compongan, no la pueden desunir, y no hay fuerza en todo lo criado para aniquilarla y reducirla á la *nada*. Solo el Criador que la sacó de la *nada* puede reducirla á la *nada*; pero esto nunca lo hace Dios.

Bar. Ya formo concepto de nuestra inmortalidad; porque si el hombre muere, es porque se compone de dos cosas, *cuero* y *alma*: separase una cosa de la otra, y el hombre se deshace: de la misma suerte pueden deshacer nuestro cuerpo, quemarle, &c., porque consta de muchos miembros; pero siendo nuestra alma un sér simple, como decis, es imposible que la naturaleza la destruya,

y de ese modo queda inmortal.

Baron. ¿Y qué me decis del alma de los brutos?

Teod. El alma de los brutos, esto es, la parte que en ellos obra los movimientos, consiste en la sangre, ó en la parte mas espirituosa de ésta, llamada *espíritus animales*, ó *suco nerveo* que trabaja en los músculos, y hace los movimientos: esta alma no es simple ni sencilla, por lo que agotada la sangre se disipa y destruye; pero la inteligencia que dirige los movimientos es la del mismo Dios que dispuso su organizacion, y está fuera de los brutos; así como el muelle, que es como el alma del relox, está en el relox, pero la inteligencia de sus movimientos está en la cabeza del relojero, y no se acaba aunque quiebren el relox. Ya os he hablado de esto en otras ocasiones (a), y por eso no me esplico mas (12).

Bar. Ahora respiro, Teodosio, porque sé el cómo, y la razon de ser inmortal nuestra alma: hasta aquí lo creía, pero confusamente. Basta por ahora de especulaciones: vienen visitas, y voy á recibirlas. A Dios.

(a) Recreacion, tomo II. tarde última; y tomo V. tarde I.

TARDE VIII.

Diálogo sobre la religion revelada en comun.

Bar. **E**so no, Teodosio, eso no: bien puede ser que el Conde tenga su extravagancia en el modo de pensar acerca de la religion, pero *incrédulo* no lo es: tiene mucho juicio para adoptar semejante sistema.

Teod. Señora: bien puede ser que yo me engañe; pero el modo con que se explica dá á entender que está su razon gangrenado: picadle vos con disimulo en la materia, y vereis lo que sale del tumor encubierto. Su máxima es esta: que Dios recibe igualmente gloria de cualquier modo que le den culto los hombres, sean Moros, Judíos, Gentiles ó Cristianos, y que tener esta ó aquella religion es lo mismo que llevar el vestido de este ó de aquel color al besamanos en el dia de cumple años: bastará que sea decente y rico; pero importa poco que sea encarnado, rojo, ó azul, &c. Como hoy es martes, dia en que acostumbra á venir á comer con

vos, podeis certificaros de lo que digo.

Bar. Pasmada estoy de ver á que esceso llega esta desesperada calentura de discurrir libremente.

Teod. No os admireis; pues roto el freno de la religion verdadera debe suceder todo eso. El Católico sujeta su creencia á las Escrituras, y no interpretadas como él quiere, sino como las entiende la Iglesia: por esta razon creemos todos lo mismo en todos tiempos y en todos los paises; pero si cada uno se toma la libertad de interpretar la Escritura, ó de formar máximas en que se funde para discurrir sobre la religion, llegará tiempo en que diez mil cabezas tengan diez mil religiones, pues no hay razon alguna para que otros acomoden su juicio al mio, y para que no pretendan que yo sujete mi juicio al suyo.

Bar. Todos se deben acomodar á la razon, que es la ley general de todos los entendimientos.

Teod. Señora, decis bien, y todos convlennen en lo que decis; pero quiere cada uno que el ídolo de su razon sea generalmente el que todos adoren, y como cada cual tiene su ídolo particular en su cabeza, todos pretenden conseguir la adoracion general de lo otros.

Si hubiera una sola razon en todos, bien deciais; pero diez mil cabezas tienen diez mil razones, y peleando cada uno por su razon tenemos una disension general. Si no me engaño ahí está el Conde.

Conde. No hay discípula mas atenta á las lecciones de su maestro que vos á las de Teodosio. Dejad, señora, dejad esas sutilezas metafisicas que os roban á la bella sociedad para que nacisteis. Cuando no os veo en nuestras concurrencias, os considero toda ocupada en vuestros estudios matemáticos. Supuesto, señora, que la naturaleza por las bellezas que os dió con larga mano, os destinó para ser la alegría de una sociedad, ¿por qué nos quitais lo que por derecho es nuestro? Vuestra librería debe ser el tocador; y vuestros libros no deben ser otros que las joyas preciosas. Las flores y otros adornos suplen muy bien por los delicados cálculos: dejad estos para vuestros hermanos que son soldados, y deben estudiar la táctica.

Bar. ¡Con que no viéndome con joyas, flores y piochas, ya no me debo presentar en la bella sociedad!

Conde. No digo eso, señora, ántes bien confieso que hoy que estais sin afeite alguno, me pareceis mas hermosa y agraciada que nunca. Quisiera yo que os

fuese permitido presentaros así como estais en la concurrencia de esta tarde, y veriais que en vos se fijaban los ojos de todos; porque teneis hoy un *no se qué* que os hace estraordinariamente hermosa.

Bar. ? En efecto me hallais hoy mejor que en los demas dias ?

Conde. Incomparablemente mejor: hoy brilla vuestro rostro con una gracia que encanta.

Bar. No sabeis cuanto me alegro de saber eso; porque entonces ya he dado en el secreto de la hermosura.

Conde. ¿ Y cuál es ?

Bar. Es que hoy me he confesado, y la belleza de mi alma reverbera en mi semblante: veo que tengo cara de cristal, porque la hermosura que está dentro aparece fuera. Yo me siento en lo interior mucho mas alegre y satisfecha, y no dudo que participe mi rostro de la mutacion de mi espíritu. Tomad para vos, Conde, esa misma receta, y os presentareis en las concurrencias mas gentil que nunca.

Conde. No esperaba yo, señora, de vuestro juicio que tuvieseis tan grande preocupacion: discurrid como persona que no se deja llevar ciegamente por la fantasía fanática de los padres. Quien tiene discurso solido prescinde de esas

ideas, sirve á Dios en espíritu y verdad, y no se ata á ciertas ceremonias de religion que se mudan segun los climas en que vivimos.

Bar. ¡Con que vos no creéis firmemente en esta religion que exteriormente profesais! ¿Os chanceais, ó hablais con seriedad?

Conde. No me permite el decoro que os debo burlarme en esta materia. Yo no creo, ni dejo de creer, ni en eso me detengo; porque un hombre que sabe discurrir sólidamente no se sujeta á religion ninguna. Ahí teneis á Teodosio, que si habla con sinceridad, piensa tal vez del mismo modo que yo, porque le tengo por hombre sólidamente filósofo.

Teod. Ya que me buskais, y la Baronesa desea saber mi modo de pensar, no me es lícito ocultarle. Yo pienso enteramente como la Baronesa, pues muchas veces hemos comunicado nuestros sentimientos. Soy filósofo, y hago profesion de tal; pero sabed, que cuanto mas he reflexionado sobre la religion, mas firme me hallo en mi creencia; y si quereis os diré los motivos en que me fundo.

Conde. ¿Qué motivos? Motivos de beatería que os enseñó vuestra ama vieja á la chimenea cuando erais niño. ¿Qué motivos sólidos me podeis alegar que

convenzan á un filósofo? No sé que los haya, y si los hay gustaré de oírlos.

Teod. Yo gustaré de ver como respondéis.

Bar. Ya está trabado el desafio que yo deseaba: yo misma seré testigo; pero os suplico que dejéis á parte todo cuanto no sea respuesta sólida, porque ya me tienen enfadada los dichos chistosos, y respuestas disimuladas. *Honra, amigos, verdad y sinceridad*: pobre del que á esto me faltare, porque con la autoridad de señora no le perdonaré. Hablad, Teodosio.

Teod. Supongo, señores, que creéis firmemente aquel hecho histórico que ninguno duda, esto es, que hubo en la Palestina ha 1800 años un hombre llamado *Jesus Nazareno*, el cual decia que era hijo de Dios, y que por esto le quitaron la vida, &c.

Conde. De eso no dudo: del hecho histórico ni se disputa, ni se duda.

Teod. Bien estamos. Pregunto ahora, ¿ó aquel hombre *mentia*, ó *hablaba la verdad*? Elegid el partido que quisiereis, que á mí todo me hace juego.

Conde. Pues me dais esa libertad, digo por ahora que *mentia*. Señora, no os escandaliceis; porque como este es un desafio de discurso, quiero colocarme en

la postura y situacion mas ventajosa que puede ser para que no me venzan. Vamos á esto, Teodosio : suponed que digo que mentia.

Teod. En ese caso, debeis afirmar que aquel hombre era el mas malvado que jamas tuvo el mundo.

Conde. Eso no : era malo por hacerse hijo de Dios sin serlo ; pero nada mas.

Teod. Poco á poco ; porque ya tenemos una blasfemia la mas execrable que se puede decir ; por quanto decia y enseñaba que era el hijo substancial del Omnipotente, de la misma naturaleza del Padre , igual á él , y en la substancia lo mismo que él. Esto no lo dijo en el calor de alguna disputa, cuando el cerebro recalentado suele tal vez salir de los quicios en que debe moverse el pensamiento racional, y forja ideas de novela, y aun la lengua veloz pronuncia con poca reflexion lo que la idea la dicta : no fué así, sino al contrario ; porque Jesucristo con ánimo reposado, constante y continuado por mas de tres años siempre dijo que era Dios, así en público, como en particular, y así lo mandó predicar por todo el mundo. Con que ya veis que no seria un delito perdonable si porfiais en decir que mentia.

Conde. Pues sea como decis ; que yo

no hago ahora el papel de su apologista.

Teod. Id pues oyendo, y vereis tal série de precipicios y barrancos en que precisamente habeis de caer, que puede ser que os veais precisado á volver atras en el camino que tomasteis.

Conde. Vamos á las razones, y dejemos palabras de amenazas.

Taad. Vamos pues. Aquel hombre tuvo arte para persuadir su doctrina á una gran parte del mundo, y esto sin ningun auxilio humano; porque primeramente no acudió al socorro de las letras: ningun Apóstol fué hombre literato: unos eran pescadores, San Mateo fué negociante, San Pablo que tuvo mas instruccion, no alcanzó á Jesucristo mientras vivia, y este Señor jamas dió á conocer que él tuviese estudios humanos, ántes bien sus mismos enemigos se admiraban de verle hablar como hablaba sin haberle visto jamas aprender.

Ademas de esto, el pueblo Judai-
co era sumamente ignorante: la ciudad en que el Señor habia nacido, era muy pequeña y despreciable: su vida hasta los treinta años siempre fué retirada y oculta, ayudando en el trabajo á un carpintero y á su madre que era una pobre costurera. Todos estos hechos son constantes, y ademas no habia en to-

da la Judea especie alguna de estudios, sino el de los Profetas. ¿A donde pues fué Jesucristo á aprender aquel arte tan sublime de persuadir, tan sencillo y tan eficaz que triunfó de todos los filósofos y sábios? Si esta persuasion no fué, como decis, triunfo de la verdad, y si en ella no hubo auxilio de la Divinidad, la cual no miente, es preciso decir que hubo socorro diabólico.

Bar. Esas cosas solamente con oirlas me horrorizan.

Teod. Es preciso, señora, que vos y el Conde veais los horribles precipicios en que precisamente han de caer los que tomen el camino que él tomó.

Conde. Continúad; que no es esta materia tal que se aclare en cuatro palabras. Los oídos de una señora devota son en extremo delicados. Id discutiendo.

Teod. Añadid ahora que Jesucristo para introducir su Evangelio no se valió de la autoridad de grandes personajes, como de ordinario sucede; porque los Apóstoles eran de la plebe: no hubo Doctor que le protegiese, Rey que le patrocinase, ni Príncipe que le diese su favor. Ninguno de sus discípulos ocupaba lugar honorífico, ni tenia empleo en que otros dependiesen de él:

ninguno por sus canas, por su autoridad ó por su entendimiento habia merecido de antemano el séquito del pueblo: por el contrario, Jesucristo con cuatro hombres (como suele decirse) por todos títulos despreciables, tuvo poder para persuadir á gran parte del mundo cosas sumamente árduas, como era creer que un hombre pobre, descalzo, azotado publicamente, puesto en un patíbulo, y clavado en un madero afrentoso, era el verdadero hijo de Dios, y otras cosas de este género.

Advertid, que la rápida propagacion del Cristianismo fué despues de haber muerto Jesucristo publicamente ajusticiado. Reflexionad bien esto; y vuelvo á decir que si aquí no hubiera habido brazo Divino y virtud del cielo, habria astucia y máquina de los infiernos; y entónces siendo Jesucristo autor de aquel engaño, sería un monstruo de iniquidad.

Conde. No saqueis consecuencias tan horribles, que se aflige el corazon de la Baronesa.

Bar. Pero son consecuencias naturales, Conde mio; y si son horribles las consecuencias, tambien lo son los principios de donde ellas nacen, y se infieren. Continudad, Teodosio.

Teod. Vamos discurrendo por todos los medios que ha habido de persuadir. ¿ Tuvo por ventura Jesucristo por lo menos el auxilio del dinero; del dinero, digo, que bien sabeis que tiene un modo oculto de persuadir, y tal, que viendose todos los dias sus efectos no se puede esplicar hasta ahora cómo obra? Mas ninguno ignora que Jesucristo fué pobre toda su vida, y que sus Apóstoles fueron pobrísimos. Vivió Cristo sin fausto de rico, y sin hacer ostentacion de ser pobre: en todo fué sincero, franco, igual y consiguiente: despreciaba las riquezas sin soberbia; y recibia los pobres sin afectacion, no ofendiendo de modo alguno á los ricos.

Bar. Muy rico era Zaqueo, y fué á comer con él con la mayor urbanidad; y no se desdeñó de tratar con el Régulo que le buscaba: por último, ninguno podrá decir que dió Jesucristo cosa alguna para que le siguiesen.

Teod. No lo habeis dicho todo, señora: añadid que al que le queria seguir le aconsejaba que repartiase su hacienda con los pobres, y que en desprendiéndose de las riquezas, entonces le siguiese: esto no obstante se vieron en poco tiempo innumerables cristianos. A esto no alcanza la fuerza humana.

Bar. A la verdad que no.

Teod. Aun hay mas : ¿se valdria Jesucristo de las armas para introducir su Evangelio, como lo hizo Mahoma, que catequiza, defiende y propaga su doctrina con el alfange en la mano? ¿Haría por ventura lo que Lutero que para introducir su secta encendió el fuego de la guerra en toda la Sajonia?

Conde. No se dejó de derramar sangre por razon del cristianismo.

Teod. Es verdad; ¿pero cómo fué eso? No la hicieron derramar los cristianos : los enemigos del cristianismo son los que derramaron la sangre de los cristianos. Advertid bien, Conde mio, que Jesucristo en lugar de valerse de la fuerza y de la violencia, enseña la mansedumbre, la dulzura, la humildad, y que sufra el cristiano que le quiten la capa, dando tambien la túnica. Ved que contraposicion con el sistema de los mahometanos y de los otros sectarios que hacen sus catecúmenos con intrigas, y á fuego y sangre. Vuelvo pues á inferir, que si Jesucristo no se valió de estos medios, y consiguió tan rápida propagacion del Evangelio, ésta se hizo sin duda por virtud divina.

Bar. ¿Qué respondeis, Conde mio?

Teod. Al fin responderá: dejádmelo, señora, proseguir. Bien sabéis, amigo, y todo el mundo lo confiesa, que el medio mas seguro de introducir una doctrina nueva, es favorecer con ella á las pasiones, porque creemos facilmente todo lo que se acomoda á nuestros deseos. ¿Quién dejará de creer á un abogado cuando éste discurre y trabaja para demostrar que tenemos razon? Pero si despues de nosotros va á hablar á la parte contraria, no será posible persuadirla con el mismo discurso que á nosotros nos convenció: esto es lo que siempre sucede. Ahora bien, ¿de qué nace que el uno siempre se convenza con aquel discurso, y otro nunca, sino de que el discurso se acomoda á los deseos del primero, y es contrario á los del segundo? Y así va el entendimiento naturalmente ácia donde va el corazon, y repugna mucho el alma abrazar con su juicio lo que nos humilla, abate y condena. Aquí veis el medio de que se valió Mahoma para introducir el Alcorán, y del mismo se valen los protestantes, abriendo la puerta para mil cosas que prohibe la religion católica: ved aquí la basa del sistema de los *incrédulos*, en el que todo tira á favore-

cer á las pasiones, y á darlas entera libertad.

Esta es la mayor maravilla del Evangelio de Jesucristo, pues no ha habido doctrina mas contraria á nuestras pasiones que la del santo Evangelio. Es una doctrina que obliga á los mártires á padecer los tormentos mas horribles que jamás se imaginaron, y esto no solamente á uno ú otro que podia suponerse loco, ó rematadamente preocupado, sino á millares de millares de todas las edades, sexos, fortunas, climas, condiciones y estado. Horroriza el ver á todo el mundo armado con el hierro y el fuego contra el cristianismo, y al infierno desesperado quitando á los hombres hasta los mismos sentimientos de la humanidad que pudieran favorecer á los cristianos; y admira ver al mismo tiempo que cuanto mas sangre se derramaba por esta causa, mas crecia la semilla evangélica regada con aquella misma sangre.

Aun sin poner los ojos en los mártires, el que examine bien la doctrina de Jesucristo, habrá de confesar que la vida de un buen cristiano es un continuado martirio, en el que se quita la vida á las pasiones á fuego lento, haciéndose violencia para sofocarlas den-

tro del pecho. Decidme, señores, ¿no es verdad que el Evangelio nos obliga á sacrificar la carne, los intereses, y el pundonor mundano? ¿No nos obligan las severas leyes de la pureza, de la justicia y de la caridad fraterna á despojarnos en cierto modo de la propia naturaleza? ¿A qué mas puede llegar? ¿No nos obliga la doctrina de aquel nuevo Legislador á perdonar á los enemigos, y hacer bien á los mismos que nos han perseguido cruelmente? Pues esta doctrina fué la que se publicó, y la que siguieron y abrazaron innumerables personas, y esto por mas que se resistian las pasiones de la carne, y se la oponian todas las máximas del mundo, toda la fuerza del infierno, y todos los intereses de la vida, teniendo contra sí toda la fuerza de los Emperadores, y los sistemas de los políticos. Todo en fin fué contra el Evangelio, los Fariseos, los Doctores y los Príncipes; y á pesar de esto le introdujo Jesucristo en toda su rigidez sin el menor socorro, ni de autoridad, ni de ciencia, ni de armas, ni de dinero, ni de delicias, ni de halagos: en una palabra, sin algun auxilio humano. Luego, ó Dios empeñó su brazo en esta empresa, y era Jesucristo su hijo; ó si

era un blasfemo y enemigo de Dios, me habeis de decir qué tenia á su mando los demonios; y esto (notadlo bien) para una empresa á que ellos mismos se oponian claramente y con toda su fuerza.

Bar. ¿Qué es eso, Conde mio? ¿Estais afligido? Hablad. ¿Habeis enmudecido?

Teod. No me atajeis, señora, con esa viveza impaciente: no pido todavía respuesta al argumento que aun prosigue. Este hombre pues hizo para persuadir su doctrina prodigios admirables, muy raros y extraordinarios, y muchos de ellos los hizo espresamente para probar que él era el verdadero ijoh de Dios. Todos estos son hechos constantes, notorios á todos, y lo que hizo resolver á la mitad del mundo, parte á seguirle pasmados y admirados de lo que veian, y parte para perseguirle desesperados. Desde que el mundo es mundo, no hubo otro que tuviese mas admirable séquito, ni mas horrible persecucion.

Tanto una cosa como otra se comunicó á los Apóstoles: todos ellos hicieron prodigios por su orden y mandado para probar la divinidad de su Maestro, y fueron como él persegui-

dos y muertos. Ahora bien: ¿ es creíble que siendo puramente hombre pudiese trastornar de pies á cabeza , por decirlo así , toda la naturaleza ; y que hiciese servir á sus intentos los cielos, la tierra, los mares y todos los elementos ? ¿ qué se burlase de las enfermedades , de la muerte , y de los demonios, sirviéndose de lo pasado , de lo presente , y de lo por venir , penetrando hasta lo interior de los corazones , y todo esto sin que Dios le protegiese ? Decidme , ¿ es esto creíble ? Si él no era hijo de Dios es imposible que Dios le ayudase , pues entonces sería Dios autor de nuestro error , y cómplice en la mas horrible blasfemia , y esto por espacio de tres años continuos , en los que no cesó de hacer á propósito milagros en público , y á vista de todo el mundo , desafiando Jesucristo á sus contrarios para probarles eficazísimamente con prodigios que él hablaba verdad. Decidme , Conde , ¿ puede Dios ayudar con tanta fuerza y eficacia para que triunfe un error que es el mas feo que se puede dar , y el mas injurioso á su divinidad ? Decid ahora , señores , ¿ es esto creíble ? Respondedme , Conde.

Conde. Dios , así como no puede mentir , tampoco puede concurrir por mo-

dos extraordinarios á que triunfe el error y la mentira.

Teod. Está muy bien: luego si Jesucristo mentia no le podia dar la divina virtud fuerza para hacer aquellos prodigios, ni trastornar así las ideas del mundo.

Bar. Ya ha dicho el Conde que no, y que en el caso de que Jesucristo mintiese no podia Dios ayudarle.

Teod. Luego debeis conceder que tenia á su mandado los demonios, y que estaba confederado con ellos. ¿Creeis esto, Conde?

Bar. Conde: no lo digais; ni el espíritu de porfiar os tienta á pronunciar blasfemia semejante.

Teod. Señora: no os asusteis, que no lo puede decir, porque prevee las consecuencias que yo inferiria; y si lo dijerais, ¡qué hombre sería aquel tan abominable! ¿Pero cómo pudiera componerse una maldad sumamente execrable con enseñar Jesucristo la doctrina mas santa, mas pura y consiguiente que jamas se enseñó en todo el mundo? Compondme, Conde, una alma perversísima con las máximas mas santas que nunca se imaginaron. En toda la vida de Jesucristo, y en diez y ocho siglos que ha durado la Iglesia despues

de él, ninguno de los innumerables enemigos de Jesucristo y de la Iglesia han podido hallar el menor defecto en su doctrina. Ahora bien : una doctrina que examinada por tanto tiempo , y por tantos enemigos , no sale censurada , ni criticada , tiene la prueba mas auténtica de que es santa y pura. Comparad el Evangelio con las sectas de los antiguos filósofos , empeñados en dar leyes para la virtud , y no hallareis una cuyas máximas , no digo yo se acerquen , pero ni de léjos lleguen á la heroicidad , santidad y pureza del Evangelio.

¿Quién podrá comparar la idea de Dios que nos daban aquellas sectas con la idea sublime que nos dan los altísimos misterios que el Evangelio nos enseña ? La idea que nos dan los Profetas es muy imperfecta todavía , si se compara con la que nos dan las palabras de Jesucristo. Hablad , Conde , con sinceridad : ¿qué sistema de todos esos que los modernos imaginan no está lleno de mil inconsecuencias y absurdos , hablemos mas claro , de mil horrores ? Si aquí fuese el lugar propio para discurrir sobre el punto , os quedariais pasmada , Baronesa ; pero vamos al asunto.

Si nos ceñimos particularmente al buen arreglo de las acciones humanas,

¿quién se ha atrevido hasta ahora á dudar que la doctrina de Jesucristo es la mas sublime , la mas noble y la mas útil á la humanidad? Esta doctrina evangélica es sin duda la mas necesaria para las leyes, la mas conveniente para la paz de los Estados, la mas suave para la economía de las familias, la mas propia para el consuelo de los afligidos , la mas conforme á la buena razon , y la mas dulce en el trato humano. Decidme , amigos , ¿ cómo pudiera un hombre perverso enseñar una doctrina tan santa, tan pura y tan conforme á la mas sólida virtud?

Conde. La boca , amigo mio , es muy diversa del corazon : bien puede estar llena la boca de santidad y el corazon de maldades.

Teod. Eso no sucede aquí : porque la santa doctrina que Jesucristo enseñaba la practicó por sí mismo toda su vida sin la menor dispensa. Y advertid que siendo él hijo de Dios pudiera sin la menor inconsecuencia no practicar las leyes impuestas á los hombres ; pero el Señor lo hizo tan al contrario que se sujetó á los ápices de su observancia. Dad, Conde mio, á esta reflexion el valor que se merece : ¿ qué diferencia la de Mahoma , el cual dando en su Alcoran pre-

ceptos para reprimir ciertos excesos de las pasiones, siempre los concluía diciendo: *escepto el Profeta*, poniéndose á sí mismo fuera de las leyes que daba á los otros? (13).

Si la vida de Jesucristo hubiera sido oculta, ó los aduladores ó los Príncipes la hubiesen dulcificado, pudieran decir que los delitos contra la rígida observancia de su ley no habian llegado á la noticia de los demas; pero su vida fué patente á todos, y aun observaban su modo de vivir con mucha atencion y menudencia, y el Señor al mismo tiempo hablaba con tanta seguridad que desafiaba á sus enemigos á que le convenciesen del mas leve defecto, y todos á vista del Señor enmudecian. Ahora pues, el ser un hombre falso, blasfemo, malicioso y astuto, como era preciso que lo fuese Jesucristo en suposicion de que mintiese cuando decia que él era el hijo de Dios: el ser, digo, tau estraordinariamente malo, y no poder sus innumerables enemigos descubrir el menor defecto en sus acciones, seria un misterio mas incomprehensible que cuantos esceden á la razon humana. Por consiguiente es un imposible máximo (permitid que así me esplique) que mintiese Jesucristo cuando decia: *que el era él hijo de Dios.*

Bar. Mucha lástima tengo , Conde mio , á toda persona que padece aturdimientos de espíritu y convulsiones de entendimiento. ¿Qué es lo que teneis ?

Conde. Dejadme , señora , que yo no puedo con dos al mismo tiempo. Basta ya , Teodosio.

Teod. No quiero todavía vuestra respuesta , Conde mio ; porque tras unas razones vienen otras que yo no puedo callar : al fin respondereis á lo que yo hubiere dicho.

Todos saben que la inconsecuencia es el carácter del *fingimiento*, y que tiene grande dificultad la *mentira* para sustentar en público teatro y por mucho tiempo su papel. Ahora pues : los enemigos del Señor hicieron esquisitas diligencias mientras vivió , y mucho mas despues de su muerte por descubrir en él la menor inconsecuencia , ya en sus divinos consejos , y ya entre sus dictámenes y sus acciones , y nunca la pudieron hallar. Luego Jesucristo no mintió cuando decia que él era el hijo de Dios. Pero vamos prosiguiendo , porque á cualquiera parte que volvamos los ojos se descubren nuevos argumentos , y creo que bastante fuertes.

Conde. Dios me libre , señora , de esos ojos con que me estais alanceando y pre-

guntando mudamente ¿qué me parecen los argumentos de Teodosio? El me acomete hablando, y vos mirando: dejadme considerar lo que va diciendo, pues la materia es la mas importante que se puede tratar. Continuad, Teodosio, y perdonad la interrupcion que esta señora me ha obligado á hacer.

Bar. Ya os perdona, y de buena voluntad; y cuando no fuese por ser yo la culpada, sería por veros mas mustio y algun tanto inclinado á su parecer; pero ya va larga la interrupcion. Hablad, Teodosio, que nosotros callamos.

Teod. Todavía continúo con otro nuevo argumento: ¿qué hombre se presentó jamás en el mundo tan libre como Jesucristo de todo lo que es pasion, desorden ó exceso? Le vereis en el modo de hablar grande y sublime; mas sin jactancia y sin la menor ostentacion: le vereis afable y humilde comunicar con los pobres, con los pecadores, con los niños, pero sin bajeza: le vereis sábio sin vanidad, elocuentísimo sin artificio, fuerte en redargüir contra sus enemigos, pero sin cólera: le vereis lleno de zelo por la honra de su Padre, pero sin perturbacion: injuriado en público con una bofetada, y manifestar con suma energía su inocencia sin perder la paz. ¡Qué fuerza!

¡qué mansedumbre! ¡qué igualdad de ánimo se advierten á un mismo tiempo en sus respuestas! Essando pendiente en la cruz le desafian á que haga milagros con ironías muy injuriosas, y teniendo la Omnipotencia en su mano, no dió la menor señal de ofendido; y Señor de sí, solamente pensó en cumplir y consumir la obra de la redencion á que habia venido al mundo. Mostró que obraba por la razon, y no por el despique y la venganza; y siendo así que hacia millares de milagros para favorecer, no hizo uno solo para castigar en la ocasion del mayor agravio, aunque tenia en su mano el infinito poder, ¿Qué hombre, aun el mas justo, habia hecho otro tanto? Ahora pregunto, Conde, ¿pudiera obrar así un hombre que fuese perversísimo, y de una maldad jamas imaginada? ¿Pudiera dominar de este modo sobre sus pasiones, y esto no en un día, sino en mas de tres años de continua comunicacion con sus enemigos?

Aun hay mas: consideremos su política. ¿En dónde se vió quien la tuviese mas sana, ni menos favorable á los intentos de la maldad? Bien sabeis, señores, que la política es el arma mas sutil y eficaz con que los maliciosos caminan á sus fines, y que siempre van por

sendas ocultas, y por caminos torcidos; pero Jesucristo dice por el contrario: *lo que yo os dijere de noche publicadlo en la mas clara luz del dia: lo que yo os dijere al oido predicadlo desde el lugar mas alto y elevado á cuantos lo quieran oir.* Decidme, amigo, ¿camina de este modo un hombre embustero y sumamente malo que pretende engañar con artificio? Sus palabras eran claras, su doctrina manifiesto, su maxima era que hablasen con claridad diciendo: *si por sí; y no por nó.* ¿Es este estilo de un engañador?

Conde. Basta, basta, Teodosio: no quiero yo pasar por loco, y solo estando loco dejaria de conocer la fuerza de vuestro argumento. No esperaba yo que me atacaseis así: yo pensaba que negando ó dudando de la divinidad de Jesucristo me libraba de los tiros de los cristianos; mas ya veo que cuanto mas pretendí dudar de su divinidad me precipité mas, por no poder conciliar la malicia inesplicable que tendria no siendo Dios con la innegable y divina santidad que resplandece en todas sus obras y palabras. ¿Baronesa, estais contenta?

Bar. Gracias á Dios, Conde mio, gracias á Dios que os veo proceder como hombre de honra y juicio sano: porque conocer la verdad en una materia tan gra-

ve, y ridiculizar el buen discurso con respuestas fuera de propósito, no es proceder con honra, ni yo os lo consentiría. Concluid, Teodosio, haciéndome un epílogo de lo que ya está dicho, para que yo, si me acometieren, me pueda defender.

Teod. Voy pues diciendo las proposiciones que están tratadas. Vos, señora, las ireis juntando, y replicareis al paso, si tuviereis duda en alguna consecuencia. Vos, Conde, podeis hacer lo mismo, pues tal vez suele en el calor de la disputa no ocurrir alguna respuesta, que despues se nos ofrece, hablando á sangre fria y con sosiego: id, Baronesa, colocando en vuestra memoria lo que voy á decir.

Bar. Dadme vos las flores, y yo haré el ramillete.

Teod. O Jesucristo fué el hombre peor y mas abominable de todos; ó fué el mejor de todos.

Bar. ¿Pues qué, no hay medio?

Teod. No: porque diciendo de sí mismo que él era el hijo de Dios, ó mintió, ó habló verdad: si habló verdad es un hombre divino; y si mintió fué un hombre blasfemo. Ahora bien: por mil argumentos vemos que Jesucristo no pudo ser hombre malo, ni en sumo grado perverso.

1. Por ser la santidad de su doctrina

tan pura, santa, consiguiente y sublime, como jamás apareció en el mundo.

2.^a Por haber él practicado exactamente esta doctrina en todo el discurso de su vida, cuando por ser Dios pudiera dispensarse de la ley hecha para los hombres.

3.^a Por haber sido su inocencia examinada por sus mismos enemigos, sin que éstos pudiesen hallar el menor defecto, lo que desde que el mundo es mundo no se ha visto en un hombre malo, y malo por exceso y en sumo grado.

4.^a Nunca se vió en Jesucristo el menor movimiento de pasión desordenada, y esto en mas de tres años en que tuvo tantos encuentros y disputas. Nunca se vió en él *jactancia*, *ostentacion* ni *vanidad*: nunca *lisonja*, *flogedad* ni *temor*: nunca *perturbacion* en el discurso, ni *detencion* en las respuestas, &c.

5.^a Jamás se vió en él la menor señal de mentira: hablaba francamente: no gustaba de doctrinas en secreto, antes bien mandaba que desde los tejados predicasen de dia lo que hubiesen oido dentro de casa en el discurso de la noche. ¿Qué hombre mentiroso habló jamás de este modo?

6.^a Nunca se le vió *inconsecuencia*,

mudanza ni contradiccion, caracter esencialísimo de la mentira.

Luego: *Jesus Nazareno no puede ser tenido por hombre blasfemo ni mentiroso*: por consiguiente habló verdad, diciendo que era el hijo de Dios; y si era el hijo de Dios, todo cuanto nos reveló es verdad.

Mas. Este Jesus Nazareno tenia en su mano un poder superior á todo poder ó industria humana; y debemos decir necesariamente por muchas razones, que el Omnipotente le ayudaba.

1.^a Porque no tuvo el auxilio de las letras estudiadas, pues eligió por Apóstoles unos hombres rudos, y por la mayor parte ignorantes absolutamente.

2.^a Porque no tuvo la proteccion de los Príncipes, antes siempre se retiró de ellos.

3.^a No tuvo el socorro de las armas, ni de la violencia, antes bien siempre persuadía su doctrina con blandura y suavidad.

4.^a No tenia á su favor las pasiones, pues su doctrina, en vez de lisonjearlas, enseñaba á mortificarlas y reprimirlas.

5.^a Para probar que su doctrina era del Cielo, hacia prodigios en que manifestaba un poder superior á la natu-

raleza, y nunca se habia visto hombre sobre la tierra con tal poder.

6.^a Daba tambien poder á sus discípulos para hacer milagros y curar las enfermedades, y esto sin excepcion alguna.

7.^a Sujetaba y oprimia á los demonios, y los lanzaba de los infelices poseidos: por consiguiente no le ayudaba el demonio en aquellos prodigios (14).

Luego debemos decir: ó que el Omnipotente fomentaba la mas horrible mentira y la mas grande blasfemia, ó que Jesucristo no menta ni blasfemaba, diciendo que él era el hijo de Dios verdadero.

Luego: Jesus Nazareno decia en esto la verdad, y es el verdadero hijo de Dios.

Luego: debemos creer lo que él dijo, y obedecerle en lo que mandó; porque al hijo de Dios se le debe todo crédito y obediencia.

Luego: todos los misterios que nos enseña en el Evangelio se deben creer á ojos cerrados, porque los dijo el mismo hijo de Dios, sean ó no sean superiores á la razon; pues el verdadero hijo de Dios no miente.

Luego: debemos creer que fundó su Iglesia, y que la dió una cabeza visible para gobernarla, la cual cabeza está en

lugar de Jesucristo, y á ésta debemos obedecer por estar puesta por el hijo de Dios.

Luego : pues ha de durar la Iglesia hasta el fin del mundo , como dijo Jesucristo , tambien debe durar hasta el fin del mundo la obediencia á la cabeza visible puesta por Jesucristo.

Luego : no es la santidad del Papa ni su poder temporal lo que nos obliga á obedecerle , sino el que tiene la autoridad divina de Jesucristo , en cuyo lugar está ; y por consiguiente no se ha de atender á la materia de los preceptos de la Iglesia para regular nuestra obediencia , sino á la autoridad divina que Jesucristo hijo de Dios concedió al que puso por cabeza de la Iglesia en su lugar. Aquí teneis , Baronesa , el epílogo ó ramillete que pediais.

Bar. No le pondré en el pecho , sino en la cabeza para que me fortifique contra los ataques y las irrisiones de los que me desafien sobre mi religion. ¿ Qué me decis ahora , Conde ? ¿ Atacan así vuestros camaradas ?

Conde. Ya he dicho y vuelvo á decir que no habia visto estas cosas con las luces que ahora tengo : reflexionaré sobre este punto despacio : al presente me doy por convencido.

Bar. Siendo así vamos á comer que ya es hora. Ved aquí como me gusta á mí disputar; con razones y en paz y sosiego, y no con chistes, agudezas y galanterías que agradan, pero no convencen.

TARDE IX.

Sobre el pecado original.

Bar. **N**o creereis , Teodosio , cuanto he sufrido estos dias del Brigadier, que en estas faldas de los Pirineos hemos tenido por huesped : me ha muerto con sus burlas é irrisiones sobre mi credulidad en punto de religion. Viendo estoy que de aquí adelante tendremos que ir á estudiar teología , como los que se quieren graduar de Doctores; porque todos me vienen con argumentos, y yo no sé responderles.

Teod. Así es , señora : todos hablan, critican y se burlan , como que esa es la moda. ¿ Mas sobre qué materia principalmente os han acometido ?

Bar. Ayer fué sobre el pecado original , diciendo que era cosa indigna de Dios castigar á los hijos por el pecado del primer padre , y que eso solo se veía en la crueldad de los hombres. Bien sé yo que desea encontrarse con vos; porque dice que os quiere abrir los ojos , y así no os retireis , que en sa-

biendo que estais en mi cuarto no tardará en venir.

Teod. Yo no he de huir del desafío: discurriremos pues, y al fin se verá cual es el que tiene los ojos cerrados ó abiertos: creo que le siento venir. Introducid vos la cuestion que yo no debo acometer á nadie.

Brigadier. Estareis, señora, en bella conversacion ocupando muy bien vuestros pensamientos. Mas os veo con ayre triste y algo afligido. ¿Qué teneis, señora? ¿Por qué no os recreais en los bellos entretenimientos que os ofrecen vuestra edad, vuestra hermosura y amable genio? Disfrutad, señora, la bella primavera de los años juveniles, y dejad los tristes cuidados para otros miembros de la sociedad destinados á pensamientos melancólicos. ¿No os parece que tengo razon?

Bar. Los que suspiramos en este valle de lágrimas, en castigo del pecado de Adan, no tenemos edad en que no estemos pagando la pena de nuestra desgracia.

Brig. Dejaos, señora, de esas fábulas clericales, con que vuestro Párroco os tiene melancolizada el alma. ¿Os parece, Teodosio, que es cosa digna de la clemencia de un Sér de

infinita bondad castigar á todos los hombres por lo que Adán ejecutó: hacernos vivir una vida miserable, y aun destinarnos por aquel pecado á la eterna pena de privarnos de la gloria? Ya que teneis tanta autoridad sobre el entendimiento de la Baronesa, quitadla aquellas fúnebres ideas que no se ajustan con la buena razon.

Bar. Me alegro de que discurreis en este punto con Teodosio; porque él os sabrá responder mejor que yo, y así quedaré instruida. Decid, Teodosio, aquí al señor Brigadier lo que en algun tiempo me dijisteis, cuando yo tenia el consuelo de que me enseñaseis.

Teod. Tengo formado tal concepto del señor Brigadier, que tambien me alegro de este encuentro; porque con su perspicacia podrá descubrir algun fallo, si le hubiere en mi modo de discurrir, y así os suplico que me digais con franqueza en que peca mi discurso, porque yo os oiré gustoso. Discurremos, amigo, á sangre fria, y sin aquella acrimonia de las disputas en que cada uno pretende sostener lo que dijo, sea como fuere. Yo voy á exponer francamente todo mi modo de pensar, y le iré diciendo parte por parte, para que vos, Brigadier, le vayáis examinando

muy por menor. Mas os pido la palabra de hombre de bien, de que no me andareis regateando un sí, siempre que os diga vuestro entendimiento que yo tengo razon.

Brig. Hablais de un modo, y tomais un tono que jamas he visto en las disputas. Yo os doy palabra de honor de que así lo haré.

Bar. Está aceptado el desafio: yo soy la madrina, vamos allá.

Teod. ¿Direis, señor, por ventura, que tenia Dios obligacion á conceder al hombre *los dones sobrenaturales* que le da por sola su bondad? Pero el nombre *sobrenaturales* basta para que se diga que son superiores á la naturaleza, y por consiguiente que no son debidos á la naturaleza humana.

Brig. En eso teneis razon, y mas que razon.

Teod. Luego el hombre considerado en *sola su naturaleza* no tiene título alguno para exigir que Dios le conceda algun don *sobrenatural*, y mucho menos la *eterna bienaventuranza*, que es el primero y principal, pues consiste en la eterna vista de la Divinidad, y es una especie de transformacion en Dios, á la manera que el hierro penetrado del fuego parece transformado en fuego.

Lo que se debe á la naturaleza del hombre es el conocimiento de Dios, segun le alcanza la razon natural. Dejadme explicar esto.

Tres estados distinguen los teólogos: *el de pura naturaleza: el de la naturaleza en su integridad, y el de la naturaleza corrompida.* Considerado el hombre en el estado de *pura naturaleza*, no puede tener derecho á cosa alguna superior á su naturaleza. En el estado de *la naturaleza en su integridad*, en el cual fué criado Adan, no fué absoluta la promesa que le hizo Dios de la bienaventuranza, sino dependiente de su obediencia y sus méritos; y faltando estos no le haria Dios injuria al primer hombre arrojandole al infierno, como lo ejecutó con los Angeles que pecaron: por el delito de Adan quedaron éste y sus hijos en el estado de *la naturaleza corrompida*, en que todos nacemos. En este estado la puerta del Cielo se cerró para todo el género humano. Conquistó Jesucristo el Cielo con su muerte, y así solo él y sus hijos, que son los que se bautizan, tienen derecho al Cielo: por esto dijo el Señor que él era la *puerta*, y que solo por él debia entrar el que se salvase. Esto es para vos, Baronesa. ¿Vos, Brigadier,

teneis en esto duda?

Brig. Descansad, que estoy por lo que decis. Vamos adelante, que no me importan esas metafisicas: id diciendo.

Teod. Crió Dios á Adán, y en suposicion de lo que me concedisteis, no tenia obligacion á destinarle para el Cielo, ni para su vista clara, considerándole en la *pura naturaleza de hombre*, y por consiguiente solamente se le prometió en el caso de que el hombre obedeciese á Dios, y observase el precepto que le habia de imponer.

Brig. Adelante, que en eso conven-go. Vamos al punto.

Teod. El que no quiere tropezar, vá poco á poco, y palpando como yo ahora. En esta suposicion, quando Adán pecó quedó privado de la bienaventuranza que Dios le habia prometido condicionalmente, y además le privó tambien de muchas cosas que le habia concedido, y una de ellas era el dominio sobre las demás criaturas: quedó condenado á muerte, y á los trabajos y miserias de la vida, de que estuvo libre mientras no pecó.

Brig. Era muy justo que él fuese castigado; ¿pero qué culpa tuvieron sus hijos? Explicadme esto: todo lo demás

que dijereis nada vale. ¿Qué culpa tuvieron sus hijos?

om. Teod. Entoncec aun no habia hijos: el primero, que fué Cain, nació cuando sus padres estaban ya fuera del Paraíso, y con la maldicion de Dios; y de este modo solo tenian los hijos de Adan derecho á su expulsion y al fruto de sus sudores: á nada mas. Suponed, Brigadier, que por tener un Soberano inclinacion á un joven soltero, le eligió para su cámara, le confió sus secretos, y le envió á una empresa prometiéndole hacerle Duque, si procedia con fidelidad y valor; pero el valido se portó con tan viles acciones, que le desterró por ellas á la isla de Borbon ó á otro presidio, y que allí se casó el infeliz y tuvo hijos, á quienes contaba en su vejez las locuras de su mocedad, y como por haber sido loco perdió verse entonces Duque, y ver á sus hijos grandes y nobles. Pudieran en este caso lamentarse aquellos hijos de su desgracia, y de la locura de su padre; mas no tendrian razon para quejarse de aquel Soberano, ni para llamarle injusto y cruel, porque no los hacia nobles. Yo creo que ambos convenis en esto. Lo mismo pues sucedió con los hi-

jos de Adan: quando éstos nacieron, ya se hallaba su padre delincuente y castigado. Podemos lamentarnos de nuestra infeliz suerte, y del desorden de Adan; mas de ningún modo nos podemos quejar de Dios.

Bar. Brigadier: ¿qué me decis del argumento?

Teod. Con vuestra licencia, señora, que no he concluido todavía. Si el Rey mandase cortar un brazo á los hijos de aquel valido infeliz, ó arrancarles los ojos, sería injusto, porque los brazos y los ojos son debidos á la humanidad; y así, no viniendo estos bienes del Rey sino de la naturaleza, no debía el Soberano privar de ellos á los que no habian cometido delito personal, porque los brazos y los ojos eran suyos. Pero los bienes que solo proceden de la liberalidad del Soberano, y nunca fueron debidos á la naturaleza de aquellos hombres, como son la gala, joyas, honras, títulos, &c. bien podia negarlos á los hijos que estaban por nacer, sin la menor injusticia ni crueldad.

Bar. Ahora sí, Teodosio, ahora sí que formo idea clara de este punto; pues aunque le creia como católica, no le conocia con la claridad que al presente le conozco.

Teod. Señora : todo consiste en que la bienaventuranza del Cielo no es bien que pertenece á la humanidad , y solo tenemos á ella un derecho fundado en el título de hijos de Dios y herederos de Jesucristo : el que no tiene este título y esta honra ; ningun derecho tiene al reyno de los Cielos , el cual solo se puede lograr por este título. Ahora bien : este título se adquiere con el bautismo en los que le reciben , y el que no es bautizado no tiene derecho alguno.

Brig. En cuanto á la bienaventuranza , Teodosio , está muy bien ; pero la muerte , las dolencias , las enfermedades y los trabajos de la vida son castigos con que Dios está afligiendo á los hijos de Adan , que no tuvieron culpa en el delito que cometió su padre mucho antes que ellos naciesen : esto tiene allá no se qué de duro (15)

Teod. Voy á responder á eso. No os asusteis , Baronesa , que os he advertido cierta señal de quedar sorprendida : sosegaos , que tengo muy meditado el punto. La muerte , las dolencias y calamidades son efectos de la natural constitucion del cuerpo humano , y solo son castigos del pecado en cierto sentido , y viene á ser éste : que si Adan

no pecase le haria Dios inmortal, y entonces nacerian sus hijos de unos padres que tendrian la naturaleza humana enriquecida con el dote de la *inmortalidad*: si en este caso hubiera Dios dado la muerte, ó las enfermedades á los hijos de Adan, pudieran tal vez quejarse. Mas cuando ellos nacieron recibieron de Adan la humana naturaleza privada del dote de la *inmortalidad*, y en una constitucion que es puramente la propia de la naturaleza: ésta por su constitucion trae consigo enfermedades, cansancio y muerte.

Id discurrendo conmigo: toda máquina que trabaja se gasta: todas las piezas gastadas flaquean, flaqueando quiebran, y quebrando faltan; con lo que se desordena toda la máquina. Esto sucede en todas las obras del arte, y tambien en las de la naturaleza: esto vemos en los arboles que no pecaron, lo vemos en los minerales, y hasta en los brutos lo vemos. Cuanto hay en la naturaleza, tiene cierto movimiento que llega con la continuacion á causar alteracion, mudanza, y finalmente ruina. Si Adan hubiera sido fiel, le habria conservado Dios el dote sobrenatural de la *inmortalidad* que le haria superior á todos esos menoscabos; mas no habiendo sido fiel,

no le conservó aquel favor sobrenatural; y supuesto que los hijos heredaron de él una naturaleza arruinada, no pueden quejarse de Dios porque no se la dió mejor. ¿Podrá un caballo que nació de padres de la misma especie, quejarse por no haber nacido hombre? ¿Podrá quejarse un insecto de que no nació con naturaleza mas noble, ó una lagartija porque no tiene la naturaleza de águila? Cada animal tiene solamente derecho á la naturaleza y calidades que tuvieron sus padres; porque en el sér que los padres dan á los hijos, se funda todo el derecho que pueden éstos tener á las buenas ó malas calidades de los padres: luego si cuando nacieron los hijos de Adán ya estaba estragada y corrompida en éste la naturaleza humana, no tenían sus hijos derecho á otra cosa.

Brig. En Adán fué verdaderamente castigo el comer el pan con el sudor de su rostro.

Teod. Así es: en Adán fué castigo; porque tuvo delito personalmente cometido, y no tenia esa precision antes del delito, ni la tendria si no le cometiese; pero en nosotros sus hijos, esa misma necesidad es una consecuencia de la naturaleza corrompida que he-

redamos de nuestros padres.

No me podeis negar que los hijos que nacieron de padres, cuya naturaleza está estragada con los vicios, no suelen tener salud robusta, porque la naturaleza de los hijos es continuacion ó ramificacion de la naturaleza de los padres, y el tronco viciado no da ramos perfectos. Por esto los hijos de Adan se ven en la necesidad de procurarse el sustento con el trabajo: el trabajo trae cansancio: el cansancio fatiga: esta es madre de la flaqueza: á la flaqueza se siguen las enfermedades, y á éstas la muerte.

Bar. ¿Cómo esplicais la rebeldía que sentimos en nosotros mismos, y la dificultad en domar las pasiones?

Teod. Si Adan perdió por su pecado aquel dominio pacífico que tenia sobre todas sus pasiones, sujetas ántes á la razon; ya cuando nacieron sus hijos se habian rebelado las pasiones, y por eso desde luego apareció en sus hijos el desorden, como se vió en Cain; y en este sentido, no solo las enfermedades y la muerte, sino la rebeldía de las pasiones es efecto del pecado, y en cierto modo castigo del que Adan cometió, del cual nosotros participamos. ¿Qué diriais del que se quejase de no tener dos gargantas en orden á conservar la vida cuando

tuviese un garrotillo, ó del que se lamentase ó acusase á Dios de injusto por no haberle dado ojos en el cogote para defenderse de sus enemigos? Hariais burla de semejantes quejas: lo mismo pues diremos del que quiera culpar á Dios por las calamidades de la vida; por cuanto nosotros tenemos solamente derecho á la naturaleza semejante á la de nuestros padres en el estado en que esta se hallaba cuando nos dieron el sér.

Bar. Mucha parte de los trabajos de la vida provienen de nuestra libertad, y de preferir cada uno su comodidad á la agena, lo que hace el yugo terrible; pues tirando cada uno para sí, obramos unos contra otros, y cuanto mas vivas son nuestras pasiones, es mayor la guerra que por causa de estas nos hacemos.

Brig. Muy bien habeis explicado eso á vuestro modo; mas á mí me cuesta mucho creer que los niños que mueren sin bautismo, queden para siempre privados de la vista de Dios.

Teod. ¿No me acabais de conceder que esta vista clara de Dios nunca se debió á la pura naturaleza humana? ¿No acabais de conceder que solamente se debe al título de hijos de Jesucristo y que solo por el bautismo puede el hombre ser hijo de Dios hombre? ¿Qué es-

trañais pues que no se le dé una cosa que por ningun título se le debe? Supongamos que no se hubiera obrado el misterio inefable de nuestra redencion: Cain fué homicida: Abel fué justo, y ninguno de estos dos irian al cielo despues de su muerte, porque ninguno era hijo de Dios; pero Cain sería atormentado y Abel no. Lo mismo digo de los niños que mueren sin bautismo: éstos no ven á Dios, ni tienen derecho á verle: el mismo derecho tienen que una piedra para que la coloquen en la corona de una torre. Los adultos, que como Cain, cometieron pecados personales, ademas de no ver á Dios serán castigados á proporcion de sus delitos. Ya veís, amigo, que la doctrina católica acerca del pecado original nada tiene de dureza, de injusticia, ni de crueldad.

Brig. ¿ No es dureza que enviéis tantos millares de inocentes al infierno, y atormentarlos con el fuego y la pena eterna, solo porque no tuvieron la felicidad de recibir el bautismo? Este dogma de vuestra religion es sumamente arduo, y me parece indigno de la bondad Divina.

Teod. ¿ Quién os ha dicho que es dogma de nuestra religion, que los niños que mueren sin bautismo serán eterna-

mente atormentados? Aquí, amigo, no averiguamos opiniones altercadas en la teología: defendemos lo que es dogma decidido por la Iglesia como punto de fé.

Brig. En eso ya estoy yo; pero enseñais como dogma y punto de fé, que los niños que mueren sin bautismo quedan para siempre privados de la vista de Dios, y van al infierno á ser atormentados con fuego eterno. No, amigo Teodosio, no: de esto no os podeis desembarazar.

Teod. Ahora lo veremos. Hacedme, Baronesa, el favor de enviar á vuestro gabinete por el catecismo con que vuestra hermana Vitoria se estaba estos dias preparando para el exámen de la Pascua.

Bar. Ese es el catecismo de Montpellier. ¿Qué pretendéis hallar en él para el presente caso?

Teod. Quiero que vea el señor Brigadier que no es artículo de fé el que nos imputa como tal: que traigan el tomo 4.^o que trata de los Sacramentos. Buscad, señora, en donde habla del bautismo, lo que se dice de los niños que mueren sin él.

Brig. ¿Qué no es dogma de fé? Pues yo en eso estaba. ¿Luego van al cielo como los otros que recibieron el bautis-

mo? ¿Teodosio, cómo es esto? Una cosa ú otra: sacadme de esta confusion.

Teod. Amigo: las dos penas ó castigos que padecen en el infierno los miserables son cosas muy diferentes: una se llama *pena de daño*, y consiste en la privacion de la vista de Dios; en no ir al cielo, ni gozar de la felicidad que consigo trae el ver á Dios, ni de la compañía de los Angeles. Otra es la pena de *sentido*, que consiste en los tormentos que allí se padecen. El que los niños que mueren sin bautismo no van al cielo, ni ven á Dios, ni gozan de alguna de aquellas felicidades, es cierto, es de fé, es un dogma que espresamente nos enseñó Jesucristo cuando dijo: *aquel que no naciese segunda vez del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reyno de los cielos (a)*. Esto lo entiende la Iglesia del bautismo, pero que sean atormentados no lo ha decidido la Iglesia. San Agustin con muchos Santos Padres, dice que sí: Santo Tomas con muchos Doctores y Teólogos, dice que no.

Bar. Aquí está el catecismo, Brigadier, para que veais que Teodosio no

(a) Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei... *Joan*, c. 3. v. 5.

envidia en falso. Leedle vos mismo (parte 3, ses. 1. cap. 2. §. 3.)

Brig. Pregunta. "¿Son condenados los niños que mueren sin bautismo? Respuesta. Quedan separados de Dios eternamente, que es la mayor pena de los condenados; pero no ha decidido la Iglesia si padecen la pena de fuego en el infierno. La Escritura no lo dice expresamente: no está clara la tradición sobre este punto; y en esta cuestion se hallan divididos los Teólogos."

Teod. Basta: ya habeis visto que no es dogma, sino opinion controvertida entre los Teólogos.

Brig. Ya veo que es un punto controvertido entre vosotros: ¿cuál es vuestro parecer, Teodosio?

Teod. Yo venero infinitamente á San Agustin, como lo hacia Santo Tomas, á quien algunos llaman por eso *el abreviado Agustino*: no obstante me agrada mas la opinion de Santo Tomas, que es la comun del pueblo, que piensa de estos niños que están en el limbo, sin pena ni gloria. Concluida la conferencia, yo os diré, Báronesa, las razones por que me agrada mas esta opinion, sin despreciar la contraria. Pero siempre quiero que quedemos en que la Iglesia nada ha decidido en este punto, ni nos manda creer

que los niños sin bautismo sean ó no atormentados : solamente dice que quedan privados del cielo , como que no son hijos de Jesucristo , y no siendo hijos suyos no son sus herederos.

Brig. Ya lo entiendo.

Bar. Sacad , Teodosio , claramente la consecuencia que sacabais de que la doctrina de la Iglesia sobre el pecado original nada tiene de crueldad ni dureza, ni es contra la buena razon. Acor-daos , Brigadier , de que habeis empeñado vuestra palabra de honor para no disimular lo que os diga vuestro entendimiento.

Brig. Así es, y con esa ocurrencia me atasteis las manos , que á no ser así, con cuatro gracias y dos risitas hubiera yo impedido llevar el discurso hasta el fin.

Bar. ¡Pues qué se hace eso , y en materia de tanta importancia !

Brig. No estamos en tiempo de reparar en escrúpulos.

Teod. Mas todavía no doy el punto por examinado como yo deseaba.

Brig. Pues decidlo todo , que ahora ya os oigo con ansia.

Teod. Hasta ahora solo he probado que la doctrina del pecado original nada contenia contra la buena razon. Aho-

ra quiero mas : quiero que la buena razon nos dé armas para persuadirnos á que hubo en nuestro primer padre el pecado original , y que estragó nuestra naturaleza.

Brig. Eris mihi magnus Apolo. Si lo conseguis , Teodosio , os daré un abrazo y muy apretado.

Teod. Acepto , como debo , toda señal de vuestra amistad , mas no prometo demostracion , sino una prueba muy clara y convincente.

Bar. Tambien yo estoy muy contenta.

Teod. Todo lo que Dios ha hecho fuera del hombre , es perfectísimo en su género. Bien sabeis , Baronesa , segun lo que os enseñé en la ontología , que la perfeccion de cualquier cosa consiste en estar bien dispuesta para los fines á que se destina. De aquí se toma la perfeccion de las obras del arte , ¡ comparacion grande para juzgar de la perfeccion de las obras de la naturaleza ! Supuesta esta verdad , todas las obras de Dios fuera del hombre son perfectísimas en su género. ¡ Qué delicadeza , qué sabiduria , qué admirable mecanismo se vé en los órganos de cualquier planta : qué bien dispuesto y ordenado está todo en ella para la nutricion , y

para la produccion de las flores y los frutos! Las raices reciben el jugo, y empiezan luego á alterarle y disponerle: las fibras interiores del tronco le hacen subir hasta las últimas puntitas de las ramas, á pesar de su natural gravitacion, siguiendo la ley de los tubos capilares: en las órdenes horizontales de *utrículos* están guardados varios jugos que fermenten con el primero, le cuezan, alteren, y preparen para la nutricion: en la corteza hay otros vasos propios para que el suco descienda otra vez á las raices en orden á que haya circulacion de éste en el cuerpo de la planta, como la sangre circula en un cuerpo animado. Las traqueas que corresponden á nuestros pulmones, y son los órganos de la respiracion, ¡qué admirable estructura tienen, siendo formadas todas de una sola fibra enroscada, como un cordel rodeado al dedo para que se alargue y estreche alternativamente la traquea, como es preciso para la respiracion de las plantas!

Bar. ¿Y qué me decis de los insectos?

Teod. Para mí son los insectos los diamantes en la coleccion de las obras de la naturaleza; porque ésta brilla mucho mas en estos bichos de la tierra,

que en el sol, y que en la hermosura de los astros. Yo veo en los cielos un magnífico espejo de la grandeza de Dios; pero aquí en los insectos veo el de su sabiduría, el de su providencia, y el de toda su incomprehensibilidad. Cuando un filósofo, que sabe serlo, llega aquí y al punto de su propagacion, enteramente se pierde, y da consigo en el profundo mar de las maravillas de Dios, y sin tener de que agarrarse para nadar, se deja gustosamente perder en este insondable abismo.

¡Qué astucia hay en los medios para conseguir sus fines! ¡qué medidas, qué proporciones, qué constancia, y qué uniformidad! ¿Quién enseñó geometría á las abejas? Todos los matemáticos juntos no las podrian dar modelo para hacer sus panales mejor que los hacen, ni con mas utilidad, ni con mas economía. ¿Quién gobierna á las arañas en sus seis especies para que armen sus telas ó redes tan á propósito para cazar otros insectos que pasan volando? Nada se puede mudar en las obras de la naturaleza sin que queden menos buenas: todo cuanto los hombres pongan ó quiten en ellas, las hace imperfectas. ¿Cuánto mas hermosos son los árboles, que siguiendo la ley de la naturaleza crecen

en el campo libre, echando con libertad sus ramas ácia una y otra parte, encorbándose graciosamente ácia los troncos, que los árboles que por desgracia dieron en manos de un jardinero que los obliga con triste transformacion á convertirse en pirámides, aves, caballos, &c. ?

Brig. En eso os dan la razon los jardineros modernos que se inclinan al gusto inglés, y buscan en la formacion de sus jardines una perfecta imitacion de la irregularidad arreglada de la naturaleza. Pero continuad.

Teod. Lo contrario sucede en el hombre : siendo éste sin disputa la criatura mas noble que Dios ha hecho, y que aun á pesar de su desgracia manifiesta que le hizo para ser señor de las demas criaturas, ¿qué imperfecciones no muestra tener en su especie? Seguidme despacio en este examen, porque importa. Le dió el Criador la luz de la razon, y el altísimo dominio de su libertad, en la que solamente el hombre se asemeja á Dios : reparad en el don de *invencion* que tiene para formar á cada paso cosas nuevas, valiéndose de medios admirables para conseguir las que parecian imposibles. ¡Qué astucia la suya para cazar las aves que se remontan por los

ayres, y los peces (que se esconden y retiran á lo profundo del mar) ó para regalo de las mesas, ó para alumbrarse con el aceite que sacan de las monstruosas y fugitivas ballenas! ; Quién diría que viviendo las aves y los peces en dos regiones vedadas al hombre, sopena de muerte, no estuviesen libres de su persecucion! No obstante, todo lo vence el hombre, y de todo se sirve. ; Qué refinada paciencia y delicadez de ingenio para medir la grandeza y distancia de los astros! ; Qué constancia para poder adivinar su curso, y señalar los tiempos fijos de sus revoluciones y sus eclipses! ; Quién no se pasma del modo con que pesan hasta el Sol, la Luna, Júpiter y Saturno, siendo así que no pueden pesar á Marte, Mercurio y Venus, aunque los tienen mas cerca (16). Nada de esto hay en los brutos, en los cuales una serie fija, constante y uniforme de movimientos va siguiendo siempre su camino sin novedad, sin invencion, y sin el mas mínimo adelantamiento.

Bar. Lo cierto es, que por mas sagaces que nos parezcan los brutos en sus acciones, jamas se ha visto en ellos la menor invencion; y que el último panal de miel que han de hacer las abe-

jas al fin del mundo, no ha de ser mas perfecto que los que hicieron tres mil años ha, ni los de una provincia estarán mas bien hechos que los de otra.

Teod. Os veo, Brigadier, impaciente por no saber á que viene esta que parece digresion: tened un poco de paciencia, y vereis que no es una ociosa amplificacion de lo que saben todos.

Brig. Discurrid lo que quisieréis, que yo os oigo con gusto.

Teod. En cuanto á la libertad que tenemos, ¿quién puede valuar dignamente el precio de esta admirable y divina joya? Podrán los hombres prenderme, arrastrarme y quitarme la vida, eso sí; pero obligarme á que yo quiera sin querer yo, eso es imposible. Agua, fuego, cielos, tierra, vientos, mares, ruegos, amenazas, premios ó castigos, nada puede doblar la voluntad del hombre si él no quiere. Yo (dice cualquier rústico) soy libre y absoluto señor, y no hay quien tenga autoridad ni poder para obligarme á que yo quiera. No quiero, y está dicho todo. Esta es una soberanía, que solo Dios la tiene, y se la ha dado al hombre. No hablo de los Angeles; porque esos señores contra quienes disputamos, no creen que existan.

Bar. Se ha sonreido el Brigadier.

Teod. Vamos pues al argumento. Esta suprema obra que Dios hizo con tanto empeño, se halla al presente con mas defectos que cuantas Dios ha criado, y es la que mas que otra alguna se aparta del fin para que fué hecha. Porque primeramente, el entendimiento se hizo para guiarnos al conocimiento de la verdad; y nos hallamos llenos de mil errores y absurdos. Al mismo tiempo que tenemos inclinacion á amar la verdad, casi todos van por el camino de la mentira; y el que mejor sabe mentir, es el que mas se precia de habilidad, y se cree superior en imperio á los otros. Ignoramos las cosas mas palpables: ninguno sabe como está su alma unida á su propio cuerpo: tampoco sabe como un castaño da castañas, y de estas castañas salen nuevos castaños; porque esto de las simientes de las plantas es un misterio escondido aun para los filósofos mas hábiles.

Bar. Lo peor es que sea tanta verdad lo que decis.

Teod. En cuanto á la voluntad, la hizo Dios para que amemos el bien; no obstante, ¿qué hombre no busca el mal en esta ó en aquella ocasion? Ahora bien, ¿puede haber mayor extrayagan-

cia? Todo hombre apetece la alegría, y este deseo tiene la raíz en nuestra naturaleza; ¿pero cuál es el hombre de juicio que no se vea cercado de muchos motivos para entristecerse? ¿Habrá en todo el universo criatura mas mezquina ó mas infeliz que el hombre? Es ley innata amar cada criatura á su semejante: rarísima vez destruye ninguna fiera á la de su especie, y los hombres se están continuamente matando unos á otros, siendo contra sus semejantes peores que las fieras mas feroces: hacemos gloria de inventar modos de matar mas gente con poco trabajo, ó de hacer heridas incurables. En una palabra, el Criador nos dió la libertad, y para que gobernase á esta nos dió la razon; pero lo comun y ordinario es que la razon dice una cosa, y la libertad, oyendo sus consejos, hace lo contrario. ¿No es este otro grande estravio y monstruosidad?

Aun hay mas: ningun animal tiene tantas enfermedades como el hombre: ninguno tantos enemigos, ni tantos sustos. ¿Qué tormento no es el de la continua lucha de nuestras pasiones? ¿Qué infierno, qué angustias? Nada de esto se vé en las otras criaturas, las cuales con paso constante, firme y uniforme van cada una á sus fines. ¿Convenís en esto, amigo?

Brig. No puedo menos de confesar una cosa que es evidentísima. El hombre es un compendio de perfecciones y de defectos, con superioridad á las demas criaturas en lo uno y en lo otro: este es un punto demostrado.

Teod. Mas yo observo que cuando algun artífice de grande inteligencia hace su obra con sumo empeño, cuidado y gastos, si vemos que en la obra que esperabamos perfectísima, hay extraordinarios defectos, decimos que sin duda hay en ella desmejora, y que no está como salió de las manos del artífice. Pondré un ejemplo. Si viesemos un relox de oro guarnecido de brillantes, fabricado por *Julian le Roy*, ó por otro insigne relojero de París, y destinado de propósito para que la Reyna le enviase de regalo á la Emperatriz de Rusia: al ver que este relox se paraba á cada paso, y no hacia con regularidad los movimientos, ¿quién podría menos de creer que el relox habia dado alguna caída? Todos dirian que no habia salido así de las manos del relojero; pues su nombre acreditaba su ciencia, y la riqueza de sus diamantes daba á conocer con quanto cuidado y empeño le habian hecho. Este es el caso en que estamos. En todo el universo no hay obra mas primorosa por

una parte ni por otra con mas defectos que el hombre : luego esta obra no salió así de las manos de su artifice, que es Dios. Todo en el hombre es desorden: todo en Dios es sumo orden: no podiamos pues salir de este modo de sus manos : luego esta obra cayó, y padeció destrozo : la caída fué el pecado original, origen de todos nuestros males. Reparad en que este desorden del hombre empezó á manifestarse en los hijos de Adan, pues ya Cain mató á su hermano á impulsos de su envidia. Luego el desorden vino de su propio padre.

Bar. ¿Qué me decis, Brigadier?

Teod. Esperad, señora, que todavía quiero rematar el discurso. Tenemos en nosotros mismos un principio que nos está llamando á la verdad y á lo bueno, y tenemos las pasiones que desordenadas nos impelen á lo malo. En esta perpetua contienda está la guerra y el combate que todos sienten en sí. Ahora pregunto: ¿de dónde le vino al hombre la razon y la inclinacion á lo bueno?

Brig. De Dios.

Teod. ¿Y de dónde le vino el principio que repugna á lo bueno : aquel principio, digo, que casi nos arrastra á lo malo? No podemos decir que es de Dios, pues Dios no puede atraerme á lo bue-

no, y darme impulso á lo malo: no puede persuadirme la virtud, y estar arguyendo á favor del vicio. Es imposible que vengan de Dios inclinaciones tan contrarias.

Brig. Así es; ¿pero de eso qué inferis?

Teod. Luego toda inclinacion al buen orden nos vino de Dios en nuestra formacion; y toda la inclinacion hácia el desórden provino de la caída que el hombre dió: vino de la rebeldía de nuestras pasiones; así como el enfermo que vá andando y cayendo, debe el andar á su naturaleza primitiva, pero el caer proviene de su enfermedad.

Brig. Basta, Teodosio: dadme un abrazo, y creed que me habeis enteramente satisfecho.

Bar. Advertid, Brigadier mio, cuanta diferencia va de discurrir á sangre fria y con espíritu reposado, á hablar con chistes, mofas y gracejos en una conversacion interrumpida, como soleis vosotros discurrir. Por lo menos cuando vos ú otros caballeros me hablan sobre estas materias siempre es con chistes galantes para agradar, y no alegando como Teodosio razones para convencer.

Brig. Basta de teología, señora: poned escuela, que quiero ir á aprender de vos. Lo que ahora me importa es ir á

saludar á Madama vuestra madre , pues hoy todavía no he tenido la honra de hablarla.

Bar. Hablemos pues , Teodosio , de las novedades de la Corte.

Teod. Hablemos , que en este correo no faltan.

Bar. Pero antes de hablar de las novedades de la Corte , quiero que me cumplais lo prometido durante la disputa , que fué instruirme á mí en particular sobre las razones que os mueven á inclinaros mas á la sentencia del Doctor Angélico , que pone los niños sin bautismo en un lugar sin pena ni gloria , no obstante la sentencia de San Agustin y de otros Padres que piensan lo contrario ; pues aunque esta opinion de Santo Tomas viene mejor con mi genio blando , compasivo y femenino , gusto de discurrir masculinamente y con solidez , dando la razon de mi sentir. Advierto que nunca he aprendido teología , ni tengo intencion de estudiarla ; y así habladme en el language que yo entienda.

Teod. Procuraré satisfaceros. Yo quando hablaba con el Brigadier , me contenté con hacerle ver que la sentencia que condena á los niños á las penas del infierno no es dogma de fé , como que no tenia mas obligacion que de defender la

religion cristiana de los ataques de los impíos, los cuales ninguna fuerza tienen en la sentencia de Santo Tomas: ya visteis que se pasmó de ver que esto no era dogma, sino opinion controvertida por muchos teólogos, de cuya fé y buena religion ninguno se atreve á dudar. ¿Quién podrá dudar de la fé y religion de Santo Tomas, que no solo era devotísimo discípulo de San Agustin, sino que estudiaba mucho en las santas Escrituras y los Padres? No obstante eso, dice expresamente en muchos lugares, que los niños que mueren sin la felicidad del bautismo, quedan para siempre privados de la vista de Dios, pero sin tormento alguno (a). ¿Quién dudará de la fé y religion de San Buenaventura? (b) ¿Quién de la de Escoto, cabeza de su escuela, y que junto con Santo Tomas, que lo es de la escuela de los Tomistas, suponen

(a) S. Thom. 3. part. quæst. 1. art. 4. *Ad secundum dicendum, quod peccato originali in futura retributione non debetur pœna sensus.* El mismo in 2. dist. 33. q. 2. art. 1. *Ideo carentia hujus visionis est propria, et sola pœna originalis peccati post mortem.* El mismo quæst. 5. de Malo, art. 2. El mismo in 3. dist. 22. art. 1. Donde señala el lugar del Limbo de los niños, *in quo sunt tenebræ propter carentiam divinæ visionis, et propter carentiam gratiæ; sed non est ibi ulla pœna sensibilis...et alibi.*

(b) S. Bonav. in 2. dist. 33. art. 2. q. 1.

un número sin número de teólogos, que son de este parecer, y la Iglesia jamas los ha reprehendido? ¿Quién dudará de la fé y religion de San Gregorio Nacianceno (a), que en una oracion sobre el bautismo dice expresamente que á estos niños no los sentenciará el Juez supremo á la gloria celestial, ni á los tormentos? ¿Quién dudará de la fé y religion de Belarmino, Suarez y Vazquez, teólogos que todos respetan, no para seguir sus opiniones, sino para no ultrajar su fé? Por último: ¿quién dudará de la fé y la religion en la opinion mas comun y general que ha 500 años que se enseña en la Iglesia, sin que su cabeza la reprehenda formalmente, como se puede ver en el Cardenal Gotti (b), que trata muy difusamente esta materia, y cita á Santo Tomas en todas las respuestas que dá el Santo Doctor á los fundamentos de la sentencia contraria?

Bar. Ya veo, Teodosio, que teniais bien estudiado el punto.

(a) Greg. Nacianz. orat. 40. de baptism. *Postemi denique nec cælesti gloria, nec suppliciis à justo Judice afficiuntur: utpote qui, licet signati non fuerint, improbitate tamen careant.*

(b) Gotti tom 6. quæst. 10. Dubio 3. per totum. El mismo, tom. XIII. de Sacram. et Baptism. p. mihi 263.

sup Teod. No veis, señora, que importa mucho vindicar por una parte la reputacion de tantos hombres grandes, y tapar por otra la boca, en cuanto pueda ser, á los que insultan á nuestra religion, asegurando que seguimos dogmas crueles y contrarios á las leyes de la caridad de nuestro divino Legislador. Siga cada uno lo que quisiere, pero no pretenda hacer dogma de fé lo que no ha declarado la Iglesia. Además de que los que siguen á Santo Tomas hacen sobre San Agustin las justas reflexiones de que escribió con grande vehemencia contra los Pelagianos, los cuales aunque excluian del reyno de los Cielos á los niños no bautizados, decian que sin entrar en el reyno de Jesucristo podian por otro modo tener vida feliz y bienaventurada. Los argumentos de San Agustin son fuertes; pero las respuestas de los que siguen á Santo Tomas no son para despreciadas.

Bar. Decidme sobre esto alguna cosa, de modo que yo la pueda entender.

Teod. San Agustin y los Padres que le siguen toman el fundamento principal de su sentencia (que afirma que los niños sin bautismo tendrán eterna pena) de la sentencia que el supremo Juez ha de dar en el ultimo dia á todos los hombres. Sabemos que el Señor dividiendo

todo el genero humano en dos porciones, pondrá los escogidos á la mano derecha, y los réprobos á la izquierda; y dirá á los que esten á la mano izquierda, que vayan al fuego eterno (a). Arguye pues San Agustin y dice: estos niños no estarán á la derecha, porque de ella excluye positivamente Jesucristo á todos los que no hayan nacido segunda vez del agua y del Espíritu Santo (b): luego estarán á la mano izquierda, y de este modo oirán la sentencia al fuego eterno, que el Señor dará á los que estuviesen á esta mano; pues no habiendo mas que dos manos, y solo dos lugares y dos sentencias, no perteneciéndoles la de los hijos de Dios, se sigue que les pertenece la de los réprobos, que no es solamente la privacion de la vista de Dios, sino la pena del fuego.

Bar. ¡O, Teodosio, ese argumento es muy fuerte!

Teod. Así lo confiesan todos, y yo tambien; mas no merece desprecio la respuesta que da Santo Tomas y los que

(a) *Dicet iis qui à sinistris erunt: Discedite à me... in ignem æternum.*

(b) *Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto non potest introire in Regnum Dei*
Joan. cap. 3. v. 5.

le siguen, como que la sacan del mismo lugar.

Bar. Ahora os digo con grande gusto: nunca pensé que me interesasen tanto materias de teología. ¿Qué responden? Decídmelo.

Teod. Que la sentencia del supremo Juez á los que esten á la mano izquierda, no dice solo que vayan al fuego eterno, sino que añade que vayan á él, *porque tuvo el Señor hambre, y no le dieron de comer, &c.* (a) Esto es, porque faltaron á las obras buenas que debian hacer. Ahora bien: esto no comprehende á los niños que murieron sin bautismo; y así dicen ahora los que siguen á Santo Tomas: supuesto que ninguno dirá que los niños se comprehenden en el pecado que la sentencia alega, ¿cómo han de ser comprehendidos en el castigo que la sentencia fulmina?

Bar. Yo callo, porque esa respuesta satisface.

Teod. Añadid á esto, que la sentencia de los réprobos no habla solo del *pecado* y del *castigo*, sino que ata el castigo con el pecado, como diciendo que una cosa trae consigo la otra: que esta

(a) *Discedite à me... in ignem æternum... esu rivi enim, et non dedistis mihi manducare, &c.*

és la fuerza de la partícula *enim*, que significa *por cuanto*; y así dice el Señor: *id al fuego porque no hicisteis lo que debiais*. Luego si el Señor no ha de argüir á los niños de que faltaron á las obras de misericordia *esurivi*, ¿cómo los comprenderá en la sentencia al fuego *ignem æternum*, siendo así que declara que los condena al fuego por no haber hecho obras buenas *non dedistis*? No dejó de ver San Agustin esta dificultad; y así escribiendo sobre este punto á su grande amigo San Gerónimo (a), dice con toda sinceridad: „cuando llego á tratar „de los castigos de los niños, creed que „me veo en grandes angustias, y no ha- „llo absolutamente que responder.” Escribiendo el Santo contra Juliano dice (b): „yo no digo que los que mueren sin „bautismo serán castigados con tal tor- „mento, que les fuera mejor no haber

(a) Aug. ep. 28. alias 166. ad Hieronim. *Sed cum ad pœnas ventum est parvulorum, magnis mihi crede coarctor angustias, nec quid respondeam prorsus invenio.*

(b) El mismo Santo Doctor contra Julian. cap. 11. *Ego autem non dico parvulos sine baptismo morientes tanta pœna esse plectendos, ut eis non nasci potius expediret... quæ (pœna) qualis et quanta erit, quamvis definire non possim, non tamen audeo dicere, quod eis, ut nulli essent, quam ut ubi essent, potius expediret.*

„nacido.” Lo mismo repite mas abajo. Aquí se vé que se veia muy apretado el Santo acerca del tormento de los niños; y por eso dice en otro lugar (a): “aquellos que sobre el pecado original que „contraieron, no cometieron pecado alguno, tendrán un tormento ó pena la „mas suave de todas.”

Bar. En ese modo de hablar se vé que el Santo no les dá el infierno por genio, sino por escrupulo sobre la inteligencia de la sentencia del Juez.

Teod. ¿Pero estando allí, y ardiendo en fuego, cómo puede ser tan leve su pena, que no piensen que les fuera mejor no haber nacido, como lo afirma el Santo por dos veces? Crece la admiracion reparando en que en la sentencia de los réprobos se dice: que vayan al fuego *que está preparado para el diablo.* Ahora bien: el fuego preparado para el diablo no es levísimo, ni tal que á los niños metidos en él no les fuera mas conveniente el no haber nacido, como expresamente lo dice el Santo: aquí se vé que la sentencia del fuego eterno contra los

(a) Aug. in Enchiridione cap. 93. dice: *Mitissima sanè omnium pœna erit eorum, qui præter peccatum quod originale traxerunt, nullum insuper addiderunt.*

niños no es cosa cierta ni de fé; pues Santo Tomas con innumerables teólogos la niegan, y el mismo San Agustin tiembla, vacila y se aflige cuando los comprehende en ella, y así la pone cuantos lenitivos puede, diciendo que es pena blandísima, y que por ella no les pesará de haber nacido, &c.

Bar. Tengo visto que es muy dudoso ese fuego hablando de los niños que mueren sin bautismo, y que de ningun modo es dogma ni punto de fé. Basta de teología. Vamos á juntarnos con mi madre y con los demas que oigo hablar en el bosque.

Teod. Vamos.

TARDE X.

Sobre la máxima que dice : *fuera de la Iglesia no hay salvacion.*

Bar. **N**o puedo explicar, Teodosio, cuanta diferencia hallo en mí, despues que conversamos sobre el pecado original. Es tanta la claridad que mi alma ha recibido, que ahora me parece que veo la luz del dia, y antes andaba yo como de noche, viendo la verdad solamente con la luz que me bastaba para conocer que era verdad; pero no de tal modo que pudiese reflexionar en su admirable belleza (17).

Teod. Lo que yo deseaba saber era qué efecto ha hecho en el Brigadier nuestra conversacion.

Bar. Ha hablado con mas moderacion; pero no puede llevar en paciencia que digamos que *fuera de la Iglesia no hay salvacion.* Esto dice que es presuncion diabólica, falta de caridad, y casi blasfemia contra la bondad divina. Tan horrorosa pintura me hizo de esta que llama injusticia, que no tuve valor

para impugnarle: solamente le promeí que en la primera ocasion en que nos encontrásemos os consultaria este punto en su presencia, y él lo estimó en gran manera.

Teod. Descansad, señora, descansad, que yo espero en el Dios de la verdad que presto se desvanecerán esos horrores de la pintura que os hizo. Mientras no se presenta la luz todo causa miedo, especialmente á señoras de vuestra edad y viveza; pero en entrando la luz, aunque solo sea la de una vela, desaparecerán todas las fantasmas. Yo no alegaré sutilezas, sino doctrinas claras, corrientes, generalmente admitidas en el mundo, y conformes á la buena razón. Como he visto cuan delicado es en el punto del honor, en diciéndole que ha de hablar como hombre de bien, y segun lo que en la realidad entienda, estoy seguro de que dando antes su palabra de honor, no andará huyendo con tergiversaciones de mis argumentos.

Bar. Supuesto que estos dias es nuestro huesped, decia yo que fuesemos á buscarle á su cuarto, y á desafiarse para el paseo antes que se junte compañía... Venid conmigo.

Teod. Estoy pronto.

Bar. Apuesto, señor Brigadier, á que

estabais haciendo tiempo de ir á buscarme para el paseo acostumbrado: aquí tenemos á Teodosio: vamos los tres solitos á pasear hasta el bosque, que es frondoso, y grande abrigo para este tiempo de calma: despues de acabada nuestra conversacion, que será importante, saldremos allá por la fresca para ir á los jardines, y agregarnos á la grande concurrencia de caballeros y señoras que se juntan en ellos.

Brig. Todo mi cuidado y deseo, señora, es adivinaros los pensamientos: estoy pronto para daros el brazo, si me quisierais hacer esta honra.

Bar. Mas estimaria yo que me dieseis... No me sé explicar.

Brig. ¿Qué, el corazon? Ese, señora, ha mucho tiempo que le teneis.

Bar. No quiero ofender á Madama vuestra esposa, que tiene derecho á él, y es íntima amiga mia. Lo que yo quisiera no es el corazon, sino el entendimiento para que creyeseis cuanto yo creo.

Brig. Señora: no me pidais obsequios del entendimiento, porque este no es libre como lo es el corazon: no soy yo señor de él, ni creo lo que quiero creer, sino solamente lo que vé el entendimiento que es verdad, y por mas que me esfuerce á hacerle creer lo que vos creéis,

no me es posible. Perdonad , señora , la rebeldía de mi entendimiento , y contentaos con el obsequio de mi voluntad , quedando bien persuadida á que si yo pudiera hacer violencia á mi cabeza , á nadie la rendiria con mas gusto que á la que es señora de toda mi alma.

Bar. Basta , basta , Brigadier : ¿ no veis que corre ayre ? Esas palabras se las lleva el viento , y para mí se desaparecen en un instante. Tan faciles sois los caballeros en protestarnos sacrificios , adoraciones , inciensos y otras cosas de vuestro ritual político , como nosotras somos dificiles en creer ese language de moda. Vamos á conversar sobre el punto que ayer tarde os parecia tan absurdo : aquí está Teodosio para explicaros mi sentir y el suyo , y la razon que tenemos para decir *que fuera de la Iglesia Católica no hay salvacion* (18).

Brig. Os suplico , señora , por cuanto puedo suplicaros , que no deis crédito á semejante absurdo : antes vereis volverse esos arboles con las raices hácia el Cielo , y las ramas hácia la tierra : antes vereis que hablan esas rocas , y que enmudecen las aves : antes volverán las fuentes á buscar su origen retrocediendo en su curso , que logreis el infeliz consuelo de que yo concuerde con vos

en semejante blasfemia contra la bondad Divina. Si en el libro de la Sabiduría os mandan, Teodosio, que juzgueis de Dios con espíritu de bondad (a), ¿cómo formais el concepto de que Dios sea cruel? ¿Cómo os atreveis á decir que echa Dios al infierno, y atormenta sin fin á innumerables almas inocentes que no tienen mas delito que el no saber que hubo un hombre llamado Jesucristo, ó el de no obedecer á un clérigo anciano que hay en Roma, á quien llaman Papa, y esto cuando ni aun saben qué cosa es Roma? No se puede sufrir que los Cristianos teniendo orden de su Dios para obrar siempre con caridad, den sentencia de condenacion eterna contra sus hermanos inculpables; siendo así, que manda su gefe que amen hasta sus propios enemigos, aun cuando éstos deseen quitarles la vida. Señora, si no quereis ver á Teodosio avergonzado y confuso, dispensadle de esta conversacion, y siga enhorabuena lo que quisiere: vos, señora, mudad de parecer, si quereis pasar por señora de buen juicio, y de corazon bien formado; y vos, Teodosio, perdonad el calor con que hablo, porque bien sabeis

(a) *Sentite de Domino in bonitate. Sap. c. I. v. I.*

que la verdad tiene gran derecho á que se defienda su causa á pesar de las leyes de la cortesía.

Teod. Poco sabeis, amigo, con cuanto gusto os oigo estas últimas espresiones á favor de la verdad. Yo tambien me muero de amores por ella, y nada me es tan agradable. Cuando la veo de cerca me quedo pasmado al mirar su belleza: despues se me va el corazon tras el entendimiento, la lengua tras del corazon, y me hallo hecho enteramente su esclavo. Por esa misma razon habia persuadido á la Baronesa todos los sentimientos de mi religion; pero ahora los esplicaré de modo que segun lo espero de su docilidad, vea las cosas como yo las veo; y si vos sois, como yo, amante declarado de la verdad, y me dais como los dias pasados palabra de honor de no saltar con chistes, jugando con solas palabras sin estar interiormente persuadido á lo mismo que digais, tal vez quedarémos hoy acordes, sin que los árboles vuelvan sus raices ácia el ayre.

Brig. Perdonadme, señora, la risa que se me ha escapado contra la urbanidad.

Bar. Yo perdono, y perdono de parte de Teodosio; pero quiero quedar con

el derecho de dar también mi risita cuando vea ir á tierra alguno de los combatientes ; pues bien sabeis que toda caída provoca á risa , principalmente á las señoras.

Brig. Os alabo el desenfado : vamos, Teodosio, al punto ; que estoy deseoso de oiros. Vos, señora, pues sois la madrina de este desafío , acudireis al que cayere : reios , reios enhorabuena , os doy esta licencia , que yo también reiré.

Teod. Antes que entremos en el punto principal , vamos á lo que dijisteis de que nuestra máxima era contra la caridad : decidme , amigo , ¿ os parece que sería caridad , que estando yo persuadido seriamente á que una senda es falsa , y á que tiene al fin barrancos inevitables : si viese que la Baronesa entrase por ella de noche engañada de ver que por aquel camino iba mucha gente , os parecería , digo , que sería en mi caridad callar , y dejarla ir con todo sosiego , solamente por no afligirla ; y esto aunque supiese de cierto que no volvería de allí , y que ella , coche y caballos se hacían pedazos ? ¿ Sería en mi caridad el callar ?

Bar. Dios me libre de tal caridad : las leyes de la cristiandad y la amistad os obligan á dar gritos , y á clamar

y correr, diciendo que aquel camino era peligroso. Oid, Teodosio, que el caso está recién probado. Dias pasados quiso el Brigadier ir con nosotros á las minas de cobre que hay aquí cerca en *Baygorre*; minas que dejaron los Romanos vacias hasta el nivel del agua, barrenando los Pirineos que veis agujereados, y que los Suizos minaron otra vez para sacar el cobre que quedó debajo del agua, y ya andan trabajando á 521 brazas mas abajo del nivel de los rios, como creo que ya lo habeis visto. Digo pues que quiso entrar el Brigadier por una mina de los Romanos que halló en lo interior; está ya arruinada, y un muchacho que le vió entrar empezó á gritar desde léjos, y le socorrió; pero si hubiese andado por mas tiempo se hubiera precipitado: vos, Brigadier, se lo agradecisteis, y premiasteis su zelo. Otro tanto es lo que Teodosio hace conmigo: si el está persuadido á que el camino único para la salvacion es el suyo, la misma ley de la caridad le manda que me advierta que el camino por donde van muchos es engañoso.

Brig. Si van muchos por él no puede ser engañoso.

Teod. ¿Habeis visto venir alguno de

allá á deciros que llegó bien, siguiendo por donde iba? Si en esta materia de salvacion pudiésemos hablar con los difuntos, y los que fueron por donde vos vais viniesen á deciros que habian llegado á salvamento, entonces bien pudiera la Baronesa ir con resolucion por donde viese que entraban los mas; pero supuesto que ninguno vuelve de allá, debemos antes de entrar por esas minas obscuras certificarnos de que son seguras, y no tienen despeñaderos.

Brig. Vamos ahora al punto principal, y dejemos esas averiguaciones menos esenciales. Decidme, Teodosio, ¿por qué no quereis que entren en el cielo á gozar de la bienaventuranza sino los hijos de la Iglesia Romana? Si me explicais este punto de modo que yo quede satisfecho, vereis en mí un Santo.

Bar. Sosegaos, que yo os sujetaré por la palabra.

Teod. Quiero poner ciertos preliminares en que debemos convenir, y despues formaré mi argumento. El primero es: "que el derecho á la gloria eterna, que consiste en la vision beatífica de Dios, ni es ni ha sido jamas »prenda de la naturaleza humana, ni »propiedad ó estado que se deba á su »integridad; porque un don que en sí

es sobrenatural, no puede ser debido á la naturaleza."

Brig. En eso ya convenimos dias pasados : es cosa muy clara que los dones que son superiores á la naturaleza, no pueden ser debidos á la naturaleza. Vamos adelante.

Teod. Añado el segundo preliminar, y es : "que solamente la promesa que hizo Dios á Adan y á sus hijos de darles la bienaventuranza , en caso de serle obediente, solo esta promesa, digo , podia darles algun derecho condicional á la gloria del cielo."

Brig. Convengo en eso sin escrúpulo; porque ello es así.

Teod. Aun digo mas : "habiendo Adan perdido por su delito ese derecho, ni él ni sus hijos podian recuperarle con sus propias acciones como puramente suyas y meramente naturales : " esto por dos razones : la una porque siendo ellos delincuentes, no eran sus obras acreedoras á que Dios las aceptase para merecer el perdon de su pecado; y mucho mas no siendo personas condecoradas de modo alguno para ser aceptas á Dios. La segunda porque las obras que son de sola la naturaleza no tienen por sí proporcion alguna para merecer la gloria del cielo y la vista cla-

ra de Dios, que es un premio sobrenatural; y así los hijos de Adán, sin algun socorro extraordinario del cielo, no podían conseguir el derecho á la gloria eterna que su padre habia perdido. ¿Convenis tambien en esto?

Brig. Me parece una verdad tan evidente que me admira que la queráis asegurar haciendola punto de convenio: mas ya que quereis proceder con ese método, convengo tambien en ese artículo.

Teod. Ultimamente digo: que el hijo de Dios hecho hombre, no solo quiso pagar por Adán y sus hijos para alcanzarles el perdon, sino que mereció ser Rey de la gloria por su muerte en la cruz, y de este modo quiso adoptar los hombres por hijos suyos con la regeneracion del bautismo, y por consiguiente por sus herederos. Ya veis aquí en qué consiste el derecho á la gloria que pueden tener los hombres: solo consiste en ser hijos del Rey de la gloria con derecho á la herencia de su Padre. ¿Hay en este dogma alguna cosa contra la buena razon, ó contra la caridad ó bondad de Dios?

Brig. En esa accion, que es la mas heróica que se puede imaginar, brilla inefablemente la bondad Divina, y es

un efecto de caridad el mas digno de Dios que se puede decir.

Teod. No obstante, decidme tambien si hay en esto alguna cosa contra la buena razon, porque necesito esta palabra.

Brig. En eso nada se halla contra la buena razon.

Teod. Ahora bien, amigo mio, ved las consecuencias necesarias que se infieren de los preliminares que me habeis concedido, diciendo que son sumamente conformes á la buena razon, y dignos de la bondad Divina.

Lo primero que se sigue es, que Jesucristo, hijo de Dios, es el Rey de la gloria, Redentor nuestro, y el principio de toda nuestra felicidad sobrenatural. ¿Qué decis?

Brig. Concedo: sea así.

Teod. Lo segundo que se sigue es, que ninguno tiene derecho á la gloria, sino el que sea hijo de Jesucristo, pues el derecho á la herencia sobrenatural solamente se funda en esta filiacion; así como ninguno tiene derecho á la corona de Inglaterra, á la de España, á la de Suecia, &c. sino aquel que fuere hijo ó descendiente de aquellas casas Reales.

Brig. Esas son unas consecuencias tan naturales que no se pueden negar.

Teod. ¿Cómo pues podrá ser hijo de

Jesucristo , y heredero de sus méritos y su gloria , el judío que le blasfema y detesta , el pagano que no le conoce , que adora al sol , á la luna , á los monstruos , á las mas despreciables criaturas , y aun á hombres que fueron viciosos y llenos de las mayores abominaciones ? ¿ Serán estos hijos de Jesucristo ? ¿ Pero cómo ha de ser su hijo el moro ó el turco , que le abominan ó dan la preferencia al profeta falso , y persiguen á los que adoran á Jesucristo ? ¿ Como ha de ser hijo de Jesucristo y heredero suyo el *incrédulo* , que habiendo leído los Evangelios los desprecia , y teniendo noticia de Jesucristo se burla de él , hace escarnio de quien le sigue , y pone todo su estudio , su elocuencia , astucia y sagacidad en sublevar contra él los pueblos que le creían y adoraban ? ¿ Cómo puede ser hijo de Jesucristo el malvado , que en las obras es apóstata de la misma fé que confiesa con las palabras , ó el que en sus acciones desobedece á su Dios , conociendo bien que éste le manda lo contrario ? ¿ Cómo podrá ser hijo de Jesucristo este hombre , que con su desenvoltura tiene en poco las promesas con que le convida á su servicio , para darle la bienaventuranza , y las amenazas de sus castigos ?

Decidme , amigo , si el hijo de Dios vino al mundo á fundar la Iglesia , á enseñar el Evangelio , á establecer con su ley el camino del cielo , de aquel cielo , que solo él conquistó , ¿ cómo podremos decir que son hijos suyos , herederos de sus méritos y de la gloria que ganó con sus servicios , los hombres que le persiguen ? ¿ Qué me dices , amigo ?

Brig. Hablando con sinceridad , ninguno de esos hombres merece ser hijo de Jesucristo , ni heredero suyo ; pero esplicadme mas este punto , pues aunque me va rayando la luz en el horizonte , todavía no distingo con claridad los objetos de que trato : proseguid discurrendo.

Teod. El hijo de Dios fué el que instituyó el mayorazgo de la gloria , y solamente llamó á esta herencia á sus hijos , esto es , á los que fuesen reengendrados en la gracia por el bautismo : bien claras son las palabras de esta institucion : *cualquiera que no vuelve á nacer del agua , y del Espíritu Santo , no puede entrar en el reyno de los cielos.* Habla del bautismo , y dice que por él renacemos para ser hijos suyos , habiendo primero nacido como hijos de nuestros padres.

Bar. Las palabras son bien claras.

Teod. Pues aun hay mas: hizo Jesucristo en la institucion de su mayorazgo lo que soleis hacer algunas veces en las instituciones de los vuestros, llamando á los descendientes, pero desheredando positivamente á todos los hijos ó nietos que incurrieren en delitos de Lesa Magestad ó que fueren traidores á la patria, rebeldes al Soberano, &c. Así lo hizo el hijo de Dios: declara, que de los que sean hijos suyos por el bautismo queden desheredados los que incurran en delitos de Lesa Magestad Divina, ó sean rebeldes al Dios de la gloria, &c.: por lo cual se quedan fuera de la herencia celestial dos clases de personas, (entendedlo bien, Baronesa, que algunas veces confundis una cosa con otra) unos se quedan fuera de la herencia celestial porque no fueron llamados á ella, y á esta clase pertenecen todos los que no son hijos de Jesucristo, ni fueron jamas bautizados, como los judíos, los moros, los gentiles (19). Otros hay que son hijos de Jesucristo, y están bautizados; pero se quedan fuera de la herencia celestial, por estar espresamente desheredados por los delitos que cometieron: á esta clase pertenecen los incrédulos, los

hereges y los impios. Bien clara es la cláusula en que quedan desheredados; porque el Señor manda á sus Apóstoles *que vayan por todo el mundo bautizando y enseñando á los hombres á observar todo cuanto él les ha mandado*, y en mil cláusulas del Evangelio declara espresamente lo mismo, esto es, que excluye del cielo á los que porfian en desobedecerle, no guardando su ley soberana.

Bar. En eso siento un grande escrúpulo. ¿Pues qué, todo el que cometa pecado grave queda desheredado de la herencia de la gloria?

Teod. Muriendo en ese estado no tiene duda; pero si es hijo de Jesucristo por el bautismo, tiene los méritos del Señor en los Sacramentos, y en virtud de ellos puede conseguir el perdón y restituirse con una buena confesion al estado de la amistad de Dios, recobrando el derecho á la herencia celestial, que habia perdido con el pecado. ¿Estais satisfecha?

Bar. Ahora sí: id disputando allá con el Brigadier.

Teod. En esta suposicion decid, amigo: si un africano, un americano, ó un chino, viniera á España quejandose de que nunca le habian dejado go-

bernar en aquel trono, siendo él hombre como los demas, ¿quién no se reiría de semejante pretension? Todos le tendrían por loco; porque no basta ser hombre para gobernar en el trono de un Estado: es preciso ser hijo ó descendiente de la casa Real hereditaria. Decidme pues, ¿sería por ventura impiedad no permitir que ninguno de estos subiesen al trono de España, de Inglaterra ó de Suecia?

Brig. No por cierto.

Teod. Luego no es impiedad prohibir que hereden el reino de los cielos, como le heredan los hijos de la Iglesia, aquellos que aunque son hombres, no son hijos de Jesucristo.

Bar. ¿Qué decis á esto, mi Brigadier?

Brig. Yo no puedo con dos combatientes á un tiempo: dejadme acá con Teodosio. ¡Vos, señora, sois terrible!

Bar. Perdonadme, porque yo he mirado ácia los árboles, y todavía no he visto ninguno esta tarde con las raices ácia el aire, como vos deciais: mas dejo el campo á Teodosio.

Brig. Señora: lo que me horroriza son los gentiles, que jamas han tenido noticia de Jesucristo. La inocencia de

estos nuestros semejantes es la que clama en lo íntimo de mi corazón: dejad que se enternezca el vuestro, y no queráis castigar tan cruelmente á innumerables inocentes.

Bar. Para eso basto yo, mi Brigadier. ¿No acaba de decir Teodosio que respecto de los que no sean hijos de Jesucristo, el quedarse fuera del cielo no es castigo, sino inhabilitacion y falta de derecho? Decidme: ¿no es verdad que si uno de mis mayordomos, hombre de bien, juicioso y manso, que á nadie ha hecho mal, quisiese entrar con vuestros hijos en la herencia de la casa de San Esteban, sin duda no lo consentiriais, no obstante que vuestra casa es de los mayores de esta provincia de la baja Navarra?

Brig. A la verdad que no: porque mis antepasados, que han servido á la corona por mas de cuatrocientos años, no fueron á servirla, ni recibieron las balas para repartir sus servicios con vuestro mayordomo, por muy buen hombre que sea.

Bar. Eso es lo que yo digo, Brigadier: vos no sois cruel, ni castigais á mi mayordomo por escluirle de la herencia de vuestra casa, por cuanto no tiene derecho alguno á ella: eso no es

castigo, es inhabilitacion. No instituyó el hijo de Dios el mayorazgo que adquirió por sus servicios para los que no sean hijos suyos por el bautismo; y así no pueden quejarse de que no los dejen entrar en el cielo.

Brig. Es verdad que no será castigo; pero ellos siempre van al infierno: ved si es crueldad hacerlos padecer sin culpa.

Teod. ¿De qué gentiles hablais, amigo? ¿Hablais de los que en todo han seguido la luz de la razon, sin obrar nunca contra la ley natural; ó de los que arrastrados de sus pasiones cometieron miserablemente pecados contra la ley natural? Quiero saber de cuales hablais para responderos.

Brig. Hablo de todos: hablo de los que han pecado, y de los inocentes.

Teod. Quiero pues responder con distincion. Los que pecaren hurtando, matando ó haciendo otros delitos contra la ley natural, serán como los cristianos que mueren en pecado, castigados con tormentos á proporcion de sus culpas; pero los que vivieren y murieren sin haber hecho cosa alguna contra la ley de la naturaleza, si alguno de éstos hubiere en el mundo, ese tal, como dice Santo Tomas, ó seria ilustra-

do de Dios particularmente, y se salvaria por la fé en Jesucristo y por el bautismo de deseo; ó por ser tan inocente como los niños, le correria la misma suerte que á los que en la tierna edad mueren sin bautismo: unos y otros se quedan fuera del reino del cielo por no ser hijos del Rey de la gloria, por cuanto solo por el bautismo renacemos como hijos suyos; y por consiguiente, ni los gentiles, ni los hijos de los cristianos que mueren sin bautismo tienen derecho á entrar en el cielo, y se quedarán privados de la eterna felicidad con sola la pena que llaman de *daño*, é irán al limbo sin pena ni gloria, como hablando de los niños, os dije los dias pasados.

Brig. Si no solamente poneis en el limbo los niños, que siendo hijos de los cristianos mueren sin bautismo, sino tambien los gentiles adultos que observaren perfectamente por toda su vida la ley de la naturaleza, muy lleno tendreis el limbo, porque son innumerables los pueblos que jamas han oido el nombre de Jesucristo, y viven perfectamente segun la ley de la razon. ¡Qué inocencia no reina en aquellos paises de la América meridional, adonde todavia no ha podido penetrar el cono-

cimiento del cristianismo, ó allá en la América septentrional por el Misisipi, Canadá, Bahía de Hudson, Breñas de la California y Groenlandia, en donde los hielos tendrán las pasiones moderadas, y todavía no han introducido los europeos la pésima ley de la ambicion, y mala fé, que tantos males causa entre nosotros! El que quiera ver hombres inocentes, busquelos allá en aquellos montes, en donde los hombres son menos hombres en la civilidad, pero son verdaderamente hombres en las inocentes leyes de la naturaleza y buena razon.

Teod. ¿Teneis correspondientes fidedignos en aquellos paises, ó personas que hayan allí vivido y contratado, y que puedan dar buen testimonio de sus procederes, usos y costumbres, pues decis que allí no se ha oido el nombre de Cristo, ni el de los europeos? ¿Quién os ha traído de allá noticias tan por menor, ó quién os ha dicho que allí no hay pasiones, no hay ambicion, no hay desórden?

Al paso que esos paises se van conquistando, sabemos que muchos comen carne humana, que se comen unos á otros los de un mismo clima, por ser entre sí enemigos, cosa que no hacen

las fieras, y así nos pasmamos de la brutalidad de sus costumbres; pues si cuando se conquistan se los halla tan bárbaros y tan malos, ¿cómo decís que los mas de los que están por conquistar viven inocentes, y perfectamente segun la ley de la razon? ¿Quién os ha dicho que todos los gentiles salvages observan regularmente toda su vida la ley de la naturaleza?

Brig. Leed la historia de Mr. de Bougainville, en el descubrimiento de *Taiti* ó nueva *Cithera*, en donde dice: que allí se guardaba perfectamente la ley de la naturaleza.

Teod. Amigo Brigadier: ¡ahora sí que habeis dado materia de risa á nuestra conversacion! Enronqueció la elocuencia de Mr. de Bougainville á fuerza de predicar los elogios de aquella gente bárbara, como que á él y á la tripulacion de su navio les cayó en gracia la extraña cortesanía con que los naturales del pais iban á ofrecerles sus hijas las mas hermosas. Pero decidme, ¿cómo seguian allí todos la ley de la naturaleza, si, como consta de su historia, habia ladrones? ¿Cómo seguian todos la ley natural, si, como él confiesa, habia leyes para contener los delitos y para castigarlos? ¿Qué tiempo tuvieron los solda-

dos para hacer una inquisicion exacta de *vita et moribus* de toda aquella gente bárbara? ¿Quién entendia la lengua de aquellos habitantes, cuando hasta aquel tiempo no habian tenido de ellos las menores noticias? ¿Qué testimonios tenemos de la verdad de aquel tal cual intérprete, si alguno por necesidad se puso á este oficio? ¿No podia decir lo que él quisiese? ¿Qué tiempo tuvieron tampoco para averiguar, y asegurarnos la inocencia general de aquellos bárbaros, estando ocupada toda la tripulacion, unos en gozar de las delicias que les franqueaban: otros en salvar las amarras, porque se cortaban rozando en las puntas de las piedras: otros en contratar, trocando frutas por piezas de tafetan de papel, del cual me dió Madama Armendariz, madre de la Baronesa, un buen pedazo? ¿Por ventura, amigo, no sabeis el antiguo privilegio que tienen todos los descubridores de nuevas islas para poder mentir á su salvo, principalmente en mares remotos? ¿En qué mentiras no cogemos ahora á los primeros descubridores de la América! ¿Ignorais lo que es el hombre, y que cuando le tocan en cierta tecla sueña todo el órgano con admirable consonancia? Franquead á los soldados y marineros la puerta de Venus, y os dirán

maravillas: os pintarán el país mas infame como los campos Eliseos. Vos, Brigadier, sabeis lo que son soldados, y yo conozco bien á los marinos.

Brig. No puedo menos de convenir con vos en este punto. Todos tienen hoy aquella historia por novela.

Bar. Pues yo confieso que daba crédito á lo que me decia de la inocencia de aquella gente inculta.

Teod. Venid acá: discurramos por la propia experiencia. Nosotros tenemos educacion, libros, Evangelios, &c. todo cuanto persuade al bien, y retira del mal. Los hereges tienen asimismo toda la Escritura, muchos sermones y maestros que los eduquen y retiren del mal: los judíos tienen la misma Escritura á excepcion del Testamento nuevo, conservan los Profetas, y todo el antiguo Testamento: los moros tienen en el Alcorán muchos buenos consejos. Ahora pregunto: ¿os parece, Baronesa, que entre los católicos, ó entre los hereges, los judíos y los turcos, es cosa regular observar la ley natural siempre y por toda la vida? Yo no puedo decir eso de mí, aunque no me tengo por disoluto; pero luchando siempre nuestras pasiones con la razon cual encima, y cual debajo, unas veces vencen, y pecamos contra la ley

natural, otras veces son vencidas, y triunfa la virtud.

Bar. Lo mismo confieso yo de mí, y todos deben confesar lo propio; porque yo no conozco á ninguno que mas ó menos no se vea alguna vez arrastrado de las pasiones.

Teod. Si nosotros pues que tenemos educacion, y mil auxilios contra las pasiones, aun así nos rendimos á ellas muchas veces, ¿cómo es creible que los bárbaros sin la menor educacion y sin auxilio de la naturaleza ni de la gracia triunfen toda su vida de las pasiones? Y si no siempre triunfan, ¿cómo se puede decir de ellos que por toda la vida observan la ley natural? El hombre, Baronesa, en todas partes tiene la misma constitucion y las mismas pasiones, mas ó menos indómitas ó domesticadas.

Bar. Tal vez serán en los gentiles menos vivas las pasiones, ó menos desordenadas que en nosotros; y así no les harán tanta guerra.

Teod. ¿Quereis decir en eso que las leyes sagradas dispuestas para corregir las pasiones: los consejos del Evangelio que dió el hijo de Dios para moderarlas; y las promesas divinas que nos convidan á la virtud, ó las amenazas de Dios para que nos retiremos del vicio, que todo

eso que tenemos nosotros, y ellos no tienen, es la causa de la depravacion de nuestras costumbres, pues los gentiles que nada de esto tienen son mucho mejores? ¿Decidme, Baronesa, cabe esto en vuestra credulidad?

Bar. No: no cabe en ella semejante despropósito: no reparé bien en lo que dije.

Teod. Luego será regular que si nosotros no podemos gloriarnos de haber seguido toda nuestra vida la ley natural, ni haber obrado segun la recta razon, mucho menos lo conseguirán los bárbaros sin ley, sin urbanidad, sin instruccion ni religion, y entregados como brutos á quanto les pide el apetito y la pasion; y por consiguiente ved que distante de la verisimilitud va la máxima de muchos, que fundados en aquella descripcion de la nueva *Cithéra*, dan por sentado que los gentiles regularmente obran segun la ley natural.

Bar. Ahora reflexiono que una máxima que es tan disonante é increíble, solo se funda en el dicho de aquel intérprete que se daria por inteligente de la lengua de aquella tierra, adonde jamas habia ido, ni sabia que la hubiese en el mundo. ¡Grande fé merece á la verdad el tal que se llama *intérprete*, y mas quando su testimonio se vé contradecido por

la misma historia, y expresado por un historiador de genio poético, mas aplicado á pintar con bellos colores, que á retratar la verdad! Ultimamente, todavía tiene el discurso otra falta, y es juzgar por lo que se dice de aquella isla, que lo mismo sucederá en todo el mundo bárbaro. Ya veis, Brigadier, cuán locos son los hombres cuando pretenden apoyar sus pasiones, y como sobre nada fundan máquinas de grande importancia. Esto me parece como la extravagancia de aquel pintor, que dibujó un gran palacio, sustentando sobre dos flores de pies muy delicados; no merecen menos la risa los que así discurren.

Brig. No se hable mas de Bougainville. Vamos al punto principal.

Teod. Digo pues que los gentíles que hayan pecado contra la ley natural, serán excluidos del Cielo, que es la *pena de daño*, y atormentados á proporcion de sus culpas con pena de sentido. Pero si hubiese algun gentil que haya obrado exactamente, segun manda la ley natural, éste no irá á ver á Dios en el Cielo por no ser hijo de Jesucristo, ni pertenecer á su familia; pero por ser tan inocente en las costumbres como los niños, no seria castigado con tormentos algunos; pues segun la doctrina de San-

to Tomás, de la que ya hablé los dias pasados, el pecado de Adan le privó del derecho al Cielo, mas no le hizo reo de penas y tormentos: esto es lo que comunmente se dice de los niños que mueren sin bautismo, los cuales solo tienen pena de daño.

Brig. ¿Y os parece poco tormento ver que van al Cielo sus semejantes, y que ellos se quedan fuera? Esto solo mortifica mas que todos los tormentos del sentido.

Teod. Amigo Brigadier: no os dejeis llevar de la primera apariencia: reflexionad antes de sentenciar. Toda la pena y mortificacion se fundaria en la injusticia que se nos hace por no atender á este ó aquel derecho que tenemos á lo que se desea. Decidme, ¿qué pena tienen los aldeanos de vuestros pueblos, por qué no son herederos de vuestro precioso mayorazgo como vuestros hijos? ¿Se le ha pasado sentir esto, ni aun por el pensamiento, á ninguno de los vasallos de vuestras tierras?

Brig. A la verdad que no: tomarian que fuesen abundantes sus cosechas para pagarme la cuarta.

Teod. ¿Y por qué no lo sienten, sino porque sin derecho á una cosa no hay esperanza, y sin esperanza frustrada no hay pena? Los que no están bautizados

no han tenido al Cielo derecho, ni esperanza; y pues no se les hace injuria, no deben tener pena. Ya veis, amigo, que la verdad siempre sale nadando sobre todas las dificultades.

Brig. Así es: no puedo yo negar que habeis puesto este punto en una claridad que no esperaba; ¿pero qué razon tendría nuestro Señor para distinguir el terreno en que los católicos viven de las otras regiones en donde jamás se oyó el nombre del Salvador? Esta es una espina que siempre me estorba y me aflige.

Teod. No es este privilegio del terreno; porque aquí en los países católicos mueren muchos sin bautismo y no tienen derecho para ir al Cielo: aquí mismo hay muchos bautizados que por sus culpas son desheredados de la Gloria y se pierden, al mismo tiempo que cada día vemos venir de los países bárbaros, por modos no esperados, algunos que teniendo noticia del Evangelio, reciben el bautismo y heredan el Cielo; con que, amigo, aquí no hay favor concedido al terreno, sino gracia que Dios hace libremente á unos, y no se la concede á todos (20).

Brig. Siempre me parece tal cual injusticia en Dios que no dé á todos la misma luz que concede á algunos.

Teod. Semejante acusacion es la mayor injusticia. ¿Quién hasta ahora ha obligado á un Soberano á que no haga á alguno el beneficio que no haga á todos? ¿No me habeis concedido que por la culpa de Adan quedó éste privado de todo derecho á la Gloria, y que naciendo sus hijos, despues de la desgracia de su padre, nunca tuvieron tal derecho?

Brig. Convine en eso.

Teod. Luego pudiera Dios, sin la menor injusticia y crueldad, no volver jamas los ojos de su clemencia á hombre alguno, como lo hizo con los Angeles, en quienes ejecutó su justicia sin perdonar á ninguno. Lo mismo podia hacer con los hombres. ¿Decidme, podia ó no podia?

Brig. No lo niego; bien podia.

Teod. Si el Señor pues podia sin injusticia no remediar á hombre ninguno, ¿será injusto porque liberalmente remedia con efecto á algunos, aunque no todos se aprovechen del remedio? ¿Quién jamás ha sido cruel por hacer bien, ó injusto por hacer mercedes al que no se deben de justicia? ¿No es Dios Señor de sus favores para dispensarlos á quien quiera, y esto sin que de parte del favorecido haya el menor mérito? Si Dios solamente pudiera hacer favores á quien

los mereciere , seria esclavo , y no Señor ; porque al que es Señor siempre le perteneció la libertad en sus acciones , cuando no se perjudica á derecho alguno . Esta libertad solamente es para hacer bien á quien quiera , aunque no lo merezca , mas no para hacer mal al que no merece castigo ; porque hacer mal al que no tiene delito es crueldad : pero hacer bien al que no tiene mérito es liberalidad .

Ademas de que á ningun hijo de Adan ha cerrado Dios la puerta para recibir la luz del Evangelio : á todos , en cuanto está de su parte , se la tiene abierta para que sean hijos suyos por el bautismo y herederos de su reyno . Para Dios no hay distincion de judío , ni de griego , de bárbaro , ni de romano : á todos pueden llegar sus riquezas , y las derrama con abundancia tan universalmente , que á ninguno excluye : lo primero porque mandó predicar su Evangelio por todas partes : lo segundo porque á todos se franquean el bautismo y los demas Sacramentos si desean recibirlos . Resplandeció su providencia en el modo rápido y suave con que en regiones innumerables y remotas se anunció el nombre de Jesucristo , valiéndose Dios unas veces hasta de la misma ambicion de los hombres : otras de la crueldad y verdadera

injusticia de éstos; y en fin, de otros vicios que Dios detesta en los hombres; pero de todo se vale para propagar su Iglesia. No hay en el mundo parte considerable en donde no se haya anunciado el nombre de Jesucristo. Primeramente no hay en Europa rícon en donde sea ignorado. ¿Cómo pueden ignorarle en la Turquía de Asia, en donde el Salvador vivió y murió, y en donde se veneran los Santos Lugares? Bien conocido es el cristianismo en las Indias orientales, donde florece el comercio de los europeos. En la China hay mas de veinte mil cristianos, y bastaban muchos menos para que este santo nombre no fuese desconocido en aquel dilatado país. En toda la Tartaria rusa, desde la Europa hasta el Cabo de Kantchastka, es cismática la religion, y por consiguiente no ignoran á Jesucristo: en las riveras de Africa sobre el Mediterraneo, el ódio de los moros hace conocido el cristianismo, y cuantos cautivos tienen allá los piratas son otras tantas semillas del Evangelio.

En la costa de Guinea, é islas adyacentes, en el reyno de Congo, Loango y Benguela, en el Monomotapa, rio Senegal, Mozambique, Quiloa, Melinda, y costa de Zamguebar, plantaron

los portugueses la cruz de Cristo, y la han regado con su sangre: en las Molucas, en las Filipinas, el mismo comercio que trae á España las riquezas de la tierra, lleva muchas veces las del Cielo. En la América, así septentrional, como meridional, sabemos las grandes conquistas que ha hecho el Evangelio. Casi todo lo que hay desde el rio de las Amazonas hasta el rio de la Plata, está bajo la dominacion de los portugueses: el Paraguay se reparte entre éstos y los españoles; y estos por Chile, Perú, Méjico, así nuevo como antiguo, hasta la California, los ingleses en sus establecimientos y en el Canadá, y los franceses por el Misisipi, llevan la noticia del cristianismo, al mismo tiempo que buscan los intereses de sus naciones. ¿Qué mas quereis para que Jesucristo no excluya terreno alguno, ni para conocer la franqueza de poder ser todos sus hijos, y herederos? ¿Por ventura, como ya dije, no podia Jesucristo pasar sin remediar á los hombres, así como desamparó á los Angeles?

Brig. Podia.

Teod. ¿No podia acordarse de uno, dos ó cuatro, haciéndolos sus herederos, por privilegio especialísimo?

Brig. Podia.

Teod. Luego, sin hacer injuria á nadie, puede llamar con especial empeño á veinte mil, cuarenta mil, y cuantos quisiere, sin llamar con especialidad á todos los demas. ¿Qué decis á esto?

Brig. Que no puedo negar que sea así.

Teod. Luego con mucha mas razon podrá hacerlo Dios abriendo á todos las puertas de su Iglesia, y adoptar por hijos suyos con ley firmemente establecida á los que creyendo en él se bautizasen por este ó por aquel medio sin la menor injuria de alguno, y sin apariencia de crueldad, antes con sumo elogio de todos. Tened presente que habeis empeñado vuestra honra de hablar con sinceridad.

Brig. ¡No se os ha olvidado esa palabra! Me lo pedis por mi honra: digo pues que sí, sí; y en eso verdaderamente convengo con vos.

Teod. Tampoco será Dios injusto, si á algunos de los hijos adoptados ó reengendrados en el bautismo, á quienes por los méritos de Jesucristo habia dado el derecho á la herencia celestial, los priva de esa herencia por haber cometido crimen de lesa Magestad Divina, ó haberle desobedecido en materia grave, así como lo hacen muchos fundadores de mayorazgos. ¿Qué decis?

Brig. Aunque quisiera negarlo no puedo.

Teod. Luego , todos los que no están bautizados , ó si lo están ofenden á Jesucristo , se quedan sin derecho á la Gloria. Responded , amigo.

Brig. Dejadme con tantas consecuencias , que me fatigan mucho.

Teod. No os deجو : precisamente lo habeis de conceder , y entonces saco esta última : luego es sumamente conforme á razon , y á las ideas que todos tenemos , que fuera de la Iglesia Romana no hay salvacion : los judíos , moros y paganos no son hijos de Jesucristo , y por consiguiente no tienen derecho á su herencia : los hereges , los incrédulos y los impíos tampoco , porque por sus delitos personales son desheredados. En cuanto á los gentiles ó paganos , que jamas tuvieron noticia de Jesucristo , digo que no entrarán en el Cielo por no ser hijos suyos , y tambien serán atormentados , pero lo serán por sus delitos personales , y por no haber guardado la ley de la naturaleza , que ninguno de ellos ignora : por solo esto serán atormentados , y sus tormentos serán á proporcion de sus delitos. ¿Qué me decis , amigo?

Bar. Dice , que ya los árboles están con las raices hacia el ayre , y que ya hablan las rocas. ¿No es así , Brigadier?

Brig. No se puede disputar en pre-

señoría de señoras , las cuales acometen de modo que no se puede un hombre de bien desembarazar.

Bar. No os quejeis de mí : quejaos de que Teodosio , empeñando vuestra honra , os obligó á no hablar contra la sinceridad. Brigadier mio : si allá en vuestros sistemas discurrieseis con la sinceridad , menudencia y solidez con que aquí se discurre , no publicaríais tantos absurdos. Ahora bien , yo os perdono las irrisiones con que principiasteis : sabed que cuando hay razones sólidas , no se combate con graciosidades , y jocosas burlas. Vamos á buscar nuestra compañía , que supongo anda por el bosque : yo he oído reír á Madama vuestra esposa , voy á buscarla , que soy muy amiga suya.

Brig. Vamos : bien podeis tomar la borla de Doctora en teología.

Bar. Aun así no me resolveré á acometer á ninguno en materia de religion , como vos lo hacíais conmigo ; pero gracias á Dios estoy bien vengada.

Brig. Con mucha gloria mia me habeis vencido , señora.

Teod. Con gloria y provecho ; pues estais mas ilustrado.

Brig. No lo niego , Teodosio.



TARDE XI.

Sobre que Dios se interesa en nuestras acciones.

Bar. **N**O sabeis, Teodosio, quanto me habeis alentado con nuestras conferencias sobre los puntos de la religion, y el bien que á mi parecer habeis hecho al Brigadier. Ayer estando á la mesa se excitó entre varios caballeros una cuestion para mí nueva, sobre si Dios tomaba interes en nuestras acciones, y una señora (lo peor es que es mi tia la Marquesa) seguia que Dios no reparaba en nuestras acciones ni le importaban. Mi madre defendia lo contrario, y hablaba el Brigadier con una moderacion no acostumbrada; bien fuese por no contradecir á mi madre, ó bien por no ir contra lo que sentia en lo interior de su alma; pero nunca entró en la opinion de mi tia (21)

Teod. ¿Y esa señora es persona que ha estudiado?

Bar. Ha estudiado mucho en bellas letras, y ha compuesto varias piezas de teatro.

Teod. ¡O! ¡grande prueba para tener voto respetable en materias de religion y en el conocimiento de Dios! ¿Con que ya los misterios de Dios andan por el parnaso? ¡Qué desgracia!

Bar. ¿Quereis vos que la desafiemos para la disputa?

Teod. De ninguna de las maneras: no disputo yo con señoras, porque es preciso observar ciertas leyes de cortesía que atan mucho las manos al discurso; pero si viniere el amigo Brigadier podreis tocar el punto, y veremos qué es lo que siente en él.

Bar. Creo que no os podreis librar del combate, porque ella tardará poco; y así quiero antes preveniros, que tiene cierto aire sobre manera picante y altivo en la disputa.

Teod. Si tiene juicio sólido y sabe tolerar las consecuencias de lo que me haya concedido, no la temo; aunque siempre se siente pelear con armas desiguales, y á una señora no se la puede decir lo que se dice á un filósofo. Ahí la tenemos.

Marquesa. Ya se sabe, Baronesa, que siempre habeis de estar en vuestras filosóficas delicias. En estando vos aquí, Teodosio, ya no se vé la Baronesa, que está encantada con vuesttas doctrinas. No

me hagais volar tanto esa niña por los aires , los astros y los cielos , que algun día se nos desaparezca , pues no es de perder su compañía.

Teod. Señora : no puedo menos de fomentar su espíritu , curioso de indagar la verdad , y mas siendo su talento tan claro como sabeis. Lo que mas me obliga á servirla en esta materia es verla conservar con suma constancia todas las consecuencias que se siguen legitimamente de cualquiera proposicion que hemos sentado ; porque no sabeis , señora , cuanto se aflige un filósofo cuando disputa con almas de azogue , que no paran ni tienen consistencia en la disputa : ya conceden , ya niegan : dicen , y se desdicen , sin saberse como se ha de proceder con ellas.

Marq. Nada , nada : eso no me gusta. Las almas de buena disposicion solo hablan cuando tienen ideas claras ; y como no tienen el espíritu servil , están siempre llenas de aquel noble entusiasmo que las dió la naturaleza para buscar y seguir unicamente la verdad , pisando las máximas del vulgo , las opiniones ya carcomidas de viejas , y las ideas rastreras. Yo fundo poca esperanza en almas pequeñitas , que como hormigas atontadas en encontrando una pa-

gita levantada en el camino por donde iban, se aturden y vuelven á buscar otra senda. Las almas grandes y generosas son como las aves que cortan derecho por los aires, sin verse obligadas á caminar por los rodeos de las sendas, por donde va la gente de á pie. La verdad, Teodosio mio, es el objeto único que debe amar un grande ingenio: autoridad, costumbre, preocupaciones, todo esto es paja que se debe echar al viento; Qué me decis, Baronesa, no sois de este mismo voto?

Bar. Así me lo ha enseñado Teodosio, y no hallareis espíritu mas conforme al vuestro; porque en todas cuantas instrucciones me ha dado, nunca le he visto atarse á la opinion de este ó de aquel, ni aun á las comunes de ciertos tiempos: hablarle á él de la hermosura de la verdad, es tocarle en la única tecla que le hace consonancia.

Marq. Siendo así, conversaremos, Teodosio, con gusto, y comunicandonos mutuamente nuestras ideas, nos enriqueceremos el uno al otro reciprocamente; y no siendo vos esclavo de opiniones viejas, no estrañareis el ver que yo pienso con novedad.

Teod. Lo que de vos me habia dicho la Baronesa, y lo que yo alcanzo, por

lo que acabais de decir, me hacen estimar esta ocasion de aprender: os aseguro que no hallareis amante mas firme de la verdad; pero, señora, permitid que mi espíritu sincero os declare mi rezelo de entrar con vos en disputa, porque el caracter de señora impone tal respeto á un hombre bien criado, que no puede discurrir con aquella libertad que tienen los filósofos unos con otros, ó con la Baronesa, en la que el caracter de discípula da tal confianza, que compensa bien la cortedad que inspira el de señora.

Marq. No, Teodosio, no es eso lo que yo quiero: los que me lisonjean me hacen el favor de decir que tengo espíritu masculino en cuerpo de muger; y así en la disputa soy Marques: no me trateis como señora, y quedemos en esto: elegid la materia de nuestra conversacion, y vereis como me porto.

Bar. Yo la elijo: y sea sobre lo que vos, tia mia, dijisteis ayer estando á la mesa, esto es, que Dios no reparaba en nuestras acciones; y que fuesen estas malas ó buenas, todo para Dios era materia de desprecio.

Marq. Si Teodosio, como yo pienso, tiene ingenio noble, tambien será de mi parecer. ¿Qué me decís?

Teod. Señor Marqués: no convengo en eso. ¿Os reis? Yo me tomo la licencia que me disteis diciendo que en la disputa erais caballero, y no señora.

Marq. Haceis muy bien: eso me gusta. Pero vamos al punto: ¿por qué no sois de mi parecer?

Teod. Porque yo no doy sentencia sin ver los autos. Decid el motivo que teneis para ser de esa opinion, y si fuere mas fuerte que el que yo tengo para lo contrario cederé; pero si la razon que me asiste fuere mas convincente, tendreis que convenir conmigo por vuestro admirable sistema, y por vuestra misma palabra. Decid vos primero.

Bar. Es mucha razon: siempre se debe á las señoras el primer lugar. Tia mia, corred vos la primera lanza, y veremos con que escudo se defiende Teodosio.

Marq. Decidme, Teodosio, ¿debemos formar de Dios la idea mas noble, la mas elevada y la mas digna de su infinita grandeza que pudieremos?

Teod. Debemos.

Marq. Está bien. Sigo, caballero, este método sintético, porque disputo con un matemático, y porque es el mas seguro para conocer la verdad. ¿Lo aprobais?

Teod. Sí lo apruebo.

Marq. Luego debemos juzgar de Dios,

como juzgamos de las mayores y mas elevadas personas que tenemos en el mundo. Los grandes pues no se detienen en cosas ridículas: solamente se ocupa su entendimiento en objetos nobilísimos y dignos de entrar en el gabinete de su capacidad, y así los objetos que se versan en el pensamiento de los grandes, y merecen sus cuidados, son cosas tambien muy grandes. A proporcion que vayais descendiendo desde el trono, ireis encontrando cuidados sobre cosas mas menudas y rastreras, hasta que llegando á los últimos criados de la caballeriza halleis cuidados en ella sobre este ó aquel caballo, y sobre si es preciso herrarle ó no, &c. de modo que es cosa indecente para el trono cuidar de cosas viles. Decidme, Teodosio, si el Emperador de la China, Señor de los vastísimos dominios que tiene en sus Estados, estuviera muy afligido porque dos hormigas reñian allá en un agujerito obscuro de Nankin ó de Canton, sobre cual de ellas habia de llevar un grano de trigo á su granero, ó porque la segunda por mas valiente se le quitaba á la primera, que estaba en posesion de él, ¿qué diriais de aquel Emperador si le quitara el sueño este grande desorden en sus Estados?

Teod. Diría yo que era un pobre hombre.

Marq. Está muy bien : luego del mismo modo debemos discurrir de Dios, porque en su comparacion todos nosotros, y aun los mayores monarcas, somos como unas hormigas muy pequeñas : mayor distancia va de nosotros al Sér supremo, infinitamente grande, que de las hormigas de Canton al Emperador de la China ; y pues os parece indigno de aquel Emperador que se interese en las riñas é injusticias de dos hormigas entre sí, mas indigna cosa es de Dios que se interese en los hurtos y otras acciones de los hombres. ¿Baronesa, qué me decis? Ya veis aquí porque yo ayer hablaba de aquel modo en la mesa : á vos que sois niña, no me canso en dar razon de lo que digo ; porque no todos son capaces de entenderlo todo : á Teodosio sí , porque , como dije , sabe observar las consecuencias de una máxima bien sentada. Sentado pues el principio que ninguno duda, de que es indecente á la grandeza de las personas la vileza de los cuidados , se sigue que por ser los hombres y sus acciones objetos muy viles respecto de la Divinidad, viene á ser indecentísimo que Dios en el altísimo trono de los cielos se emplee en lo que ha-

cen en este globito de la tierra aquellos bichos que se llaman *hombres*. ¿Qué decis, Teodosio?

Teod. Digo que todavía podeis amplificar vuestro argumento con lo que teneis á la vista : ¿no reparais en vuestro hijito que está en aquel corredor con sus primos, todos al rededor de un trompito, á cual le hará baylar mas derecho, y poco ha estaba llorando porque el de su primo bayló mas tiempo que el suyo? cuidados propios de aquella edad, aunque en vos y en cualquiera de nosotros serian impropios, y aun mas lo serian del gabinete de los Soberanos, y del gran Consejo de Estado. De aquí se saca vuestra máxima fundamental, de que á proporcion de la grandeza de los personajes crece la indignidad de ocuparse en cosas viles y abatidas.

Bar. A la verdad seria cosa bien graciosa que despues de muchos consejos de Estado saliese de la Corte un decreto de que se quemase el trompo del caballerito, porque no bayló tan derecho como debia.

Marq. Mas ridículo pues será el que se diga, que Dios manda quemar á un bicho de la tierra, á quien llaman *hombre*, porque en sus costumbres no an-

duvo tan derecho como debia. ¿Qué decis, Teodosio?

Teod. No os podeis quejar de que he sofocado vuestro argumento, ni de que he pretendido eludirle.

Bar. Os veo, Teodosio, tan desahogado, que no mostrais rezelo de que os venzan y echen por tierra. Deseo con impaciencia oiros la respuesta. Decid pues, ¿estais acorde con mí tía?

Teod. No por cierto: ya veis que he dado mas campo á su argumento. Oidme pues con la misma atencion que yo he observado, y respondedme con la misma sinceridad; porque la materia es á la verdad gravísima, y gravísimas las consecuencias de ella: perdonadme si voy despacio en mis pasos; porque quiero caminar seguro.

Marq. Bien podeis mirar los pasos que dais, que yo no os dejaré poner el pie en falso, sin deciroslo claramente.

Teod. Eso es lo que yo quiero: vamos. Ese principio en que fundáis vuestro argumento, que es bien verdadero, de que las personas grandes no deben pensar en cosas pequeñas, se funda en que nuestra inteligencia no puede aplicarse á todo, y cuanto mas se ocupa

en cosas viles, tanto menos atención dá á las cosas serias é importantes: de aquí viene que los criados de infima clase deben aplicarse á cosas minimas, porque tienen la cabeza desocupada de las cosas mayores, lo que no acontece á los mayordomos y criados de la primera clase, pues en esto solamente está la obligacion de atender á cosas mas graves, y con todo eso nunca se meten en las que solo pertenecen á los señores; de modo que se tiene por materia de grande elogio el que una persona grande y muy grande, pueda al mismo tiempo tratar negocios de la mayor importancia, y atender aun á las menores menudencias de su casa.

Marq. Eso es cosa muy rara.

Teod. No lo dudo; mas por lo mismo que es rara, prueba grande mérito; prueba grande esfera de capacidad; pues á no ser ésta muy grande se quitaría á los negocios de la mayor importancia aquel lugar que ocupan los asuntos rastreros. Cuando la atención que se pone en una cosa no quita la que se da á otra, es perfeccion, y no es defecto la multiplicidad de objetos en que pensamos. ¿Qué perfeccion no es en el sol poder á un mismo tiempo iluminar los planetas, así como ilustra to-

da la tierra, y juntamente favorecer con su luz al humilde caracol, que sale de su concha para calentarse?

Si el sol, por ocuparse en estas humildes bagatelas, faltase á aquel nobilísimo empleo de traer al rededor de sí todos los planetas y cometas, y de iluminar toda esta region inmensa, en la que él es como el alma, sería grande imperfeccion: mas ya veis que para el sol sería lo mismo que se multiplicasen muchos mundos, ó que este se aniquilase. Porque es igualmente rico y benévolo, enviaria igualmente sus rayos á todas partes, sin que la profusion de luz por aquellos nuevos mundos, disminuyese en nada la que este nuestro mundo recibe, y sin que redundase en beneficio de un mundo el precisar al sol á no atender á otros.

Marq. No amplifiqueis mas ese punto; pues lo que decis es sin controversia.

Teod. Esto no sucederia con una hacha encendida; porque si tuviera que dar luz á varias salas, sería preciso que ya dejase ésta, y ya aquella para ir á iluminar las otras; y cuanto mas se multiplicasen las salas, que debian alumbrarse con aquella antorcha sola, queda-

rian mas perjudicadas las que necesitasen de su luz.

Marq. Tambien convengo en eso. Muy escrupuloso sois, pues caminais tan despacio.

Teod. Nada sobra : de aquí saco yo una consecuencia , y es, que de distinto modo se debe discurrir de la luz del sol, que es como infinita , y de la limitada luz de una antorcha : creo que en esto convenis conmigo.

Marq. Sin la menor duda.

Teod. Luego debemos discurrir muy diferentemente de la inteligencia de Dios, que es infinita , y de la de un hombre que siempre es limitada. En Dios es perfeccion esencial verlo todo , saberlo todo , estar á todo presente , y no ignorar la mas mínima cosa que exista , así como es perfeccion del sol ilustrarlo todo ; y aun todavía sería el sol mas perfecto si por todas partes penetrasen sus rayos, siendo para él todos los cuerpos transparentes. Pero en un hombre sería imperfeccion aplicarse á cosas ridiculas, porque en esto daria pruebas de que no daba toda su atencion á las cosas de importancia ; pues como su capacidad es limitada, cuanto mas la emplease en atender á unas cosas , tanto menos atencion daria á las otras.

Bar. Tia mia, hagamos justicia á la verdad: esta es una respuesta que satisface.

Marq. Sois fácil de contentar.

Teod. No respondais todavía, señora, que aun no es tiempo. Yo pregunto, ¿si en el Emperador de la China seria perfeccion el saber sin cansarse cuanto sucediese en su vastísimo Imperio? Reparad, señora, que digo *saber*, y no digo *estudiar*, *examinar* ó *escudriñar*. ¿Cuál seria Príncipe mas glorioso, aquel que tuviese tal inteligencia que sin cansar su cabeza en examinar, todo lo supiese hasta las cosas mínimas; ó aquel que nada supiese sino las cosas grandes?

Marq. No hay duda, que siempre el saber ha sido mayor perfeccion que el ignorar, aunque sea acerca del objeto mas pequeño.

Teod. Luego me dais licencia para que establezcamos por máxima que

PRIMERA PROPOSICION.

Dios vé, y conoce todas nuestras acciones, pensamientos y deseos.

Marq. **P**or ser Dios el conjunto de todo lo que es perfeccion, sin el menor defecto ni imperfeccion, siendo ma-

yor perfeccion el saber que el ignorar; se sigue que Dios tiene la mas clara y perfecta inteligencia de todas nuestras acciones. Esto jamas lo he dudado.

Teod. Está bien: ahora añado otra proposicion, y es, *que Dios lo vé todo sin el menor cansancio.* Antes que concedais ó dudeis de esta máxima quiero por mi honra hablar sobre esto; porque no todos tienen, señora, juicio tan vivo y perspícaz como el vuestro, con el que solo de una mirada veis lo que otros no alcanzan sin mucha reflexion.

Dios no es como nosotros, ni piensa como nosotros pensamos. Por estar unida nuestra alma con esta masa del cuerpo nos causa cansancio el pensar: estais bien instruida en la psicologia ó ciencia del alma, y así debo hablaros tomando el discurso desde sus mas profundas raices. No puede nuestra alma discurrir sin que trabaje el cerebro, y por esta razon todo cuanto impide y facilita los movimientos del cerebro impide ó facilita la inteligencia del alma. El vino bebido con moderacion despier-ta el cerebro, y dá á los poetas nuevo fuego y entusiasmo: bebido con esceso le perturba, carga y oprime, y aun quita el uso de la razon: tambien la leche, la comida, ó el sueño, si se toman

con exceso son enemigos del discurso agudo y delicado; no porque la comida ó bebida tengan accion sobre el alma, sino porque embotan, tupen é inutilizan el cerebro, y nada puede hacer el alma sin que él trabaje, como es razon: esperad á que el hombre duerma y haga perfecta digestion, si quereis que os ajuste un cálculo, ó que discorra con seguridad. De esto no puede dudar el que haya hecho estudio sobre las acciones del alma; y de aquí nace el cansancio de la cabeza cuando la aplicacion es excesiva, ó por ser de larga duracion, ó por multiplicada, ó bien porque la materia es muy oscura. Nada de esto puede suceder en Dios, en cuyo modo de entender y saber no trabaja el cerebro: por consiguiente podemos sentar esta

SEGUNDA PROPOSICION

Dios todo lo vé y lo sabe sin cansancio.

Marq. **E**n este modo de discurrir con pasos tan cortos y tan seguros, si haceis honra á vuestro juicio, haceis injuria al mio. A ninguno le ha venido jamas al pensamiento dudar de eso.

Teod. La advertencia que me hicisteis me hace dar los pasos con cauleta, y para que sean seguros debo ir poco á poco, y palpando. Añado pues.

TERCERA PROPOSICION.

Dios nos dió la luz de la razon para que la sigamos.

De lo contrario obraria el Señor de un modo indigno. ¿Para qué dió el Criador los ojos al hombre, sino para que viendo gobernase sus pasos? ¿Para qué le dió los oidos, sino para que oyendo se gobernase por las voces, estruendos, &c.? Luego tambien le dió la luz de la razon para gobernarse por ella en sus acciones, y á no ser así obraria sin fin alguno, como lo hacen los fatuos. Supongo que convenis en esto.

Marq. Y suponeis bien.

Teod. Luego la luz de la razon es una voz divina que nos aconseja que hagamos esta ó aquella accion, y nos prohíbe otras; pues lo mismo es poner Dios en mi alma esta voz que me enseña en todos los casos, que enseñarme por sí mismo.

Bar. Que es voz divina, se conoce

porque, como decís, cuando Dios crió nuestra alma puso en ella esta voz; y tambien por lo que en otro tiempo me probabais, esto es, que es imposible que el hombre haga callar á esta voz por mas empeño y esfuerzo que haga. Un hombre apasionado, así que empieza á entibiarse la pasión, ¡cuánto mortifica su juicio para que su razón apruebe lo que la pasión le aconseja! Forma mil discursos, hace invectivas, se predica á sí mismo, pondera á su favor mil razones falsas ó verdaderas; pero la luz de la razón siempre está diciendo: *no lo hagas*. Toma pareceres para que los ajenos juicios hagan callar al propio suyo, que no es posible que apruebe lo que quiere la pasión: no busca votos indiferentes y justos, sino que los busca flexibles, y en vez de esperar su decisión sincera los previene, formando largos razonamientos á favor de la sentencia y del voto que pretende; mas á pesar de todo esto, no puede hacer que calle la razón, y le está la voz interna condenando y diciendo: *no, no, no*. Siendo pues esta voz superior á toda fuerza humana, debe tenerse por voz divina.

Marq. Por ser la razón humana un rayo de la divinidad, que saliendo de la

razon eterna viene á iluminar nuestro entendimiento, todo cuanto nos dice este rayo de la divinidad, es como si lo dijera la misma divinidad, y así todos convenimos en que:

QUARTA PROPOSICION.

La luz de la razon es la voz de Dios.

Teod. **N**o sabeis bien cuanto estimo esta vuestra proposicion; y juntandolas todas, digo así: Dios vé sin cansancio alguno todas nuestras acciones (proposicion primera y segunda); y para gobernarlas nos dió la luz de la razon con el fin de que la siguiésemos (proposicion tercera); de forma que esta luz de la razon se debe tener por voz de Dios. Luego si la luz de la razon aprueba unas acciones, y reprueba otras, como todos lo experimentamos, se sigue que Dios aprueba unas acciones nuestras, y reprueba otras.

Marq. Vos me enredais de un modo, que ya me veo algo inclinada; pero siempre me parece que es indecente que el supremo Sér se abata á cuidar de cosas ridículas.

Teod. Ya, señora, respondí por qué

razon era eso indecente en un Príncipe, pero perfeccion en Dios; y está la diferencia en que el cuidado de las cosas minimas en un Príncipe, probaria falta de atencion á las cosas grandes; pero á Dios su misma perfeccion infinita le obliga á no ignorar nada, y á no tener la menor fatiga ni cansancio en el conocimiento de todas las cosas.

Bar. Así es: ya disteis satisfaccion á aquella dificultad que á mí me asustó al principio.

Teod. Reflexionad, señoras, en lo que voy á decir. ¿Quién formó la construccion del hombre y sus sentidos externos é internos? ¿Quién formó la armonía inexplicable, pero evidentísima del cerebro con el alma? Sin duda lo hizo Dios, y ninguno otro; pues no conocemos en la coleccion de criaturas, que se llama naturaleza, cosa alguna que tenga juicio, astucia, ciencia y poder para formar el entendimiento de un hombre: en esto creo que convenis conmigo las dos.

Marq. Convenimos sin escrúpulo.

Teod. Pues, señora, si no es cosa indigna ni indecente en Dios que forme con sus manos (hablando á nuestro modo) con inteligencia y sabiduría inimitable, la cabeza de un hombre con in-

teligencia y libertad, ¿será cosa indigna que quiera que esa misma cabeza vaya en los movimientos internos como él dispuso en el plan de la razón, que él mismo ideó cuando la hizo? Vamos á la comparacion del Emperador de la China. Si os contasen que éste con mucha habilidad habia formado con su propia mano una hormiga viva, ¿tendriais por cosa indigna de él, que quisiese que aquella hormiga se moviese segun el plan que habia dispuesto para sus movimientos cuando ideó aquel insecto? Hablad, señora, con sinceridad.

Bar. ¿Tia mia, os reis? Teodosio quiere una respuesta clara.

Marq. Pues dadse la vos: convenid con él en lo que dice, y ambos quedareis satisfechos.

Teod. Yo, señora, no lo quedo sin vuestra respuesta. Estoy muy cierto del sentir de la Baronesa: del vuestro quisiera yo cerciorarme. Bien sabeis que no le está bien á un filosofo, cuando pelea con la espada del discurso, sino vencer ó quedar vencido; y así quiero saber cómo quedo, si postrado ó victorioso. He gustado de disputar con vos; porque por entre ese estudiado disimulo estoy viendo que sentis todo el peso de la razon y la fuerza de una

consecuencia legítima, lo que no sucede fácilmente con otros contrarios.

Marq. Sabed, Teodosio, que por ahora no me ocurre respuesta á vuestros argumentos: meditaré mas el punto; y si se me ofrece solucion, yo os buscaré. Conversemos en otras materias. Os doy el parabien, Baronesa, de que tengais un maestro como Teodosio. Permitted que me retire, que tengo allá fuera compañía que me está esperando.

Bar. De aquí á poco nos veremos: dejadme acá reflexionar con Teodosio algo mas en esta materia, que para mí es nueva.

Marq. Es muy justo: filosofad cuanto querais.

Teod. No faltan todavia, Baronesa, otros argumentos menos especulativos, pero mas palpables y fuertes.

Bar. ¿Y cuáles son?

Teod. Suponed que fuese verdad lo que vuestra tia pensaba, que Dios no cuidase de nuestras acciones, y que cada uno fuese señor despótico de ellas: ¡qué confusion tan horrible se veria en todo el mundo! Poned á vuestra familia con la plena libertad de que haga cada uno lo que quiera, sin que Dios ni criatura alguna se oponga á su despótica voluntad: ¡qué horror, qué con-

fusion seria la de vuestra casa!

Bar. Siempre deben tener los padres derecho sobre las acciones de sus hijos, y las de los criados, á quienes pagan ó sustentan.

Teod. De ninguna suerte: oidme. Si Dios, que es Padre de un modo mucho mas fuerte que aquellos que nos engendraron, no tiene, segun el parecer de esos mis señores, cuidado alguno de nuestras acciones, ¿cómo pueden tener autoridad sobre ellas los padres que nos engendraron? Bien sabeis lo primero, que nuestra alma salió enteramente del seno de la Divinidad, y que ni padre ni madre tuvieron accion alguna acerca de nuestra alma, substancia espiritual, y criada de la nada; pues ni nació de otra alma, ni tampoco de la materia, y por consiguiente de solo Dios inmediatamente podia nacer. Ya aquí se vé, que el modo con que Dios nos dió el sér es mucho mas riguroso que aquel con que nos le dieron nuestros padres. Vamos ahora al cuerpo. ¿Quién organizó el cuerpo humano? Discurrid, Baronesa, con toda libertad, mas no digais cosa que vuestra buena razon no apruebe.

Bar. Yo digo que el cuerpo del primer hombre fué organizado por Dios inmediatamente, y que los cuerpos de

los demas hombres han sido organizados por sus padres.

Teod. ¿Cómo puede ser eso, si los padres nunca supieron anatomía, ni la fabrica del cuerpo humano, ni la construcción del menor órgano de éste? ¿Direis por ventura que organizó un relox el que nunca supo de que ruedas constaba? ¿Que organizó un órgano, ú otra cualquier cosa el que nunca vió de qué partes se componia, ni como éstas se disponian y proporcionaban? ¿Direis que el que organizó una planta es el labrador que la sembró? Es verdad que la plantó, la regó, y el sol la hizo fermentar; pero no ha habido filósofo que diga que formó el hortelano la admirable organizacion de la menor planta: mucho menos pues lo podreis vos decir de cualquier animal, por ser en estos la organizacion mucho mas admirable y desconocida á sus padres. ¿Direis acaso, que un caballo dispuso, armó y dirigió la organizacion de un potro? Pues tampoco lo podeis decir del hombre, el que no teniendo luz de la anatomía no sabe de cuantos ventrículos consta el corazon.

Bar. Ya veo que dije un disparate, pensando que decia una cosa indubitable. Adelante.

Teod. Luego si no quieren que Dios, siendo el autor del alma, y el director de la organizacion del cuerpo, tenga derecho para meterse en nuestras acciones, diciendo que podemos hacer lo que queramos, sin que se escandalice ni alegre, ó sin que apruebe ni repruebe, ¿con qué razon quereis dar á vuestros padres el derecho que negais á Dios?

Del mismo modo arguyo acerca de los criados: la paga y el sustento que vuestros padres dan á los criados, no tiene comparacion con el sustento que Dios dá á todas sus criaturas, ni con los beneficios que en cada momento recibimos de su mano. Luego, si los títulos de soldada y sustento dan derecho á vuestros padres para poder gobernar las acciones de vuestros criados, ¿quién se le disputará á Dios? Y si á Dios se le niega, como dicen esos filósofos, ¿quién podrá sufrir la inconsecuencia de dárselo á las criaturas? Ya veis, señora, que el que quiera admitir la opinion extravagante que seguia la señora Marquesa, dará consigo por un derribadero abajo para despedazarse en mil despeñaderos de absurdos.

Bar. No os canséis mas, que yo estoy persuadida, y no acabo de admirar, que haya hombre de juicio que su-

fra en su pensamiento una idea tan extravagante.

Teod. No os admiréis, Baronesa; porque el deseo de pensar con novedad, de hacerse admirar, y de franquear la libertad de las costumbres, es un indecible comezon del espíritu recalentado, que no consiente reflexionar en las consecuencias; solamente mira á lo nuevo, bello, y brillante de un pensamiento: despues le expresa adornado con cuatro galanterías de un ingenio vivo y chistoso, y cierra los ojos á las consecuencias. Cuando alguno aprieta la dificultad, no se le responde mas que con una falsa risita y con un *quien sabe*, acompañado de cierto ademan, y con esto se dan por disueltos los argumentos mas sólidos.

Bar. El caso es, que por la experiencia conozco que es así, y que el que mas donayre tiene es el que mejor responde. Dios quiera que mi tia haga reflexion, y vuelva sobre sí.

Teod. A estas horas ya está ella empeñada en el juego, y se la da muy poco de los argumentos que la hicimos. Vos no seais así: considerad y reflexionad, y no tengais la manía insufrible de gustar de todo lo que es nuevo, ó referido con chiste, especialmente si son

cosas que tocan en Dios, ó en la felicidad eterna.

Bar. Siempre, Teodosio, os debí mucho; pero ahora mas que nunca. Vamos á pasear, que por hoy no quiero la brillante compañía de las demas señoras, porque no acabo de admirarme de la facilidad con que admiten los absurdos mas horribles, y de unas consecuencias de la mayor importancia.

TARDE XII.

Sobre el culto interior y exterior que se debe á Dios.

Bar. **N**o puedo, Baylío, sufrir la mofa que hizo ayer vuestro hermano cuando me encontró, saliendo de la capilla con alguna señal de compuncion, porque acababa de asistir al tremendo sacrificio del Altar.

Baylío. Señora: no puedo disculpar en mi hermano la grosería con que os trató. Siga lo que él quisiere en materia de religion, nunca es permitido á un caballero insultar á una señora, principalmente en unos puntos en que el fanatismo ha ganado total imperio sobre los corazones femeninos. Yo aunque no estoy muy distante del modo de pensar de mi hermano, jamas incurrí en semejante descortesía.

Bar. Ahora veo, Teodosio, que no os engañabais. ¿Con que, Baylío, convenis con efecto con vuestro hermano en su modo de sentir acerca del culto

de Dios, y decís que Dios no repara en nuestras adoraciones y obsequios?

Bayl. Yo, señora, seguiré lo que queráis; pues no estoy en lugar público, ni en precision de declarar mi modo de sentir, y así puedo dar á la cortesía y á la amistad algunos derechos que en otras circunstancias no permite la severa filosofía.

Teod. Pues yo, amigo, juzgo que lo tendría la Baronesa por prueba de amistad, si vos sin acaloraros, ni hacer esto materia de enfado, dijéseis los motivos que teneis para juzgar que á Dios le es indiferente nuestro culto, y no solo el externo, sino tambien el interno; porque tiene deseo particular de examinar á fondo estos puntos.

Bar. Sí por cierto; no porque yo dudo, sino porque estas disputas en presencia de Teodosio me dan mucha luz, de que me resulta grande consuelo en mi creencia, y duplica, si es posible, mi firmeza en la religion. Os suplico pues que expongais todas las razones que os asisten para que con alguna descortesía (perdonadme Baylío) llameis fanatismo á nuestra firme creencia en los puntos de religion.

Bayl. Se me escapó esa palabra: quise recogerla, y ya era tarde; mas como

sois tan benigna la podeis disimular.

Teod. Decid, Baylío, ¿por qué Dios no quiere, no aprueba, ni hace caso alguno de nuestro culto, aunque sea el mas religioso?

Bayl. Yo no sé si la Baronesa se enfadará porque yo diga mi modo de pensar tan disonante del suyo: mas, señora, si dais palabra de no escandalizaros, lo diré francamente.

Bar. Prometo no enfadarme como seais un hombre racional que sufrais que se saque de una proposicion una consecuencia, y de ésta otra; y si no pudiéreis tragar las últimas consecuencias, os resolvais á vomitar los principios de donde se infieren, si los hubiéreis tragado.

Teod. Habeis, señora, adivinado lo que yo queria decir; porque todo hombre que se precia de serlo, debe abrazar todas las consecuencias que se sigan legítimamente de una máxima que juzga verdadera, y la ha admitido.

Bayl. Estoy en eso, y de lo contrario me avergonzaria.

Bar. Pues entonces, Baylío mio, podeis hablar; porque aunque al principio se horroricen mis oidos, espero que al fin pensaréis de modo diferente.

Bayl. Siendo vos, señora, mi cate-

quista, seré docil en dejarme persuadir.

Teod. Decid pues la razon de vuestro modo de sentir.

Bayl. Es Dios una cosa tan alta, tan sublime, y tan superior á nuestra esfera, que todo lo que sea asemejarle á nosotros, es hacerle injuria. Ni los sentidos nos pueden dar idea alguna que no le ofenda, ni puede el entendimiento formar concepto que no le sea injurioso; y asi todo el culto que le queramos dar es para Dios materia de desprecio, y no puede hacer caso de él.

Bar. Antes que paseis adelante, explicad si hablais del culto exterior, en el cual se diferencian el pagano, el judío, el mahometano y el cristiano; ó si tambien hablais del culto interno, con el que toda criatura debe humillarse en la presencia del Dios que la crió, y desear venerarle, á lo menos en su razon.

Teod. Señora: no interrumpais al Baylío; pues en la fuerza del discurso se conoce el sentido en que habla, que es excluir todo culto hasta el interno; porque se funda en la superioridad del Sér supremo, respecto de nuestra vilísima condicion, y por esta superioridad dice que es preciso que Dios des-

precie todo cuanto sea nuestro, así interno como externo.

Bayl. Así es; y en esto tengo dicho lo que basta.

Teod. Basta para vuestra franca confesion; mas no basta para nuestra corta inteligencia, y así pido licencia para hacer varias preguntas. Decidnos, ¿ese supremo Sér, infinitamente superior á nuestra inteligencia, es el que nos crió?

Bayl. Sin disputa: ese fué nuestro único Criador.

Teod. Bien está; y creo que ese mismo Señor con ser de superioridad infinita, es el que trazó la idea de cuanto hizo en nosotros: el alma, el cuerpo, las potencias y los sentidos, todo es obra suya. Ahora bien, ¿no se dignó este Señor desde el altísimo trono de su Divinidad inaccesible de poner las manos en esta obra suya que se llama hombre?

Bayl. Sin duda: él nos formó, y solamente él: ninguno le ayudó en esta obra de sus manos y de su inteligencia, pues solo de Dios podia nacer la suma finura, orden y sabiduría que se ve en nosotros; y así no puedo negar que somos obra de sus manos, y de su sabiduría suprema.

Teod. Veo que decis lo mismo que nosotros. Pregunto tambien, ¿ si ese Dios es el que puso en nosotros aquella *luz de la razon* que tanto nos distingue, y nos hace superiores á las demas criaturas?

Bayl. No hay duda.

Teod. Yo en esta *luz de la razon*, que el supremo Sér nos dió, no solo comprehendo la luz de la inteligencia y la fuerza de combinar infiriendo una verdad de otra, &c. sino que tambien entiendo aquella voz que nos dice interiormente: *esto es bueno, lo contrario es malo, debes hacer esto, y resistir aquello, &c.* Entiendo aquella voz íntima que todos oímos, y muchas veces no quisieramos oirla. Entiendo aquella íntima ley que nos enseña, reprehende, arguye, alaba, &c. y nos sirve de freno millares de veces. Todo esto entiendo yo bajo el nombre de *luz de la razon*, aunque, hablando con mas propiedad, pudiéramos distinguir aquí dos cosas llamando á la primera *entendimiento*, y á la segunda *ley natural*.

Bayl. No nos detengamos en los nombres. Por ser esa ley natural la *voz de la razon*. que nos enseña el camino de nuestras acciones, puede llamarse *luz de la razon*, que nos muestra aquel mismo

camino que la voz de la razon nos enseña.

Teod. Pregunto pues ahora: ¿si esa luz de la razon, esa voz de la razon, ó ley natural, la plantó Dios en nuestra alma, ó la puso en ella alguna criatura?

Bayl. No me supongais tan ignorante que necesite de semejantes preguntas. ¿Qué criatura puede haber que tuviese fuerza para plantar en las almas de todos los hombres esa ley unánime y constante, grabándola tan profundamente en nosotros, que ningun esfuerzo sea suficiente para borrarla?

Bar. No seais, Teodosio, tan escrupuloso: ya dice el Baylío que Dios, y solo Dios podia poner en nosotros esa ley, esa voz, esa luz. Dios nos manda por la ley, nos ilumina con la luz, y nos habla por esa voz. ¿No decis esto, Baylío?

Bayl. En mi vida he tenido intérprete mas fiel. Eso digo, y eso dice todo hombre de juicio.

Teod. Como hablo con un grande matemático, voy por el estilo geométrico, dando pasos cortos y seguros. En esta suposicion pregunto mas: ¿podia Dios poner en nuestra alma esa ley, y voz constante sin tener algun fin? ¿Po-

dia por ventura obrar sin fin alguno?

Bayl. Eso no: porque si es cosa indigna de todo hombre sensato obrar sin llevar fin, ¿cuánto mas indigno será esto de Dios?

Teod. ¿Y qué fin tendria Dios en plantar en nuestra alma esta luz, en hablarnos por esta voz, ó en mandarnos por esta ley? Yo juzgo que el que manda, siempre lleva el fin de que le obedezcan: el que habla, habla con el fin de que le escuchen, y el que alumbra, tiene por fin que sigan el buen camino, y huyan del malo que la luz descubre.

Bayl. En eso convengo yo, y debe convenir todo hombre de juicio.

Teod. Ahora pues, ¿qué cosa puede ser mas conforme á la voz interior que nos habla, á la luz de la razon que nos alumbra, y á la ley de la naturaleza que nos gobierna, que el que una criatura venere á aquel Señor de quien recibió todo su sér, todas sus perfecciones, y en una palabra, todo? Esta sujecion del inferior al superior, este obsequio de gratitud al máximo bienhechor, este homenaje á su Soberano, ¿no muestra por ventura la luz de la razon que es una deuda, no manda pagarla la ley de la naturaleza, y no persua-

de esto la voz interior de cada uno? Me parece que ninguno lo puede dudar: luego Dios, de quien es esa voz interna, esa luz, y esa ley, quiere y manda que le seamos agradecidos, que le veneremos, y que le rindamos homenaje.

Bayl. Sin duda.

Teod. Pues eso se llama culto de Dios.

Bar. Fuerte estocada os ha dado ahora, Baylío. Vos no estais bueno. ¿Qué tenéis, que se os ha mudado el color? ¿Teneis alguna cosa?

Bayl. No os burleis, señora. ¿Cómo sacasteis, Teodosio, esa consecuencia?

Teod. De este modo: la luz de la razón nos manda ser agradecidos al que nos hace bien, y obsequiar á quien nos dió el sér, en cualquier género que sea, y rendir homenaje á nuestro legítimo Soberano. ¿Dudais de esto?

Bayl. De eso no dudo.

Teod. ¿Quién es el que nos dió la luz de la razón?

Bayl. Dios.

Teod. Luego Dios es el que nos manda venerar á los superiores, ser agradecidos al que nos dió el sér, &c. Luego Dios manda que le veneremos y

le rindamos homenaje, supuesto que él nos dió el ser, sacándonos de la nada, dándonos la vida, &c. Me parece que la consecuencia no fue mal sacada.

Bayl. ¿Y de que le sirven á Dios nuestros obsequios?

Teod. Yo no digo que Dios necesita de ellos: lo que digo es, que debemos obsequiar al Señor por ser nuestra obligacion, y no por interes de él. La grandeza infinita de Dios hace su suma independenciancia; pero la suma dependencia que tenemos de Dios, y nuestra inferioridad fundan nuestra debida veneracion. ¿De qué le sirve al gran Maestro que vos en el dia de su cumpleaños gasteis tanta pólvora en las salvas de artillería que dió ayer vuestro navío? A la verdad de nada le sirven; pero exige la razon, que siendo él vuestro Soberano, que os dió la Encomienda que teneis, le hagais vos ese obsequio. ¿Por ventura no tenemos mas ley que la del interés, ó solamente podemos mandar aquello de que nos resulta utilidad? No nos manda Dios que le honremos por su interes, sino por nuestra obligacion; porque asi es decente que se haga, y tambien para que de ese modo merezcamos premio, y que nos haga felices. Decidme, ¿os parece-

ría bien que vuestros sobrinos, á quienes habeis hecho tantos favores, no hiciesen de vos caso alguno, y fuesen con vos ingratos y descorteses cuando venis aqui?

Bayl. Ni á mí ni á persona alguna pareceria bien.

Teod. ¿Ni á los judíos, ni á los turcos, ni á los gentiles pareceria bien?

Bayl. A la verdad que no, siendo hombres gobernados por la razon: ahora si fuesen brutos, no digo nada.

Teod. Luego debeis conceder que el agradecimiento y obsequio que ellos os deben no es preocupacion de alguna persona, familia ó religion falsa, sino que es una ley grabada en la naturaleza racional de todo hombre.

Bayl. ¿Y quien lo duda?

Teod. Vos, que dudabais que estuviere grabado en la razon de todos los hombres el ser agradecidos á Dios, respetarle y obsequiarle: porque si Dios no mandó por su ley natural, que todos los hombres le fuesen agradecidos y le venerasen, tampoco mandó que vuestros sobrinos, que os deben el ser hombres, os respeten ni obsequien. Me parece que aquella voz interna que los judíos, los turcos, los gentiles y los hereges oyen en su corazon, y que les persuade que vuestros sobrinos os de-

ben obsequio, respeto y veneracion, en atencion á lo que habeis hecho por ellos, mucho mas les persuadirá la veneracion á Dios; porque es mucho mas lo que todos le debemos.

Bayl. De ese modo ya no dudo.

Teod. Luego Dios quiere y manda que le veneremos y le demos culto; y por consiguiente se debe dar culto á Dios.

Bar. Si es permitido que en un desafío de hombres pueda entrometerse una espada femenil (mejor diré una aguja, que es la única arma de las mugeres) diria yo una cosa que está fermentando acá en mi cabeza. ¿Me dais vuestra licencia?

Bayl. Señora: en las contiendas del entendimiento ninguna espada reconoce diferencia de sexos. Vos conoceis bien la razon, y manejaís muy bien la lengua: digalo yo á quien no perdonais golpe cuando os viene al caso. Ya os oigo: decid, señora.

Bar. Cuando Dios hizo los ojos con la primorosa fábrica que sabeis, y Teodosio me mostró, ¿qué fin tuvo en fabricar un órgano tan bien armado?

Bayl. El fin que tuvo fue que el hombre viese por ellos.

Bar. Pregunto mas: ¿qué fin tuvo en la fábrica, aun mucho mas estudia-

da, de los oídos? Sin duda fue para que el hombre oyese por ellos, y le dió la lengua para que hablase, &c. ¿Estais en eso?

Bayl. Estoy en todo; ¿pero qué inferis de ahí?

Bar. Que cuando formó el cerebro y dió al alma la inteligencia: cuando formó el corazón, y dió al alma la virtud de querer y la de detestar, &c. con algun fin se la dió. ¿Cual seria este, Baylío?

Bayl. El fin de formar nuestro entendimiento sin duda fue para que conociésemos la verdad, y el de nuestro corazón para que amásemos lo bueno; y por eso todos gustamos de la verdad, y de todo lo que es bueno.

Bar. ¿Y en dónde hallais vos mas verdad que en la *verdad suma* y eterna? ¿En dónde hallais mas bondad que en la *bondad infinita* de Dios? Supongo que no dareis á ninguna cosa criada la preferencia respecto de lo infinito: luego Dios, Baylío mio, os dió el entendimiento y el corazón para que conociéndole le estimeis y le ameis á proporcion de su bondad. ¿Qué decis á esto? Respondedme.

Bayl. ¡O Señora! esa no es aguja, es lanza: no es hilo que enreda,

es discurso que prende.

Bar. Asi sera ; pero respondedme.

Bayl. Digo que Dios crió mi entendimiento y mi corazón para conocerle y amarle.

Bar. Luego quiere, manda , y tuvo por fin de vuestra producción que le dieseis culto ; pues no sé yo que el culto sea otra cosa que veneración , estimación y amor , &c.

Bayl. Eso está hecho acá en lo interior del corazón: Dios es espíritu , y quiere ser adorado en espíritu y en verdad.

Bar. Eso no lo deciais al principio: con que ya tenemos que también en parte se ha apoderado de vos el fanatismo; pero vamos adelante.

Bay. Lo que niego es el culto externo y ciertas ceremonias que solamente son para los que no ven más que el cuerpo , y no para Dios que ve el alma , y en esa debe ser adorado.

Teod. Eso ya habla conmigo. Yo convengo con vos en que para el Señor es cosa indiferente que nosotros en señal de sumisión , amor y los demás afectos que le consagramos en nuestro corazón , usemos de esta ó aquella ceremonia externa ; pero lo que digo es , que debemos dar á Dios culto , no solo en lo

interior del espíritu, sino exteriormente con el cuerpo.

Bayl. ¿Y por qué? Yo quisiera saber la razon de eso.

Teod. Señora, no me mireis, ya os entiendo: dejadme discurrir sin distracción.

Bar. Yo, Baylío mio, no puedo menos de reirme: os veo con tanta audacia arrojar chispas en el principio de la cuestion, pero al fin os rendis, porque no podeis mas; y cuando volveis al combate salis con el mismo tono de desprecio, como si no hubieseis llevado capuz. Eso sí que da ganas de reir con mas razon que la que vosotros teneis para reiros de nosotras. Perdonad, Baylío, que las mugeres son muy atrevidas en las disputas.

Bayl. Voy llevando mis lecciones, como que es gloria recibirlas de una dama tan hermosa y discreta.

Bar. Perdonad, Teodosio, el haberos interrumpido.

Teod. Amigo mio: vamos al punto. Si nosotros fuesemos puramente espíritus, os diria que Dios se contentaba con unas adoraciones y un culto puramente espiritual: haríamos lo que los Angeles que le forman corte espiritual, por ser solamente espíritus: mas nos-

otros, como tambien somos corporeos, debemos dar culto á Dios con el alma y con el cuerpo, como que los hombres no hacemos entre nosotros una sociedad espiritual, sino una sociedad visible y corporea. Si siendo Dios autor y conservador de todas las criaturas visibles é invisibles, nos contentasemos con venerarle en nuestro corazon, y como á escondidas de que nos vieses, ¿qué testimonio dariamos de satisfacer á la primera y universal obligacion de dar á nuestro Criador veneracion y culto? ¿Seria bueno que presentándose un Soberano en su corte, cercado de sus propios vasallos y validos, á quienes hubiese sacado de la *nada* en lo civil, se hallase sin acompañamiento, cortejo ni obsequio, contentándose cada uno de sus criados ó validos con hacerle algun servicio desde su cuarto? ¿Os pareceria bien esta reserva, dejandole pasar sin hacerle la menor cortesia ó el menor obsequio?

Bayl. No: eso ofenderia á la buena razon.

Teod. Decis bien. ¿Mas por qué la ofenderia, sino porque siendo el Soberano cabeza de aquella poblacion le debian todos, no solo la veneracion oculta, sino la publica? Y la razon

mas radical de esto es, porque sabiendo todos que aquel hombre es mi Soberano, de cuya vigilancia y poder pende mi conservacion, á todos debe constar que yo de mi parte correspondo á la veneracion que merece, por el lugar que ocupa. Lo mismo digo en nuestro caso. Todos saben que nosotros somos criaturas de Dios, á quien debemos cuanto somos: luego es razon que sepan que le adoramos como á tal, pues siendo públicos los beneficios y la dependencia de Dios, tambien el vasallage y los obsequios deben ser públicos. Esta sociedad visible de hombres nos impone la indispensable obligacion de que teniendo todos nosotros una ley, mostremos unos á otros que la observamos: de lo contrario escandalizaremos y haremos una grande herida en el cuerpo civil, faltando ú ocultando la satisfaccion de esta obligacion conocida.

— *Bayl.* Lo que importa es el culto interior, que es el que puede agradar á Dios: el culto externo es solamente para los hombres.

— *Teod.* Tambien es para Dios; mas ya que porfiais en eso, quiero ver qué respondeis. ¿Estais constante en que Dios no repara en que no le demos

culto visible y externo?

Bayl. Sí.

Teod. Decidme pues, ¿todas las acciones visibles que la ley de la razón manda, ó Dios por ella, no son un verdadero culto de Dios que le quiere, le pide y le determina? Sin duda que el mejor culto es el del rendimiento y la obediencia: luego si ninguno duda que la ley de la razón, ó Dios por ella, manda acciones visibles, ninguno debe dudar que se le debe á Dios el culto exterior.

Bar. ¡Ay, Baylío, que os veo caer por instantes en el fanatismo! ¿Y cómo es eso? ¿Antes tan fuerte, y ahora flaqueais á cada paso?

Bayl. Vos, Señora, no perdeis juego: yo hablaba de las acciones externas, que solamente tienen por objeto la veneracion del Sér supremo; porque de las otras que nos manda la ley natural no dudaba.

Teod. Pues aun esas mismas no puede negar un filósofo que son de obligacion si se le debe á Dios el culto interno; porque concuerdan y concurren para este. Nosotros, amigo mio, tenemos de tal modo encadenadas las dos sustancias de cuerpo y alma que juega una con otra por un modo cierto é

infalible, bien que inexplicable. ¿Qué hombre hay que para excitar en su corazon los afectos espirituales, no se sirva de movimientos corporeos? Tan estrecha es la comunicacion entre el cuerpo y el alma. Decidme, Baylío, ¿cuando acabais de escribir con ternura á Madama***no sentis diferencia en vuestro corazon? Yo os aseguro que no siendo dia de correo os hallareis con el corazon bien frio, especialmente si estais con numerosa y escogida compañía; pero cuando estais escribiendo en vuestro gabinete á vuestra agraciada favorita, palpita el corazon, el pecho se enternece, y tal vez se humedecen los ojos. Ahora pregunto: ¿tuvo la punta de la pluma con que escribis algun encanto para excitar esos afectos de amor y de ternura?

Bayl. No por cierto; pero lo que escribo me aviva la representacion de su figura, de su voz suavísima, y de su modo afable. Esta memoria me mueve á los afectos del sentimiento de la ausencia, de amor, &c.

Teod. Pues lo mismo decimos, amigo, del culto externo de Dios. Aquellas acciones exteriores de adoracion, de peticion, alabanza, &c. juegan con los actos del alma, los excitan, avi-

van y aumentan; y si debemos á Dios la veneracion interna del corazon, tambien le debemos la externa, que juega y se corresponde con la interior. Mientras somos un compuesto de cuerpo y alma, sustancias unidas entre sí, no podemos fácilmente obrar sin que ambas concuerden; y por esto, teniendo la veneracion externa grande conexion con la del espíritu, cuando la una se le debe á Dios, tambien se le debe la otra.

Bar. Yo hallo que seria muy difícil que tuviesemos frecuentemente en el alma un afecto espiritual, sin que nos acompañase el cuerpo con movimientos propios al mismo fin. ¿Qué hombre está triste que no lo muestre en el semblante? ¿En quien se halla la alegría, duda, gusto, ira, satisfaccion, &c. sin que se pinten en su fisonomía todos esos movimientos y afecciones de su alma? Nuestro rostro es como las vidrieras de una linterna, que al traves de su sustancia dejan ver la luz que dentro arde: luego debe relucir en el cuerpo la veneracion, culto y respeto que demos á Dios en nuestra alma; y asi, Baylio, si me concedeis que debemos á Dios culto en el alma, tambien le debemos en el cuerpo; por lo cual se le debe

culto interno y externo.

Bayl. Como Dios es espíritu puro, juzgaba yo que se contentaba con nuestra adoracion espiritual; pero fácilmente concederé que se le debe del modo que decis.

Bar. Dejad eso de *facilmente*; porque si convenis con nosotros es á mas no poder, y contra vuestra voluntad.

Bayl. Señora: no me perdonais nada.

Bar. No os perdono; porque al principio hablasteis con mucha satisfaccion propia, y me alegro de que conozcais que hay muchas personas de juicio que no son de vuestro sentir, ni del de vuestro hermano. Concluid, Teodosio.

Teod. Digo pues por conclusion, amigo mio, que Dios no necesita de un culto ni de otro. No le debemos el culto porque lo necesita, sino porque nos crió; y asi la creacion, la dependencia y la participacion del ser que recibimos de su mano, son las que nos imponen esta ley. Si fuésemos como los Angeles puramente espíritus, entonces le deberiamos solamente el culto interno, puro y espiritual; mas como somos un compuesto de cuerpo y espíritu, y todo es de Dios, todo tiene la misma dependencia del Señor, y le debe el mismo reconocimiento, pues todo

recibió de él el sér: luego todo debe á Dios homenaje, sumision, adoracion y respeto, y asi no solo el alma, sino tambien el cuerpo le debe el culto, porque tanto él como el alma estan bajo la misma ley de obligacion. Ademas de esto el culto externo no es inútil; pues es propio para excitar, aumentar y conservar el culto interno.

Bar. Esa razon, Teodosio mio, aun no me la habiais alegado: solamente os habia oido las otras; pero esta de ser el cuerpo tambien criatura de Dios, obligado al reconocimiento, obediencia y vasallage, merece mucha atencion.

Bayl. Yo no me opongo, explicando de ese modo las cosas: ya no me parece ese punto contrario á la buena razon como antes.

Bar. Creedme, Baylío, pocos son los que reflexionan como se debe antes de hablar: no seais asi. Vamos al juego.

Bayl. Vamos.

TARDE XIII.

Sobre la divina inmutabilidad, y sobre el fuego vengador de la otra vida.

§. I.

De la divina inmutabilidad.

Teod. ¿Qué haceis aquí los dos, amigos míos? La Baronesa, Caballero, no es de vuestro parecer, sea el que fuere el objeto de la contienda. Estabais tan embebidos en la disputa, que viniendo yo por toda esa calle del jardín, no me visteis hasta que llegué á vosotros, y os saludé.

Cab. Hallo á mi hermana tan especulativa, que quiere que la explique yo las cosas de modo que quede tan satisfecha como si las viese con los ojos; y eso no puede ser.

Bar. Tambien vos, Caballero, replicabais muchas veces á Teodosio, pidiéndole mas y mas explicacion de lo que no entendiais. ¿Qué, os habeis olvidado de la geometría ó de las dudas

que nos ocurrian en ella cuando la aprendiamos?

Teod. Laudables son los defectos que os echais en cara mutuamente. Me gusta veros tan criminales; pero vamos á la cuestion, y aprovechemos el tiempo mientras no viene gente.

Bar. No entiendo bien, Teodosio, esto de la inmutabilidad de Dios, porque sabemos que Dios ya está propicio, y ya ayrado: unas veces perdona, otras castiga: á unos los sufre, á otros les impone la justa pena de sus atrevimientos: estas mudanzas en Dios son las que me ofuscan la idea que yo tenia de su inmutabilidad, por parecerme que ésta consiste en la firmísima constancia de un sér inalterable, que ni se puede arrepentir de lo que quiso una vez, ni le puede suceder cosa de nuevo que le haga volver atras de lo empezado.

Cab. ¿Quereis, Baronesa, que Dios sea tan ligero como las señoras mugeres? Vosotras en nada teneis constancia: es un continuo capricho la volubilidad de vuestro albedrio: quereis solo porque quereis, y luego sin que nada se mude ya no quereis solo porque no quereis. Cuando en el campo de San Roque se trabajaba en la toma de Gibraltar, conocí yo una señora española que habia ido acompa-

ñada de ciertos caballeros á ver los apaches. Era dotada de bastante viveza de ingenio, y tenia respuestas muy caprichosas. Reconviniendola un dia sobre ciertas quejas, propias de vuestro sexó, respondia con un ayre de sistema bien nuevo. Decia sonriendose: yo soy enteramente señora de mi corazon: si amo, es porque quiero amar: si me pongo mal con aquellas personas á quienes quise bien, es porque despues quiero ponerme en mal con ellas: yo no necesito motivos para uno ni para lo otro; porque entonces seria mi corazon esclavo de mi entendimiento: este lo seria de los objetos, los cuales se mudan como quieren, y de este modo vendria á ser mi corazon esclavo de los objetos para no tener mas afectos que los que ellos me mereciesen. Nada, nada, decia, yo quiero amar cuando me dé gana de querer: quiero desconfiar cuando me parezca: quiero dejar este ó aquel afecto cuando se me ponga en la cabeza sin dependencia de nada, y solamente por querer: quiero amar en un dia lo que en otro aborrecí, y aborrecer mañana lo que me agrada hoy. ¿Si yo no fuera enteramente señora de mi corazon, en qué podia tener dominio total? No señores: el amor y el

odio están á las órdenes de mi corazón, sin que ninguno le gobierne.

Bar. ¡Extravagante muger! Dios me libre de semejante caracter: mi corazón no es así: siempre se gobierna por la razón.

Teod. ¿Y gobernandoos por la razón sois inconstante?

Bar. No me tengo por tal.

Teod. Tampoco Dios lo es; porque se gobierna enteramente por su razón eterna; de suerte que en Dios se ajustan perfectamente dos cosas que os parecen encontradas: la una es su *inmutabilidad*, que es la mayor que puede haber; y la otra es aquella diversidad de afectos respecto de un mismo sugeto, pero no en las mismas circunstancias.

Cab. Explicaos mas, Teodosio, que tambien quiero yo entender eso bien.

Teod. Cuando los objetos varían y se mudan, debe tener Dios por su misma inmutabilidad afectos muy diferentes. Si un hombre es bueno y procede rectamente, si no es vicioso y cumple con todas las obligaciones de su estado, entonces la infinita rectitud de Dios se vé obligada á amarle, estimarle, premiarle, &c. Pero si despues ese mismo hombre prevarica y se deja arrastrar de los vicios, entonces se vé obligada la rec-

titud de Dios á desagradarse de él, y á detestarle. Aquí ya veis que de parte de Dios no hay mudanza: toda la mudanza estuvo en la criatura. Porque Dios siempre ama á todo hombre bueno, y aborrece á todo hombre vicioso; y así hay en Dios suma constancia: lo que una vez aprueba, siempre lo aprueba: lo que una vez detesta, siempre lo detesta. Si me dais licencia, Baronesa, pondré comparaciones muy sensibles que vos no necesitais; pero serian muy eficaces para otros.

Bar. Para los mas, y aun para mí siempre son utiles: explicaos como os parezca.

Teod. Un mármol liso y pulido se ajusta con una tabla que esté tambien lisa y bien acepillada; pero sucede que esta tabla se tuerce y queda combada con la lluvia, ó con el sol: ya entonces no se ajusta el mármol con la tabla; y si alguno dijese admirado: "¿cómo es esto? Este mármol se ajustaba bien con esta tabla, y ahora ya no puede ajustarse: aquí ha habido mudanza en la piedra;" se reirian todos de tan ridicula dificultad, porque la piedra permaneció del mismo modo: en donde habia habido mudanza era en la tabla, y mudándose ésta no se po-

dia ajustar con la piedra que en nada se habia mudado.

Bar. No podiais haber puesto comparacion que mas me ilustrase: Dios es inmutable: siempre ama el bien, y aborrece el mal. Si yo ya me pongo en la clase del *bien* y ya en la clase del *mal*, yo soy la causa de que Dios permaneciendo inmutable ya me ame, y ya me aborrezca.

Cab. Ahora bien, Teodosio: no solamente mi hermana ha de ser especulativa, yo tambien quiero replicar, y no porque dude de lo que decis, sino para conseguir mayor instruccion. ¿Acontecerá muchas veces que estando el hombre en el mismo estado, Dios ya se irrite y ya se compadezca? Si en Dios poneis esa *inmutabilidad*, que parece perfeccion, le quitais en cierto modo la *libertad* que es perfeccion mayor, aunque en Dios todos los atributos son una misma infinita perfeccion. El ejemplo de la extravagante libertad de la dama española, que podia amar ó aborrecer sin que el objeto diese motivo alguno, y solo por ejercicio de su albedrio, del modo que ella se gloriaba era una locura: mas no llevandola á cierto punto excesivo, parece que es la esencia de nuestro albedrio; porque si solamente es el objeto que se muda el que nos

hace mudar de efecto, y si no tuviéramos libertad para variarle sin que él se mude, ya no tendríamos libertad alguna: pues nos sucedería lo que á un órgano que muda de voces sin libertad, porque toda la mudanza pende de que toquen en esta ó en aquella tecla, y solo puede mudar de voces, segun la mudanza de los dedos extraños.

Bar. Ya veo, caballero, que las bombas y las balas no os han aturrido tanto que no os hayais quedado con el espíritu antiguo de las reflexiones especulativas que siempre tuvisteis. ¿Qué me decís, Teodosio?

Teod. Digo que teneis mucha razon, y que yo tambien la tengo: en explicandome mas, todos quedaremos acordados. En Dios, tanto la libertad, quanto la inmutabilidad, son perfecciones esenciales; mas no chocan una con otra, ni Dios es contrario á sí mismo. Dios ama todo lo *bueno*, lo aprueba y le agrada: esto es esencial á la divina rectitud, que igualmente se halla en su entendimiento y en su voluntad. Dios asimismo aborrece todo lo *malo*, lo detesta y abomina, y esto tambien le es esencial, y para lo contrario, ni tiene, ni quiere, ni puede tener libertad: tan imposible es que Dios no guste del *bien*,

como que apruebe el *mal*. Pasemos ahora de las acciones al que las ejecuta: pasemos de la virtud al virtuoso, y del delito al delincuente. También tiene Dios por su misma rectitud necesidad de amar, no solo á la virtud, sino también al virtuoso, y de que le desagrade así el vicioso, como el vicio: en esto no entra su libertad.

Cab. Pues entonces en nada le dejais libre.

Teod. Despacio, amigo, que sois muy vivo: me explicaré poco á poco. En cuanto al virtuoso, no es Dios libre para que la virtud le desagrade; pero en cuanto al vicioso, tiene libertad para compadecerse de él, y templar el desagrado que por la rectitud de su justicia le causa, perdonandole por liberalidad de su misericordia. Advertid bien, caballero, que en Dios es *liberalidad* y virtud dar lo que no debe; pero sería *injusticia* y defecto no dar lo que debe. No gustar del que es bueno, y castigarle, &c. es crueldad, es injusticia, es defecto que no cabe en Dios, porque sería no dar al virtuoso lo que se le debe; pero perdonar al delincuente por su misericordia, es bondad, clemencia y virtud, para cuyo ejercicio tiene Dios entera libertad.

Cab. Ya lo entiendo, y aun en las leyes humanas lo vemos. El Soberano tiene libertad para perdonar al delincuente; pero nunca la tendrá para dejar de dar el premio al virtuoso.

Teod. Así es, por la razon que os alegué, de que *no dar lo que se debe es delito*. Por eso no puede el Soberano negar el premio que merece el ciudadano benemérito; pero dar lo que no se debe, como es perdonar al delincuente, ó concederle la vida, á que no tenia derecho, eso se llama *clemencia, liberalidad, con-miseracion, &c.*

Bar. Con vuestra licencia, Teodosio. Tambien en el Soberano no dar el castigo que merecen los delitos, es *no dar lo que se debe*, y siempre esto es defecto.

Teod. Señora: tomad las palabra en su verdadero sentido, y quedareis satisfecha. El Soberano debe premiar el mérito del ciudadano, y á esto le obligan todas las leyes, y si falta á eso, peca y es defectuoso; pero en quanto al castigo de los delincuentes no tiene la palabra *debe* el mismo rigor: lo que significa es, que es justo, conveniente, razonable, &c. mas no significa que el Soberano tiene obligación á castigar en todos los casos, y sin excepcion alguna; y así, si nunca castigara faltaria

á lo que *debe*; pero perdonando en algun caso particular no faltar á lo que debe, porque no le cohartan las leyes enteramente la libertad. En esta ó en aquella circunstancia tiene libertad para poder perdonar, aunque no la tiene para perdonar siempre. Cuando Dios castiga se supone ciertamente el merecimiento del castigo; pero cuando Dios perdona, obra sin que haya mérito en el perdonado, y solamente ejercita su libertad. Ya que ambos sois especulativos allá vá la última razon. Dios es el centro, y el origen de todo lo que es bien, y no es centro, ni origen de lo que es mal. ¿Estais en esto?

Cab. ¿Quién lo puede dudar?

Bar. Ya lo entiendo: no digais mas. Queréis decir que el bien puede nacer y venir muchas veces de solo Dios, sin que la criatura le merezca; pero el mal nunca puede venir de Dios: es preciso que le merezca la criatura, y en cierto modo le causé. ¿No es esto, Teodosio mio?

Cab. Mi hermana es mas especulativa que yo: ya veo que está mas adelantada.

Teod. Lo que ha dicho es lo que yo queria decir. Dios puede perdonar, usar de misericordia, y hacer mil bienes al

pecador, no en premio del mal, sino para llevarle al bien con la suavidad del amor: en este caso el bien que Dios le hace, solo nace de su bondad divina: y de ningun modo viene de la criatura, como cuando ésta es virtuosa, porque entonces tambien viene en cierto modo de la criatura el bien porque le tiene merecido; pero cuando Dios castiga, la criatura es causa de su mal, y Dios solamente la castiga como juez, y como obligado por la culpa. Si Dios castigára sin delito, entonces el mal naceria de Dios, y solamente de Dios, pues la criatura no concurriria, y como esto no puede ser, por eso Dios nunca castiga sin pecado; mas puede hacer mil bienes sin que haya mérito.

Bar. Ya lo entiendo perfectamente.

Teod. Aquí tenemos ahora el ejercicio de la divina libertad: perdona á este pecador, y no perdona á aquel, porque quiere perdonar á éste, y no al otro: á éste le espera ochenta años, y al otro no le espera por un año, porque aquí no quiere, y allí quiere. Esto lo declara el Señor en muchas partes de la Escritura (a): *To me compade-*

(a) *Miserebor cui voluero, et clemens ero in quem mihi placuerit.* Exod. 33. 19.

ceré de quien yo quisiere, y seré propicio con el que fuere mi beneplácito. En esto está el sumo derecho de la libertad divina, en hacer bien á quien quiere, además del bien que hace al que lo merece; pero aun el bien del premio que nos dá por las buenas obras, es liberalidad, porque gratuitamente nos dió en su gracia la ayuda de costa para practicar aquel bien de la virtud con que merecemos el bien del premio.

Cab. Os agradezco, hermana mia, esta ocasion tan gustosa para instruirme.

Bar. Yo quedo muy contenta; mas para que enteramente lo quede, exponed á Teodosio la dificultad que me pusisteis dias pasados en el paseo de las minas de cobre de Baygorre.

Cab. No me ocurre qué duda fué aquella.

Bar. ¿No os acordais de lo que dijisteis, viendo el horno en que el cobre se derretia y purificaba?

Cab. Ya, ya me acuerdo; pero no sé si Teodosio tiene tanta paciencia.

Teod. Todavía soy el mismo. Suponed que hoy es Sábado, y tendreis presente que en semejante dia se destinaba algun tiempo para la religion.

§. II.

Sobre el fuego vengador de la otra vida.

Cab. **E**n cuanto á eso, amigo Teodosio, permitid que diga que es misterio, que debemos creer ciegamente, porque nos lo mandan; mas vos con toda vuertra filosofia no me podreis explicar cómo puede un fuego corporeo abrasar á las almas que son espíritus. No os escandaliceis, Baronesa, yo lo creo, pero confieso que no lo entiendo.

Bar. Si, como decís, es misterio, no me admiro que no lo comprendais; porque sí claramente lo entendiérais, ya no sería misterio.

Cab. Estais mas adelantada que yo, como que teneis mas lecciones de Teodosio; pero llamenle misterio ó no, quisiera que me diesen en este particular alguna idea con que desembarazarme de mis camaradas, que no me parecen tan dóciles como yo á las reglas de la Iglesia.

Teod. Si esos camaradas son de los filósofos que discurren, yo os daré modo de convencerlos; mas si son de aque-

llos filósofos que no discurren, no hagais caso de ellos.

Cab. Discurren y arguyen con mil razones que me parecen claras. Decidme pues ¿cómo una cosa que es material puede tener accion sobre los espíritus? ¿Podreis por ventura agarrar aunque querais con las manos un Angel, ó un Demonio? Asi pues como no pueden coger un espíritu los brazos por ser de huesos y carne, tampoco el fuego material podrá tener accion sobre el espíritu (22).

Teod. Ahora bien, caballero mio, ¿cómo puede el fuego material tener al presente accion sobre vuestra alma? Cuando llegais un dedo á una vela encendida gritais, y si allí le sujetáran padeceriais un dolor insufrible. ¿Dudais que si os metieran en una hoguera pasaria vuestra alma un dolor intolerable?

Cab. No lo dudo, y Dios me libre de experimentarlo: sin eso sé de cierto que padeceria mi alma un dolor mayor que todos los dolores.

Teod. Está bien; ¿pero como me explicais eso filosóficamente? El fuego de la vela es material, vuestra alma es espíritu: ¿cómo puede ahora una cosa material atormentar á vuestro espíritu?

Cab. Eso se explica bellamente: porque el fuego atormenta al cuerpo, y éste por la union que tiene con el alma hace pasar el dolor al alma.

Teod. Todavía, amigo, sois muy fácil de contentar. ¿No me direis cómo es ese paso del dolor del cuerpo al alma? Vamos, amigo, á esto. El cuerpo es materia, el alma es espíritu; luego cómo podrá el cerebro, movido por la impresion del fuego, comunicar el tormento para que el alma tenga esa sensacion dolorosa? Explicadme cómo es ese paso del cuerpo material al alma que es espiritual, y os daré un abrazo muy apretado. No me vengais á contentar con palabritas que nada dicen: yo quiero explicacion que se entienda.

Cab. Eso no lo sé.

Teod. ¿Y no preguntareis á esos camaradas vuestros, que son tan grandes filósofos, que os lo expliquen?

Cab. Aunque yo les ofrezca cien mil abrazos, no lo harán seguramente. Explicadmelo vos.

Teod. Yo no lo sé, ni hasta ahora he hallado quien lo sepa. Caballero mio: en esta materia todos saben que la cosa es, y ninguno sabe cómo es: á todos es notorio que el alma siente dolor ó deleite despues de ciertas impre-

siones que los objetos hacen en los sentidos externos, y luego en el cerebro; pero cómo es esto, ninguno lo sabe. Sobre esto hay tres sistemas: uno es el de los antiguos, y es el del influjo físico: otro el de Descartes: otro el de Leibnitz (23); y ninguno de estos agrada á los filósofos serios. Mas sea como fuese, yo sé que la lumbre que ma, y que si me la llegan al cuerpo se aflige el alma infinito, y que yo sería muy loco en dejarme meter en una hoguera con gran sosiego diciendo: "la lumbre es materia, mi alma es espíritu: la materia no puede tener accion sobre mi alma, y asi no tendrá mi alma afliccion porque la metan en la hoguera." Lo mismo digo en nuestro caso.

Cab. Ahora, mientras está mi alma en el cuerpo, tiene accion sobre él la lumbre, y cuando el cuerpo se está quemando es cuando tiene accion sobre el alma para causarla dolor; pero allá en nuestro caso deberá tener el fuego accion inmediata sobre el alma. ¿Qué os reis, hermana mia? ¿Pues qué tiene esto que reir?

Bar. Me rio, pero callo: luego hablaremos. Proseguid, Teodosio.

Teod. La risa de la Baronesa se funda

bien; porque lo mismo cuesta explicar aquella accion del cerebro sobre el alma, mientras vivimos, que la accion que tendrá el fuego sobre ella despues de la muerte.

Cab. No teneis razon, Teodosio: porque cuando el hombre está vivo, le ha puesto el Criador el cerebro tan unido con el alma, que la impresion que se hace en el cerebro, al punto se comunica al alma por razon de la union que Dios dispuso entre estas dos cosas: no sucede esto cuando ha muerto el hombre.

Teod. Pues si vos creis que el Criador ha unido de tal forma el cerebro con nuestra alma, que la impresion que se hace en el cerebro se comunica al alma, y así siente esta la quemadura; ese mismo Criador para castigar á esa alma, muerto el hombre, puede unir á ella el fuego, de suerte que inmediatamente la cause el mismo dolor que la causaba mediante el movimiento del cerebro, porque tan cuerpo es el fuego como el cerebro; y si Dios puede hacer esa union con tanta armonía entre el cerebro y el espíritu, ¿por qué no podrá hacer lo mismo entre el fuego y el alma?

Bar. ¿Percibis ya, caballero, el mo-
Tom. I. Z

tivo de mi sonrisa? Pues fué porque ya estaba yo viendo esto así que oí vuestra respuesta.

Cab. Vos sois maestra en estas metafísicas.

Bar. Estos son mis ejercicios y ataques de plazas, baterías, &c. unos saben una cosa, y otros otra. Tambien las mugeres tienen dos deditos de frente y no pensamos en solos los afeytes y adornos. Perdonad, Teodosio, estas interrupciones de gente viva.

Teod. Cuando las interrupciones no distraen, no dejan de ser útiles.

Cab. No obstante, maestro mio, todavía tengo yo que replicar: nosotros para confesar este paso inexplicable del movimiento del cerebro á la sensacion del alma, tenemos la prueba innegable de la experiencia de todos; y cuando hay tanta certidumbre en un punto, aunque este sea absolutamente inexplicable, se admite confesando nuestra ignorancia, y por eso decimos que las impresiones del cerebro excitan en el espíritu la sensacion y el dolor; ¿pero de dónde nos consta la comunicacion entre el fuego y el alma inmediatamente, ni quién nos prueba que esto es así?

Teod. Nosotros no decimos que es así porque lo vemos, sino porque lo dijo

quien no miente. Cuando no viésemos en el Evangelio lugares expresísimos que lo dicen, y la tradicion constante, fundada en estos expresísimos lugares, tendría disculpa el que negase aquel fuego vengador; pero nosotros lo decimos sobre la palabra de Jesucristo que claramente lo dijo; y lo que yo hago aquí como filosofo, es responder á esa imposibilidad que oponen filosoficamente vuestros camaradas, y digo: que esa dificultad nada vale para negar la comunicacion entre el fuego y el alma, porque es la misma que nada vale para negar la comunicacion entre el alma y el cuerpo. Esto es lo que pertenece á un filosofo, demostrar que este punto nada tiene contrario á la buena razon. Ahora pues, si hay fundamento para decir que es así, id á las fuentes de la teología, y ved si aquel hombre Dios que vino á enseñarnos el camino de la salvacion dice ó no dice, que los pecadores han de ser castigados despues de la muerte con fuego: vereis que en la sentencia formal del castigo de los réprobos en el último dia expresamente lo declara: *id malditos al fuego eterno que está preparado para el demonio y sus secuaces*. Aquí debeis advertir que el fuego preparado para el demonio, es fue-

go preparado para un espíritu, y el que puede quemar demonios, también puede quemar almas.

Cab. Teodosio, no os canseis mas, que yo estoy persuadido: lo que me admira es el empeño que veo en querer dudar y negar á diestro y siniestro todo cuanto puede reprimir los vicios.

Teod. No os admireis; porque ya habreis conocido en la conversacion de esos filosofos, que su idea es quitar de su creencia cuanto pueda estorbar á la libertad de las costumbres. Unos niegan la inmortalidad del alma para no tener que temer en la otra vida el castigo de los delitos que cometieron en esta. Otros no pudiendo negar la inmortalidad y la espiritualidad del alma, porque la persuaden razones muy claras, echan por otro camino, negando que haya fuego para castigar los vicios, &c. (24).

Bar. Yo quisiera saber, si por dudar aquí de aquel fuego, le apagan allá para no hallarle cuando la muerte los eche á los abismos. ¿Qué hombre, diciendole personas veridicas y serias que habia contra él orden de prenderle para enviarle á la *Bastilla* ó al *Canadá*, se contentaria con hacer mil argumentos para dudar que hubiese *Bastilla*, ó que fuese tan malo como se dice el clima de

aquella tierra? ¿Se quedaria este muy descansado por sus razones para dejarse prender y meter abordo sin remedio? Pues esto me parece que hacen esos vuestros camaradas: que ellos crean ó que dejen de creer, hallarán en muriendo el castigo que negaron, y serán atormentados sin saber como. De lo contrario mentiria el hijo de Dios que lo dijo, y faltaria Dios á dar á los delinquentes el castigo á proporcion de sus delitos; porque la privacion del Cielo es la misma en todos los condenados; pero como entre estos es grande la diversidad de las culpas, pide la rectitud esencial de la Divina Justicia que en la otra vida haya tormentos que mortifiquen mas ó menos á los delinquentes. Basta, amigos, que viene gente.



APENDICE I.

TARDE XIV.

Sobre la gracia divina, y la Concepcion de la Virgen.

Madama Teodosio : ahora ya no es sola mi hija la que merece que tengais la paciencia de instruirla en los puntos que pertenecen á la religion. Tambien á mí me embisten aquellos huespedes, y aunque me tienen algun respeto mas que á ella para no hablarme con imprudencia en asuntos en que yo no les hablo, no obstante necesito muchas veces disimular con repugnancia mi enojo, por no ser descortes con quien me visita : hoy creo que no tendremos á nadie, porque el casamiento de vuestro vecino se lleva todas nuestras amigas, y estaremos esta tarde solos, vos, la Baronesa y yo.

Teod. Tambien yo me alegro de que nuestra conversacion sea pacífica, porque no siempre gusto de disputar; y mas en materia de suma importancia co-

mo fué la de antes de ayer. Decid pues sobre que materia debe versarse la conversacion, ó digalo la señora Baronesa.

Mad. Yo soy la que lo he de decir; porque mi hija tiene mas ocasiones de oiros que yo. Quiero que me expliqueis esto de la *gracia*, porque toda mi vida he oido hablar de la *gracia*, y nunca me han explicado claramente lo que significa esta palabra, ni varias cosas que me enseñan acerca de ella.

Bar. Ya mi madre me había encargado que os lo preguntase, mas como los encuentros casuales con los filosofos de moda nos metian en disputas diferentes, nunca pude consultaros sobre este punto. Ahora, Teodosio, satisfaced á la curiosidad de ambas.

Teod. Esta palabra *gracia* tiene dos significaciones: unas veces significa *favor*, otras significa *belleza ó hermosura* que agrada.

Mad. Teneis razon; porque unas veces decimos, que el Rey ha concedido esta *gracia* á tal ó tal persona: otras veces decimos, que hallamos *gracia* en un dicho, ó que una persona que nos agrada tiene *gracia*, ó que esta ó aquella nos cayó en *gracia*, &c. Pero yo hablaba de la *gracia* de que se trata en la teología.

Teod. También esa tiene dos sentidos que voy á explicar separadamente.

§. I.

Gracia ó favor en el primer sentido.

Primeraamente, todo lo que concedemos á alguno, solo por favor y sin obligacion, se llama una *gracia*: como Dios pues nos concede muchas cosas sin obligacion alguna, todas son gracias que Dios nos hace, y así hay dos especies de gracias de Dios, una es la *gracia natural*, en la que entran cuantos bienes naturales nos concede Dios, como v. gr. los ojos, el entendimiento, la salud, la vida, las riquezas, &c.: todas estas son gracias que Dios hace á los hombres, porque no estaba obligado á darnos nada de esto; pero además de la *gracia natural* hay otra que se llama *gracia sobrenatural*, y consiste en los dones sobrenaturales que Dios nos dá porque quiere y sin tener obligacion alguna de hacerlo así: creo que todo esto se entiende facilmente.

Mad. Cuando yo lo comprehendo no dudeis que lo habeis explicado bien.

Teod. Ahora pues: en nosotros hay

dos potencias, que necesitan ambas de este socorro celestial en orden á la salvacion y vida cristiana. Tenemos un entendimiento que lucha con las tinieblas de la ignorancia, y una voluntad que gime con la rebeldía de nuestras pasiones furiosas. Al entendimiento le envia Dios *gracia* cuando le ilustra, y le dá á conocer las cosas celestiales ó espirituales, y todo lo que es de la otra vida; y esto por un modo mas claro, y mas convincente que aquel con que pudiera hacerlo la simple naturaleza en las cosas naturales. Ademas de esto envia Dios al corazon ciertos toques que le despiertan, una inclinacion que le facilita el bien, y un horror que le retira del mal, sin tocarle por esto en la libertad. A estas luces del entendimiento y á estos toques del corazon, llaman los teólogos *auxilios*, *gracia excitante*, *gracia auxiliante*, &c.

Mad. Todo eso ya lo entiendo, porque todo pasa por mí, y lo he sentido dentro de mi alma.

Teod. Estas luces, y estos impulsos, por venir inmediatamente de la mano de Dios, se llaman *sobrenaturales*, y Dios, ya los da mas fuertes, y ya mas blandos, segun quiere: tambien esto experimentamos que es así.

Bar. Algunas veces son tan fuertes que el alma siente una fuerza á que no resiste.

Teod. Cuando Dios se empeña en llevar el alma al fin destinado, la pone como cercada, con tantas luces unas tras otras, tantos impulsos unos sobre otros, que cansada el alma de resistir, al fin se rinde sin que Dios la toque en los delicadísimos fueros del albedrío.

Mad. Lo percibo: vamos al otro sentido en que se toma la palabra *gracia*.

Bar. Con vuestra licencia, señora. ¿Y por qué llamais *gracia* ó *favor* á esas ilustraciones é impulsos hácia el bien?

Teod. Porque son unas ilustraciones y toques interiores que ninguno merece. Cuando Dios los dá, es por su liberal beneficencia; y en el supuesto de que á cada uno le da mas ó menos *gracia*, el mismo Señor por favor y pura merced dá esta ó aquella mayor ilustracion, este ó aquel impulso interior mas fuerte. Sucede lo que con la lluvia del cielo, que la dá Dios cuando quiere, y porque quiere; y si por ser la lluvia una cosa que no está en nuestro poder siempre es favor el darla, mejor podemos decir que lo son aquellos auxilios interiores que dá

Dios cuando quiere, á quien quiere y como quiere.

Bar. Ahora sí que ya quedo instruida.

Mad. Esta mi hija, Teodosio, es mas especulativa que yo, y vos teneis la culpa de haberla hecho tan filósofa. Continuad.

Teod. Si las dos estais satisfechas, yo no lo estoy; porque hay aquí muchos puntos que debeis saber, y que ciertamente no entendeis con claridad.

Bar. Esa es una prueba de vuestra amistad, querer instruirnos aun mas que en lo que os preguntamos. ¿Sabeis cómo es eso? Pues es, como cuando un amigo no solamente da cuanto le piden, sino que ofrece, y da mas de lo que le habian pedido. Decidnos pues lo que nos queriais advertir.

Teod. En la economía de la Divina gracia con nuestra libertad hay muchas cosas que nos enseña la verdadera Teología, y nosotros las debemos creer, pero pocos las entienden claramente: yo para explicar estos puntos tengo en un simil palpable una comparacion familiar que me parece propia; porque me pone delante de los ojos los delicados puntos que concilian la gracia con nuestro albedrío sin las sutilezas de las escuelas.

Bar. Quanto mas familiar sea la comparacion, tanto será mas clara, y la tendrá presente nuestro espíritu, el cual á cada paso se apoya sobre cosas sensibles.

Teod. Fingid, señora, que veis un pozo muy profundo con mucho lodo en lo mas hondo, y que en aquel lodo está un hombre: bien claro es, que aquel hombre no podrá salir del pozo sin que de fuera tiren de él, y le levanten. Así se me representa el pecador en su mal estado, pues sin que Dios le levante, y le saque del pozo, no puede salir afuera. Creo que me entendéis.

Bar. Muy claramente. Decid lo demas.

Teod. Suponed pues que le echan una cuerda con un grande cesto: si él se deja meter en el cesto y traer hácia arriba saldrá del pozo. Asimismo si aquel hombre consiente en que Dios le traiga hácia arriba, saldrá del peligro, y se salvará. Pero observad, que el hombre puede por sí solo ó resistir á que le metan en el cesto, ó volcar el cesto despues de haber entrado y caer en el lodo; mas por sí solo no puede subir ni un palmo mas de lo que quiera la mano superior que tira de él. A este modo no puede el pecador hacer un esfuerzo, ni dar el menor salto hácia la salvacion sin que

la gracia de Dios tire de él; pero para perderse él solo basta.

Mad. Así me lo decían y enseñaban; pero no lo entendía yo, y me causaba confusión que tuviesemos libertad para el mal con solas nuestras fuerzas, y no para resolvernos al bien sin la gracia de Dios. No entendía yo como esta gracia nos llevaba á Dios sin atarnos, ni tenernos presos, antes bien dejándonos con libertad para no ir. Ahora ya lo entiendo bien.

Teod. Me alegro: voy continuando. Aquel hombre mientras no sale del pozo, siempre está en peligro de caer, y este peligro es el mismo, cuando el hombre dista del fondo un palmo, como cuando dista veinte brazas. Así nos sucede á nosotros con la gracia de Dios: porque entre tanto que no salimos de esta vida para la otra, estamos en el peligro de caer de la gracia de Dios en el pecado; y este peligro es igual en el que ha poco, y en el que ha veinte años que se convirtió, pues mientras vive, y tiene el libre albedrío, puede arrojarse del cesto y soltar la cuerda, ó dejarle, enfadada de su resistencia, la mano que le tiraba hácia arriba.

Bar. Me van cuadrando tanto esas comparaciones, que me persuaden de

un modo clarísimo aquellas verdades que me decían en la Doctrina. Continúad.

Teod. Ya lo hago. Si el hombre hiciere todas las diligencias por salir ó por subir apriesa, nada conseguirá si el que está fuera no quiere hacerle el favor de echarle la cuerda y el cesto, y tirar hácia arriba: si la mano superior hace esto, es por favor; porque el que está en el pozo no tiene poder para obligar á que lo haga el que está aca fuera. Esto es lo que sucede con cualquiera de nosotros respecto de Dios: nunca podemos merecer de justicia que Dios nos llame, ó que tire de nosotros y nos lleve hácia sí: cuando lo hace es por favor, y grande favor. Por esto aquellos llamamientos y medios que nos da para salir del pozo, son *favor, merced y gracia*, como yo os decia poco ha.

Bar. No sé agradecer dignamente la comparacion.

Teod. Todavía prosigue. Si viéndose los hombres en el cesto, se agarran bien á la cuerda; por esta diligencia y cuidado tienen esperanza mas bien fundada de que no se vuelque el cesto y caigan; pero si se ponen á danzar con toda soltura dentro del cesto, tal vez cuando menos piensen harán un movimiento en falso, se volcará el cesto y caerán en el fondo.

Esto es lo que sucede con nosotros: si somos fieles á la gracia de Dios, agarrándonos bien á la santa doctrina, que nos conduce á la salvacion, tendremos esperanza bien fundada de conseguir la felicidad; pero si por el contrario queremos vivir con soltura, sin atender á la santa doctrina que nos lleva hácia arriba, caeremos, cuando mas descuidados estemos, de las buenas costumbres precisas para la salvacion, y volveremos al fondo del pozo.

Mad. No me olvidaré jamas de la comparacion ó simil del cesto. Continúad.

Teod. Digo mas: que si el que fuere subiendo en el cesto se agarra á las yerbas que hay por las paredes del pozo, tiene peligro de dos cosas: la una es, que el que tira de la cuerda sintiendo aquella mayor resistencia ademas del peso, podrá saltar la cuerda y no tirar mas, y todo irá de golpe al fondo del pozo: esto es lo que hace Dios con nosotros cuando atraídos de la divina gracia vamos felizmente subiendo: si en vez de suspirar por salir del pozo, nos agarramos á las yerbas viciosas de los deleytes y diversiones profanas, puede la mano Divina dejar de hacer la fuerza que hacia, y caeremos en la primera desgracia: ved aquí una infelicidad. La otra

que puede sobrevenir, es, que continuando el de la cuerda en sacar hácia arriba el cesto, no queriendo el hombre soltar las yerbas del pozo, se vuelque el cesto y caiga el hombre en el fondo. Esto es lo que sucede á muchos cuando tirando Dios hácia arriba se aficiona el pecador á las diversiones mundanas, y algunas veces se vuelca el cesto: le deja la gracia de Dios, va el hombre al fondo, y Dios queda justificado.

Mad. No sé como agradecereros la comparacion: entiendo todo eso tan bien, que nunca me veré confusa como antes.

Bar. Ahora entiendo yo por que echando Dios hácia abajo tantas cuerdas y tantos cestos, cuantos son los hombres que se hallan en el fondo, son tan pocos los que salen al pais seguro de la eternidad feliz. Los obstinados no sueltan el lodo, ni se dejan meter en el cesto: los locos, despues de metidos en él se ponen á saltar y brincar con imprudencia y caen del cesto: los otros que echan menos los deleytes peligrosos, no quieren ir con la presteza que Dios les pide con su gracia, sino poco á poco, por el sentimiento de dejar su infeliz estado: estos se agarran á las yerbas de las paredes del pozo, y lo que consiguen es que cese de llamarlos la gracia de

Dios, ó que la gracia vuelva vacia al Señor, y saliendo ellos del cesto de las buenas costumbres y vida arreglada, caen abajo. Los que son fieles á la gracia Divina se agarran á la cuerda, no hacen resistencia, salen felizmente fuera; pero de los otros se pierden muchos.

Teod. No obstante, es algunas veces tan fuerte la gracia de Dios, que vuelve á echar cestos y mas cestos, y si quieren agarrarse á las yerbas, les dá, por decirlo asi, tales golpes en las manos, y tira tan prontamente que los pone fuera del pozo cuando menos esperaban. Dios, que es Omnipotente, sabe buscarlos de modo, que ellos se dejen traer suavemente en el cesto, y por mas locos que hayan sido, ó Dios les dá miedo para que no se atrevan á bullir, ó gusto de estar quietos en el cesto, y con el fin de que no salten fuera, los saca rápidamente. Tales son aquellos pecadores que se salvan con alguna gracia extraordinaria.

Bar. Perfectamente lo entendemos; os lo agradezco mucho.

Mad. Pasemos ahora al otro sentido de la palabra *gracia*.

§. II.

Gracia en el segundo sentido, esto es, en el de belleza ó hermosura que agrada.

Teod. **T**ambien en el segundo sentido, ó de cualidad que agrada, hay dos clases de gracia; porque hay cualidades que agradan á los hombres, y se llaman *gracia natural*: v. gr. la gracia que tiene un cuerpo ayroso, un rostro agraciado, una sentencia que gusta: un *no sé qué* que tal vez se advierte y no se sabe explicar; pero hace agradable aquella cosa en que se halla: estos dotes ó cualidades son *gracias naturales*.

Bar. Todo aquello que agrada, decimos que tiene gracia, y como los objetos nos agradan por mil principios de la naturaleza, tambien esta gracia natural nace de mil principios. Aquí viene bien, Teodosio, lo que me enseñasteis en la *Ontologia*, sobre lo *agradable* y lo *desagradable*. Continúad.

Mad. Mi hija, Teodosio, está mas adelantada que yo en la inteligencia de vuestra doctrina: es muchacha, tiene mas tiempo desocupado y menos cuidados;

y así puede aprovecharse de vuestras instrucciones. Vamos ahora conmigo: id diciendo.

Teod. Lo que hace que nuestra alma sea hermosa y agraciada para los ojos de Dios, no puede ser lo que hace el cuerpo agraciado para los de los hombres: debe ser otra cosa superior, ó una hermosura sobrenatural que Dios infunde en el alma, y que la hace hermosa; así como un rayo del sol cayendo sobre un pedazo de cristal le deja hermoso, brillante, bello, y como un pequeño sol. Este don de Dios es lo que se llama *gracia santificante*.

Bar. Decidme pues, Teodosio, ¿como siendo Dios un Señor de perfeccion infinita puede hallar gracia en unas criaturas como nosotros, tan viles y llenas de defectos, que de ordinario, cuando nos conocemos mas con el trato continuo, nos cansamos unos de otros? ¿Qué le sucederá á Dios, cuyos ojos son sumamente delicados?

Mad. ¿No digo yo, Teodosio, que me habeis hecho demasiado especulativa esta hija mia?

Teod. Dejadla, señora, que así se vá instruyendo: como es docil, no la perjudica la especulacion: Dios nos libre de gente especulativa, pero enamo-

rada de su parecer. Ya señora, voy á esplicaros muy filosoficamente lo que preguntais.

Bar. Eso es lo que yo quiero; porque las esplicaciones teológicas pertenecen á nuestro Cura.

Teod. Teneis razon, Baronesa, para dudar; porque un gusto sumamente recto no puede hallar su agrado en cosas viles, é imperfectas; y así Dios, cuya rectitud de juicio es infinita, no puede completamente agradarse, sino en lo que es infinitamente perfecto, y esto solo lo es su mismo Sér. No obstante, su perfeccion infinita rebervera en ésta ó aquella criatura, que enriquece con éste ó aquel don, que la hace mas ó menos semejante á él. Pondré un ejemplo: ha determinado vuestra madre casaros con el Baron de ***, caballero á quien estimais mucho, no solo porque lo merece, sino tambien por el lazo que ha de juntar los dos corazones, cosa que no suele venir de repente, sino que se vá aumentando poco á poco. En esta suposicion teneis en el gabinete de vuestra madre un retrato suyo muy perfecto, que estimais mucho, y algunas veces os veo parada mirándole con toda atencion y satisfaccion. Ahora bien: no sois de tan mal gusto que pongais la

estimacion en un poco de lienzo, y tres ó cuatro reales de colores, que es lo que allí hay; pero como se vé allí una semejanza de vuestro futuro esposo, esta semejanza del objeto amado hace tambien amable el lienzo del cuadro y del retrato. ¿No es esto así? ¿Os reis?

Bar. ¿Quién os ha dado licencia para entrar en el gabinete de mi corazon á escudriñar los secretos mas escondidos, cuales son los del afecto? Mas ya que entrasteis y visteis lo que habia en él, callad, y guardad para vos el secreto que me habeis hurtado. Sabed que así es: yo no me avergüenzo delante de vos que sois mi confidente.

Mad. Hija mia: no es secreto lo que todos deben alabar en tí, y mucho menos respecto de Teodosio, que formando tu corazon desde la niñez, ha plantado en él los afectos que la razon pide, y la religion no prohíbe. Continúad, Teodosio, que estos son desdenes de su genio.

Teod. No estimais tanto el retrato de las pulseras, pues aunque mas precioso en la materia, no salió tan parecido como el del cuadro; y mucho menos el retrato que teneis de lapislazuli de vuestro hermano el Caballero, por-

que aun se parece menos: de modo, que no se mide el grado de vuestra estimacion por la materia de los retratos, sino por la semejanza del objeto que se vé en diferentes materias. Esto es lo que sucede en Dios respecto de las criaturas: á unas comunica mayor abundancia de dotes, que las hacen mas semejantes á él que otras, y á proporcion de esta semejanza estima Dios los retratos suyos en las criaturas. Cuanto las obras, las palabras, y los pensamientos de un alma son mas semejantes á los de Dios, tanto mas *amable y agraciada* es para él esta criatura. Esto sucedió á todas las criaturas cuando en el principio del mundo salieron de las manos del Criador, y éste poniendo en ellas los ojos las halló muy buenas. Pero si Dios derrama sobre sus criaturas dones especiales y sobrenaturales, que realcen esta semejanza con un retoque Divino, entonces crece la estimacion, y lo *agraciado por otro estilo sobrenatural*; y cuantos mas grados de este don se hallan en el alma, queda ésta mas semejante á Dios, mas hermosa en sus ojos, y mas *agraciada*, que esto es lo que se llama tener mas *gracia*.

Bar. Siendo así, si esa criatura llena de esos dones hiciere alguna acción

indigna, contraria á lo que Dios hace, quiere y manda, entonces perderá aquella semejanza, aquella gracia, aquel don, y aquella estimacion que Dios hacia de ella.

Teod. Decis muy bien, señora, y eso mismo iba yo á decir.

Mad. El dia menos pensado, hija mia, espero verte en un pulpito predicando.

Bar. Pues, madre mia, enseñándome Teodosio á discurrir acerca de los astros, de los insectos, y de cuantas cosas hay en el universo, ¿no es justo discurrir, y filosofar en lo que pertenece á mi alma?

Mad. Tienes razon: yo te alabo, y se lo agradezco á Teodosio. Mas decidme, ¿cómo siendo nosotros tan viles respecto de Dios, puede este Señor poner en nosotros su Divina semejanza?

Teod. No os admireis, señora, de que Dios, sumamente perfecto, pueda retratarse en las criaturas aunque viles. ¿No veis estar muchas veces brillando entre el lodo un pedazo de vidrio, ó un charquito de agua no muy limpia, porque el sol arroja sus rayos sobre esas cosas, y parece cada una de ellas un sol que nos recrea y satisface? Pues

lo mismo hace Dios arrojando cuando quiere los rayos de su hermosura sobre nosotros, criaturas bien viles; y cuando estos rayos vuelven con el reflejo hácia los ojos de Dios, se está aquel Señor mirando en su propia perfeccion, que puso en la criatura, quedando esta hermosa á los divinos ojos, bien que con belleza prestada.

Mad. No digais mas, Teodosio; que lo he entendido perfectamente.

Bar. Pues yo, madre mia, si me dais licencia tengo todavia que preguntar dos cosas.

Mad. Pregunta, muchacha, lo que quieras; porque mientras no vienen visitas asisto con gusto á vuestra conferencia.

Bar. Dios las detenga esta tarde, ó del todo las estorbe, porque ninguna conversacion, madre mia, nos será mas agradable.

Mad. Que no te oigan eso aquellos Caballeros que te dan vaya: pregunta lo que quisieres.

§. III.

Digresion sobre la Concepcion de nuestra Señora.

Bar. **M**i pregunta es sobre un punto que tiene conexion con lo que tratamos: querria yo que me explicaseis con toda claridad el privilegio de la madre de Dios que fué concebida en gracia, contra la ley de todos los hijos de Adan concebidos en maldicion y pecado. Disculpad, Teodosio, estas preguntas, porque á ninguno sino á vos pienso yo preguntar esto.

Mad. Y tal vez ninguno te responderia tan á tu satisfaccion como tu maestro. Yo, Teodosio, os oiré con gusto.

Teod. ¿Para qué, señora, me obligais á hablar en estas materias, que mas corresponden á vuestro Párroco que á mí?

Bar. Como me habeis explicado filosoficamente los puntos de mi religion, no será mucho que tambien me expliqueis este. Decid pues cómo se entiende este privilegio.

Teod. Es una ley general, no solo fundada en la naturaleza, sino en la disposicion del Altísimo, que los hijos de un hombre maldito sean tambien maldi-

tos. Estos no solamente quedan privados de las honras y favores que su padre perdió, sino que en cierto modo son participantes en su delito: son en alguna manera parte de sus progenitores; y así como serian herederos de sus honras y haciendas, son por la culpa de sus padres participantes de su desgracia.

Bar. Todo eso lo entiendo bien; pero no entiendo como es el privilegio que se concedió á nuestra Señora por ser madre de Dios; porque al fin es hija de Adan como las demas mugeres, y parece que habia de heredar como ellas la misma desgracia. Yo creo, y sé que no la heredó: este es un misterio que interesa mucho á mi devocion, mas no le entiendo claramente.

Teod. Os diré como lo entiendo yo, y si no os agrada, vuestro Párroco ó vuestro Obispo os lo explicarán mejor.

Bar. Mi Párroco me enseña á creer, y no á entender; y así decidme, cómo entendeis vos este misterio.

Teod. La mancha de la culpa original solamente nos viene por ser hijos de Adan; y somos hijos de Adan cuando nuestro cuerpo es animado por el alma: mientras no se verifica esta union del alma y del cuerpo, no hay hombre ni hijo de Adan. Ahora bien: acostumbra

Dios criar el alma en el cuerpo en que ha de habitar, de forma que el primer momento en que el alma existe es aquel en que principia á animar el cuerpo en el vientre materno. Por esta razon somos concebidos en pecado, porque el alma desde luego en el principio de su existencia es alma de un hijo de Adan, y así queda manchada, porque es hija de un padre que por su delito incurrió en la maldicion. Hasta aquí nada hay obscuro (25).

Bar. Nada. Proseguid.

Teod. Decidme pues: si Dios criase el alma de nuestra Señora, no luego en el cuerpo que habia de animar, sino separada, y la uniese despues de su existencia á su cuerpecito ya preparado, todavia no se verificaba en sola el alma ser hija de Adan; pues no habia tocado al cuerpo, y bien pudiera Dios en aquel primer momento en que salió de las manos del Señor sin haber tocado al cuerpo, criarla con los dotes de su gracia como crió al alma de Adan. Siendo esto así, y estando aquella bendita alma adornada con los dones sobrenaturales de la gracia divina, ya en el segundo instante en que Dios la uniese al cuerpo, llevaba consigo el preservativo del pecado; porque la que iba llena de luz no podia

temer las tinieblas; y la que iba llena de gracia no podia desagradar al Señor. Es verdad que en aquel instante era hija de Adan, mas primero habia sido hija de Dios por la gracia; y así como el Verbo por la infinita santidad que tenia *ab-eterno*, no podia contraer la mancha de hijo de Adan, cuando se unió al cuerpo humano; así el alma de la Señora estando ya fortalecida con el dote de la gracia santificante que recibió de las manos de Dios en su primer instante antes de unirse en el segundo al cuerpo humano que le estaba preparado, no podia contraer la culpa de hija de Adan.

Bar. Ahora entiendo eso claramente. ¿Qué me decis, madre?

Mad. Que has tenido habilidad para hacerme estudiar teología. Siempre he oido hablar en estos términos de primer instante, &c. pero nunca reflexioné en esto como ahora: digo que tambien yo lo entiendo.

Teod. No me parece que haya impedimento alguno para decir eso; porque Dios igualmente podia criar el alma de la Virgen, ó en el cuerpo orgánico que la estaba preparado, ó separada de él, y despues de bien fortalecida con la abundancia de gracias celestiales unirla á aquel cuerpo; y siendo así, ya cuando

se hallaba hija de Adan tenia en sí misma la santidad que impidiese el pecado del primer padre : así como una antorcha encendida entrando en una casa oscura está muy libre de quedar en tinieblas, como estaban todas las cosas que habia dentro de la casa ; pero si no entrara la antorcha encendida , se quedaria en tinieblas, como todo lo demas. No obstante, si vuestro Párroco os dijere que esto no puede ser , acomodaos á su explicacion, porque él es vuestro Pastor.

Mad. Mal sabeis, Teodosio , quanto he estimado esta ocasion , aunque casual, de aclararme estos dos puntos que nunca habia yo entendido claramente. Ahora si quereis vamos todos tres á pasear.

Teod. Vamos, que el ayre fresco nos convida.



APENDICE II.

TARDE XV.

Sobre la confesion auricular

Mayor. **E**n cuanto á eso, señora, perdonadme: yo alabo vuestra devocion, mas no la sigo. Vos vais con mucha frecuencia á vuestro Párroco para purificar vuestra conciencia. Yo no estoy obligado á devocion tan pesada: nosotros los militares tenemos acá otras leyes: las señoras como que estan mas ociosas pueden ser mas devotas.

Bar. ¡Eso es lo que yo no sabia, Mayor mio! ¿Con que en nuestra religion hay dos leyes, una para las señoras, y otra para los militares? ¿Y habrá tambien dos Cielos, ó será un Cielo mismo; pero tendremos para ir á él dos caminos diferentes? Mi camino es el del Evangelio: ¿tendremos por ventura dos Evangelios que nos enseñen dos diferentes caminos?

Mayor. Mucha lógica teneis, señora,

y no se puede hablar con vos, porque en todo discurreis con rigor lógico: lo que yo digo es, que los militares, aunque católicos romanos, solo se confiesan por la cuaresma, y no andan con esas devociones melancólicas. En mi regimiento veo muchos que se tienen por muy devotos porque cumplen puntualmente con el precepto; pero otros conozco que no cumplen, y yo, hablando con sinceridad, soy uno de ellos.

Bar. ¡ Dichosos hombres que no tienen pecados de que pedir perdon á Dios! Mas decidme si tienen orden de sus gefes para tener centinelas á la puerta del infierno, para que siendo buen militar ninguno entre allá. Pues de este modo poco necesitan de la confesion.

Mayor. No es por eso, sino porque estan persuadidos á que basta que cada uno pida en su corazon perdon de sus pecados á Dios, que es el que los ha de perdonar.

Bar. Bueno seria eso si así fuese; ¿pero tenemos quien nos asegure tan gustosa noticia para podernos fiar de ella, y descansar en materia de tanta importancia?

Mayor. Todos los protestantes siguen esto, y yo aunque católico romano, como me he criado con ellos, no estoy

muy lejos de seguirlos por la cuenta que me tiene.

Bar. Eso os tiene cuenta, no lo dudo, y tambien á mí me la tendria: el caso está en si va errada esa cuenta; ¿porque de qué me sirve vivir y morir haciendome esa cuenta, si en muriendo hallase que la cuenta no era así, y que la verdad era, que los pecados se perdonan por la confesion auricular? Entonces, mi Mayor, ¿qué hariais? ¿Pediriais licencia al Coronel para volver á este mundo á confesaros?

Mayor. Ea, Baronesa, no seais tan melancólica.

Teod. Buen consejo, buen consejo os da el Señor Mayor, mas no sé sobre que recae, porque hasta ahora yo no os he conocido melancólica.

Bar. A tiempo llegais, Teodosio: llama el Mayor melancolica la idea de que es precisa la confesion para que se nos perdonen los pecados.

Mayor. Yo hablo por la boca de mucha gente de juicio, que tiene la confesion auricular por invencion de frayles, supersticion melancólica, y tormento escusado de las conciencias: nada, nada. Digo que las ofensas de Dios, solo Dios las puede perdonar. ¿Hay mayor despropósito que el decir los Padres, cu-

riosos de saber nuestra vida, que puede uno hacer cuantos pecados quiera contra Dios, burlandose de su ley, y que despues en echandole una bendicion un frayle, se le perdonan todas las injurias que habia hecho á Dios, siendo injurias que solo Dios puede perdonar? Ea, dejaos de eso.

Teod. ¿Qué me decis, Baronesa, de la tronada? Ved que de truenos estaban escondidos en la nube eléctrica.

Bar. Id vos desarmando esa nube cargada, como manda Franklin, presentandola la punta aguda de vuestro discurso.

Mayor. Alabo, señora, la metáfora: no extrañeis el fuego, porque en materia de religion me electrizo facilmente.

Bar. Tratemos pues, Teodosio, este punto con seriedad, sin estruendo ni tronada, hablemos como buenos amigos.

Teod. ¿Quién os ha dicho, Mayor mio, que los hombres perdonan aquellos pecados por su autoridad? ¿Acaso los ministros del Rey no perdonan los agravios que han hecho los delincuentes contra el Soberano?

Mayor. Se los perdonan en nombre del Soberano que les ha dado el poder para eso.

Teod. Pues si un hombre, que tal vez era por su nacimiento bien poca cosa, llega por la autoridad que le da el Príncipe á tal poder, que perdona los delitos y desobediencias á las leyes del Príncipe, ¿cómo os admirais de que Dios dé autoridad á los hombres para que en su nombre perdonen las culpas cometidas contra las leyes del Señor?

Mayor. La comparacion es buena; pero falta probar que Dios les haya dado esa autoridad. Del poder que el Soberano da á sus ministros togados, nos consta por los decretos y leyes que todos leemos y entendemos. Si tuvieramos un decreto semejante en que Dios daba el mismo poder y autoridad á los frayles y clérigos, protesto que entonces verian que al punto me confesaba, aunque ha mas de quince años que no lo hago.

Bar. Dios me asista. ¡Quince años! ¡Qué matorral de conciencia, mi Mayor! Pero allá os lo hayais con Teodosio.

Teod. Antes que yo os pruebe lo que quereis, pregunto, amigo, con sinceridad: ¿creeis en los Evangelios como cristiano, ó sois tambien incrédulo?

Mayor. Eso no, incrédulo no: soy buen cristiano, aunque no viva como católico romano legítimo. Es verdad

que me bautizaron como á hijo de católico, pero me he criado con protestantes, de cuya doctrina no me aparto mucho. Creo firmemente en el Evangelio, y en todo cuanto Jesucristo nos enseña en él.

Teod. Bien estamos: ya en esa suposicion tengo modo de discurrir con fundamento. Decidme pues, ¿teneis presente lo que Jesucristo dijo á sus Apóstoles despues de resucitado?

Mayor. Muchas cosas les dijo: no sé de cual de ellas hablais.

Teod. Entrando el Señor en el cenáculo estando cerradas las puertas, habló á sus discipulos y les dijo: *Recibid el Espíritu Santo*; y al decir esto les sopló en el rostro. Hecha esta ceremonia de preparacion les dijo: *Los pecados que vosotros perdonáreis, serán perdonados; y los que no perdonáreis, no lo serán (a).*

Mayor. Bien presente lo tengo, aunque no habia reparado en aquella preparacion del Señor cuando les dijo, que recibiesen el Espíritu Santo, ni en que les habia soplado en el rostro. Ahora me haceis reflexionar en ella.

Teod. Ya veis que no se puede suponer que fuese de poca importancia lo

(a) Joan. c. 20. v. 22.

que el Señor queria decirles cuando les previno con el soplo de su divina boca, y con la infusion del Espíritu Santo. En Jesucristo se supone que todas las palabras y acciones son muy justas y bien consideradas; pero estas que no son ordinarias, nos dan una grande idea de lo que el Señor iba á hacer.

Mayor. ¿Y qué es lo que quereis inferir de ahí?

Teod. Yo lo diré á su tiempo. Mas pregunto, ¿si os parece que este preámbulo del Señor prueba que lo que iba á decir ó hacer era una cosa extraordinaria?

Bar. ¿Qué susto es ese, Mayor? ¿Qué es lo que os detiene? La pregunta es sencilla y clara: decid *si* ó *no*: con cualquier respuesta satisfacedis á Teodosio.

Mayor. Yo acá me entiendo, señora; pero ya que me apretais, digo que sí. Esta prevencion en la boca del hijo de Dios de dar á los discipulos con su soplo el Espíritu Santo y prepararlos con el, bien denota que lo que va á decir es gran misterio, ó una doctrina muy grande. Baronesa: ¿quereis mas? Continudad, Teodosio.

Teod. Ahora bien: luego las palabras que se siguen y con las que les da

poder para perdonar, ó dejar de perdonar los pecados cometidos contra Dios, tienen una fuerza y un efecto muy grande: de lo contrario no tendria mas efecto que una ceremonia fantástica del hijo de Dios, y seria como lo que hacen los hombres en sus vanos cumplimientos.

Mayor. Esa es cosa indigna de Dios: yo no puedo decir eso.

Teod. Luego el hijo de Dios concedió á los Apóstoles verdadero poder para perdonar ó no perdonar los pecados; y este con tal eficacia que lo que ellos hiciesen acá en la tierra se confirmaria en el Cielo; pues las palabras son muy claras: *Los pecados que perdonáreis serán perdonados; y los que no perdonáreis no lo serán.* ¿A esto qué me decis?

Mayor. Es cierto: yo concedo que los discípulos de Jesucristo y sus sucesores tengan ese poder; pero hasta aquí no tenemos todavia confesion, y mucho menos auricular: lo que tenemos es, que pueden perdonar ó no perdonar; pero esto puede muy bien ser sin la confesion.

Bar. Ea ya tenemos, Mayor mio, que no es un despróposito, como deciais antes con tanta galantería, el que un frayle con una absolucion perdone á un gran pecador cuantas burlas y des-

precios haya hecho de la ley de Dios. Ya confesais que errasteis, y ya tenemos aquella nube negra que tanto tronaba desarmada con la punta aguda del discurso de Teodosio. Bien haya el Doctor Franklin, que nos enseñó á quitar así la fuerza á las tronadas.

Teod. Señora: dexadnos proseguir el discurso serio: al fin disputareis con vuestras gracias.

Mayor. Continuad, Teodosio, que quiero ahora aclarar este punto.

Teod. Supuesto pues que hay en los hombres este poder para perdonar ó no perdonar pecados, pregunto yo ¿si el Señor dejó esto absolutamente al capricho de los hombres, de tal modo que puedan estos perdonar todo cuanto quieran ó no quieran sin mas averiguacion y segun les dicte su fantasía? ¿Creeis que una cosa tan grave y de tanta consecuencia la dejase Dios entregada á la insensata disposicion de un ministro suyo, sin mas regla ó sin otra regulacion?

Mayor. Eso no me parece creible que lo hiciese la suma sabiduria y prudencia de Dios, siendo este un punto tan importante y esencial para la salvacion.

Teod. Está bien: luego ese poder

tiene su regulacion, segun la cual deba el ministro de Dios ya perdonar, ya no perdonar; y de lo contrario, autorizaria Jesucristo en materia tan grave al capricho irracional de cualquier ministro suyo. Si vemos que los Soberanos jamas han dado esta autoridad á sus ministros sino segun la regulacion de las leyes, de las que no se pueden apartar, ¿qué hará la suma rectitud de Dios?

Mayor. Tambien convengo en eso; porque seria esa facultad muy absurda, si Dios no diera á sus ministros cierta regulacion segun la cual debiesen obrar.

Teod. Ahora bien: ¿de qué modo puede obrar el ministro de Dios prudentemente en esta materia, sino examinando las culpas del reo y las circunstancias de estas? Pero estas culpas por la mayor parte están ocultas, y ninguno las puede exactamente referir sino el mismo pecador, señaladamente las que no pasan del corazon. No me podeis negar que lo que mas principalmente nos disponga para el perdon, ó nos inhabilite para recibirle, serán los sentimientos de nuestro corazon. No es posible que el Dios de la verdad autorice para este grande procedimiento, sino segun las reglas de la verdad; y todos sabemos que esta no se ve en lo ex-

terior, sino que reside allá en lo interior. Luego conviene que el ministro de Dios para perdonar los delitos de cualquier pecador sea instruido por este mismo, así de las culpas pasadas, como del estado actual de su corazón. Si me concedéis esto, ya tenemos la confesion del reo.

Mayor. Todavía no tenemos confesion de los pecados dichos al oído, que es la que por esto se llama *auricular*.

Teod. Con tal que el pecador instruya al ministro de Dios acerca de todos sus pecados y de los sentimientos de su corazón, eso es lo suficiente; y si los quiere decir públicamente en medio de una plaza, el ministro de Dios le absolverá. Ahora, si quiere ahorrarse esta vergüenza de decir sus pecados en público, lleguese al confesor y digale sus culpas al oído.

Bar. Ea ya teneis ahí, Mayor mio, la confesion auricular de que haciais tanta burla. ¿Qué decis á esto?... ¿Habeis enmudecido?

Teod. Dexad, señora, que la madura reflexion del Mayor consiga que el conocimiento de la verdad vaya pasando desde la superficie del entendimiento hasta el fondo del alma, y llegue como hasta el corazón de esta.

Cuando venimos en conocimiento de alguna verdad contraria á lo que por mucho tiempo habíamos pensado y admitido en nuestro corazón, no conviene que descubramos el error con un simple discurso: es preciso ir cavando hasta sacar las últimas raíces de él, para que no retoñe de nuevo la mala yerba, y para que la verdad quede tan firme y radicada como lo estaba el error.

Mayor. Decis bien, Teodosio: nunca había yo discurrido como ahora me habeis hecho discurrir: siempre oía hablar en este punto muy ligeramente. Al presente veo que si ha de haber cristianos que admiran los Evangelios les es indispensable conceder la confesion auricular.

Bar. Pero ahí vereis, Mayor mio, con que facilidad se habla contra nuestra religion y sus dogmas. Vos al principio hablasteis en un tono, que aun yo me quedé un poco aturdida, porque el énfasis, fuego y energía con que hablabais mostraba un ánimo muy lleno de razon, y muy asegurado de lo que decia, y no obstante veis ahora que todo era vano.

Mayor. A mí me parecia que en pidiendo cada uno perdon á Dios, y en estando arrepentido en su corazón, eso le bastaba.

Teod. El pedir perdon á Dios, y arrepentirse en su corazon, no hay duda que es preciso para que Dios perdone, y aun muchas veces sucede que eso basta cuando tenemos un arrepentimiento lleno de amor de Dios sobre todas las cosas, qual es la contricion perfecta; pero siempre debe haber en el pecador deseo de confesarse, y propósito de hacerlo cuando pueda. La razon de esto es, porque siendo Jesucristo el Rey de la Gloria, ninguno puede entrar en ella sino por los méritos de este Señor, y por la virtud de su sangre. Esta sangre de Jesucristo está depositada en alguna ceremonia instituida por Cristo, cuales son los Sacramentos. ¿Por qué decis que no hay salvacion sin bautismo, sino porque en las aguas santificadas de este Sacramento está depositada la sangre del Salvador, por la cual recibimos la primera gracia de adopcion ó regeneracion? Tambien pues está depositada la sangre de Cristo en las palabras del Sacerdote que absuelve para darnos la segunda gracia de la reconciliacion. Si dicen los protestantes que no obstante las palabras de Jesucristo podemos tener modo de ser perdonados, y que basta pedir á Dios perdon para darnos por re-

conciliados, ¿por qué no dicen que será suficiente que un gentil pida á Dios que le haga hijo suyo para serlo de la Iglesia, aunque no se bautice?

Mayor. Dirán que Jesucristo instituyó el modo de entrar en la Iglesia, que es solamente por el bautismo, el cual de enemigos de Dios nos hace hijos suyos.

Teod. Pues ya veis que tambien instituyó Jesucristo el modo de reconciliarnos con Dios, que es por la confesion. Tanto una cosa como otra son unas ceremonias externas á las que Jesucristo unió la virtud de su divina sangre, que es el único medio de nuestra santificacion. Además de que no era regular que Dios determinase que en esta admirable gerarquía de la Iglesia fuese cada uno Juez en su propia causa: si fuese suficiente que pidiese el hombre perdon á Dios, y dijese que estaba arrepentido, todos nosotros seriamos jueces de la propia conciencia para darnos por perdonados, despues de haber cometido las mayores maldades sin mas motivo que decir que habiamos pedido perdon á Dios. En las sociedades humanas no se procede así: es preciso que haya quien castigue, quien absuelva, quien perdone, y quien re-

pruebe, para que no sea cada uno el juez de sí mismo. Mas ya esto es fuera de la cuestion, que solo era mostrar que la confesion auricular fué instituida por Cristo, y no de paso, ni con palabras equívocas, sino de proposito con mucha reflexion y preparacion, y con todas las señales de un grande Sacramento.

Mayor. Sosegaos, que ya estoy persuadido: hablemos de otra materia, pues para conversacion de señoras ya es mucha teología.

Bar. Mas me gusta á mí ésta, que la de modas y adornos. Vamos á paseo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTAS O ADVERTENCIAS

DEL TRADUCTOR.

Los números arábigos que van colocados en medio de las planas corresponden á los que van esparcidos por todo el libro; y los que se leen al principio de la línea denotan las páginas en que están dichos números.

(1)

Pág. 8. **N**o se puede negar que si de la Francia han salido muchos libros impíos, también se han escrito allí apologías dignas de los Padres de la Iglesia en defensa de la verdad. En ellas para el que la quiera seguir de buena fe está todo cuanto en otro tiempo hizo callar á los enemigos de nuestra religion. ¿Y no obstante esto hay impíos? Sin duda los hay; y la razon es, porque no leen estos libros. Los escritos que enseñan la impiedad huyen del método y se extravían á chistes y á bufonadas: este modo de escribir es mas gustoso, porque alegra la imaginacion; pero como admite mucha trampa en punto de raciocinio, es admirable para tragar despropositos. Por todas partes nos aturden *Sansfondes* ó habladores sin fondo, que tal vez no tendrán en su casa un libro á favor de la religion.

Pág. 9. Siempre los impíos traen la razón en la boca, sin querer dar un paso hacia la religion que Dios nos ha enseñado. Si dieran una vista por la historia del mundo, verian á qué extravios está expuesta la razón dejada á sí misma y sin la revelacion. Los Egipcios, los Griegos y los Romanos fueron los pueblos que mas cultivaron la razón, y los que siguieron las supersticiones mas torpes. Ellos adoraron unos dioses vengativos como Marte, lascivos como Venus, adúlteros como Júpiter, ladrones como Mercurio, y sacrificaban á Hércules los inocentes niños á vista de sus mismos padres, y aun creyeron que no les era permitido derramar una lágrima, so pena de profanar aquel bárbaro sacrificio. ¡A tanta inhumanidad se precipitó la razón destituida de la revelacion!

Pág. 12. Solamente la conversion del mundo es suficiente para acreditar la religion cristiana de institucion divina; porque, ó el mundo se convirtió con milagros, ó se convirtió sin ellos: si se convirtió con milagros, ya tenemos que los enviados de Dios para predicarla tuvieron en los prodigios que obraron las credenciales de embajadores de Dios; y si el mundo se sujetó sin milagros á unas verdades tan contrarias á las inclinaciones de la carne, y á las preocupaciones de la idolatría para entrar en la carrera de una vida mortificada,

éste es el mayor de todos los milagros. Las pruebas de la verdad de la religion cristiana hacen en el que las sabe una certidumbre moral tan fuerte como la que se consigue con la evidencia geométrica.

(4)

Pág. 33. Se quiso hacer famoso Erostrato reduciendo á cenizas el famoso templo de Diana en Efeso ; y consiguió dejar nombre , pero nombre abominable entre los Idólatras. El Erostrato de nuestros dias ha sido el poeta francés que aspiró á hacerse famoso por las blasfemias mas horribles dispuestas con astuto artificio , y ha conseguido sorprehender á los incautos ; pero su nombre , en pasando la moda de la impiedad , será tan abominable para éstos , como ahora lo es para las personas de juicio. Ninguna de estas tendrá paciencia para oír tantas contradicciones como hormigean en sus escritos. Su objeto es hablar á menudo mal de la religion cristiana , porque al fin , con el desenfreno de las pasiones algo se pega. Quien le oiga el titulo de religion natural , creará que admite alguna religion , ó que confesará algun Dios ; pero , como él mismo dice , para él , esta palabra Dios no tiene sentido: para él todo el órden admirable que reyna en el universo no tiene mas principio que la casualidad : para él , el alma no es mas que los pedacitos de pensamiento que andan esparcidos en la materia. ¿ Qué objeto tendrá la religion natural de este filósofo , si no tiene un Dios que haga caso de ella ?

Pág. 76. Yo no sé porque Rousseau, de quien es esta máxima, resuelve magistralmente que no cree lo que no comprende cuando por la pasión á lo que él llama religion natural, traga su entendimiento contradicciones. Llama á Dios *Ser de los seres*, es decir que hay un sér. de quien proceden los demás seres: por consiguiente debiera reconocer al primer sér por Criador; pues sucede todo lo contrario. Dice que no solo no puede concebir la creacion, sino que todo hombre de juicio la debe tener por imposible. No advierte que en suponiendo que todas las cosas son increadas, es necesario decir que son divinidades, pues á nadie deben el sér. No puede concebir qué derecho tiene el Sér supremo para gobernar lo que no ha criado, y no obstante le tiene por gobernador del universo: no acaba de creer que hay un Dios, y no advierte que no puede menos de ser Dios el que tiene el ser por esencia. ¡Cuántos misterios de iniquidad cree el que no puede creer los de la verdadera religion!

Pág. 87. Este corifeo de los filosofos de la moda tiene muchos pasages semejantes á los que cita el autor en favor de Jesucristo y su Evangelio: mas cuando parece que su objeto es alabar á Jesucristo, no tiene otro fin que el de rebajar cuanto mas pueda la divina doctrina y la santidad de los exem-

plos de Jesucristo. Habla pues con astucia diabólica diciendo algo bueno de la religion cristiana para hacer que pase lo mucho malo que piensa decir, aglomerando proposiciones sobre proposiciones, sin establecer ninguna con solidez; pero este es el estilo de los maestros de la impiedad, cargar bien la imaginacion de blasfemias relumbrantes para que calle el entendimiento, y se deje prender la voluntad divertida con la fantasía. Despues de haber dicho este impío, que no se puede fingir una historia tan divina como el Evangelio, pone mil dificultades todas miserables; pero con ellas ha conseguido aturdir á muchos ignorantes, que era lo que él pretendia.

(7)

Pág. 103. Acerca de la insuficiencia de nuestra razon dejada á sí misma, tenemos el voto del mas famoso impío. De Rousseau son estas palabras: "demasiadas veces nos engaña la razon, y así tenemos adquirido derecho para recusarla." Yo quisiera saber, en suposicion de que éste tanpreciado de maestro del genero humano, no admite que Dios le guie con la revelacion, y por otra parte desconfia tambien de la razon natural, y con justo motivo, pues muchas veces se ofusca esta luz con las preocupaciones, con el humo de las pasiones, &c. quisiera yo saber, digo, á donde recurre Rousseau sin la luz de la revelacion, porque no la pueden sufrir sus ojos, y sin la luz de la razon que por sí sola nos engaña. ¡Qué estado mas infeliz que el de este filosofo, sin Dios que le guie y sin

razon que le convenza! Pero ya le oigo exclamar: *Sér de los seres, el mejor uso de mi razon es anonadarse en tu presencia.* Ajusteme Vm. estas medidas: de esto hay mucho. Por una parte dice que la religion debe ser tan sencilla, que sin estudio se conozca su verdad, y por otra que las mugeres no tienen talento suficiente para conocerla. El cristiano va consiguiendo, porque en lo que no alcanza la razon, se gobierna por la divina luz de la revelacion.

(8)

Pág. 113. La mayor injusticia que hacen estos que se llaman filosofos á los que son cristianos, es no reconocer nuestra religion por util á los Estados, como si el ser cristianos fuera incompatible con el vivir en sociedad. ¿Pero quién será mas pernicioso en un Estado político, ellos que andan disputando si hay poder legislativo, ó un cristiano que respeta en su Príncipe un teniente de Dios, y que reconoce que las leyes de los superiores son arregladas á la ley eterna, y que de ella toman la mas respetable sancion? En todas las cartas de los Apóstoles se nos manda la obediencia y observancia de las leyes del Estado. Para sorprender á los que ya tienen aturdidos hacen los tales filosofos este ridiculo argumento: ¿cómo pueden los cristianos componer cuerpo político si los obliga su religion á dexarlo todo? Pero este es un falso testimonio; porque aunque Jesucristo pidió esta perfeccion á los que habia destinado para maestros del mundo, no pidió á aquel joven que le preguntó qué haria para sal-

vase, sino solamente que observase los mandamientos. ¿Quién duda que no hay hombres más útiles en la sociedad que los que cumplen fielmente la ley de Dios?

(9)

Pág. 126. ¿Quién sabe si algún día se descubrirá que la materia puede pensar? Estas dos ideas, materia y pensamiento esencialmente se excluyen una á otra, son repugnantes entre sí, y forman una contradicción, y por consiguiente un imposible. Pregunto pues, ¿se descubrirá algún día razon para que lo imposible sea posible? Pero *un quien sabe* es el recurso general de los impíos en todos sus apuros; y de los perversos cuando son reconvenidos.

(10)

Pág. 135. ¡Hasta donde llega el deseo de embrutecerse para dar rienda á las pasiones! Todas las especies de monas y micos tienen dedos. Entre los animales hay muchos de mas larga vida que el hombre; pero cuando este llega á sentir las trabas de la religion, no siente por sacudirlas, que le degraden de tal modo que no se distinga de los brutos.

(11)

Pág. 136. Los Católicos que llevan que el alma de los brutos es un espíritu, suponen que Dios puede hacer unos espíritus de mas noble naturaleza que otros, como se ve en los Angeles y nuestras almas; y así, aun-

que el alma del bruto fuese un espíritu, sería de un orden inferior al nuestro. Esta es la salida que dan comúnmente; pero la que da nuestro autor, diciendo que á los brutos los gobierna en sus acciones el que está en todas partes, me parece la mejor solución de la dificultad.

(12)

Pág. 156. Mientras el hombre quiera acomodar á las miserables ideas de su entendimiento las disposiciones del poder y sabiduría infinita de Dios, siempre hará inútiles esfuerzos, y se perderá en sus mismos pensamientos. De las almas de los brutos sabemos que tienen del Criador la perfeccion que necesitan para servir al hombre: observamos en ellos la reminiscencia, en virtud de la cual obedecen los brutos á una voz acordandose del dolor del golpe que recibieron al eco de esta misma voz. Sabemos que hay mas y menos en la perfeccion de las obras del Criador, pero en este mas y menos se halla cuanto necesitan las criaturas para los fines á que Dios las destinó. De este modo la verdad es, que el hombre disfruta el fin para que Dios hizo las almas de los brutos; pero en que consisten estas, excede nuestra corta capacidad.

(13)

Pág. 177. En el capítulo de las mugeres dice Mahoma, que Dios en este punto le habia dicho que cada uno pudiese tener cuatro mugeres, y mas las concubinas que comprase, cautivase, &c. pero á él le habia con-

cedido Dios nueve, y entre ellas que mantuviese la que habia sido muger de un libertado suyo. ¡Estravagante providencia!

(14)

Pág. 185. No se ha dado respuesta mas convincente que la que dió Jesucristo á sus enemigos, cuando no pudiendo estos negar los milagros que hacia el Señor publicamente, dijeron que no podian negarlos, pero que los hacia por virtud de Satanás; y dijo Jesucristo: venid acá hombres, si Satanás me ayudára á hacer prodigios, haria contra sí mismo, porque yo con mi doctrina destruyo el reyno de la maldad. ¿Cómo pues me habia de ayudar á confirmar con milagros la doctrina que arruina su reyno?

(15)

Pág. 196. Todos los filósofos de la antigüedad que conocieron una primera causa, advirtieron la degradacion en que veian la criatura mas sublime de las visibles; y como ignoraban el principio del desorden de las pasiones y de los trabajos que el hombre tenia que sufrir, decian que la naturaleza, madre de los demas animales, habia sido madrastra del hombre. Mas á donde no alcanzaba la razon entró la revelacion del pecado de nuestros primeros padres, y descubierto este misterio todo se aclara. Contra este misterio se desencadenan los impíos y dicen: ¿no estaba en las manos de Dios impedir el pecado? ¿Por qué pues le permitió? Buen argu-

mento para entrar en cuentas con los hombres, pero ridículo para entrar en cuentas con Dios, porque no alcanza la razon humana á conocer los fines de la suprema razon divina. A los que son dóciles á Dios, advirtiéndolo limitado de sus discursos, desde luego los sosiega la grande gloria que á Dios le resultó con el remedio de la culpa original; pues aquel Señor, á quien solo adoraban criaturas, con el misterio de la Encarnacion se vió adorado de un Dios hombre.

(16)

Pág. 210. Para entender al autor cuando dice que los hombres en prueba de la grandeza de su alma han llegado á pesar el sol, &c. y no pueden medir el peso de Marte, Mercurio y Venus, es preciso suponer una doctrina que estriba sobre el sistema de Copérnico y los principios de Newton. Este halló en la mutua atraccion de los cuerpos la solucion de grandes dificultades de la fisica. En esta mutua atraccion es la regla general que á cada particula de la materia le corresponde su parcial atraccion: por consiguiente, un cuerpo que con el mismo volumen que otro tenga mas materia que él, vencerá con su atraccion la del otro. Otra regla de fisica es, que hecha la suposicion de que Dios conserva esta atraccion en los cuerpos, y la de que arrojó por linea recta los planetas y sus satélites á este espacio: de este movimiento de linea recta, y del movimiento de gravitacion ó de atraccion resulta la linea curva, en que se mueven los satélites al rededor de su planeta,

y estos con sus satélites al rededor del sol: en esta suposicion, quando se puede averiguar el efecto sensible que hace la atraccion del planeta respecto de sus satélites, entre los cuales cuenta la tierra en este sistema á la luna por su satélite ó planeta secundario, conoceremos la materia mas ó menos que debe haber en cada porcion del cuerpo de la tierra respecto de igual porcion del cuerpo de la luna. Como no se ha descubierto satélite ó planeta de segundo órden al rededor de Marte, ni al rededor de Venus ó de Mercurio, por no haber con quien comparar la fuerza de su atraccion respecto del satélite en suposicion de que no le hay, no se averigua por el mismo método, ni se puede saber qué peso es el que corresponde á la materia de estos planetas citados respecto de la materia que compone el cuerpo de la tierra.

A vista de unas ideas tan sublimes como éstas que forma el hombre con su razon, ¿quién podrá menos de despreciar unos filósofos como los que ahora se usan, los cuales en vez de exáltar nuestra especie, la abaten hasta pensar que la nobleza de nuestra alma no tiene mas que cierta soñada graduacion de mas ó menos con los animales y las plantas?

(17)

Pág. 226. Dice San Pablo, que ahora vemos las verdades de la fé como en enigma; porque es esencial en los misterios no verse con evidencia y estar sienpre envuel-

tos en magestuosas tinieblas. Por eso dice el autor, que aunque llegamos á conocer que el dogma del pecado original tiene, segun la razon natural, unas congeturas tan fuertes en las miserias de nuestra naturaleza, no vemos con la razon natural la evidencia de su verdad; pero conocemos los motivos de credibilidad, los cuales, aunque causan certeza, no forman evidencia metafisica. Por lo cual siempre se verifica el sacrificio de nuestro entendimiento para abrazar todo lo que es misterio; y de este modo hacemos á la fé el obsequio meritorio.

(18)

Pág. 229. En suposicion de que hay un solo Dios, sale la consecuencia natural de que hay una sola religion verdadera. Los impios con sus maestros todas las miran con indiferencia, y uno de sus principales corifeos aun se atreve á decir, que lo que tiene la verdadera religion de malo es, que reprueba las otras. ¿Mas cuándo la verdad no ha reprobado al error? Esto no le debiera escandalizar. La religion cristiana tolera y sufre á las personas, pero abomina las supersticiones, y avisa caritativamente diciendo: este es el camino, y el que vosotros llevais vá al precipicio. ¿Cómo puede menos de tolerar las personas que van erradas. en punto de religion el que oye estas palabras de nuestro divino Fundador: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon?* Lo que es intolerable para un cristiano es

un filósofo que diga que la religion de Mahoma es mas consiguiente que nuestra santa religion. ¿En qué está lo consiguiente de Mahoma, que hablando de mugeres dice, que Dios dio cuatro á los discípulos del profeta, y al profeta le dió nueve? ¿En qué está lo consiguiente, cuando á las pobres mugeres las dice, que no verán los jardines del paraíso sino por las verjas? ¿En que está lo consiguiente, si era tan ignorante que confunde á María, hermana de Moyses, con la Virgen; y era un hombre de tan extravagantes ideas que dice, que al ultimo paraíso le aguardan unos Angeles de setenta mil bocas con setenta mil lenguas en cada boca, y que la tierra se sostiene en un buey con cuarenta dientes y cuarenta cuernos, tan distantes que no puede un viagero llegar de uno á otro en mil años de camino? Pero los filósofos de la moda no reparan en dar el cielo á todos, en suposicion de haberle renunciado ellos.

(19)

Pág. 240. Ninguno creará si no es predestinado á la fé; así como de los que han creído, ninguno se salvará si no es predestinado á la gloria: de lo contrario vendrian algunos á la fé sin ser llamados de Dios; ó entraria alguno en la gloria, sin que Dios hubiera querido señalarle su lugar en ella. Es circunstancia indispensable que Dios llame á su gloria los escogidos, y de lo contrario se verificaria que pudiese entrar alguno que Dios no hubiese llamado, y entonces sería

su entrada noticia nueva para Dios, cuando para la eterna Sabiduría no puede haber noticia nueva.

(20)

Pág. 254. Los impíos en lugar de recurrir á aquella admiracion del Apostol: ¡O *profundidad de los juicios de Dios!* que es la que impone silencio á la desarreglada curiosidad en unas materias que solo Dios puede saber, recurren á otro Dios que se fingen, qual es el *acaso*; y así no cuentan por disposicion de Dios, y por uno de sus beneficios el haber nacido en donde se profesa la religion cristiana, que es la única que da ideas dignas de la grandeza de Dios. El *acaso* es una palabra que nada significa cuando se habla de la ordenacion divina: para nosotros que no hemos dispuesto el órden de los sucesos, parece que hay *acazos*, mas para el poder y sabiduría infinita que desde el principio hasta el fin ordenó todos los acontecimientos, nada es casualidad: de lo contrario, le cogieran de nuevo algunas noticias, y así no sería Dios infinitamente sabio. Desterrada pues la idea del *acaso*, ya el haber nacido en pais de turcos, en tierras de gentiles, ó en los reynos cristianos, todo está dispuesto irrevocablemente por una Providencia que no puede errar. Este concepto hace á los hombres humildes, porque conocen que todo lo bueno viene de Dios, lo que no sucederia si se apoderára del entendimiento humano la idea bárbara

del *acaso*, porque entonces la gloria no sería de solo Dios; ¿pues cómo podía ser gloria suya lo que no venía de su mano?

(21)

Pág. 262. Ridícula idea han formado de Dios los que se precian de filósofos en estos últimos tiempos, pues le destierran á unos espacios imaginarios divertido en su contemplacion, y en donde no vé las acciones de los hombres y sus injusticias; y así, ni tiene misericordia de los miserables oprimidos, ni estima las acciones de los justos, ni ha destinado premio para los buenos, ni castigo para los malos. Suponen los Deistas que ha criado el mundo, y que le deja correr á lo que salga. ¡Quántos atributos quedan agraviados en esta blasfemia! En solo sufrirla resplandece la inmensa paciencia de Dios: si una chispita del incendio de amor que hay en Dios derivada á los corazones de los padres y las madres los interesa tanto, que no pueden olvidar por un instante á sus hijos, ¿cómo puede ser que Dios no haga caso de todos estos hijos que primero son hijos suyos que de los hombres?

(22)

Pág. 324. Ya queda bien probado en la física, que el cuerpo no es el que siente, sino que es un órgano, por cuyo medio siente el alma; y por el nervio que corresponde al cerebro atribuye el alma el sentimien-

io al pie, á la mano, &c. y todos ven que despues de cortada una pierna, se siente el dolor del pie que no está allí; pero permanecen los nervios que la correspondian. El alma pues es la que siente la quemadura: v.gr. los ojos no ven, el alma vé por los ojos.

(23)

Pág. 326. El sistema de Leibnitz es el de la armonía preestablecida entre el cuerpo y el alma; de modo que así como el que hiciera dos relojes, uno de los cuales tuviese las ruedas, y el otro la campana, si los fabricára con tal correspondencia que cuando el que tenia las ruedas completase el movimiento de una hora, el otro la tocase con su campana: así dice este filósofo que hizo Dios los cuerpos y las almas en tal disposicion que á los movimientos del cuerpo *A* vió que correspondian las ideas del alma *A*, y por eso la juntó con aquel cuerpo, y no con otro. Este sistema es ingenioso, pero inadmisibile, porque no dexa lugar al libre albedrío: es contra la experiencia diaria, pues lo que experimentamos es que el movimiento del cerebro es causa de la sensacion, y por ser el alma libre sigue unas veces el objeto de la sensacion, y otras veces no le sigue, porque atiende á que la ley ó la razon natural no permite seguirle; por lo qual llamo inadmisibile á un sistema que no puede componerse con la libertad del alma racional.

Pág. 330. Los que hoy se llaman filósofos no tienen otros maestros que unos hombres que dan lección de los vicios: para dar satisfacción á sus pasiones insultan á la misma verdad: para familiarizar su conciencia con los delitos procuran desterrar de su corazon los temores del castigo eterno; y para tener el infeliz consuelo de ser muchos, recurren al estilo encantador de una falsa eloqüencia, y con el fin de hacer proselitos de su estúpida ilusion dicen á sus discipulos: que los que temen el juicio de Dios son unos pobres ignorantes, son unos talentos serviles. Pero yo quiero temer el juicio de Dios con los grandes entendimientos de los Pablos, Crisóstomos y Agustinos, que sobre la revelacion tuvieron una razon mas ilustrada, y no con los furiosos que dicen: *rompamos estas cadenas, arojemos este yugo que sujeta nuestras desenfrenadas pasiones.* En suposicion de que el fuego, siendo material, atormenta en esta vida al alma, que es espiritual, siempre que nos queman en algun miembro del cuerpo, ¿qué dificultad tienen los filósofos en conceder que Dios tiene poder para disponer que el fuego atormente al alma separada del cuerpo?

Pág. 353. Todavía se vé la obscuridad magestuosa de los misterios; porque lo que vá diciendo el autor viene bien para pro-

bar que todo hijo de Adan debe ser infame por ser hijo de un padre delincuente; pero todavia no se entiende como es pecador, y solo lo entienden bien los teólogos, diciendo que el pecado original es pecado de la naturaleza, y así será un privilegio conseguir la naturaleza humana exenta de pecado. Este privilegio tuvo la Virgen.

cia con los dolores
 corazon los rencores del castigo eterno; y
 para tener el malicia cuando de ser muchos
 recurren al castigo encandado de una sola
 elocuencia, y con el fin de hacer profetas
 de su estatura hucion dicen a sus discipulos:
 que los que tienen el juicio de Dios son unos
 pobres ignorantes, son unos simples sencillos.
 Esto yo quiero tener el juicio de Dios con
 los grandes entendimientos de los Papas,
 Gregorios y Agustinos, que sobre la re-
 velacion tuvieron una razon mas ilustrada,
 y no con los simples que dicen: rompa
 sus esta cubiertas, despierten sus ojos que
 saben muchas cosas, y pueden poner la en-
 posicion de que el fuego, siendo material,
 atormenta en esta vida el alma, que es
 espiritual, siempre que nos quedamos en el
 tan estrecho del cuerpo; que dichidad
 sean los hijos en conceder que Dios
 tiene poder para disponer que el fuego sea
 como el alma separada del cuerpo?

(22)

Porque se ve la diversidad
 misteriosa de los misterios; porque la que
 ve diciendo el amor viene para pro-

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE SE TRATAN

EN ESTE TOMO I.

TARDE I. <i>Sobre que las materias de la religion se deben tratar con mucho respeto, atencion y cuidado.</i>	Pág. 1
TARDE II. <i>Diálogo sobre el estilo en que se debe averiguar la verdad en las materias de religion. . .</i>	23
TARDE III. <i>Diálogo sobre la existencia de Dios.</i>	40
TARDE IV. <i>Sobre los misterios de nuestra religion en comun.</i>	59
TARDE V. <i>Sobre la ley natural y luz de la razon; y de la necesidad de las leyes positivas.</i>	94
TARDE VI. <i>Sobre la materia y el espíritu.</i>	115
TARDE VII. <i>De la espiritualidad, é inmortalidad del alma.</i>	131
TARDE VIII. <i>Diálogo sobre la religion revelada en comun.</i>	157
TARDE IX. <i>Sobre el pecado original.</i>	188
TARDE X. <i>Sobre la máxima que dice: Fuera de la Iglesia no</i>	

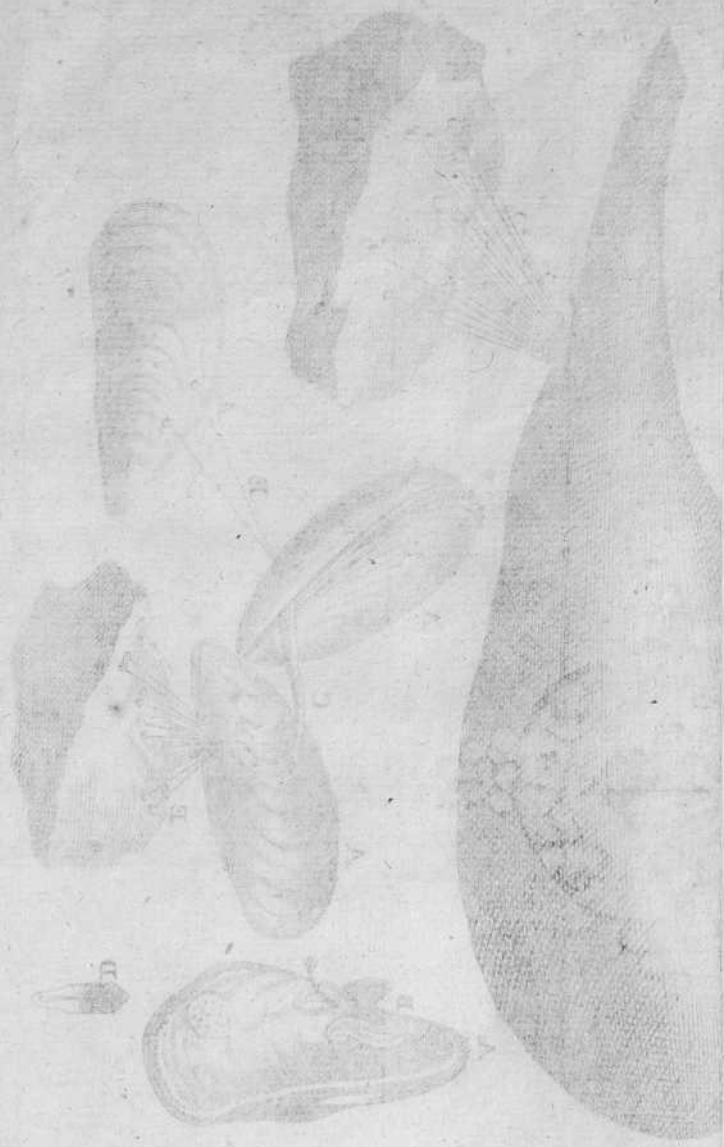
hay salvacion.	226
TARDE XI. Sobre que Dios se interese en nuestras acciones.	262
TARDE XII. Sobre el culto interior y exterior que se debe á Dios.	289
TARDE XIII. Sobre la divina inmutabilidad, y sobre el fuego vengador de la otra vida.	311

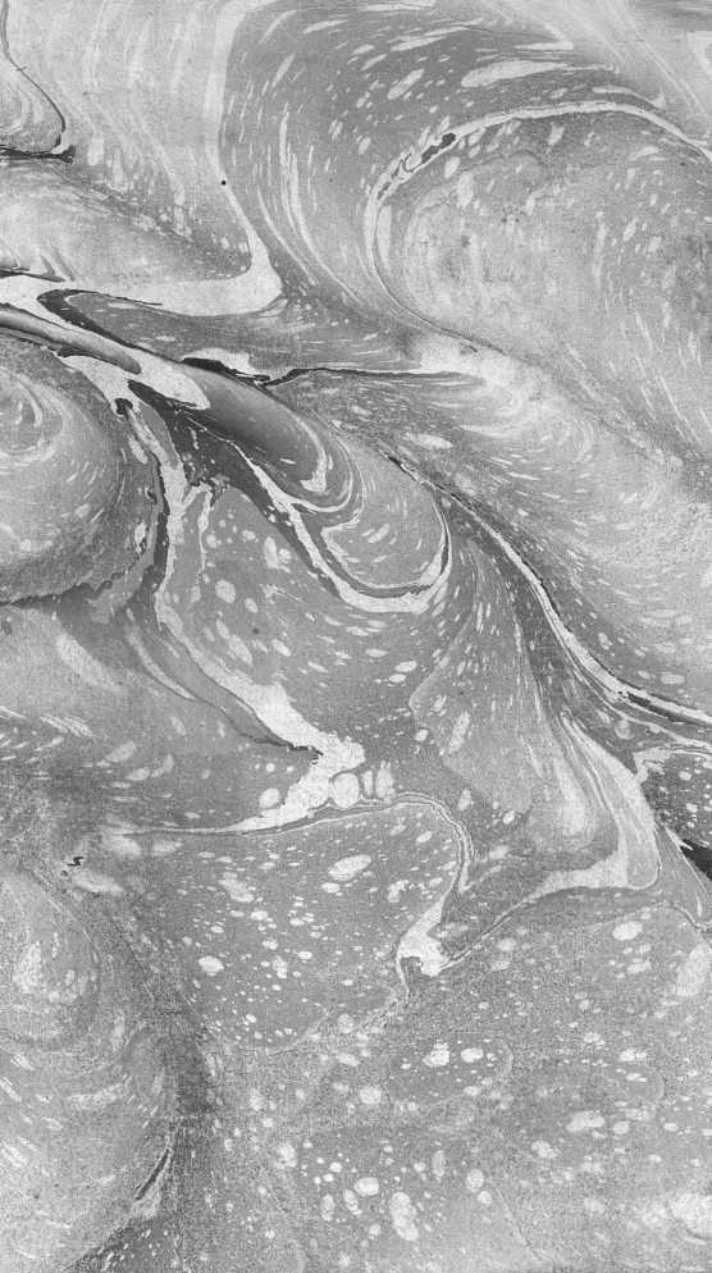
APÉNDICE I.

TARDE XIV. Sobre la gracia divina, y la Concepcion de la Virgen.	332
--	-----

APÉNDICE II.

TARDE XV. Sobre la confesion auricular.	356
Notas ó advertencias del traductor.	371









ARMONIA

DE LA

RAZON

D-1

1665